

Un apasionante viaje a través del tiempo y del espacio tras las huellas de las huestes paganas, las cacerías salvajes y las procesiones de ánimas.

GENTE *de* MUERTE

y otros CORTEJOS
SOBRENATURALES

ISRAEL J. ESPINO

φ
ALMUZARA

ISRAEL J. ESPINO

Gente de muerte
y otros cortejos sobrenaturales



© ISRAEL J. ESPINO, 2022

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • HISTORIA

Director editorial: Antonio Cuesta

Editora: Ángeles López

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

Fotografías: Israel J. Espino

Ilustración portadilla: Ismael Pinteño

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

ISBN: 978-84-11314-73-2

Hecho en España - *Made in Spain*

Que el supremo *numen divinum*
que el Santo *Sanctus spiritus*,
que el *salus Sanctus dominus*
me protejan también esta noche
contra la mala gente que va de noche...
contra los que cabalgan los setos...
Cacería salvaje y miembros de tu cortejo
que llevan las ruedas y las sogas,
muertos atormentados en la rueda y ahorcados,
¡marchad de aquí!
Elfo e hijo de elfo,
¡no sigáis aquí más tiempo!
Hermana y padre de elfos,
¡Salid, traspasad el seto!
(Conjuro alemán del siglo xv)

Comienzo a escribir este libro una noche en la que la luna llena ilumina los bosques de la comarca extremeña de las Hurdes, envolviéndolos en un halo fantástico e irreal. Desde el porche de una pequeña cabaña de madera, el sonido de la brisa entre las hojas de los árboles parece darme la bienvenida.

Aguzo el oído por si escucho entre el viento una señal.

Y percibo a lo lejos, en el pueblo cercano, el ladrido de un perro. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Lo tomo como una señal.

Sonrío.

Abro el ordenador y empiezo a teclear.

Cuando los muertos cabalgan en el viento

Quiero que me acompañes en un viaje oscuro hacia la noche antigua. Una noche en la que las únicas luces son las de la luna, las estrellas y el fuego. Una noche de invierno en un siglo cualquiera, en una cabaña como ésta, en la orilla de un bosque sin nombre de la vieja Europa.

El sol de diciembre se oculta tras los montes cercanos, y negros nubarrones se acercan por el este. La calma que precede a la tormenta se interrumpe por un leve murmullo que parece acercarse bajando de los cielos.

El sonido que crece encierra entre sus notas el galope furioso de caballos sin bridas, el ladrido jadeante de perros aulladores, el grito ultramundano de jinetes frenéticos, y las nubes avanzan cada vez más cercanas, más negras y más raudas, navegando veloces en el mar del ocaso.

Recordamos entonces los cuentos del abuelo, y temblando de miedo corremos a encerrarnos en la frágil cabaña, un endeble refugio ante la fuerza indómita que baja desde el cielo. Sabemos que son ellos, de los que tanto hablaron: los ancestros perdidos, los guerreros del cielo, la hueste de los muertos que vienen a por vivos, los cazadores negros de almas condenadas, los heraldos de muerte, los hijos del invierno.

El furor que desciende de las nubes oscuras es ya un estruendo enorme de gritos y ladridos, alaridos y trompas, relinchos y graznidos, un guirigay temible de notas discordantes que gira ante nosotros en torbellinos negros, un viento huracanado que disfruta arrancando postigos y ventanas.

Y cuánto agradecemos ahora el haber escuchado los cuentos del abuelo, cuando hace ya mil años contaba sus historias a la luz de candiles y el fuego de los lares, cuando su voz cascada prevenía los peligros que ocultaban los bosques en las noches de invierno, cuando el viento silbaba y las hojas bailaban y creían escuchar entre los troncos secos palabras inconexas en extraños idiomas musitadas apenas por las gargantas muertas.

Y cuánto agradecemos tener buena memoria y recordar sus cuentos, porque ahora ya sabemos qué hacer para evitarlos, para impedir al menos que nos lleven con ellos: dejar ante la puerta comida como ofrenda, no dirigirte a ellos bajo ningún concepto, no entorpecer su paso, no mirar cuando pasen.

Abrimos pues la puerta, lo justo y necesario para sacar afuera un pesebre con heno.

Cerramos de inmediato, atrancando por dentro.

Arrastramos entonces el arcón de la abuela repleto de semillas hasta el centro del cuarto, y nos metemos dentro tras haber dibujado con las grises cenizas unos símbolos mágicos rodeando la arqueta.

Escuchamos el viento golpeando la puerta, filtrándose entre huecos y por ventanas rotas, intentando llevarse los cuerpos y las almas.

De repente, algo cambia.

Los rugidos del viento y el galope furioso de caballos salvajes parecen alejarse. Los ladridos de perros corriendo tras su presa se van difuminando. El aire va amainando, la tormenta se calma.

Salimos del arcón aun con el alma en vilo, pero ya respiramos: la hueste de los muertos ha pasado de largo.

Pero entonces miramos hacia la chimenea. El cuerpo se estremece y el corazón se para. El miedo ha regresado con redoblada fuerza porque sobre las brasas, reposando entre sangre,

cenizas y hojarasca, hemos visto una pierna.

La cacería salvaje ha dejado su pieza.

Y ahora que ya los conocemos, quizás deberíamos intentar definir aquello que vamos a buscar por los caminos y senderos de la vieja Europa porque, aunque reciben muchos nombres, he preferido denominar «cortejos sobrenaturales» a este conjunto de seres espectrales que, acompañados de caballos, perros o aves, recorren los cielos invernales en alas de la tormenta.

Sus integrantes son muertos, almas condenadas, demonios o espíritus, y están liderados por antiguos dioses paganos, por una figura histórica o legendaria mitificada o por un espectro, normalmente más alto y más peligroso que el resto.

Estos seres sobrevuelan los cielos europeos desde hace siglos, desplazándose en otoño e invierno entre las nubes tormentosas con un ruido ensordecedor, como el causado por un ejército que se lanza a la batalla, por una cabalgata infernal o por una cacería salvaje, pero también pueden descender casi a ras de tierra, donde se convierten en pálidas procesiones silenciosas que atemorizan a los aldeanos.

Efectivamente, desde hace siglos y aún en nuestros días, los campesinos afirman contemplar en noches invernales cortejos fantásticos compuestos por cazadores, guerreros, muertos, condenados o caballeros con sus jaurías, que surgen del cielo para desaparecer sin dejar rastro, como una nube de tormenta. Dirigidos por un gigante, un demonio, un noble o un rey, la cacería fantástica persigue a un animal salvaje, acompañado de una gran algarabía de sonidos, gritos, ladridos y cuernos.

Hay cortejos masculinos y femeninos, y también los hay mixtos, pero en este viaje, por motivos de espacio, he decidido centrarme solo en los masculinos, teniendo siempre en cuenta que estos cortejos tienen numerosas variantes y que han recibido numerosas explicaciones, aunque ninguna totalmente convincente.

La explicación naturalista afirma que se trata del fruto de una imaginación popular, impresionada por los fenómenos atmosféricos y los ruidos de los animales, mientras que los historicistas se empeñan en buscar una base histórica a las diferentes versiones del mito, pero ni la una ni la otra permiten interpretar, por sí solas, las leyendas que dan vida a este fantástico fenómeno.

Lo cierto es que, cuanto más antiguas y primitivas son estas manifestaciones, más malignas y hostiles son a la humanidad. Así, podemos comprobar como con el paso de los siglos, cuanto más descienden hacia el sur de Europa, estos seres sobrenaturales van descendiendo también de las alturas y van amansando su furor, hasta quedar convertidos en pálidos desfiles y procesiones lóbregas que avanzan deslizándose a ras del suelo, igual que la niebla entre los árboles, silenciosos como los cementerios de los que emergen.

En cualquier caso, la desgracia sobreviene a quienes se tope con estas huestes fantasmales, bien porque corren el riesgo de ser arrebatados en medio de sus remolinos furiosos, bien porque semejantes apariciones servirán de aviso para indicar que algunos de sus conocidos, o incluso ellos mismos, se encuentran ya a las puertas del otro mundo.

El fenómeno se extiende por toda Europa, en especial en los países que ocuparon los celtas, desde la península ibérica, Francia y norte de Italia a Irlanda y Gran Bretaña, aunque también es muy popular entre los germanos, pues se documenta igualmente en los Países Bajos, Alemania, Dinamarca y en los países escandinavos, lo que denota su carácter indoeuropeo, aunque algunos

investigadores no dudan en volar aún más lejos en el tiempo y en el espacio para atribuir el origen de este mito arcaico a la prehistoria euroasiática.

Las numerosas creencias y tradiciones relativas a estos cortejos sobrenaturales forman con sus tupidas ramas un árbol de leyendas que constituye un patrimonio común a numerosos pueblos. Por eso se pueden encontrar en el folclore europeo tantas historias sobre esta zarabanda fantasmal y fascinante en la que toman parte en las noches de tormenta los seres sobrenaturales más variopintos, desde hombres salvajes hasta brujas, elfos, hadas y duendes, demonios, espectros y fantasmas.

Los primeros líderes de estos cortejos sobrenaturales fueron dioses antiguos, convertidos más tarde en demonios, por fuerza y gracia del cristianismo, y más tarde aun (a partir del apocalíptico año mil), transformados en muertos malditos y ánimas en pena.



Åsgårdsreien, el Ejército de Asgard, de Peter Nicolai Arbo, 1868.

Existe incluso un momento histórico (en el intervalo comprendido entre el inicio del primer milenio y los comienzos del siglo XIII) en el que de esa hueste fantasmal parece destacarse algún espectro que decide emprender en solitario su periplo penitencial en forma de caballero negro o cazador salvaje.

Como vamos a comprobar muy pronto, el voluminoso corpus del fenómeno de los cortejos sobrenaturales recoge todos estos elementos, aderezados por mitos y leyendas de diferentes épocas y periodos, posteriormente ensamblados en estructuras textuales complejas y transmitidas cronológicamente en toda la extensión del territorio europeo, gracias a los relatos cortesanos de los eruditos y a los cuentos y consejos de los hogares campesinos.

Esta horda furiosa ha inspirado a numerosos artistas a lo largo del tiempo, pero especialmente en el siglo XIX: a pintores como Peter Nicolai Arbo, quien realizó dos versiones maravillosas del Ejército de Odín, el *Åsgårdsreien*, en 1868 y en 1872; o músicos como César Franck, que compuso en 1882 la obra *El cazador maldito*, inspirada en la balada *Der wilde Jäger* (El cazador salvaje) del poeta alemán Gottfried August Bürger, y en la que narra la historia de un conde renano que se atreve a salir de caza el domingo por la mañana, incumpliendo la festividad cristiana. En las profundidades del bosque, el conde es maldecido por una voz terrible que le condena a ser perseguido eternamente por los demonios.



Die Wilde Jagd, de Johann Wilhelm Cordes, 1869.

No es la única incursión de Bürger en el mundo tormentoso de los cortejos sobrenaturales, ya que cinco años antes, en 1773, había escrito *Lenore*, una balada gótica de la que se hizo muy famoso el verso *Die Toten reaten Schnell* (Los muertos cabalgan deprisa), que Bram Stoker cita en los primeros capítulos de su novela *Drácula*.

Y tampoco es Bürger el único poeta que se ha dejado seducir por las trompetas y fanfarrias de los cortejos sobrenaturales. Otros, como el gran W. B. Yeats, los evocó en 1893 en *The Hosting of the Sidhe*, el poema de apertura de su colección inspirada en el folclore fantástico de Irlanda¹.

Incluso psicólogos como Jung se hacen eco de estos cortejos, cuyos cascos resuenan cabalgando hasta nuestros días en los libros de novelistas como Fred Vargas, que utiliza esta leyenda para narrar un nuevo caso del comisario Adamsberg², o en los videojuegos de *The Witcher*.

Y es que, aunque la ciencia avance hacia el futuro a bordo de naves espaciales, los muertos, nuestros muertos, siempre galopan más deprisa en alas de la tormenta.

EN ALAS DE LA TORMENTA

Los cortejos sobrenaturales cabalgan en las tormentas, entre las nubes negras que anuncian la borrasca, entre el clamor del trueno y el brillo del relámpago, envueltos en el olor profundo de la tierra mojada que precede a la lluvia.

Su relación con la tormenta va a quedar plenamente demostrada lo largo de estas páginas, aunque baste como aperitivo el señalar que aun hoy, en muchos lugares de España, se piensa que morir en día de tormenta es señal de condenación³.

Y no solo en España, porque en toda Europa se sabe que la tormenta envuelve a los condenados. En Francia también se cree que la tormenta causa estragos cuando se produce una muerte extraña⁴, y asocian los vientos inusuales con los malos espíritus. Por eso cerca de Dinan, en la Bretaña francesa, se afirma que cuando hay una tormenta cercana a las fechas del carnaval es porque los demonios libran una batalla que dura hasta que Dios los escucha y les impone silencio. Pero hasta entonces, en su lucha, arrancan de cuajo los árboles y quiebran las ramas de los bosques cercanos.

En Cataluña los aullidos nocturnos son llamados por los payeses «vientos del cazador», y en los Pirineos, el nombre de *caçador negre* se aplica también a las borrascas de otoño.

En el País Vasco, si ascendemos a la ermita de San Miguel, en la cima del monte Ereñozar, podremos contemplar el espectáculo voraginoso del viento arremolinado que gira siempre, especialmente durante la noche, alrededor del templo. Son las almas de aquellos que no

consiguieron peregrinar en tres ocasiones a la ermita, porque quien no lo hace en vida deberá hacerlo después de muerto.

También hemos encontrado en la comarca extremeña de las Hurdes una nebulosa y casi perdida creencia de que son las propias almas en pena las que suscitan y atraen sobre ellas las tempestades.

Las almas de los muertos salen en procesión de ánimas, por las noches, pero no todas las noches, depende de la luna. Van y vienen, como jubiladas, de acá para allá; van penando... Las que tienen pocas penas que purgar, pues al cabo la poste [sic], suben para arriba, pero las que tienen más culpas que purgar, son encaminadas a los disiertos [sic], donde se desatan unas tormentas temerosas. Las tormentas las mandan las otras ánimas, las que ya están arriba, para que sufran y se atormenten las ánimas que están abajo, y cuando ya se hayan atormentado y hayan sufrido de lo lindo, entonces ya podrán subir para arriba.⁵

En efecto, no nos cuesta entender por qué nuestros antepasados relacionaban las tormentas con las ánimas, ya que en un principio las turbamultas de fantasmas y espíritus se hallaban menos organizadas, y acompañaban en un recorrido errático a los fenómenos meteorológicos como tormentas y tempestades, cuyos sonidos, sobre todo por la noche, acompañados del rugir de los vendavales, se confundían con los gemidos de las almas errantes⁶.

LOS SONIDOS DE LA MUERTE

Y estos sonidos son, precisamente, el acompañamiento indispensable de muchos cortejos sobrenaturales, porque en algunos momentos del año, en las horas nocturnas cuando el vendaval sacude los árboles y hace temblar los cielos, entre los crujidos de las ventanas y los sonidos lastimeros, parece escucharse un tumulto lejano, un ruido como de corceles a la carrera, acompañado por sonos extraviados de una música confusa.

Cuando el ejército furioso empieza a ser sustituido por la caza salvaje es el sonido del cuerno el que paraliza a los campesinos que lo escuchan en la noche. Sus ecos despiertan en la cuenca del Loue, en el Franco Condado, a aquellos que duermen en las significativas noches de Todos los Santos y de Navidad. Y todos intentan, sumergiéndose bajo las sábanas, escapar de esta música sobrenatural, porque saben que lo que escuchan son los sonidos del olifante del cazador de Scey en Varais, un espectro nocturno y eterno cuyo sonido resuena en los valles y en los bosques, aterrorizando por igual a adultos y a infantiles.



Mascaradas de invierno adornadas con cascabeles y cencerros en el *Narrenmuseum Niggelturm* de Gengenbach, en la Selva

Negra (Alemania).

Ya en el siglo x, en una antigua crónica llamada *Bendición nocturna de Múnich*, de la que hemos extraído el conjuro que abre las páginas de este libro, se ofrecen remedios para evitar ser atacados durante el sueño por los difuntos itinerantes de la cacería salvaje, los espíritus malignos y las ánimas condenadas que emiten ciertos «encantos sonoros» y que se saben portadores de terror y desgracia.

También desde tiempos antiguos, los relatos mencionan la existencia de un tintineo muy particular, netamente audible en medio del concierto de ladridos y de gritos, de sonidos de cuernos y de aullidos. En Pomerania este ruido se atribuye a las campanillas atadas al cuello de los caballos y de los perros fantasmales, mientras que en Alsacia se cree que son las cadenas que arrastran los cazadores malditos.

Decidí viajar desde Alsacia hasta la Selva Negra, y concretamente a uno de enclaves más bellos: Gengenbach, un pueblo de postal del sur de Alemania repleto de casas de cuento adornadas con entramados de madera, murallas medievales y callejones adoquinados y repletos de flores.

Pero por mucho que me apeteciese callejear sin rumbo fijo, lo que cierto es que tenía un objetivo muy claro: El *Narrenmuseum Niggelturm*, el Museo de los Locos, una torre medieval en la que se encierra toda la historia y todos los secretos de las mascaradas alemanas.



Narros repletos de cascabeles (*Narrenmuseum Niggelturm* de Gengenbach).

Me había desplazado hacia este remoto lugar porque, si una cosa tenía clara es que el sonido inquietante de los cascabeles ya estaba presente en las primeras narraciones del siglo XIII, y que en esa época ya había quien afirmaba (y afinaba) que el número de campanillas que provocaba el gran tintineo que caracterizaba la llegada de la *mesnie Hellequin* era exactamente de ciento cinco. Ni una más, ni una menos.

Quería comprobar si era cierto que los sonajeros, campanas y campanillas están asociados en el imaginario europeo a la aparición de los cortejos sobrenaturales, y tras ir ascendiendo por la torre, mientras leía y anotaba las informaciones en alemán (bendito *Google translator*) fui descubriendo que, efectivamente, esta música distintiva de tintineos no solo nos avisa de la llegada de una tropa de fantasmas, según contaban las crónicas suizas y alemanas del siglo XVI,

sino que también marcan la llegada de san Nicolás (Hans Trapp en Alemania, Old Nick en Inglaterra) y de sus compañeros cargados de gruesas cadenas tintineantes.

Pero a medida que ascendía las escaleras de caracol de la torre medieval y contemplaba más y más máscaras inquietantes, disfraces ancestrales y extraños adornos, iba descubriendo las razones por las que las campanillas y las esquilas se asociaron a la salida de las mascaradas en la Edad Media.

La razón principal de que en toda Europa exista una estrecha relación entre las mascaradas y la reaparición periódica de difuntos es que las máscaras encarnan a menudo a los ancestros, quienes bajo este aspecto vuelven sobre la tierra para aportar, en ciertas épocas críticas del ciclo anual, su beneficio a los hombres.

Que este tintineo acompañe a muchos cortejos sobrenaturales es un indicador suplementario de la adscripción de este mito en el simbolismo de muerte y fecundidad.

Entre las máscaras tradicionales que portan campanas rituales o cencerros en su cintura destaca la figura del narro, pero no podemos olvidar al arlequín italiano (del que hablaremos más adelante largo y tendido), al Gilles belga, al *koukeri* búlgaro o al cigarrón español.

Todos estos abalorios me recordaron enseguida a otra figura ancestral, y entendí que no hay nada nuevo bajo el sol de invierno, puesto que para emprender su viaje al mundo de los espíritus el chamán siberiano ya se revestía con un traje mágico muy parecido que lleva colgando, entre otros elementos dotados de eficacia simbólica, campanillas de hierro.

Pero no son las campanillas el único ruido que acompaña a estos cortejos. Hay sonidos mucho más terribles que no presagian nada bueno. El 16 de abril de 1817, durante el terremoto de Palermo, se escucharon gritos atravesando el cielo y se contemplaron amplias sombras que oscurecieron el sol como lobos aullantes⁷.

También son numerosos los sonidos que en Galicia se consideran augurios de muerte y que vienen acompañando a los cortejos sobrenaturales, como el graznido del cuervo volando por encima del tejado de un enfermo, el aullido lastimero de un perro o el triste tañido de una campanilla que precede a la aparición de la Santa Compañía. También auguran la muerte el sonido de los tambores de algunas procesiones espectrales, los silbidos prolongados del espectral ejército templario o los gritos, llantos y lamentos de las *banshees* irlandesas⁸.

¹ Yeats, W.B. *El crepúsculo celta*. Reino de Redonda, 2003.

² Vargas, F. *El ejército furioso*. Siruela, 2011.

³ Domínguez Moreno, J. M., 1989, p. 185.

⁴ Lecouteux, C. *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*, 1999, pág. 76.

⁵ Barroso Gutiérrez, F.: La «Hurdanización» de una leyenda con trasfondo clásico: «El Pelegrinu»: Revista de folklore, n.º 245, 2001, pág. 156.

⁶ Cardero López, J. L. 2016, pág. 204.

⁷ Fort, C.: *El libro de los condenados*. Reediciones Anómalas, 2019.

⁸ Seres sobrenaturales femeninos del folclore irlandés que suelen estar unidas a un clan determinado y que utilizan sollozos y cantos fúnebres para avisar de una muerte inminente.

Los huéspedes del invierno

EL SAMHAIN CELTA, EL HALLOWEEN DE NUESTROS ABUELOS

Al mes de noviembre, en muchos lugares de la España campesina, se le denomina «el mes sombrío», por lo que no es extraño que las expectativas sobre narraciones de ánimas crezcan a lo largo del mes de los muertos, tiempo mágico y funerario heredado de nuestro pasado celta.

Efectivamente, los primeros días de noviembre los celtas celebraban una fiesta muy popular en la que se comía y se bebía hasta el hartazgo. Esa noche se abría la frontera que dividía el mundo de los vivos y de los muertos y se franqueaban las puertas entre los dos mundos, el terrenal y el de los difuntos, cuyas almas volvían a la tierra en busca del calor del hogar.

Y aunque noviembre es actualmente el mes dedicado a los difuntos por la liturgia católica no siempre fue así. El día 1 de noviembre se conoce por el Día de Todos los Santos, y el día 2 es el Día de los Difuntos, aunque ninguna de las dos celebraciones tiene raíces cristianas, sino que se trata de una de las festividades celtas más importantes, y que ha sobrevivido hasta nuestros días como Halloween, la forma moderna inglesa del antiguo All Hallow's Eve, Víspera de Todo lo Sagrado, el 31 de octubre, víspera católica del Día de Todos los Santos⁹.

Se trata de tradiciones paganas que deben mucho a fiestas y rituales celtas, que celebraban los primeros días de noviembre la festividad de Samhain, el comienzo de la época oscura, de la estación invernal, en la que la tierra se aletarga y los pastores recogen el ganado de las montañas y lo bajan a las aldeas, una práctica que aún subsiste en muchos valles europeos. La llegada del invierno empuja a personas y animales a buscar el calor de la casa o de los establos, y son los momentos ideales para reuniones familiares en torno al fuego del hogar.

Y al igual que hacían los celtas, en España también se vienen festejando los días iniciales de noviembre con reuniones familiares, comilonas y hogueras. En algunas casas se deja algo de comida y luz para los antepasados, y los jóvenes salen al campo a merendar el Día de Todos los Santos.

En Asturias, la noche de difuntos las ánimas salen por las callejuelas y se acercan a las casas en las que vivieron. Por eso, la gente deja fuera los calderos con agua para que puedan beber, porque ya se sabe que los muertos siempre tienen sed. En algunos concejos como el de Proaza, esa noche dejan también un plato de comida para que los ancestros puedan alimentarse, la cama hecha para que puedan tumbarse a descansar y un rescoldo en el llar para que se calienten.

Se encienden fuegos, se rememoran los antiguos festivales ígneos y en las brasas se asan las castañas: son las *calbotás* y las *calbochás*, las *castanyadas* catalanas, los *magostos* gallegos, cántabros, astures, leoneses, zamoranos y salmantinos, las *chaquetías* extremeñas, los *tosantos* gaditanos, los *gaztañerres eguna* vasconavarros, o la noche de los *finaos* canarios.

En muchos lugares los niños van de casa en casa pidiendo dinero para las ánimas, o comida para realizar un ágape en lo alto del campanario, donde pasarán toda la noche haciendo sonar las campanas a toque de difunto por las ánimas benditas. Y de aquí surge el *trick or treat* estadounidense, aunque en Extremadura hace años que se celebraba este fúnebre ritual sustituyendo el «truco o trato» por otra expresión mucho más castúa: «Dame los santos o te rompo los cántaros», cuando los niños recorren el pueblo pidiendo frutos secos o dulces caseros para después celebrar un día de convivencia en el campo.

En cuanto a las famosas calabazas de Halloween, ya se realizaban en España desde hace siglos, a veces con melones y otras con nabos. Se les recortan ojos y boca con una navaja y se les introduce una vela dentro. Se llaman «calaveras».

En algunos lugares, como en Montijo (Badajoz), al melón convertido en calavera se le llama «el conqui», y se llevaba por las casas, donde se daban monedas o golosinas a los pequeños, que cantaban:

La calavera el conqui
te da muchos sustitos
si nos das caramelos
nos iremos prontito

Y, mientras canturrean, avanzan por las callejuelas del pueblo balanceando las calaveras que cuelgan de sus pequeñas manitas.

Estos rituales celtas viajaron desde España y desde Irlanda con los emigrantes que llegaron a América, donde los mexicanos sincretizaron sus creencias precolombinas y dieron lugar al famoso y colorido Día de Muertos, mientras que los estadounidenses crearon el también colorido Halloween que tan bien han sabido exportar al resto del mundo.

Y cuando los barcos españoles partían hacia América seguro que no lo hacían la noche de difuntos, porque esa noche los marineros saben que deben quedarse en casa y no salir a faenar, ya que corren el riesgo de ver a los difuntos andando por encima de las olas. Y en Asturias y en Baleares también es bien sabido que aquellos que se atrevan a pescar esa noche recogerán las redes vacías de peces, pero cargadas de huesos de ahogados y marineros muertos.

Mejor quedarse en casa. Especialmente porque el día siguiente también pertenece a los muertos. La conmemoración de los fieles difuntos, generalmente llamada Día de los Muertos, Día de los Difuntos o Día de las Ánimas, es una celebración que se realiza el 2 de noviembre complementando al Día de Todos los Santos, cuyo objetivo es orar por aquellos fieles que han acabado su vida terrenal y, especialmente, por aquellos que se encuentran aún en estado de purificación en el purgatorio.

En este cometido desempeñó un importante papel la abadía de Cluny, en la que el abad san Odilón instituyó, hacia el año 1030, la Memoria de Difuntos, fijándola el día 2 de noviembre, inmediatamente después de la fiesta de Todos los Santos. Desde Cluny, la celebración de difuntos se extendió rápidamente a toda la cristiandad.

También ese día, en muchos lugares de España aparecían las «ánimas benditas» que recorrían las calles del pueblo pidiendo dinero de casa en casa. Eran personas enlutadas y encapuchadas, que llevaban esquilas y que terminaban en el cementerio, donde las mujeres se reunían para rezar y que previamente se había limpiado y adornado con flores y velas.

Pero pese a que parezca lo contrario, la celebración de una fiesta dedicada a los difuntos persigue en la mayoría de las culturas el objetivo de apaciguar a los muertos más recientes que vagan aún por la tierra sin encontrar su lugar de reposo.

Así, en Italia se afirma que el Día de los Muertos, los difuntos recorren el país en largas procesiones, llevando antorchas en las manos, entrando en las casas que fueron suyas, donde la piedad de los vivos ha dispuesto bebida, alimentos y camas limpias¹⁰.

Y no son solo las ánimas de los difuntos las que revolotean invisibles en el día «en que el otoño cede el empaldecido año al invierno»¹¹. Las brujas también aumentan sus viajes errantes, volando por el aire o golpeando a los viajeros por los caminos, montadas al anochecer sobre

caballos negros. También andan sueltas todas las hadas, y los duendes de todas clases vagan libremente en esta noche en la que las puertas del más allá permanecen abiertas de par en par.

Es solo el principio de la época oscura, porque a noviembre le sigue diciembre, más oscuridad. Más frío. Más muertos.

Y no solo en Europa, porque:

A fines de otoño, cuando la tormenta ruge sobre el país y rompe en el mar helado las todavía ligeras cadenas gélidas que le sujetan, cuando las masas de hielo se desunen y chocan unas con otras estrepitosamente y cuando los témpanos de hielo se apilan unos sobre otros en salvaje desorden, los esquimales del país de Baffin creen oír las voces de los espíritus que pululan cargando el aire de malignidad.

Entonces los espíritus de los muertos golpean salvajemente las chozas en las que no pueden entrar y desgraciado del miserable sujeto del que se apoderan: pronto enfermará y morirá.

El horroroso fantasma de un perro gigantesco y sin pelo persigue a los perros vivos, que a su vista expiran en convulsiones y calambres. Todos los innumerables espíritus del mal se diseminan, procurando traer enfermedades y muertes, tiempos malos y fracasos en la caza de los esquimales. El más temido de todos estos visitantes espectrales es Sedna, la señora del mundo de abajo, y su padre, el cual se encarga de los esquimales muertos.¹²

Como para pasar el invierno en esta isla canadiense.

EL FESTIVAL DE YULE Y LAS DOCE NOCHES SAGRADAS

Pero el Samhain celta no es el único periodo del año peligroso para los vivos. De hecho, solo es el comienzo, ya que numerosas tradiciones europeas coinciden en que las apariciones aumentan durante el ciclo de los Doce Días (los que van desde Navidad hasta Epifanía), unos días en los que en Francia se ve pasar el cortejo infernal mientras que en Escandinavia los grupos de aparecidos recorren los aires y roban comida a los vivos.

Tanto en la vieja Europa como en la India Védica, en la Grecia antigua o en la vetusta Babilonia, prevalece la idea de que estos doce días constituyen un ciclo de calendario completo en el que se reproduce en la tierra el evento cósmico del paso del caos al orden.

En otoño e invierno se celebraba entre los pueblos germanos el Disablot, un sacrificio que se ofrecía a las dísir¹³ durante la luna nueva de invierno. Parece ser la misma celebración que la conocida como Modranicht, la noche de las Madres, entre los anglosajones. En el siglo VIII, Beda el Venerable se hizo eco de esta fiesta que los paganos celebraban justo la víspera de Navidad.

El Disablot y festividades similares parecen haber formado parte de las celebraciones del festival anglosajón de Yule, el Jol islandés o Jul en el nórdico antiguo. Esta celebración pagana, que luego se asimiló a las fiestas navideñas, duraba doce días. Se trataba de una fiesta familiar dedicada al solsticio de invierno durante la cual se honraba a los antepasados difuntos de la familia, frente a cuyas tumbas se realizaban banquetes y celebraciones, libaciones de cerveza y sacrificios de verracos que se sucedían durante numerosos días en honor a los difuntos, puesto que el sacrificio del invierno está asociado al solsticio, a los muertos y a la fertilidad.

Todo cobra sentido si entendemos que entre los antiguos germanos Jul es una fiesta no solo de solsticio, sino también una fiesta tribal, la fiesta del clan. Pero el clan no comprende solo a los vivos, sino también a los muertos que regresan. Navidad es el tiempo de los ancestros, el tiempo en el que las generaciones se encadenan la una a la otra como la infancia a la vejez, y el invierno a la primavera.

Los aparecidos son huéspedes del invierno. La estación fría está ligada, especialmente entre los germanos, al recuerdo de los muertos. Se honra a los antiguos, se hacen sacrificios (el otro nombre de Jol es Alfablót, o «sacrificio de los elfos») y se mata a un verraco, el animal sagrado del dios Freyr. Es una fiesta de familia, una conmemoración de los difuntos, en la que incluso se ponía la mesa de Jol para los invitados invisibles, los ancestros que ya no están, tal y como hacemos actualmente en algunos pueblos de España¹⁴.

En la mayor parte de Europa los cortejos sobrenaturales se asocian especialmente al ciclo de los Doce Días, como demuestra el hecho de que en algunas zonas de Alemania no esté recomendado lavar ni secar el lino fuera de casa durante este periodo, porque se cree que los perros del cazador espectral pueden desgarrarlo en pedazos.

A este periodo que va del 25 de diciembre al 6 de enero también se le denomina «las témporas», festividades provenientes de un antiguo calendario agrícola tardíamente integradas al calendario cristiano, y que simbolizan la crisis del cambio de estación y el peligroso tránsito de la vieja estación a la nueva¹⁵.

En un primer momento la Iglesia primitiva solo tenía fijadas las fiestas que señalaban la muerte de los santos y de los mártires, por lo que se vieron en la tesitura de tener que marcar un día en el calendario que correspondiese al supuesto nacimiento de Jesús. La iglesia, que nunca da puntada sin hilo, decidió hacer coincidir esta fecha con el 25 de diciembre, anexándose de un solo golpe las festividades indoeuropeas del solsticio de invierno, las libaciones de Jul y la gran ceremonia anual del culto al dios Mitra.

Y es particularmente durante la témpora de Navidad, la más sagrada de todas, cuando no solo nace el Niño Jesús, sino que también aparece el ejército furioso formado por todos aquellos que murieron antes de tiempo y que deben vagar por la tierra hasta que se cumpla el tiempo que tendrían que haber vivido.

Pero no solo viajan los muertos durante esos días. En el Cáucaso, en el periodo comprendido entre Navidad y la noche de San Silvestre (31 de diciembre), se cree que algunos individuos abandonan sus cuerpos para viajar en espíritu, cabalgando sobre animales al reino de los muertos.

El dios Odín/Wotan, uno de los líderes de la caza salvaje, también está asociado al invierno. Uno de sus apodos es Jolnir, señor de Jol, y Jol es el tiempo sagrado de las grandes ceremonias religiosas invernales, unas fechas que rememoran a los muertos, al caos natural, al furor y a la renovación.

El solsticio de invierno es la fiesta de Odín por excelencia, en la que Wotan, como el gran cazador salvaje, reúne a sus guerreros y los encabeza al reencuentro de los demonios. Es el tiempo de las luchas y de las rapiñas rituales, de las máscaras, de los despojos de caza y de los tumultos. Y cuando los sonidos de la caza infernal se escuchan en la noche invernal, los hombres saben que él ya está aquí de nuevo, cazando sin fin entre las tormentas del Viejo Mundo.

⁹ Frazer, J. *La rama dorada*, 1981, págs. 710-714.

¹⁰ Ginzburg, C. *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVI*. Editorial Universitaria, 2005.

¹¹ Frazer, J. *La rama Dorada*. Fondo de Cultura Económica, 1981.

¹² Ídem.

¹³ Las dísir son diosas de oscura identidad asociadas a la muerte y el destino, como las valquirias o las nornas.

¹⁴ En Extremadura he podido recoger testimonios actuales de familias en las que, en la cena de Nochebuena, se coloca en la mesa un plato y un asiento vacío para los que ya no están. La abuela suele comenzar la reunión familiar con una invocación espectacular: «Difuntos y por nacer, vengan todos a comer», estableciendo así una cadena invisible que une el presente con el pasado y con el futuro.

[15](#) Ginzburg, C. *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, 2005, pág. 52.

PARTE I:
EL EJÉRCITO FURIOSO

Los dioses de la tormenta

LOS MARUTS, EL EJÉRCITO FURIOSO

Dentro de las divinidades hinduistas, Indra es considerado el dios de la guerra, la atmósfera, el cielo, la tormenta y el rayo. Los maruts son sus compañeros, jóvenes guerreros que surcan el aire, armados de lanzas centelleantes como rayos y relámpagos. Son violentos y agresivos, tienen dientes de hierro y rugen como leones. Residen en el norte y sobrevuelan los cielos en carros de oro tirados por caballos rojizos.

Todo tiembla ante ellos, incluso la tierra y las montañas. Vienen del cielo y engendran los vientos, los rayos y la lluvia, anunciando tormentas. Aparecen vestidos con pieles de ciervo y son muy temidos por pastores y colonos, quienes los conjuran con oraciones y votos. Cuando un rayo suena como el rugido de una vaca, los maruts lo acompañan inmediatamente extendiendo la lluvia y produciendo oscuridad en medio de los días.

Tras sus golpes rotundos tiemblan todas las viviendas terrenales, al igual que los hombres. Derribando los cuerpos sólidos e inmóviles, levantando las cargas más pesadas, los maruts rompen y arrancan los árboles del suelo, sacuden y entreabren las laderas de las montañas. No conocen enemigo ni en el cielo ni en la tierra y sus fuerzas derriban y superan todos los obstáculos: avanzan por todos lados borrachos de violencia y furor.



El Ejército Furioso en *Der Orchideengarten*, 1920.

Por su vigor irresistible, agitan violentamente a todas las criaturas terrestres o celestiales; levantan torbellinos de polvo y riegan la tierra seca con agua de nubes negras. Como los elefantes salvajes, destruyen los bosques; rugen con furia y siempre están listos para lanzar sus rayos.

El padre de los maruts es Rudra, El Que Ruge, también llamado El Feroz o El Salvaje, un personaje sombrío e inquietante asociado al viento, la tormenta y la caza, que habita en las montañas del norte y siembra el terror y la violencia.

Esta tropa presenta una clara similitud con la caza salvaje indoeuropea, y su jefe es un arquetipo del conductor de la caza infernal, por lo que es probable que los cortejos sobrenaturales que veremos más adelante sean la forma medieval y occidental de una manifestación histórico-religiosa de la India védica transformada en mito.

THOR, EL AURIGA

Thor es el dios del trueno y la fuerza en la mitología nórdica y germánica. Su papel es complejo, ya que tenía influencia en áreas tan diferentes como el clima, las cosechas, los viajes y las

batallas, todas ellas relacionadas con los cortejos sobrenaturales.

Thor recibe en su reino a los campesinos muertos, y viaja a través de la tormenta con su carro (por eso le llaman Oku-Thor, Thor el Auriga) tirado por dos cabras mágicas que resucitan de sus propios huesos cuando son devoradas.

También encabeza uno de los más paradigmáticos cortejos sobrenaturales, el Åsgårdsreien, la cabalgata de Asgard¹⁶, anunciada por el galopar de caballos negros salvajes que cabalgan veloces a través del aire nocturno. Como una tormenta, las huestes salvajes viajan en las nubes sobre los valles, los bosques y los prados, a través de la oscuridad y a favor del viento.

Thor, el fuerte, con el martillo alto, se mantiene erguido en su carro, al frente de la multitud. Golpea su escudo y ardientes llamas rojas iluminan la escena de la incursión nocturna. Resuenan los cuernos y atrona un ruido terrible de campanas y caballerías. Entonces la manada ruga y los campesinos, temblorosos en sus hogares, agudizan el oído con un miedo creciente.

La cacería salvaje de Asgard asalta la tierra durante el otoño y el invierno, en las noches tormentosas y especialmente en la época de Yule. Le acompañan troles y gigantes; cabalgan por prados y senderos y pasan junto a las granjas, cuyos habitantes saben que tienen que mantener el orden, porque puede que la temible cabalgata de Asgard visite su hogar. También hay que tener la cerveza lista y el fuego encendido para conservar la tradición pagana de Yule, porque puede sonar el clamor nocturno de los jinetes negros, y es entonces cuando las paredes se agrietan y los vasos bailan, y el ejército de Asgard rodea la vivienda.

Todavía se recuerda en la aldea noruega de Oevre Flage¹⁷ la tragedia que ocurrió durante una boda que se celebró en los días sagrados de Yule. Entre las doncellas no había ninguna como la novia, ni el novio tenía rival entre los hombres. Pero algo iba a empañar el enlace, porque la joven había rechazado con anterioridad a Grim, un violento joven del pueblo que se presentó en la celebración sin haber sido invitado, acompañado por su temible hermano Wolf.



Åsgårdsreien, el Ejército de Asgard, de Peter Nicolai Arbo, 1872.

Invadidos por un furor insano, irrumpieron en la misma noche de Navidad, durante el brindis, intentando apuñalar al novio, al que consiguieron sacar fuera de la cabaña. Los invitados los siguieron en un desorden salvaje, corriendo con velas y antorchas en las manos, porque sobre el exterior reinaba la más completa oscuridad.

Y vieron al novio erguido e imponente, fortalecido por el aire invernal, asestando una puñalada mortal a Grim. Su hermano Wolf intentó vengarlo y levantó su cuchillo para clavarlo en la garganta del joven novio, pero de repente se detuvo, con los ojos fijos en la oscuridad, y

comenzó a temblar como una hoja ante el viento.

A través del aire, en la oscuridad, se escuchó un trueno, y una horda aullando sobre caballos feroces galopó por los bosques hacia la granja donde se celebraba la boda. Entonces sonaron los cuernos y un ruido espantoso de campanas y cabalgaduras. El temible cortejo llegó sobre la colina, y entonces se escuchó un grito entre la multitud: ¡La caza salvaje de Asgard!

Hubo una tempestad en el cielo y en la tierra, tan terrible que alojó el horror en cada corazón. Una tempestad que estalló en círculos crecientes, golpeó con sus alas y agarró con sus brazos de viento. Entonces Wolf gritó al sentir como le asían violentamente por el cabello, le elevaban en el aire y le arrastraban por bosques y montañas. Y nunca, jamás, se volvió a saber de él.

Con esta historia podemos comprobar cómo una vez que en el norte de Europa se completa el proceso de cristianización, la figura de Thor es demonizada por la creciente influencia de misioneros cristianos y pasa a ser una figura de terror que, vestida de rojo, conduce un carro tirado por dos machos cabríos.

Sin embargo, no lograron erradicar del todo su culto, ya que siglos después de que el cristianismo se cimentara, restos de su fe se conservaron de forma clandestina principalmente en áreas rurales, y algunos han sobrevivido hasta hoy. Y no solo en el norte de Europa.

En Francia, a los que son raptados por el ejército furioso se les denomina «los prendidos»¹⁸, y suelen ser malas personas. Por eso aquellos que tienen la facultad de ver al ejército furioso tienen que contarlos, para dar una oportunidad a los futuros prendidos de cambiar de vida, antes de que la hueste espectral se los lleve y acabe con ellos, abandonando después sus cuerpos inertes en alguna encrucijada y llevándose sus almas para siempre.

Este miedo ancestral al rapto de los cortejos sigue vivo ahora muy cerca de nosotros, porque en Galicia se sigue hablando de aquellos dos mozos que volvían a casa bien entrada la noche y que en una revuelta del camino se encontraron de golpe con una luz muy brillante que crecía y ascendía a una gran altura.

Afortunadamente, los mozos llevaban una bisarma, una lanza con una hoja curva que forma una especie de cruz, así que el más valiente marcó un círculo en el aire y dibujó otro en la tierra poniendo la cruz en el medio y quedándose inmóvil en el interior.

El segundo mozo, paralizado por el miedo, no supo cómo reaccionar, así que empezó a correr, tropezó y cayó. De repente sintió un dolor intenso en el cabello, como si alguien le estuviera tirando con fuerza, y no tardó en comprender que lo llevaban por el aire. Al pobre mozo lo arrastraron por encima de las plantas silvestres y de los tojos, y lo golpearon con cuantas piedras había en los vallados y en los caminos. Por fin, cuando el desgraciado joven, ya próximo a morir, rezaba sus letanías, lo arrojaron desde el cielo muy cerca de su casa, con todo el cuerpo magullado¹⁹.

ODÍN/WOTAN, EL SEÑOR DE LOS MUERTOS QUE CAMINAN DE NUEVO

Pero, aunque algunos de estos encuentros son muy recientes e incluso coetáneos, lo cierto es que en la zona germánica los primeros testimonios escritos acerca de estas huestes nocturnas tienen más de dos mil años. De hecho, Virgilio ya informa de cohortes de pálidos fantasmas que recorren en la noche los cielos de Germania.

En un primer momento, los testimonios hablan de una tropa de muertos furiosos que vagan por

los aires, encabezadas por la gigantesca figura de su líder que se identificaba con el dios nórdico Odín al frente de sus invencibles Einherjer, acompañado en ocasiones por las valquirias.

Odín, el caminante, el viajero, de barba larga y blanca, tuerto de un ojo y sombrero calado, conocido como Wotan en alemán y Wodan en inglés arcaico, es el dios de todos los dioses en la mitología nórdica. Otro de sus apelativos es también el de «Frenético», ya que suele caer en éxtasis furiosos que atemorizan a dioses y humanos, lo que nos ayuda aún más a comprender por qué Odín es el arquetipo del cazador salvaje.

Pero entre sus numerosos nombres el que más nos interesa ahora es su apelativo como señor de los Muertos que Caminan de Nuevo, porque es muy posible que Odín fuese, antes de convertirse en un dios clave del panteón nórdico, un antiguo dios de los difuntos.

No es extraño, puesto que sus hijas, las valquirias, que son sus ayudantes y las encargadas de escoger a los guerreros caídos en combate para que participen en los festines y las batallas del Valhalla²⁰, no son más que una figuración embellecida de antiguos personajes psicopompos que arrastraban las almas de los guerreros difuntos al más allá. No en vano la palabra «valquiria» significa precisamente «la que escoge a los caídos».



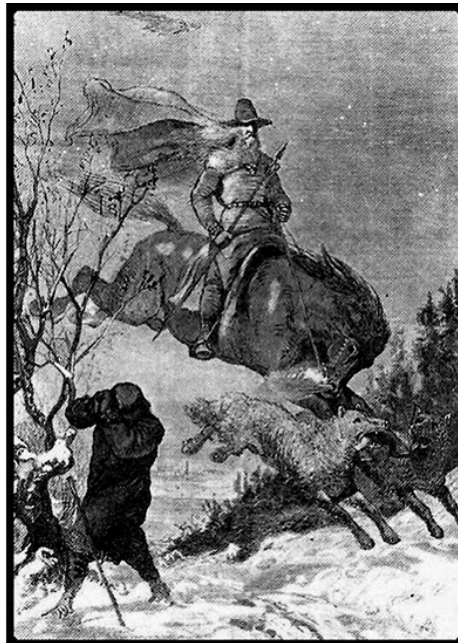
Odín con sus cuervos Hugin y Munin, y sus lobos Geri y Freki. Johannes Gehrts, 1901.

En el Valhalla, mientras esperan la llegada de la batalla del fin del mundo, los héroes libran constantemente entre ellos duelos sin consecuencias, en vista de que las heridas no los matan y que solo los interrumpen para succulentos festines. Sin duda estas representaciones del más allá, como las de Odín cabalgando a Sleipnir, su veloz caballo de ocho patas, son parte del origen de las creencias modernas, atestiguadas sobre todo en Dinamarca y el sur de Suecia, según las cuales Odín conduce la caza fantástica.

Decidí viajar hasta Suecia para ver qué podía averiguar sobre este cortejo sobrenatural que allí se denomina «oden jagar» o «densjagd». El barco que me llevaba desde Finlandia se deslizaba al

amanecer entre las pequeñas islas habitadas que jalonan el mar Báltico, y el frío viento del norte y un café bien cargado me ayudaban a permanecer despierta a pesar de la hora. El cielo se cuajaba de oscuros nubarrones, y yo lo contemplaba sin demasiada esperanza, aguzando más el oído que la vista, sabiendo que en Suecia la cacería es a menudo escuchada pero rara vez puede ser observada.

En el silencio del amanecer se escuchó un ladrido solitario que parecía provenir de una de esas pequeñas islas en la que se encaramaba una casita de madera roja. Recordé que uno de los rasgos más particulares del cortejo sueco es que uno de los perros de Odín ladra muy fuerte mientras que otro, simultáneamente, ladra muy bajito. Junto a algún que otro trueno y algún gemido lejano, estos ladridos son los únicos sonidos claramente identificables de este cortejo, cuya presencia está precedida por un extraño silencio antinatural.



Odín continúa cazando en el folclore sueco (August Malmström).

Truenos desde luego no se escuchaban, el perro de la casa roja había dejado de ladrar y las nubes se estaban retirando, dejando entrever un amanecer glorioso. Recordé entonces que cuando se escucha la cacería de Odín es un signo inequívoco de que el clima va a cambiar, aunque también puede significar guerra o desgracias venideras. Ninguna de las tres cosas me venía demasiado bien en ese momento, así que me alegré de no escuchar nada más en el alba silenciosa.

La creencia en la cacería de Odín está particularmente extendida en la región sueca de Götaland, donde numerosos topónimos testifican el temprano culto a Odín, y hasta allí me dirigí para intentar encontrar una evidencia sólida que relacionara el mundo de los muertos con Odín, Thor, los muertos y la fertilidad.

La prueba era tan sólida como una piedra, y tiene el poco romántico nombre de Piedra rúnica G 181 de Gotland. Realmente se trata de una lápida vikinga descubierta en el cementerio de la iglesia de Sanda en 1863 y que actualmente se encuentra expuesta en el Museo Nacional de Historia y Antigüedades de Suecia.

Cuando por fin la tuve delante no pude evitar que un escalofrío recorriera mi espalda. Allí

mismo estaban representadas las tres principales deidades de la mitología nórdica: Odín, Thor y Freyr.

La inscripción muestra dos escenas bajo un arco en texto rúnico. En el panel inferior puede reconocerse a Odín con su lanza Gungnir, a Thor con su martillo Mjölhnir y a Freyr, el dios de la agricultura, con una hoz. el líder del ejército furioso, el dios de la tormenta y el dios de la fertilidad caminando sobre la tierra, pues parecen tener sobre sus cabezas la esfera redonda de la luna llena.

El panel superior también muestra a los tres dioses, aunque también aparece un gran pájaro similar a un ganso doblando su cuello sobre ellos. Y aunque hasta la fecha no existe consenso sobre el significado de esta ave, no pude evitar recordar que en algunos lugares de Suecia se cree que Odín caza con grandes aves cuando sus perros se cansan, y que cuando es necesario puede transformar una pequeña bandada de estos pájaros en una hueste armada.

Más tarde descubrí que esta no era su única relación con la muerte, ya que en la primera década de 1700 los escandinavos aún creían que, si alguien estaba agonizando, la ropa de cama rellena de plumas de ganso facilitaría su muerte y su tránsito al más allá.

Este pedazo de piedra era no solo una pista para nuestra investigación, sino también la evidencia de que Odín, Thor, y Freyr formaron en algún momento un grupo divino trinitario, y que esta unión a tres bandas entre las huestes sobrenaturales, las tormentas y la fertilidad de las tierras también estaría relacionada, de algún modo, con el concepto de la muerte.

Las creencias relacionadas con Odín se mantuvieron fuertemente arraigadas en esta región sueca desde tiempos paganos hasta épocas modernas, pero debido a la cristianización (que como ya hemos visto, demonizó a los antiguos dioses paganos a los que no pudo erradicar), Odín, al igual que Thor, pasó de ser un dios poderoso a ser un personaje legendario que a veces se presentaba como un demonio peligroso.

En algunos lugares de Suecia, aunque no llegó a ser demonizado, se le degradó de categoría y se le transformó en un malvado caballero, y he identificado incluso tradiciones en las que se afirma que Odín era un noble o un rey que acostumbraba a salir de caza los domingos y que tras su muerte fue condenado a perseguir seres sobrenaturales hasta el fin de los tiempos.

Odín se expande por Europa volando con el viento furioso, y se le ha visto cabalgando en los cielos en Alsacia, donde recibe el nombre de Breithut (sombrero ancho) o Blauhüttel (sombrero azul). Viene del norte y atraviesa la noche atropellando todo lo que se encuentra en su camino, lanzando su grito de caza y seguido de su tropa salvaje y de perros rugientes, hacia el oeste, la tierra de los muertos.

En Alemania las denominaciones vernáculas del cazador salvaje situado a la cabeza de las cabalgatas voladoras guardan viva la memoria de la antigua divinidad Woden. Este cazador es der Wüder en Sajonia, der Wude en Renania, der Wod en Luxemburgo y der Waud en Pomerania.

En otros lugares, al gran cazador se le llama Hupéri, Hubi o Hütcher, y también lleva un enorme sombrero negro que le tapa los ojos. Es Odín el Tuerto, el dios que perdió un ojo a cambio de la sabiduría, y que sigue cabalgando por Europa, cada vez más lejos de su reino de hielo.

En el italiano valle de Cavargna, en Lombardía, aún se habla de los «pelus de Kongau», una raza de seres feéricos cubiertos de pelo áspero, que dejaban sus refugios de piedra para rendir homenaje al gran rey de la caza, un imponente hombre armado con lanza, sin un ojo y con la cabeza coronada por un casco cornudo que cabalga sobre un caballo monstruoso. En Trentino y

Valsassina se afirma que cerca de este oscuro caballero cabalgan mujeres guerreras, descalzas y despeinadas, que vuelan sobre corceles de más de cuatro patas. Cómo no contemplar en estas descripciones a Sleipnir, el caballo de ocho patas de Odín, a Odín mismo y a sus valkirias atravesando en la noche los valles italianos...

Como en otras ocasiones, el cristianismo transformó esta visión en un cortejo demoníaco, alimentando el miedo a esta cacería tormentosa y convirtiéndola en una batida de muertos llegados del mismo corazón del infierno. Así, en la Edad Media la tradición comienza a recibir nuevos influjos y más detalles: el caballero tuerto en ocasiones no tiene cabeza, a veces el corcel es un jabalí (animal muy apreciado por los celtas) y ni siquiera es raro que el propio caballero sea un demonio o un sátiro horrible. A su lado rugen los perros de caza, grandes como caballos, y dependiendo de las zonas las Amazonas se convierten en caballeros de otras épocas, en demonios silbantes o fantasmas horribles de campesinos secuestrados en el bosque.

A medida que avanza hacia el sur y transcurren los siglos, Odín/Wotan se va amansando al igual que harán los cortejos sobrenaturales, hasta llegar hasta la España actual convertido en un nubero, un conductor de nubes y tormentas que cabalga sobre los cielos asturianos, cántabros y gallegos, y al que se representa como un hombre con espesa y enorme barba, ojos ardientes, orejas puntiagudas, con pieles de cabra, capa negra y un gran sombrero de ala ancha. Incluso en muchos lugares se afirma que es tuerto, lo que nos da una descripción bastante fidedigna de nuestro viejo conocido Odín/Wotan.

En una de las descripciones que se ofrece del *nuberu* en Quirós (Asturias) se afirma que es «un *paisanón* vestido con pieles y con una saya negra, muy barbudo, que surca el cielo *esparrau* (montado) en un *forcau* tirado por lobos»²¹. No es difícil encontrar aquí a Wotan, quien entre sus muchas atribuciones tiene las de dirigir las tempestades y surcar el cielo montado en un trineo tirado por lobos. Traslada por el aire a sus protegidos, lleva barba gris, viste con pieles y oculta la falta de un ojo con un sombrero de alas muy grandes.

El nubero, como Wotan, crea nubarrones y cabalga sobre ellos, y es el hacedor de la lluvia, la nieve y el granizo, que arroja sobre los campos, arruinando así las cosechas. Sin embargo, lo más temible es su capacidad para crear las nieblas más espesas y densas, lo que hace que tanto los pastores como su ganado acaben perdiéndose en el monte.

En algunos lugares de Galicia se le denomina *nubeiru*, y es un gigante fuerte cubierto de pieles generalmente negras. Está asociado a tormentas, truenos y relámpagos, a la niebla y en menor medida a los aludes. Sale por las mañanas de las herrerías para cabalgar los cielos provocando tormentas y lanzando rayos.

Según cuenta la tradición, el *nuberu* vive en lo alto de una montaña o en un lugar denominado Ciudad del Grito. Cuentan que se llama así porque como el *nuberu* suele estar envuelto en la niebla, es conducido a casa gracias a los gritos que lanzan sus familiares para mostrarle el camino de vuelta: «En el centro de la ciudad hay una peña muy alta y sobre ella se pusieron las mujeres y los niños y comenzaron a dar gritos y a tocar cuernos y cencerros para que el *nuberu* se orientara entre la niebla»²².

La relación entre los gritos, el sonido de los cuernos y las tormentas las veremos más adelante cuando nos metamos de lleno en el barullo atronador de la caza salvaje, pero baste conocer ahora que, si viajamos a las islas británicas podremos escuchar al Doo-inney-Oie, el hombre de la noche, un espectro que anuncia las tormentas. A veces lo hace a gritos y otras veces toma la apariencia difusa de un hombre que advierte del peligro tocando un cuerno bastante parecido al

de los Alpes suizos²³.

Y a pesar del tiempo y el espacio, aún hemos podido encontrar en la actualidad personas que parecen haber tenido encuentros fortuitos con el dios del sombrero, como puede que le ocurriese a Goñi, una encantadora mujer que mientras rememoraba su juventud en el salón de su casa, en Santander, me contaba cómo una noche de noviembre se encontró con lo imposible en un aislado pueblo de la montaña cántabra:

Sería sobre el (año) 1977, yo tenía 15 años en Tresviso, estaba ligoteando en el portal de mi casa sobre la una de la mañana, en otoño, vimos un caballo con un jinete que venía de Urdón al pueblo.

Tenía un guardapolvo y un sombrero, y el caballo era blanco. No se le veía la cara porque la tenía metida *pa bajo*, tenía el rostro hacia abajo tapado por el sombrero. No había luz (eléctrica), pero había una luz bestial porque había luna llena espectacular.

El caballo estaba herrado, se oían las herraduras en las piedras, lo vimos durante cinco minutos desde el cementerio, iba a buena marcha. Fue rarísimo, porque me acuerdo de que llevaba el cabezal del caballo, y traía silla de montar, como un jinete acostumbrado a cabalgar, y (en la zona) lo habitual era montar a pelo o con albardas, pero no con silla.

Parecía como salido de otra época. Era una figura delgada, estilizada, con el tornapolvos y el sombrero, que antes no se usaba. No llevaba bolsa ni nada.

Para mí fue rarísimo, por eso no le pongo ni nombre. Cualquier persona que suba por Tresviso o iba a Tresviso o iba a Sotres, y a Sotres se iba mejor por otro lado. La sensación fue de miedo.

(Fue) una impresión rarísima. La indumentaria era oscura y el cabello blanco, la indumentaria no es de allí. Allí el sombrero no se usa y el guardapolvo menos. Si lo ve una persona mayor diría que iba disfrazado, y si lo ve mi abuela diría que era el demonio disfrazado de hombre.

Y subió toda la peña a caballo hasta que desapareció.²⁴

¹⁶ En la mitología nórdica, Asgard es el mundo de los *asir*, gobernado por Odín y su esposa Frigg.

¹⁷ Welhaven, J. S. Asgaardsreien en *Nyere Digte*, 1845.

¹⁸ Vargas, F.: *El ejército furioso*. Siruela, 2011.

¹⁹ Mariño Ferro, X. R.: *Aparición e santa compañía. Mitos e tradición*. Edicions do Cumio, 1995.

²⁰ En la mitología nórdica, Valhalla (del nórdico antiguo Valhöll, «salón de los caídos») es un enorme y majestuoso salón de Asgard donde los difuntos se reúnen con las masas de muertos en combate, los Einherjer, así como con varios héroes y dioses germánicos legendarios, mientras se preparan para ayudar a Odín en el Ragnarök, la batalla del fin del mundo.

²¹ Callejo, J. *Gnomos*. Edaf, 1996.

²² Llano, A. de. *Del folklore asturiano; mitos, supersticiones, costumbres*. Instituto de Estudios Asturianos del C. S. I. C., 1983.

²³ Briggs, K. *Quién es quién en el mundo mágico*. José J. de Olañeta, 2006.

²⁴ Gori (Tresviso), entrevistada el 5 de octubre de 2018.

La armada de los muertos

El retorno de los caídos en combate fue una creencia común, y los relatos sobre ejércitos fantasmas poblaron el imaginario popular e incluso se materializaron en una serie de creencias a lo largo de la historia de Europa, como la que asocia a estas apariciones el anuncio de una desgracia, que como ya sabemos es uno de los puntales básicos de nuestros cortejos sobrenaturales.

El motivo de los ejércitos de espectros que siguen combatiendo a través de los siglos ha persistido desde la Antigüedad. Uno de los relatos más antiguos es el que nos habla de la llanura ensangrentada de Maratón, y de cómo aquellos que se acercan escuchan el sonido de los caballos y de los hombres que continúan combatiendo como si la batalla (que tuvo lugar 500 años antes de nuestra era) aún se estuviese librando. Y desdichado aquel que se encuentra en Maratón en ese momento, pues corre el peligro de no escapar vivo, porque, aunque durante toda la noche se oyen relinchar caballos y hombres peleando, aquel que intente ver con precisión lo que está sucediendo no se escapa sin daño.

Otra de las características intrínsecas en estas huestes sobrenaturales es su relación con la tormenta, como ocurre con un ejército patrio de fantasmales soldados liderados por el legendario Bernardo de Carpio que se oculta en la sierra del Picarcho (o Picacho), ubicada entre los términos municipales de Cieza y Jumilla, en la frontera entre las comunidades de Castilla La Mancha y de Murcia. En ella se encuentra, cerca de su cota más elevada, la cueva de los Encantados, de bastante extensión y altura, y en la que

... es creencia general, apoyada por el testimonio de varios que dicen haberlo visto, que el día de San Juan, al despuntar el día, sale de esta cueva una gran cohorte militar de espectros con caballos de guerra ricamente enjaezados, guerreros que, precedidos de fantásticos estandartes, se dirigen hacia el sur, desapareciendo en lontananza, cual si evocasen algún hecho lejano histórico por allí acaecido...²⁵

Y efectivamente, según cuentan los lugareños, su forma de avanzar es singular, porque los que van en cabeza se reintegran continuamente a la retaguardia y reinician el avance infatigable hasta la vanguardia. Los campesinos afirman que no pueden aproximarse a ellos, porque las siluetas se alejan o desvanecen.

Todos saben quién y por qué está encantado, y en Cieza aún se narra la historia del legendario Bernardo del Carpio, vencedor del emperador Carlomagno en Roncesvalles, quien tras derrotar a un ejército islámico se vanaglorió de su triunfo, arrogante y orgulloso, declarando la guerra al mismo Dios. La condena no se hizo esperar: vivirá encantado hasta el día del juicio final en la gruta del monte del Picacho. Pero se le concede, misericordiosamente, una salida en el día de San Juan con toda su hueste, aunque debe regresar antes del alba a su rocoso cautiverio.

Y en cumplimiento de esta maldición, en el día más mágico del año, el día de San Juan, mientras las campanas de los pueblos cercanos tocan las doce campanadas del mediodía, en las inmediaciones de la cueva se produce un viento huracanado que trae sonidos de marcha militar.

Y aunque afirman que solo los que esa noche vean una gran señal en el cielo, en las cercanías de la cueva, pueden ser testigos de lo que allí acontece, todos saben lo que ocurre, porque a la mañana siguiente aparecen todas las cosechas arrasadas y destruidas por los jinetes y soldados del legendario guerrero.

Es curioso que el testimonio recogido por Roso de Luna afirme que se dirigen hacia el sur, porque es precisamente hacia el sur, en el pueblecito granadino de Huéscar, donde vuelven a aparecer Bernardo de Carpio y sus huestes envueltas en el viento y la tormenta.

La mesnada de Bernardo el Carpio aparece por las noches por las sierras de Molina, atravesando Campofique. Siempre que aparece va al galope de sus caballos persiguiendo a un moro o a un oso, con ruido de armas, gritos y relinchos de caballos. La mesnada siempre desaparece con los primeros claros del día. Algunas noches de tormenta seca de verano, que no llueve, pero hay un trueno de retumbo largo, se dice que pasa la mesnada; pero no llueve nunca, sino solo truenos.²⁶

Como podemos comprobar, en este relato todavía se escuchan ecos del estrépito bélico del antiguo ejército hispano y de la agresiva furia de la mítica caza salvaje sobre caballos voladores.

BATALLAS ESPECTRALES

La cosa viene de lejos, porque se cuenta que la guerra civil de Roma se anunció primero en el cielo, con sonidos de trompetas y clamores de batalla, y antes de la muerte de César diversos autores afirman que también se escuchó en el cielo un gran ruido de armas entrechocando que resonaron en las montañas. La tierra pareció abrirse, un clamor gimiente atravesó los bosques, y en la noche aparecieron formas fantasmales, tropas pálidas que musitaban y hablaban aterrorizando a los testigos.

También se observaron en los cielos ejércitos poderosos cuando Tito sitió Jerusalén, en el año 70 de nuestra era, y se vieron ejércitos en llamas y tropas de fantasmas, y fueron interpretados como malos presagios.

Hacia el año ochocientos, Europa fue objeto de una verdadera invasión de extraños ejércitos aéreos. Las crónicas cuentan que durante el reinado de Ludovico Pío se vieron claramente brujos a caballo sobre las nubes, batallones de magos armados con lanzas por los cielos de Francia y extraños hechiceros arrastrando tras de sí enormes depósitos repletos de venenos.

En el año 842 aparecieron en las llanuras del cielo ejércitos de diferentes colores. La luna en toda su belleza iluminaba este maravilloso prodigio, y la misma escena se repitió varias veces seis años más tarde, cuando desfilaron ejércitos infernales entre el cielo y la tierra, en los claros de luna, ante la atónita mirada de los espectadores nocturnos.

En ocasiones las visiones aéreas encierran en sí mismas todos los elementos de los cortejos sobrenaturales, como en el caso del borgoñés conde Arnold, un legendario personaje ubicado en el siglo XIII que combatió contra los agarenos que invadían su país. Arnold muere en la batalla junto con su esposa Berta y su hijo, por lo que los habitantes de la región lo consideran un héroe de la reconquista del país.

Sin embargo, de noche lo ven volar por los aires seguido de su ejército de los guerreros y de su esposa Berta. Y en la oscuridad se reproduce la lucha con los árabes y se escucha el ruido de la brega y el embate de la batalla, que a veces se convierte en una cacería loca y desenfrenada dirigida por el conde Arnold, hecho que lo hermana (además de su similitud fonética) con el catalán conde Arnau, al que conoceremos más adelante.

Por otra parte, el nombre de su mujer lo relaciona con la conocida como caza de la reina Berta, otro cortejo sobrenatural que es tradicional en algunas regiones europeas y que proviene ni más ni menos que de otra diosa que llegó del frío: Berchta o Perchta²⁷.

Esta tradición de batallas aéreas que anuncian sucesos aciagos, tan común en la Edad Media, no

desaparece en los siglos siguientes, como demuestran las escuadras armadas en los aires que fueron vistas en 1463 en los cielos de Segovia, marchando en tropel como si fueran apresuradamente a una batalla. Los cronistas oficiales que recogen estos extraños acontecimientos coinciden en señalar que el escuchar estos bramidos en el aire, temerosos y tristes, acompañados de golpes de pelea como de gente armada que batallan en las nubes, han sido siempre considerados como funestos presagios de desgracias.

Pero si hubo un tiempo fecundo para las batallas espectrales, ese fue, sin duda, el siglo XVII, ya que a los combates reales que se mantenían en el territorio europeo había que sumarle los que se seguían viendo de manera fantasmal.

La toma de Oppenheim, en Alemania, por el ejército español de Flandes tuvo lugar el 14 de septiembre de 1620 durante la guerra de los Treinta Años. Fue tal la masacre que muchos cuerpos no pudieron recibir sagrada sepultura, y quedaron esparcidos por el entorno.

Se cuenta que un siglo después, una noche de luna llena un pintor acudió a la abadía de Oppenheim para pintar sus ruinas a la luz de luna. De repente, escuchó un extraño ruido y contempló horrorizado cómo los huesos expuestos y semienterrados de guerreros muertos, esparcidos por la superficie del camposanto, se unían y ensamblaban formando siniestros esqueletos que se levantaron de sus tumbas, se pusieron en pie y formaron horripilantes y espantosos batallones (los suecos formaban con los suecos, los españoles con los españoles) y, obedeciendo unas rudas y repentinas órdenes que resonaron en el aire de la medianoche, las dos compañías se lanzaron al ataque, obligadas a luchar en la muerte porque fueron enemigos en vida.



La diosa Perchta, ilustración en *Die Götter Deutsche und Nordische Völker* (Wilhelm Mannhardt).

Cuando el reloj dio la una, el combate cesó y los huesos volvieron a colocarse por el suelo en desorden. El artista volvió apresuradamente al pueblo y con voz vacilante relató su terrible experiencia. Cuando estalló la guerra de los Siete Años, no mucho tiempo después, los habitantes del pueblo se declararon convencidos de que el combate de los esqueletos había sido un presagio del aciago suceso²⁸.

De la abadía alemana no quedan ya ni los restos, por lo que decidí viajar hacia otra batalla fantasma que no solamente es recordada, sino que incluso es el orgullo del pueblo. Volé hasta Inglaterra y alquilé un coche para llegar hasta en el condado inglés de Somersert, donde se encuentra Westonzoyland, el campo de batalla en el que se libró en 1685 la batalla de Sedgemoor, entre las tropas del rebelde James Scott, quien estaba intentando tomar el trono

inglés, y Jacobo II de Inglaterra.



El Sedgemoor Inn, en Inglaterra, un pub que aún mantiene vivo el recuerdo de una cruenta batalla.

Aquí se producen, según aseguran algunos testigos, inquietantes manifestaciones entre las que se incluyen jinetes fantasmales que galopan, vientos helados y un espectral sonido de batalla.

El sol inglés calentaba los verdes campos de Sedgemoor mientras intentaba encontrar el lugar exacto de la batalla, y tras tres fracasos consecutivos y dos allanamientos involuntarios de propiedades privadas, decidí volver al pueblo y preguntar.

En las calles no había ni un alma, así empujé de manera decidida las puertas del Sedgemoor Inn, un pub que aún mantiene viva la memoria de la batalla con cuadros, carteles y recuerdos añejos del combate. Allí, en la semioscuridad del pub, algunos paisanos bebían pausadamente sus pintas de cerveza. Pregunté al camarero por el lugar de la batalla y no tardaron en darme varias indicaciones para llegar al sitio exacto, mientras me aseguraban orgullosos que habían colocado un monolito en el lugar con el fin de recordar el momento más histórico del pueblo.

Viendo su predisposición me atreví a preguntar también por los fenómenos sobrenaturales que rodean el lugar. Algunos sonrieron y otros callaron, pero uno de ellos, animado por la cerveza, me aseguró que, aunque fuese cierto (y él no lo dudaba) que se escuchaba a veces el sonido espectral de la batalla y se veían fantasmales jinetes a galope, no contase con verlo. Y ante mi estupefacción por su rotunda afirmación, señaló con la cabeza un calendario de pared y me aseguró que faltaba un mes.

Y entonces lo entendí: En un mes exacto sería 6 de julio, el aniversario de la batalla de Sedgemoor, cuando el ejército fantasma se manifiesta en el campo de batalla. Era la primera vez en mi vida que llegaba a una cita con un mes de adelanto.

Donde sí parecen verse estos ejércitos sin una periodicidad concreta es en los campos de Normandía. Allí, sobre los bosques y pastos y sobre los sinuosos caminos rurales, y sobre las riberas coronadas por setos altos y gruesos que rompen el viento, se ven, en la víspera de las grandes perturbaciones sociales, jinetes en el cielo galopando en yeguas de despeinadas crines, librando furiosas batallas entre las nubes lívidas que se vuelven de repente del color de la sangre. Y al parecer son extremadamente certeros, porque estos fenómenos anunciaron no solo las revoluciones de 1789, 1830 y 1848, sino también las dos grandes guerras mundiales.

EJÉRCITOS FANTASMALES

Quizás mi encuentro fallido con el ejército fantasma de Sedgemoor fue un golpe de suerte, porque una de las características de los cortejos sobrenaturales, además de presagiar desdichas, es precisamente el hecho de que aquel que se lo encuentra, o aquel que puede verlo, es muy probable que acabe uniéndose al ejército de los muertos.

Y si no, que se lo pregunten a Frottier, un sacerdote francés que vivió en el pueblo fortificado de Tonnerre cuando el mundo cambiaba de año, de siglo y de milenio, adentrándose en el temido año mil.

Un domingo al caer la tarde, antes de la cena, se sentó a relajarse en la ventana de su casa, y al mirar hacia fuera contempló anonadado una innumerable cantidad de jinetes que venían del norte, que parecían ir a la batalla y que se dirigían hacia el oeste. Quiso llamar a alguien de su casa para que presenciase la aparición con él, pero apenas había articulado palabra cuando la visión se disipó y desapareció rápidamente. Con la mente golpeada por el terror, el sacerdote apenas pudo contener las lágrimas. Pronto cayó enfermo y murió al año siguiente.

Lo mismo ocurre en otras partes de Europa y en otros lugares, como en la Francia del siglo xiv. El 29 de septiembre de 1364 tuvo lugar la batalla de Auray, el enfrentamiento más importante y posiblemente el más sangriento de la guerra de sucesión bretona, un conflicto inserto en la guerra de los Cien Años. En esa batalla se enfrentaron dos facciones bretonas, una apoyada por Francia y la otra por Inglaterra.

Pues bien, aún hoy se afirma que en el campo de batalla de Auray, las almas de todos los que perecieron sin haber sido absueltos de sus pecados están condenadas a permanecer cerca de sus cadáveres, y a cierta hora de la noche, se levantan de sus tumbas de tierra y comienzan a atravesar la llanura fúnebre en toda su extensión. Están obligados a deambular por ella hasta el día del juicio final, y a caminar siempre en línea recta, sean cuales sean los obstáculos que puedan encontrar. Y el desdichado viajero que tiene la desgracia de pasar por allí en esos momentos y es tocado por ellos cae golpeado por un poder invisible y muere antes del amanecer.

Algo parecido, pero más cristianizado, ocurre con el ejército marcial de Horserberg, compuesto por almas en pena que salen por la noche de un monte de Turingia, situado cerca de Eisenach. La leyenda se basa en la creencia de que este lugar fue antiguamente escenario de una batalla en la que murieron numerosos caballeros que aún reposan en esa tierra, y que desde entonces se aparecen a los vivos para rogarles oraciones²⁹. No pretenden atemorizar a los viajeros con su severo rostro de brumosos rasgos ni con sus armas oxidadas y descarnados pendones, sino que solo pretenden ser escuchados para aliviar sus penas.

Y todo este piadoso espectáculo cristiano tiene lugar, no por casualidad, en un paraje mágico, un escenario prodigioso donde se cree que los hombres permanecen encantados, fieles a sus antiguas creencias paganas, en el reino de Venus o en el de su equivalente germánica Holda, unas deidades que no son más que otras manifestaciones de nuestras ya conocidas Berchta y Freya, todas ellas conductoras de cortejos sobrenaturales.

Sin embargo, la mayoría de las veces la visión de ejércitos fantasma parece ser el preludio no solo de una derrota en el campo de batalla, sino también de desgracias y guerras futuras.

En el siglo I Tácito³⁰ nos habla de un terrible ejército compuesto por difuntos, lo que no solo llena de pavor a quienes lo observan, sino que también encierra un mal presagio para los soldados romanos.

Y ya en España, tenemos incluso una «compaña mora», porque aún se cuenta en Granada³¹ la historia del Tío Nicolás, un nevero de Sierra Nevada que a finales del siglo xvii se topó con un

formidable ejército que subía la montaña, girando en torno al barranco, al que en ocasiones se podía ver a la luz de la luna, y que en otros momentos se ocultaba en la oscuridad. Cuando ya se aproximó, distinguió perfectamente que eran soldados de infantería y de caballería armados a la usanza morisca.

El Tío Nicolás intentó salirse del camino, pero su viejo mulo empezó a temblar tanto que no conseguía dar ni un solo paso. El fantástico ejército no tardó en pasar junto a ellos, y aunque comprobó asombrado que entre aquellos guerreros de rostros pálidos como la muerte algunos iban tocando trompetas, y otros tambores y címbalos, lo curioso es que no se oía ningún sonido, sino que marchaban todos sin hacer el menor ruido.

A la retaguardia del ejército, y entre dos hombres negros a caballo, cabalgaba el gran inquisidor de Granada en una mula blanca como la nieve. El Tío Nicolás se quedó admirado de verlo en semejante compañía, pues el inquisidor era famoso por su odio a los musulmanes y a toda clase de infieles, judíos o herejes, y acostumbraba a perseguirlos a sangre y fuego.

Sin embargo, el Tío Nicolás se creyó a salvo teniendo a mano un sacerdote de tanta santidad; por lo que, haciendo la señal de la cruz, le suplicó a voces su bendición. Entonces, sintió un enorme golpe en la cabeza, y tanto él como su mulo fueron a parar al fondo de un barranco.

Se arrastró a duras penas hasta Granada, con el cuerpo molido y magullado, y cuando contó la historia de su aventura nocturna todos se rieron de él, aunque las risas cesaron cuando al poco tiempo ocurrió un suceso imprevisto: el gran inquisidor murió en aquel mismo año.

Lo de los malos presagios siguió primando a lo largo de toda la historia de Europa, y en ocasiones fueron aprovechados por distintos bandos y ejércitos como beneficio propio y propaganda política.

Así se dijo que, en el siglo xv, con motivo de la última visita del papa Eugenio IV a Florencia, cuatro mil perros fueron vistos por la noche, cerca de Como, en veloz carrera hacia el norte. Delante de ellos corría una inmensa cantidad de ganado, y después de la jauría apareció una multitud de hombres armados, tanto a pie como a caballo, algunos sin cabeza y otros apenas visibles. Un caballero gigantesco finalmente apareció detrás de ellos, seguido por otras bestias innumerables.

En otras ocasiones los ejércitos fantasmales anticipan tumultos, como ocurrió dos siglos después en el mismo país, cuando un hidalgo español llamado Calceran Rochez tuvo una extraña visión. Una noche en la que se encontraba acostado en su casa, situada cerca del puerto de Palermo, creyó oír el sonido de muchos hombres que andaban y causaban una gran algazara en el patio, así que se levantó, abrió la ventana, y contempló, a la escasa claridad del crepúsculo, un gran número de soldados y personas que avanzaban en perfecto orden, seguidos de alabarderos y hombres armados de rodela. Cerca de ellos iban muchos caballeros divididos en escuadrones, y todos se dirigían hacia la casa del virrey de Sicilia, Hugo de Moncada, que había sido nombrado por el rey Fernando de Aragón. Al día siguiente Calceran refirió todo lo que había visto a Moncada, quien no le hizo ni caso. Sin embargo, poco después el rey Fernando murió y los habitantes de Palermo se sublevaron³².



La visión de la Muerte, por Gustave Doré, 1868.

Pero no solo marcan estos ejércitos los motines y las sublevaciones, también los desastres naturales, porque la noche anterior a la gran inundación del valle del Arno, en 1333, uno de los monjes de la abadía Vallombrosa, en la Toscana italiana, oyó, estando en su celda, un ruido infernal, y al salir a campo abierto, contempló una tropa de caballeros negros, armados, y de aspecto terrible, que pasaban al galope. Asustado, suplicó a uno de esos espectros que le dijera hacia dónde se dirigían y se quedó de piedra al escuchar de sus labios que iban a destruir Florencia como castigo por sus pecados.

Lo de castigar a la humanidad gracias a jinetes sobrenaturales viene de lejos, y podemos encontrarlo ya en la Biblia, donde se describe la apocalíptica plaga de langostas que se enviará sobre la tierra para masacrar a los hombres de una manera que nos resulta bastante familiar:

Y las figuras de las langostas se parecían a caballos aparejados para la batalla; y sobre su cabeza tenían como coronas al parecer de oro; y sus caras, así como caras de hombres, y tenían cabellos como cabellos de mujeres; y sus dientes, como dientes de leones; vestían también lorigas de hierro; y el ruido de sus alas como el estruendo de los carros tirados de muchos caballos que van corriendo al combate...³³

También la Biblia³⁴ nos presenta a los archiconocidos cuatro jinetes del Apocalipsis que asolarán la tierra en la primera parte del capítulo sexto.

El capítulo habla de un pergamino que sostiene Dios en la mano derecha y que está sellado con siete sellos; en ese escenario, Jesús abre los primeros cuatro sellos de los siete, liberando a estos jinetes que montan en cuatro caballos: blanco, bermejo, negro y amarillo. El último caballo, de

color blanco amarillento, va montado por la Muerte, y va seguido por el Hades, el reino de los muertos.

[25](#) Roso de Luna, M. *Del árbol de las Hespérides: cuentos teosóficos españoles*. Cículo Latino, 2006.

[26](#) Alvar, M. *De la «Maisnie Harlequin» a algunas designaciones románicas de los escualos*. Madrid: CSIC. Instituto de Cultura Hispánica, 1977, págs. 379-393.

[27](#) En los Alpes la diosa Berchta, acompañada de su brillante séquito, puede ser vista en numerosas ocasiones en otoño e invierno. La noche de San Miguel, el 29 de septiembre, pasa por los cielos bendiciendo a los buenos y castigando a los malos, y los niños la siguen entonando un canto fúnebre muy triste.

En invierno la hermosa diosa tiene su trono bajo tierra, donde también se encuentra su rebaño, lo que las relaciona con los muertos, aunque en ocasiones regresa a la tierra vestida de indescriptible riqueza y arrojando centeno en los pequeños campos de las montañas, lo que la vincula también con la fertilidad.

En Navidad, vestida de cazadora, corre seguida de una multitud de alegres espíritus, y el segundo día del año (el tercero si el año comienza un sábado) se la puede ver con la procesión de las hadas.

Berchta, realmente, no es más que otra de las identidades de Freya, una deidad de la mitología nórdica y germánica, diosa del amor, la belleza y la fertilidad, aunque también asociada a la guerra, la muerte, la magia, la profecía y la riqueza. Las Eddas mencionan que recibía a la mitad de los muertos en combate en su palacio llamado Fólkvangr, mientras que Odín recibía la otra mitad en el Valhalla.

En la Edad Media se quiso dar a la figura de Berchta una influencia malévola, y se la empieza a representar como una vieja bruja que asusta a los niños, pero a pesar de los cuentos que quieren convertirla en un demonio maligno, la tradición popular casi siempre la muestra con su serena belleza, con largos cabellos dorados y espléndidas túnicas, sonriente entre las nieblas de las montañas y compañera eterna de Thor y de Wotan.

[28](#) Spence, L. *Alemania. Mitos y Leyendas*. M. E. Editores, 1995.

[29](#) Heinsius, B. (1665-1744).

[30](#) Grimm, J. en su *Deutsche Mythologie* sugiere que las cacerías salvajes son una reminiscencia de antiguas reuniones nocturnas y tumultuosas de los *harii*, guerreros de elite con los cuerpos pintados a los que, según afirma Tácito en su *Germania*, ningún enemigo se les resistía, porque solo el horror y la sombra que acompañan esta armada de fantasmas era suficiente para llenar de terror a aquellos que lo veían.

[31](#) Irving, W. *Cuentos de la Alhambra*, 1832.

[32](#) Ídem.

[33](#) Apocalipsis (9, 1-10).

[34](#) Apocalipsis (6, 1-8).

Los caballeros negros

Y es que, aunque el caballo que simboliza la muerte en la cultura europea es siempre blanco, es un caballero negro el que lo conduce. Así, en la región francesa de Côte-d'Or, que recibe su nombre del color dorado que adoptan las viñas de los montes de Beaune en otoño, puede verse en esas mismas fechas la imagen nocturna del cazador negro que cabalga cerca del castillo de Entre-deux-Monts, montado sobre un caballo oscuro como la noche y rodeado de una jauría color de ébano³⁵. Se trata del arquetipo del jinete negro, un poderoso personaje con el que hay que intentar no cruzarse a riesgo de perder la cabeza... o de que pierdan la suya.

EL DULLAHAN Y OTROS JINETES SIN CABEZA

Como vamos a ir comprobando en estas páginas, muchos de los componentes de los cortejos sobrenaturales están lisiados: algunos están decapitados, muchos tienen la cabeza sobre el pecho, otros han perdido manos o brazos, y otros no tienen más que una pierna o un ojo.

Quizás estas mutilaciones sean un remanente de las heridas que sufrieron aquellos que murieron en la batalla y que ya hemos visto en la tropa de Odín, aunque en la mitología germánica estas apariciones decapitadas se explicaban con la creencia de que todo aquel que comete un acto que merezca la decapitación y que no se haya castigado en vida debe llevar la cabeza bajo el brazo después de la muerte.

En el Pays de Bitche, en los Vosgos franceses, al cazador se le llama Hudada. Tiene los pies bifurcados, como marca la tradición de los seres del otro mundo, y viste una especie de túnica verde, lo que lo relaciona con los señores del bosque. Se le ve a menudo en Schlossberg, el monte del Castillo, surgiendo entre las rocas y los senderos brumosos, paseando con su cabeza bajo el brazo, lanzando gritos terroríficos y encabezando en ocasiones una manada de cabras.

También en Alsacia, seguramente debido a su proximidad, se cree que la caza nocturna está encabezada (aunque quizás no sea la palabra más adecuada) por un gigante sin cabeza que la lleva bajo el brazo.

Pero donde el jinete sin cabeza campa a sus anchas es, sin duda, en las islas británicas, donde apenas hay comarca que no tenga su propio sendero encantado por un jinete sin cabeza. En Inglaterra podemos toparnos con su negra silueta en las comarcas de Hampshire, Wiltshire y Gloucestershire, y en Cornualles podemos observar a estos jinetes que llevan sus propias cabezas debajo del brazo en las cercanías de algún túmulo dolménico, como en Barrow Hills, en Newquay.

En la isla escocesa de Mourne el jinete sin cabeza responde al nombre de Ewan, un guerrero decapitado en la batalla de Cainnir, en el año 1300, y cuya muerte está muy relacionada con otros terribles personajes de los cortejos sobrenaturales femeninos: las lavanderas de la noche.

Cuentan en la isla que el día anterior a la batalla, Ewan daba un paseo por el bosque cercano cuando al acercarse a un arroyo vio a una lavandera sentada en el vado del río. La mujer lucía una larga melena, sus pechos eran pesados y caídos, y se balanceaba y lamentaba mientras lavaba con ahínco unos lienzos limpios de los que comenzaron a brotar hilos de sangre cada vez más grandes que empezaron a fundirse con el caudal del agua.

Esta lavandera era una *bean nighe*, un espíritu o hada de mal presagio para aquel que se cruza

con ella. Ewan, conocedor de la leyenda, tomó la iniciativa y trató de engañar a la lavandera de un modo peculiar. Se agazapó tras ella sin dejarse llevar por el cántico que profería (una triste balada dedicada a todos los soldados caídos en la batalla) y buscó su regazo. Con lentitud se deslizó hasta alcanzar uno de sus grandes pechos y empezó a succionar de él como si se tratase de un bebé. Pasado un tiempo prudencial, Ewan le aseguró que era su hijo. Ella asintió, y satisfecha por poder amamantar a la criatura, le concedió responderle a una sola pregunta. Ewan le interrogó por la suerte en la contienda de la jornada venidera y ella le lanzó la siguiente predicción: «Si mañana por la mañana te dan mantequilla con tus gachas sin preguntar, saldrás victorioso».

Ewan, enojado por esta respuesta, maldice a la lavandera y regresa de mal humor al castillo. A la mañana siguiente, en el desayuno, no permite que ninguno de sus caballeros desayune hasta que sirvan la mantequilla en las gachas. Pero nadie lo hace, así que parte hacia la batalla con un séquito de soldados debilitados porque no han podido desayunar. La profecía se cumple, porque en la batalla Ewan recibe un serio golpe de espada en la cabeza, y aunque logra montar en su caballo, ya malherido, cuando el caballo galopa muere desplomado en su silla mientras su cabeza se desprende del cuerpo.

A partir de ese momento se afirma que cada vez que un miembro del clan McLaine de Lochbuie va a morir, se observa la presencia del Jinete Sin Cabeza y se escucha el ruido de los cascos. Algunos incluso dicen que es Ewan Sin Cabeza quien cabalga para segar las almas de los McLaine.



Ilustración para *Der Freischütz* de Carl María von Weber, 1821.

Sin embargo, donde esta criatura adquiere categoría de personaje nacional es en la mágica isla de Irlanda, y especialmente en los condados de Sligo y Down. Al jinete sin cabeza se le denomina aquí *dullahan*, y aparece alrededor de la medianoche durante los festivales y en las vísperas de los días festivos.

Se trata de un jinete salvaje sin cabeza, vestido de negro, que cabalga por el campo en un corcel oscuro encabritado, cuyos cascos resuenan en la noche y cuyos ojos y narices llamean en la

oscuridad. En una de las manos sujeta un látigo que es una espina dorsal humana, y en la otra sostiene su cabeza, que suele ser blanda y posee el color y la textura de una vieja masa de pan o de un queso mohoso.

La cabeza entera brilla con la fosforescencia de la descomposición y la criatura la utiliza como una linterna para guiarse a lo largo de los caminos oscuros de los campos irlandeses. Y es que el *dullahan* está dotado de una mirada sobrenatural, y mientras mantiene su cabeza decapitada en el aire puede escrutar el campo a lo lejos, incluso durante las noches más negras. Gracias a este poder puede espiar la casa de una persona moribunda, porque allí donde un *dullahan* se detiene, un mortal muere. En ocasiones el caballo interrumpe su carrera delante de la puerta de una casa, y entonces el jinete grita el nombre de la persona que va a morir, atrayendo así con su llamada el alma del desgraciado.

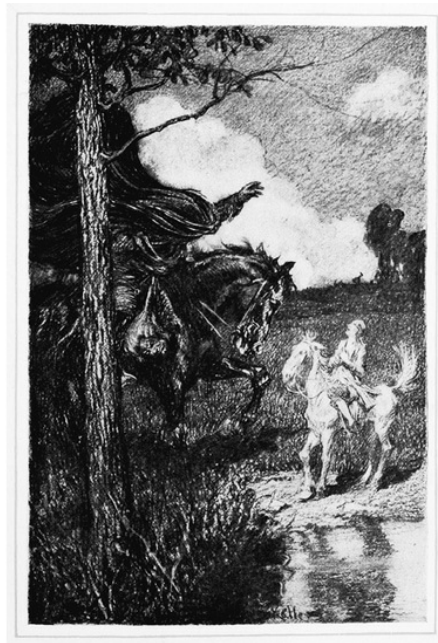


Ilustración para *La leyenda de Sleepy Hollow*, Arthur I. Keller, 1906.

Y aunque en ocasiones se le relaciona con la *banshee* irlandesa, tienen grandes diferencias, pues contrariamente a esta, el *dullahan* no pertenece a una familia específica y su grito, más que una advertencia de muerte, es una llamada al alma de la persona que va a morir pronto.

Y si alguien comete la imprudencia de mirar por la ventana para observar su paso, esa persona recibe como castigo el impacto de un cuenco de sangre en el rostro, o nota horrorizada cómo pierde un ojo, porque ya sabemos que muchas veces el precio del conocimiento es precisamente un ojo de la cara (literalmente) tal y como le sucedió al mismísimo Odín³⁶.

Sin embargo, y aunque su poder de visión es muy grande, el *dullahan* tiene un dominio de palabra limitado. Su cabeza desencarnada no puede hablar más que una vez durante cada viaje, y aun en ese caso solo puede pronunciar una palabra, pero una palabra que paraliza de terror a aquel que lo escucha, puesto que es el nombre de la persona que va a morir.

W. J. Fitzpatrick, de Mourne Mountain, en el condado de Down, describe perfectamente un encuentro con esta terrible criatura:

Yo mismo vi al *dullahan*. Se paró al borde de una colina entre Bryanford y Moneyscalp, un atardecer, justo antes de que el sol se escondiese. Estaba sin cabeza, la tenía entre las manos y escuché gritar un nombre. Yo

me tapé las orejas para no escuchar lo que gritaba, no fuese a ser que estuviera gritando mi nombre. Cuando miré de nuevo había desaparecido. Pero poco tiempo después en un terrible accidente de coche sobre la misma colina un joven murió. Era su nombre el que gritaba el *dullahan*.³⁷

No hay defensa posible contra el *dullahan* y su mensaje de muerte. Sin embargo, parece tener un miedo irracional a los metales preciosos, incluso una pequeña cantidad de oro es suficiente para hacerle desaparecer.

En el condado de Galway aún se recuerda la aventura que vivió un paisano al que la noche le sorprendió entre Roundstone y Ballyconneely. De repente, escuchó un ruido de galope de cascos que resonaban tras él sobre el camino. Se volvió y vio al *dullahan* sobre su caballo, que venía hacia él a gran velocidad.

Lanzando un gran grito el desdichado viajero empezó a correr, pero el jinete descabezado le perseguía y le iba tomando ventaja, y habría muerto si en su desesperada huida no hubiese dejado caer en el camino un alfiler con cabeza de oro que llevaba prendido en el cuello de su camisa. Entonces escuchó cómo descendía del cielo un terrible viento que rugía tras él y cuando, muerto de miedo, se volvió, el *dullahan* había desaparecido.

Ese personaje ha galopado fuera de las islas y ha atravesado mares y océanos, llegando hasta América, donde en 1820 la pluma de Washington Irving lo encumbró en La leyenda de Sleepy Hollow y lo hizo conocido para el gran público.

En España hemos encontrado testimonios parecidos, como los que cuentan en el pueblo extremeño de Ahigal que en las nevadas noches invernales quienes se adentran por los caminos del valle pueden ver un caballo blanco corriendo como el viento, perseguido por una manada de lobos, y llevando sobre la grupa una espectral figura vestida con una túnica blanca³⁸. Los relinchos agónicos y los aullidos se confunden con los ecos de la voz desesperada que pronuncia una y otra vez el nombre del testigo de la macabra visión, lo que le relaciona con la figura del *dullahan* irlandés que cabalga a miles de kilómetros de distancia.



Ichabod Crane, perseguido por el Jinete sin Cabeza. John Quidor, 1858.

Pocos son los que lo han visto y menos aun los que han podido escuchar aterrorizados esas voces, esos relinchos y esos aullidos. Pero esos pocos jamás lo olvidaron. El terror se apoderó de ellos, y hasta llegaron a enfermar. Decían los antiguos que toparse con esta aparición acarrearía incluso la muerte.

La leyenda quiere explicar su origen aduciendo que una noche en la que cayó una gran nevada un joven que regresaba a casa sobre un caballo blanco fue atacado y devorado por una manada de lobos. Sin embargo, esto parece no ser más que una explicación *a posteriori* para arropar un mito celta que llevaba siglos vagando por el inconsciente colectivo de un pueblo con claros antepasados celtíberos.

También en Extremadura, pero esta vez en la cercana comarca de las Hurdes, se afirma³⁹ que el jinete sin cabeza cabalga de noche por los montes de Horcajo, con una antorcha en la mano y una espada en la otra. Los ancianos contaban esta historia a los jóvenes que se iban de fiesta a los pueblos cercanos, que se apresuraban a volver a casa temiendo un desafortunado encuentro con el jinete fantasmal.

Y también con una tea en la mano (o con algo similar que llamea) cabalga el jinete de la Jaca de Fuego, que aparece galopando el día de Difuntos en las huertas valencianas de Beniarrés, surgiendo desde el corral del Gorg y en dirección a Orxa⁴⁰.

En esa misma época otoñal, y también relacionado con el fuego, aparece un temible jinete en el pueblo turolense de Tramacastilla, donde se cuenta que una noche de otoño, inmensas llamaradas comenzaron a surgir de lo alto de la peña del Castillo, unas luces siniestras que iluminaban todo el valle y que se reflejaban misteriosamente en los ríos.

De entre las llamas apareció una extraña figura montada a caballo como una brasa gigantesca que resplandecía en medio de la noche. Como un relámpago, jinete y caballo se precipitaron de un salto desde la cumbre del peñasco y en rauda carrera, tras atravesar el pueblo, se dirigieron a Argalia, a través de la Calleja, pasando al lado del huerto de las Almas y continuando su marcha hasta perderse entre el espesor de los pinares que rodean el valle.

Al día siguiente los vecinos observaron, sobrecogidos, cómo en los bordes del camino la hierba aparecía quemada, marcada con la señal sobrenatural de unas huellas producidas por herraduras de fuego⁴¹.

LOS DIOSES QUE CABALGAN EN LA NOCHE

Lo cierto es que no se conoce con certeza el origen del *dullahan*, pero se cree que pueda ser la encarnación de Crom Dubh o Cron El Negro, un dios céltico adorado por los irlandeses en el 1500 a.e.c. y que continuó siendo venerado en Irlanda hasta el siglo VI, cuando los misioneros cristianos llegaron a Escocia y erradicaron a los dioses paganos.

Crom Dubh parece haber sido una deidad relacionada con la fertilidad, aunque posteriormente y en un proceso de demonización que ya conocemos, se consideró un dios maligno cuando el cristianismo, al expandirse por Europa, demonizó y proclamó la malignidad de todas las deidades paganas para suprimir de esta manera su veneración.

El cristianismo tuvo como elemento a favor el hecho de que la palabra *dubh* (negro) tenía connotaciones que sonaban siniestras en la cultura occidental, pero también es cierto que, como dios de la fertilidad, cada año Crom exigía vidas humanas y el método de sacrificio más utilizado era la decapitación.

Se sabe que Samhain, la celebración céltica de la cosecha celebrada alrededor de noviembre, era una parte importante del año para los adoradores de Crom Dubh, quienes creían que era él quien traía las buenas cosechas. De hecho, hay quien cree que la negativa de Crom Dubh a ser privado de su parte anual de almas es lo que le hace tomar la forma psíquica que hemos conocido

bajo el nombre de *dullahan* o *far dorocha* (hombre negro), la encarnación real de la muerte.

Otro dios céltico asociado con los jinetes negros es Donn el Oscuro, antepasado de los gaélicos y dios de los muertos. Habita en Tech Duinn, la Casa de Donn o casa del Oscuro, donde se reúnen las almas de los difuntos.

El folclore sobre su figura sobrevivió en Irlanda hasta principios de la era moderna, como demuestra la creencia conservada en el condado de Limerick de que Donn Fírinne habita en la colina sagrada de Cnoc Fírinne y que aún se aparece y amenaza a cualquiera que interfiera con su colina. De hecho, en el pueblo todavía se recuerda a algunas personas moribundas que fueron llevadas a la colina para que estuviesen con Donn en el momento de su muerte.

Donn también estaba asociado con el clima, lo que lo relaciona mucho más con nuestros cortejos sobrenaturales. Los truenos y los relámpagos indican que Donn Fírinne está montando su caballo por el cielo, y si las nubes se encuentran sobre la colina es porque Donn las está reuniendo para hacer que llueva.

En la costa oeste del condado de Clare se le denomina Donn na Duimhche o Donn Dumhach (Donn de las Dunas), y también se le representa como un jinete nocturno.

³⁵ Clément-Janin. *Traditions populaires de la Cote-d'Or*. París: 1884, pág.17.

³⁶ Para poder beber el agua del pozo de Mimir, que otorgaba la sabiduría, Odín debía sacrificar uno de sus ojos. Y eso fue lo que hizo. Se arrancó su ojo izquierdo, lo arrojó al pozo y bebió el agua.

³⁷ Curran B. *Guide pratique des esprits irlandais*. Appletree Press, 2008.

³⁸ Domínguez Moreno, J. M. *Leyendas de Ahigal*. Diputación de Cáceres, 2020.

³⁹ Testimonio recogido a David Viejo en 2020.

⁴⁰ Gómez Labrado, V. *El Temps*, 10 de agosto de 1999.

⁴¹ Lázaro Polo, F. *El bardo de la memoria. Mitos, leyendas y narraciones de Teruel*. Temas Aragoneses, 2014.

La pareja sobrenatural

Pero si la Iglesia demoniza a los dioses antiguos, también lo hace con determinados caballeros, especialmente si tenemos en cuenta que al comenzar el primer milenio no existe una buena relación entre monjes y soldados.

En esta época convulsa se están construyendo las bases del feudalismo y una aristocracia guerrera trata de imponer su dominio de manera brutal mientras cuadrillas de bandoleros se atreven a irrumpir incluso en las tierras de la Iglesia para dedicarse al pillaje. Por otra parte, los señores feudales actuaron de un modo tan arbitrario contra su propia gente que los obligaron a vivir peor que los esclavos, así que cuando algún violento caudillo lograba conquistar una fortaleza y convertirse en señor de la misma hacía las paces con la Iglesia y se legitimaba, pero en caso de perderlo todo se veía obligado a sobrevivir como un bandolero, asaltando con sus hombres las tierras bajo jurisdicción de la Iglesia. Estos son los caballeros malditos que acababan eternamente condenados⁴².

Otro de los motivos por los que estos caballeros indignos sufren el castigo eterno es la lujuria, llevada a veces a cabo gracias al rapto de una mujer. En algunas ocasiones el secuestro no llega a consumarse, pero el desenlace es igual de trágico, como les ocurrió a las tres hijas de rey danés de Fionia.

Estas jóvenes eran las tres de gran belleza y dulzura, y desde que llegaron a la edad de tomar esposo, eran solicitadas por numerosos nobles y guerreros. Un día llegaron a la corte tres fornidos héroes pidiendo su mano, pero ellas se negaron, ya se habían comprometido con tres valerosos príncipes que en esos momentos estaban embarcados en una batalla lejana.

Los héroes insistieron ante el rey para que les entregase a sus hijas, amenazando con llevarse por la fuerza lo que no quisieran entregarle de buen grado. El rey, asustado ante la posibilidad de que pudieran raptarlas, decidió ocultarlas, y ordenó excavar una cueva en una colina que proveyó de agua y víveres en cantidad, lechos bien dispuestos y bellos tapices que cubrían las ásperas paredes. Llevó allí a las princesas y a un perro para que les hiciera compañía, y después ocultó lo mejor que pudo la entrada, cubriéndola con ramas y plantas.

Cuando llegaron los héroes desdeñados, al frente de sus guerreros, no pudieron encontrar a las princesas en el castillo. Comenzaron a recorrer el país en busca de las tres doncellas, pero en ningún sitio las encontraron. Pasaron sobre la colina en que estaban ocultas y no advirtieron nada. Pero cuando ya descendían, oyeron los ladridos de un perro, y estos ladridos los condujeron hasta la cueva.

Cuando las doncellas se vieron perdidas, determinaron morir antes que entregarse a los héroes furiosos, y una tras otra se hundieron sus bellos puñales engarzados en el corazón.

Y desde entonces, en las noches huracanadas de invierno, se escucha galopar a los tres vengativos héroes, dando gritos terribles. Y con sus gritos se mezclan los ladridos de un perro que los sigue en su infernal cabalgata.

Algunos de estos caballeros aúnan varios pecados, como la deslealtad a su superiores y la lujuria, como ocurre con un penante caballero fantasma que merodea por los alrededores del pueblo abandonado de Granadilla, en Extremadura, y cuya leyenda parece tener su origen a finales del siglo XIII, cuando la villa pertenecía a Pedro de Castilla, hijo de Alfonso X el Sabio, quien al morir dejó estas posesiones a su hijo Sancho, que tenía solo un año, quedando bajo la

tutela de su viuda doña Margarita de Narbona, una bella mujer decidida y valiente.

En las guerras por la sucesión al trono del Alfonso X el Sabio, doña Margarita se enfrentó a Sancho IV, que ya era rey de Castilla y León, y éste preparó un ejército al mando del maestre de Alcántara para conquistar sus tierras, plazas y castillos.

Quedó la valerosa y bella dama sitiada en la villa de Granada, y a socorrerla acudió Alvar Núñez de Castro, un joven caballero apuesto, galante y gran guerrero, que había servido al difunto marido de la dama, y que consiguió penetrar en el castillo para colaborar en su defensa.

Pero don Alvar estaba desde su juventud tremendamente enamorado de su señora, así que, ante lo difícil de la situación, trazó un plan para huir con doña Margarita y su hijo, llevándolos a través de un pasadizo secreto hasta el río, desde donde huirían hacia Portugal a lomos de un caballo preparado para la ocasión.

Así, una noche durante un asedio, don Alvar abandonó su puesto y fue en busca de doña Margarita para declararle su amor y llevar a cabo su plan. La dama, ofendida, no aceptó lo uno ni lo otro, y le recriminó duramente su cobardía, antes de caer desmayada. Don Alvar la tomó en sus brazos para llevársela a la fuerza, pero en ese momento la dama recobró el conocimiento y tomando la daga que llevaba el caballero al cinto, la hundió rápidamente en el cuello del joven.

Núñez de Castro vaciló al sentirse herido y doña Margarita pudo salir huyendo. El caballero malherido consiguió a duras penas llegar al subterráneo y huir penosamente en su caballo, intentando llegar a la antigua fortaleza que los templarios habían fundado en Abadía.

Pero su caballo tenía otros planes y lo llevó hasta el cercano convento de Nuestra Señora de los Ángeles, ahora convento de la Bien Parada, donde terminó falleciendo y donde fue enterrado junto al altar mayor.

Pero cuentan, que no habiendo tenido tiempo de purgar sus pecados en vida, su alma vaga aún por los contornos intentando completar su purificación. Y todas las noches su espíritu abandona la tumba y cabalga a lomos de un brioso y negro corcel por los alrededores de Granadilla, y en el viento se escuchan sus gimientes palabras pidiendo perdón⁴³. Y cuando esto ocurre, los niños se acurrucan en sus camas, porque saben que el Alma se los puede llevar para siempre.

Es notable la similitud con otra leyenda parecida que hemos encontrado en Cantabria, pero con un final sorprendente que transforma el caballo en animal marino y que cambia la cabalgata terrestre por otra marítima, lo que no es extraño si tenemos en cuenta que todo ocurre en un castillo en ruinas que se encuentra en el más alto acantilado de la costa cántabra, cerca de Santoña.

Cuenta la leyenda que en tiempos remotos vivía en este castillo don Rodrigo de los Vélez, casado con una joven y bella dama llamada doña Dulce de Saldaña. En el castillo vivía también un ahijado suyo, don Íñigo Fernán Núñez, hijo de un lejano deudo del caballero.

Un mal día, don Rodrigo tuvo que reunir a su mesnada y obedeciendo las órdenes del rey, se fue a combatir a los árabes, dejando a su esposa al cuidado de su ahijado en el castillo de Santoña.

Un año después llegó al castillo la noticia de que la mesnada de don Rodrigo había sido vencida por los sarracenos y el caballero hecho prisionero. Doña Dulce, al recibir estas tristes noticias, cayó en un estado de inconsciencia que la dejó indefensa contra la maldad y el egoísmo de don Íñigo, quien se apoderó del castillo, arrogándose el señorío de la fortaleza y sus tierras.

No contento con haber despojado a su dueña y señora de todas sus riquezas, una noche pretendió hacerla suya. Al comprender lo que don Íñigo esperaba de ella, la dama huyó del

camarín y subió a lo alto de la torre del homenaje. Hasta allí la siguió Fernán Núñez, que, forcejeando, quiso llevarla al interior de la fortaleza. La dama, prefiriendo la muerte al deshonor, desenvainó la daga que pendía del cinto de Íñigo y la hundió en su propio pecho.

Este, despavorido, quiso huir del terrible espectáculo, dando unos pasos hacia atrás. El huracán silbó entonces con más fuerza, y el traidor se precipitó al abismo, sumergiéndose en lo profundo del mar. En el momento de caer se escuchó la voz de la moribunda que le maldecía y le condenaba a una existencia eterna.

Desde entonces, en las noches en las que el huracán silba a través del acantilado, y en medio de las ruinas del castillo, se ve a don Íñigo que, montado en un gigantesco delfín, surca el mar embravecido en una carrera desenfrenada⁴⁴.

PERSIGUIENDO HADAS: WUNDERER, FASOLT Y EDRIC EL SALVAJE

En otras ocasiones la mujer no llega a ser raptada, sino que es perseguida y cazada como si fuera una presa. A menudo es una mujer condenada, pero con anterioridad fueron mujeres feéricas que tenían implicaciones simbólicas mucho más profundas.

En el Tirol encontramos en la Edad Media a Wunderer, un caballero gigante que recorre aquellas montañas con sus perros, persiguiendo a una doncella llamada Saelde (Suerte, Fortuna), quien tiene el poder de bendecir a los caballeros para preservarles de la muerte en el combate. Este último rasgo recuerda a las valquirias, mientras que el nombre de la joven nos remite a los cortejos de las Buenas Damas de la Noche dirigidos por Satia (saciedad) o por Abundia (abundancia).



Fasolt y Fafner raptando a Freya. Arthur Rackham, 1910.

En la *Canción de Ecke*, escrita a mediados del siglo XIII, también existe una persecución parecida, aunque el gigante se llama Fasolt y es un demonio de la tormenta, mientras que la doncella es una «dama salvaje», es decir, un hada. En *El anillo del nibelungo*⁴⁵ también aparece la diosa nórdica Freia, perseguida por los gigantes Fasolt y Fafner.

En Alsacia, el cazador nocturno es retratado a menudo como un gigante sin cabeza o con ella bajo el brazo, que persigue a una mujer con el cabello alborotado que huye desesperada.

En Alemania, este cazador acosa a las *rutterlwiber*, las mujeres de espuma o damas de musgo, unas criaturas feéricas que habitan en los páramos, en los bosques, en los lugares oscuros y en los pasajes subterráneos de los alrededores de Saalfeld, y que pertenecen a un pueblo pequeño que vive oculto entre el verdor húmedo del bosque y que están cubiertos de musgo de la cabeza a los pies. Estas desdichadas criaturas solo se pueden ocultar de su incansable perseguidor en los troncos caídos que han sido bendecidos correctamente por los leñadores a la hora de cortarlos⁴⁶.

Pero quizás sea Edric el Salvaje⁴⁷ el protagonista de una de las leyendas más antiguas que tratan el tema del rapto feérico. Se cuenta que un día Edric estaba cazando en el bosque de Clun cuando, de pronto, se encontró separado del resto de los cazadores; vagó durante horas entre los árboles y cuando cayó la noche divisó a lo lejos una luz. Se dirigió hacia allí y se encontró frente a una casa grande y hermosa de la que salía música. Miró por la ventana y vio un espléndido grupo de bellísimas damas que estaban bailando. Eran más altas y hermosas que las mujeres mortales, y una de ellas era más bella que las demás. Al verla, Edric se sintió inflamado de amor

y no deseó otra cosa en el mundo que tenerla como esposa, así que la raptó y se la llevó a su castillo.

Una vez en su compañía Edric la conquistó y el hada, llamada Godda⁴⁸, consintió en casarse con él y permanecer a su lado, siempre que su marido no le recriminase jamás su origen.

Así lo hizo Edric durante muchos años, hasta que un mal día, en el que regresaba al castillo de una cacería deseoso de mostrarle las piezas que había cazado y de contarle las aventuras de la jornada, no la encontró por ninguna parte. La buscó en cada rincón de la casa, pero fue inútil, seguía sin aparecer. Al fin, mientras miraba desde las almenas, la vio venir de prisa hacia el castillo. Bajó estruendosamente las escaleras y la encontró en el puente levadizo, donde le recriminó haber abandonado el castillo para encontrarse con sus hermanas.



Frau Gode. Ilustración de Wilhelm Mannhardt en Die Götter Deutsche und Nordische Völker.

Hubiera querido decirle algo más, pero se encontró hablando al aire, porque ella había desaparecido. Buscó por todo el bosque de Clun, tratando de encontrar la espléndida casa en la que había estado, pero fue en vano.

Nunca más volvió a verla, por lo menos en este mundo. Murió, todavía buscándola, rendido y con el corazón roto. Pero según la leyenda, se reunieron después de la muerte, porque Edric el Salvaje y Godda son vistos, de vez en cuando, cabalgando juntos.

Mucho tiempo después, ya en el siglo XIX, una criada le contó a su señora que cuando era niña había visto a Edric y a sus seguidores pasar a caballo. Le describió las ropas que usaban, y estas eran, sin duda, las vestiduras tradicionales sajonas.

Solía aparecer para anunciar desgracias, y los mineros de los alrededores del bosque de Clun creían que la guerra y las hambrunas llegarían al país cuando Edric el Salvaje pasara galopando. Y es justo que él viniera a prevenirlos, porque en su día había sido el gran paladín de la frontera de Gales.⁴⁹

**MALDITA NOBLEZA: EL CONDE ARNAU,
EL COMTE MAL Y EL SEÑOR DEL MONTNEGRE**

La leyenda que acabamos de ver guarda un gran parecido con una de las muchas que se cuentan acerca de una de las figuras más emblemáticas de la península ibérica: el conde Arnau (*comte Arnau* o *comte l'Arnau*), un rico noble de la mitología catalana estrechamente relacionado con el mito europeo de la cacería salvaje.

El personaje sigue hoy más vivo que nunca, y existen numerosos lugares que aún conservan su huella legendaria. Así que, decidida a saber algo más sobre él emprendí, en la víspera de Todos los Santos, un largo viaje hasta el Pirineo catalán, donde tras visitar su centro de interpretación en la localidad ripollesa de Sant Joan de les Abadesses, proseguí el viaje entre bosques espectaculares de mil tonos dorados en busca de las ruinas del castillo de Mataplana, donde según la leyenda vivía el conde.

Pero antes, mientras ascendía por la serpenteante carretera de montaña que me llevaba hasta el castillo, decidí aparcar el coche en un pequeño saliente para retroceder caminando unos cuantos metros y adentrarme, descendiendo por unas resbaladizas escaleras, en el Gorg dels Banyuts (la poza de los Cornudos), un precioso rincón escondido que destila misterio y leyenda a partes iguales.

Mientras contemplaba cómo el agua caía en una pequeña cascada hacia la oscura poza en la que nadaban las hojas amarillas de los árboles otoñales, recordé el cartel que había encontrado en la entrada del camino, y en el que se narraba la leyenda del lugar.

Se cuenta que el conde Arnau tenía dos sirvientes en forma de chivo vigilando la poza, que es una de las entradas del infierno. Estos chivos, enviados por el diablo, vigilaban que el conde no hiciera ninguna buena obra, hasta que una noche Arnau mató a uno de ellos. El otro, como reacción, empujó al conde a la poza, arrojándolo así al mismísimo averno.



El conde Arnau continúa cabalgando en Sant Joan de les Abadesses.

Desde entonces se afirma que Arnau sale cada noche de la poza de los Cornudos, por lo que los habitantes de la zona evitan pasar por allí al anochecer, por miedo a encontrarse con la fantasmal figura del conde emergiendo de las aguas con su caballo de fuego.

Sin embargo, no era esa la leyenda que más me interesaba acerca del conde Arnau, sino una mucho menos conocida y que relaciona al conde maldito con el mundo feérico.

Cuenta esta historia que Arnau era muy dado a la caza y se pasaba la mayor parte del tiempo entregado a esta afición. En una ocasión, mientras cazaba por Montbador se le echó encima la

noche. En medio de la oscuridad, contempló una pequeña luz a lo lejos y guiado por la claridad llegó hasta un gran palacio que se levantaba oculto en medio de la espesura. Entró sin ningún recelo y se encontró ante una gran mesa con manteles lujosos y repleta de comidas sabrosas. Sin pensarlo demasiado, se sentó y comenzó a comer. Las viandas y los buenos vinos iban y venían solos, y ellos mismos se ponían al alcance de su mano.

Cuando su estómago estuvo satisfecho, decidió saciar también su curiosidad, se adentró en las habitaciones del palacio y descubrió una cámara suntuosa, ricamente amueblada, en medio de la cual había una cama magnífica con siete colchones. Como se sentía cansado, se acostó y se durmió enseguida, y cuando despertó encontró que yacía a su lado una gentil dama, de gracia y belleza sin igual.



El conde Arnau, en un grabado de Simón Gómez para el periódico *La Ilustración*, 1880.

El conde, sorprendido y admirado ante la inesperada presencia de la dama, tomó una de las candelas que ardían en los candelabros y se la acercó para contemplarla. Involuntariamente cayó una gota de cera en el pecho⁵⁰ de la doncella, que se despertó y explicó al conde que era una dama encantada y que, por efecto de aquella gota de cera que le había tocado el pecho, quedaría encantada siete años más.

Le pidió que al cabo de ese tiempo volviera y la desencantara, y así podrían casarse y él se convertiría en el dueño de los grandes tesoros que había en el palacio, de los que ella misma era la guardiana.

El conde Arnau esperó aquellos siete años con impaciencia, pero por alguna circunstancia no pudo volver el mismo día que cumplía el término. Llegó al día siguiente, pero encontró a la dama casada y al hombre puntual que la había desencantado propietario de los tesoros.

Esto le contrarió tanto que le hizo perder la jovialidad y la bondad que hasta entonces le habían distinguido, y desde entonces nació en él una aspereza que congregó en torno suyo un largo rosario de odios y malevolencias. Y así como hasta entonces había servido a Dios y había hecho levantar muchas capillas e iglesias, desde ese momento se sintió desafecto a las cosas sagradas e hizo amistad con el mismo diablo.



El monasterio de Sant Joan de les Abadesses, donde se encuentra el centro de Interpretación del conde Arnau.

Hay otra leyenda sobre el conde Arnau que también explica ese cambio de carácter por efecto de una mujer, y que también implica un rapto femenino, aunque en este caso se trata del macabro secuestro de un cadáver.

Se cuenta que Arnau de Mataplana fue obligado a casarse a los quince años con Elvira, quien le doblaba la edad y era carente de atractivo, por lo que la dejó, atraído por una joven llamada Riquilda o Adalaiza, que a su vez fue obligada a profesar en el monasterio de Sant Joan de les Abadesses.

Riquilda murió, y el conde Arnau, una noche de tormenta, robó su cadáver y, cabalgando enloquecido con su cuerpo en brazos, se despeñó por un risco. Y aún hoy, en noches de tormenta, algunos paisanos del Ripollés creen ver, a la luz de los relámpagos, el excitado corcel de fuego corriendo por los aires.

Lo cierto es que es difícil averiguar si el conde Arnau es un personaje histórico o si su figura es simplemente legendaria. Sea como sea, considerada desde un punto de vista tradicional, la leyenda es universal y cae dentro del ciclo de aquellas que nos describen almas más o menos sacrílegas condenadas a vagar eternamente en castigo por los pecados cometidos.

Avanza seguido de perros y de una tropa de condenados que corren tras él locamente, malditos para siempre y obligados a ser perseguidos como una presa eterna. Por miedo a encontrarse con la caza del conde nadie se atreve a salir de noche por las comarcas ripollesas, pues se afirma que quien se topa con el maléfico cortejo muere o queda también encantado y condenado a correr enloquecido tras el conde por toda la eternidad.

Esta cacería se renueva todos los años en la noche de difuntos. A media noche, cuando brilla la luna, el conde se levanta de su tumba y aplica a sus labios el cuerno de caza que cuelga del cordón cruzado en bandolera sobre su pecho.

En el acto, como salidos del fondo de la tierra, aparecen y se agrupan junto a él los escuderos, monteros y sirvientes. Estos últimos llevan en trailla a toda una jauría.

El conde Arnaldo monta a caballo. Los cazadores se precipitan como un huracán. Los campos, los bosques, las aldeas, los montes, ven pasar con asombro a todos aquellos hombres en desatada carrera loca, insensata, vertiginosa, infernal. No corren, vuelan; no parecen hombres, sino demonios. Cruzan como el rayo y lo atropellan todo, como baja del monte el torrente desbordado.

Si alguien se cruza en su paso, cazadores, perros y caballos se le arrojan encima, dejando el cadáver en el camino, mientras la comitiva prosigue su infernal carrera.

Pasan por delante de la boca de una cueva y el conde Arnaldo penetra en el camino subterráneo que conduce al claustro. No tarda en salir, y con él Adalaiza, que monta en un caballo negro dispuesto para ella y cabalga junto al conde. Se precipitan furiosos a la cabeza de los suyos. La luna brilla y alumbra la fantástica carrera.

Un ciervo cruza, saltando arroyos y barrancos. Va tan ligero, que se diría que tiene alas. El conde Arnaldo

acerca el cuerno a sus labios, llenando el aire con roncadores sonidos. Se precipitan los perros, y tras ellos el conde, y tras el conde Adalaiza. Arnaldo azuza a sus perros con la voz, con el cuerno y con el látigo. El ciervo desaparece de pronto, como tragado por la tierra.

La jauría, furiosa al ver que se escapa su presa, se revuelve y se arroja sobre Arnaldo y Adalaiza. Huyen ambos a todo galope y tras estos se lanzan los perros como lobos hambrientos. Es una carrera desenfrenada. Los perros rabiosos van ganando el terreno que pierden los caballos. Ya llegan junto a estos y les muerden en las piernas. Los caballos caen precipitando a sus jinetes. Al ver segura su presa, la jauría arroja un aullido salvaje, como el grito triunfante de todos los demonios del infierno. El conde Arnaldo y Adalaiza luchan en vano contra los perros.

Giran los perros sus ojos encendidos y abren su boca ensangrentada. Dando feroces aullidos, se tiran a ellos como fieras, y comienzan a destrozarlos. Su festín es sangriento. Los arrastran vivos aún por el bosque, que siembran de miembros palpitantes, y no sueltan sus presas hasta destrozarlos del todo, confundiendo y esparciendo sus despojos. La sangre mezclada de las dos víctimas forma una balsa, y en ella se detienen a beber los perros⁵¹.

La caza de religiosos ya era conocida en toda Europa, y en la Baja Normandía de principios del siglo XIX aún se creía que, si un sacerdote y una monja que se habían amado en vida eran sorprendidos por la muerte antes de hacer penitencia, salían de sus tumbas todas las noches y eran perseguidos a través del aire por tropas de demonios y condenados que los insultaban con sarcasmos y abucheos en una suerte de charivari⁵² demoníaco y aéreo.

El mito del conde Arnau ha dejado su impronta en otras figuras catalanas, como la que puede verse en las noches de tormenta en la comarca catalana del Maresme, donde aún se recuerda el castillo que se levantaba en la cima de la sierra del Corredor, en el mismo lugar en el que en la actualidad se levanta un monasterio con el mismo nombre.

Era el castillo del señor del Montnegre, un señor feudal tan amante de la caza como odiado por el pueblo, puesto que en sus correrías no tenía reparo en aplastar las cosechas y arrasarlo con todo lo que se le ponía por delante.

Un día en el que había fiesta en el pueblo de Òrrius se adentró con toda su partida de caza en medio del baile y, mientras la gente huía a esconderse donde podía, sus malignos ojos se fijaron en una mujer de gran belleza que no había sido lo suficientemente rápida para esconderse. Sin pensárselo dos veces, la asió con sus manos de hierro y subiéndola a su caballo la secuestró.

La pobre mujer, al verse presa, gritó el nombre de su marido, pero el ruido de la cabalgata y el ladrido de los perros ahogaron su voz. Cuando su esposo descubrió lo que había pasado, salió hacia el bosque en persecución de la tropa, siguiendo atajos y caminos que como buen campesino conocía. Así, llegó al castillo del Montnegre, pero tarde, porque la desenfrenada cabalgata acababa de entrar y el puente levadizo se acababa de alzar.

Sin embargo, los designios divinos tomaron su venganza, y justo en ese momento estalló una tormenta como nunca se había visto en la comarca, y un rayo cayó sobre la fortaleza, convirtiéndola en una gran hoguera. Cuando las llamas llegaron a la muralla, fundieron las cadenas del puente levadizo y este cayó, permitiendo al campesino entrar en la fortaleza.



La monja sangrienta, de Émile-Antoine Bayard.

Pero ya era tarde, y las llamas habían convertido el castillo en un gran horno en el que no quedaba nadie con vida. La fortaleza quedó convertida en ruinas, y para santificar el lugar se construyó un monasterio allí mismo con las piedras que quedaron.

Pero, al parecer, los rezos de los monjes no han sido suficientemente efectivos, porque en la zona se cuenta, que en los días en los que la tormenta arrecia entre los árboles, todavía pueden escucharse el galope del caballo del señor de Montnegre y los gritos desesperados de la mujer raptada.

Y del Maresme galopamos hacia el Levante, porque el rastro del conde Arnau llega hasta Valencia, donde todavía puede verse una roca conocida como el cantal d'Arnau, en lo alto de la sierra de la Arguinyes, cerca de la cuenca del río Vinalopó, donde se afirma que el conde perdió la vida huyendo del castillo de doña Blanca con ella a la grupa, un castillo que incendió para cumplir la promesa que había hecho a la dama de que evitaría a toda costa que los infieles pusiesen un solo pie en la fortaleza.

Dicen⁵³ que cuando ambos quisieron atravesar a la otra orilla del río, el resplandor del fuego sobre el agua los hizo muy visibles a los ojos de los enemigos, una flecha hirió al caballo y la corriente los arrastró río abajo, donde desaparecieron para siempre en una espiral de llamas.

Pero, si hay un personaje en el que ha dejado su impronta la huella flamígera del conde Arnau, es otro tenebroso conde mallorquín que lleva la maldad hasta en el nombre: el conde Mal, a quien se identifica con el segundo conde de Santa María de Formiguera, que vivió en el siglo XVII y que, si hacemos caso a la tradición, aún sigue sin morir del todo.

Son ambos herederos de un legado maldito en el que destaca la condena eterna a un galopar nocturno encendido en llamas y el miedo que su nombre fragua en la gente; son leyendas de raptos, asesinatos, robos, pecados y horrores, leyendas demoniacas para ser contadas a media voz y provocar escalofríos en quien las escucha⁵⁴.

La actitud del conde mallorquín es similar a la del catalán, especialmente en su afición al rapto de mujeres, a pesar de pertenecer a dos épocas diferentes. Y al igual que ocurrió con el conde

Arnau en Ripollés, es en sus propias tierras donde la leyenda arraigó y se desarrolló a lo largo de más de trescientos años.

Al revisar las leyendas vinculadas al comte Mal hay tres zonas de la isla que son los principales escenarios de sus fechorías: la propia ciudad de Palma de Mallorca, las tierras de Santa Margalida y la zona montañosa del Galatzó. Son los tres lugares donde el conde tenía grandes propiedades, y donde se supone que su alma condenada todavía pena.

En la ciudad, el palacio de Can Formiguera cuenta con la legendaria Torre del comte Mal, cuyo origen fue el enamoramiento del conde por Margalida, monja de Santa Clara. Cuentan que el diablo puso a su disposición a los *boiets*⁵⁵ para ayudarle a construir en una sola noche una torre junto al convento de las clarisas desde la que poder vigilar en todo momento los movimientos de su amada. Y tanto el palacio como la torre fueron el escenario de los amores sacrílegos entre el conde y Margalida, de la misma manera que fueron sacrílegos los del conde Arnau con Adalaiza.

Lo cierto es que no todo sería leyenda, puesto que el periodista y político Benet Pons i Fàbregues, que vivió en el palacio, tuvo una sirvienta que afirmaba escuchar por las noches las cadenas con las que el demonio tenía atado al conde Mal.

Otra historia de mujeres y secuestros del conde Mal se sitúa entre Puigpunyent y Andratx, cuando una bella campesina recogía aceitunas en las faldas del Galatzó. El conde se enamoró de ella, y fue tal el acoso al que la sometió, que la joven no vio otra salida que tomar los hábitos y entrar en un convento. Entonces el conde hizo el juramento de que perseguiría a la muchacha hasta el fin de los días, e incluso hasta la tumba.

Así que cuando falleció la chica, el conde se presentó en la capilla ardiente, vio que ella mantenía su belleza y cegado por la pasión quiso abrir el ataúd para ultrajar el cadáver.

Desde entonces, se afirma que el conde vaga por las montañas en las noches frías de invierno, a lomos de un caballo verde que apesta a azufre. Y numerosos restos físicos quieren confirmar la realidad de la leyenda, porque en la fachada de una de sus fincas, en Son Net, se podía ver hasta hace poco un agujero con bordes ennegrecidos. Allí sitúan el lugar por donde el conde Mal penetraba con su caballo, chamuscado por el fuego infernal que ambos despedían.

También cuentan que una fría noche en la que el conde cabalgaba con su caballo por el Galatzó, en una de esas incursiones espectrales, el caballo resbaló, y en la fachada de la casa, en la zona cercana a la capilla, se ven las improntas de las pezuñas del caballo fruto de ese accidente.

Y en las mismas casas de Galatzó podemos encontrar otros rincones asociados a la leyenda de esta figura mitificada. Entre ellos, quizás el más ilustrativo sea el Corazón del conde Mal, una piedra en forma de corazón que se encuentra incrustada en la pared posterior de los establos del cuerpo oeste. En la piedra se dibuja una cruz, y según la leyenda se trata del corazón del conde, que una vez fallecido apareció en forma de piedra en las casas de su *possessió*.

Y aunque todo pertenezca al legendario fantástico de la isla, lo que sí parece ser cierto es que, como consecuencia de todas estas leyendas, en ocasiones los propietarios de Galatzó han tenido problemas a la hora de contratar a los jornaleros que, asustados por las apariciones del conde, renunciaban a trabajar en la finca.

ENTRE DIOSAS ANDA EL JUEGO: DEL RAPTO DE PROSERPINA A LOS ZAPATOS DE HELA

El rapto de la mujer por parte de un malvado caballero se encuentra detrás de muchas leyendas

de jinetes malditos, y su origen es tan antiguo como el mundo, aunque en nuestra cultura podemos retrotraernos al famoso rapto de Perséfone/Proserpina por Hades/Plutón, el dios del inframundo en la mitología grecorromana, que emergió de la tierra en un carruaje tirado por cuatro caballos negros para secuestrar a la joven, a la que se llevó con él al reino de los muertos.

Se convierte así la joven en esposa de Plutón y en una deidad de muerte, de tal manera que su aparición precedía al óbito del que la viese, como le sucedió a Píndaro, quien murió antes del décimo día de verla en sueños.

Pero, como estamos descubriendo en muchos de nuestros personajes, Proserpina no se limita a ser una diosa de la muerte y del inframundo, sino que también se convierte en una deidad de vida y resurrección. Tanto, que más tarde llegará a ser subsumida por el culto de Libera, una antigua diosa de la fertilidad, y más tarde aún encabezará uno de nuestros cortejos sobrenaturales, convirtiéndose de secuestrada en secuestradora⁵⁶.

Sin embargo, y especialmente en la Edad Media, lo habitual es que la perseguida y cazada sea una mujer pecadora. El papel del hombre es el de ejecutor, mientras que la mujer es la víctima, aunque su pecado sea insignificante o inapreciable si lo comparamos con el del varón. La mujer paga dos impuestos: el de Dios y el del hombre, que actúa como instrumento del cielo y debe ejercer la violencia más allá de la muerte para que ambos puedan alcanzar la salvación eterna⁵⁷.

La historia del carbonero de Niversa⁵⁸ ilustra magníficamente esta escena, por lo que ha sido narrada a lo largo de los siglos para señalar el destino que espera a las adúlteras.

El relato cuenta cómo un carbonero italiano que está una noche vigilando una fosa llena de leña encendida contempla, a las doce en punto, la aterradora visión de una caza trágica: un jinete sobre un caballo negro persigue a una mujer desnuda, la agarra por el cabello desgredado, atraviesa su pecho con un cuchillo y la arroja al pozo de las brasas donde se hace el carbón; luego la carga en su caballo y huye al galope.



El rapto de Proserpina, de Ulpiano Checa, 1888.

La escena se repite de la misma manera durante tres noches, hasta que el carbonero habla de ello con el conde de Niversa, quien presencia la visión en persona y se atreve a interrogar a la aparición al respecto.

El caballero revela entonces que esta condición, de cazador y presa, les ha sido impuesta por el cielo a él y a la mujer que fue su amante, doña Beatrice, quien por su amor deshonesto había matado a su marido. Ahora, por la ley de represalia que regula la justicia divina, ella, por haber asesinado a su esposo, sufre muriendo a manos del amante; y como ella ardía de amor por él, ahora es arrojada por él a las brasas ardientes; y finalmente, así como vio a su amante en la vida con deseo y placer, ahora lo contempla todas las noches con odio y terror.

Este pasaje no puede tener más moralina, puesto que se afirma que, como los dos amantes pecadores se arrepintieron cuando estaban a punto de morir, la misericordia de Dios transformó el castigo eterno del infierno en un castigo temporal del purgatorio, por lo que solicitan oraciones, limosnas y misas para que se alivien sus sufrimientos.

Aún más moralina y peor destino tienen las dos mujeres protagonistas de otra historia italiana, la de Nastagio degli Onesti, un joven noble de Rávena que se enamora de una joven de la nobleza, que lo rechaza una vez tras otra. El joven, tras un intento de suicidio, intenta olvidarla trasladándose a Classe, no lejos de su ciudad natal.

Un viernes a principios de mayo, Nastagio camina por un bosque de pinos al anochecer cuando

contempla horrorizado a una joven corriendo desnuda y llorando, perseguida por dos perros que intentan morderla y un caballero con una espada negra que intenta matarla. Nastagio se apresta a defenderla, pero el caballero se presenta como Guido de Anastagi y le cuenta que una vez había amado a esta mujer, pero como ella no le correspondía, él mismo se había suicidado.

Cuando la joven murió fue condenada al cruel castigo de ser perseguida todos los viernes, y a someterse a la matanza y posterior restauración de su cuerpo durante tantos años como meses había rechazado a su pretendiente.

El joven Nastagio decide aprovechar la situación y prepara un fastuoso banquete en el mismo lugar del bosque el viernes siguiente, invitando a los familiares de su amada junto a sus padres. Y como él ya sabía, al final de la cena se repite la espantosa escena con las mismas desgarradoras y lamentables consecuencias, con lo que consigue el efecto deseado: que después de que el cazador explique las razones del destino de la joven a todos los presentes en la cena, la joven amada por Nastagio tema sufrir la misma suerte de la víctima que tuvo ante ella, por lo que cambia de opinión e inmediatamente accede al matrimonio, transformando su odio en amor⁵⁹, aunque yo aseguraría que más que amor sería pánico.

En Alemania un siglo antes ya se veía y se escuchaba en las noches de luna llena a estas mujeres fantasmales y adúlteras perseguidas por cazadores infernales. En el arzobispado de Mayence la amante de un cura, mientras agonizaba en la cama, le pide al sacerdote que le fabrique unos sólidos zapatos y que la entierre con ellos puestos.

Al poco tiempo muere la mujer y a la noche siguiente, que es noche de luna llena, un caballero que va por el camino con su escudero escucha unos lamentos femeninos que van aumentando de intensidad.

Los lamentos se convierten en alaridos y ante él aparece una mujer aterrorizada que corre despavorida. El caballero descabalga, traza un círculo con la espada y hace entrar en él a la mujer, que solo llevaba puesta el camisón y los zapatos.

De repente se escuchan ladridos y el sonido de cuernos, y la mujer comienza a temblar de manera incontrolada: es la caza infernal, el cortejo de los muertos que la busca, y consciente de ello el caballero rodea con sus brazos la larga cabellera de la mujer, manteniendo la espada en la mano derecha.

Uno de los cazadores infernales se acerca con la intención de atrapar a la desdichada, que desesperada grita pidiendo que la dejen partir, pero el noble la retiene por la fuerza. En el forcejeo ella logra desasirse dejando parte de su cabellera entre las manos de su protector, y huye a toda velocidad, pero el cazador ultramundano que ha venido a por ella la captura, la arroja sobre su caballo y se la lleva.

Por la mañana el caballero llega al pueblo y narra el sobrenatural encuentro a todo aquel que quiere escucharle. Pero nadie le cree. Entonces, muestra a los incrédulos los mechones de cabellos de la dama que quedaron entre sus manos, y hace abrir la tumba de la mujer. Un grito de terror se escapa de las gargantas de los aldeanos cuando comprueban que el cadáver de la difunta tiene los cabellos arrancados⁶⁰.

El mitema de los zapatos que aparece en algunos relatos (especialmente en los países germánicos) no es casual, puesto que parece ser una reminiscencia de antiguas creencias nórdicas que, aunque intentaron ser aniquiladas con el cristianismo, quedaron como remanente en las leyendas, aun cuando aquellos que las contaban habían olvidado su verdadero significado.

La diosa Hel o Hela era la encargada en el inframundo nórdico de los muertos sin honor, por lo

que algunos pueblos como el islandés procuraban calzar los pies de los fallecidos con un par de zapatos especialmente resistentes, llamados zapatos de Hel, para que no tuvieran que sufrir en el largo viaje a través de caminos accidentados⁶¹.

Estas historias despiadadas que mezclan el mito pagano y la religión cristiana han dejado su poso en nuestra cultura, aunque lo hayamos olvidado. Desde el siglo xv hasta las últimas décadas del xvii se han escrito numerosas variantes de la cacería salvaje, algunas literarias y profanas, y otras cristianizadas y con finales ejemplarizantes, pero en todas ellas la mujer es siempre más culpable que el hombre, más perseguida y más castigada.

De hecho, en el último año de siglo xvii encontramos en España un relato en el que el único pecado de la mujer ha sido una excesiva atención a su aspecto. La historia tiene como detalle original el hecho de que los perseguidores son dos enormes lobos que en realidad son dos confesores convertidos en una especie de licántropos demoniacos por haber sido extremadamente indulgentes con esta pecadora dama de la nobleza.

La pobre mujer, que no viste más que una túnica interior y unos preciosos zapatos de oro, ha sido castigada por vanidosa y por gastar demasiado tiempo y dinero en su aspecto. Por haber usado grandes escotes y por entrar vestida de manera profana en las iglesias, ahora está condenada a recorrerlas desnuda, aunque el castigo le permite seguir usando aquellos preciosos zapatos muy de su gusto, como premio de otros zapatos que había dado en vida como limosna⁶².

Como podemos comprobar, los zapatos de Hel han llegado hasta la España del xviii, aunque mucho más banalizados y metidos en la historia con calzador (nunca mejor dicho), puesto que el paso de los siglos y la cristianización los han desprendido totalmente de su significado original, añadiéndole una pátina de fetichismo sádico.

EL MONTE DE LAS ÁNIMAS Y OTROS ESPECTROS TEMPLARIOS

Como acabamos de ver con los confesores-lobos, el clero está muy presente en el tema de los cortejos sobrenaturales. Y entre todas las órdenes destaca la de los templarios, quizás porque su carácter de monjes guerreros les identifica más con este tema legendario, pero también, sin duda, debido a los ataques y las persecuciones que sufrieron hasta su disolución por parte de la misma Iglesia a la que pertenecían.

En algunas partes de Bretaña el pueblo cree que los templarios, por las noches, pasan errando por los aires, y hay quien asegura que ha visto sus espectros cubiertos de sudarios cabalgar sobre esqueletos de corceles. Persiguen a los viajeros y arrebatan a las jóvenes, y están condenados para siempre por Dios por los crímenes que cometieron en vida⁶³.

En otros lugares, también de noche, visitan las ruinas de su antiguo monasterio, y caminan dolorosamente, doblados bajo el peso de una pesada carga, y de vez en cuando gimen. Y es que están condenados a soportar, durante toda la eternidad, como castigo por sus crímenes, el peso de todo lo que han robado.

También se cuenta que un granjero de la zona, después de haber contado las gavillas de uno de sus campos, encontró cien más al día siguiente cuando iba a subirlas al carro. El hombre estaba convencido de que los fantasmas templarios habían devuelto parte de lo que una vez habían robado a sus padres.

Muy cerca, en Locmaria, la iglesia parroquial es una antigua capilla monacal donde la tradición

sitúa la historia de tres templarios que a principios del siglo xiv habían raptado una doncella de la zona para satisfacer su lujuria. Cuando descubrieron que la desdichada había quedado embarazada la sepultaron viva bajo el altar mayor.

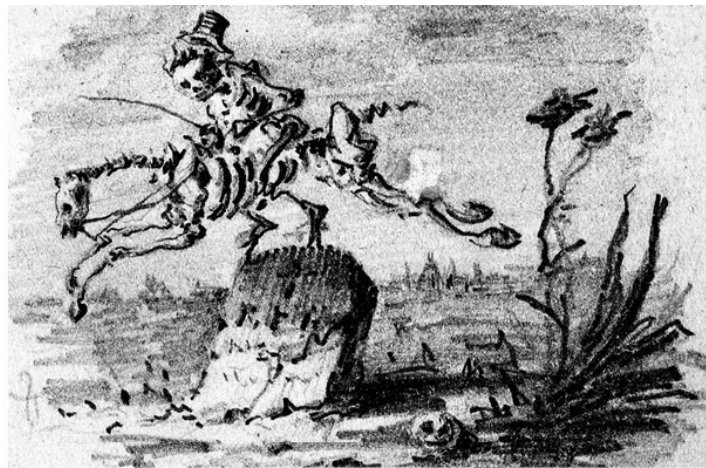
Y desde entonces se afirma en la región que ciertas noches de niebla y de tormenta, en el cementerio de la capilla se puede uno topar con los fantasmas de estos monjes templarios, vestidos con sudarios blancos y montados sobre los esqueletos de caballos que intentan pastar de los brotes que crecen en las tumbas.

Y como su horrible pecado les impide gozar del descanso eterno, al amanecer deben regresar a lo que fue su casa, una colina antiguamente fortificada llamada en lengua bretona el Castillo de los Monjes Rojos. Y aún cuentan los campesinos de la zona que en invierno es frecuente ver de amanecida las huellas de las descarnadas pezuñas de sus monturas que retornan a su ruinosa morada.

La historia me recordaba enormemente a mi leyenda preferida, culpable en mi infancia de mi afición por los relatos fantasmales del romanticismo español. Como muchos habréis adivinado, se trata de «El monte de las Ánimas», de Gustavo Adolfo Becker, que vio la luz precisamente un mes de noviembre, el de 1861, en el periódico *El Contemporáneo*.

«El monte de las Ánimas» es una leyenda que Bécquer afirmaba haber oído contar a las ancianas sorianas y que reúne en sí misma numerosos ingredientes que forman parte de nuestros cortejos sobrenaturales: los templarios, los caballos, la caza, la noche de Difuntos y la mujer perseguida.

No puedo recordar las veces que leí la leyenda. Tantas que aún hoy soy capaz de recitar capítulos enteros de memoria. Había visitado en 2013 las ruinas del monasterio soriano de San Juan del Duero, donde transcurre parte de la trama, y había dormido en el Douris Temple, un alojamiento situado en el camino del monte de las Ánimas.



Cabalgada de un esqueleto dibujada por Gustavo Adolfo Bécquer.

La noche que llegué parecía decorada para la ocasión. Una luna llena enorme y amarilla iluminaba el paisaje soriano con una tenue luz macilenta, y el paseo por el monte pelado, con un frío helador, trajo a mi memoria todos los detalles de la leyenda becqueriana.

Alonso, un noble soriano y excelente cazador que se ha enamorado de su bella prima Beatriz⁶⁴ se ve impelido por su caprichosa pariente a demostrar su valor yendo a buscar una cinta que ella afirma haber perdido durante una cacería en el monte de las Ánimas.

Pero es la noche de Difuntos, y es bien sabido en la zona que esa noche se oye doblar sola la

campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en los jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras silban horriblemente y al día siguiente se ven impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos.

Alonso no regresa, y Beatriz decide acostarse. Pero el sueño no la acompaña, y la noche transcurre lenta y temible, mientras escucha pasos y crujidos de huesos que se acercan a ella y mientras las puertas que dan acceso a su habitación se van abriendo por manos invisibles.

Por la mañana, cuando la luz del sol penetra en su dormitorio, Beatriz está dispuesta a reírse de sus miedos pasados cuando descubre a los pies de su cama, teñida de sangre, su banda azul, la misma que Alonso había ido a buscar la noche anterior al monte de las Ánimas.

Y cuando sus servidores llegan despavoridos a notificarle la muerte de su primo, que ha aparecido devorado por los lobos entre las malezas del monte, la encuentran inmóvil y crispada, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios y rígidos los miembros. Muerta de horror.

Dicen que después de acaecido este suceso un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas y que, al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.⁶⁵

Las palabras finales de la leyenda resonaban aún en mi cabeza cuando tomé la firme determinación de volver a Soria en el futuro. Debía regresar en la noche de Difuntos y recorrer entonces el monte de las Ánimas.

Y regresé. Tardé ocho largos años, pero volví a Soria. Era ya 2021 y la ciudad se engalanaba con el Festival de las Ánimas. Bécquer paseaba por sus calles acompañando a grupo de sorianos y forasteros por los enclaves de sus leyendas y la dama esquiva del rayo de luna contaba en la orilla del Duero, a quien quisiera escucharla, su triste historia. Fantasma, templarios, ánimas y damas blancas recorrían las calles empedradas y los vetustos callejones de Soria, y olía a lluvia y a otoño y a siglos pasados, y las hojas de los chopos caían planeando, y las copas de todos los árboles de la rivera se teñían de oro y de amarillo viejo.

La ciudad entera era un poema de Bécquer, y entendí entonces que nadie puede saber qué es el otoño si no lo estrena en Soria. En la ribera del río, a medianoche, unos actores recreaban la leyenda inmortal, y al terminar la representación, ya de madrugada, decidí acercarme paseando al monte de las Ánimas.

El acceso al monasterio estaba cerrado, pero no me importaba. El monte de las Ánimas es más que San Juan de Duero. La noche era mucho más oscura que la primera vez que recorrí sus laderas. La luna menguante apenas iluminaba, pero a su tenue luz me pareció ver una tumba a lo lejos. A medida que me acercaba, las tumbas se iban multiplicando como por arte de magia. Luego fueron dos, y después cuatro, más tarde ocho. Tumbas visigodas y vetustas, estelas medievales comidas por los siglos. Y entre ellas, al fondo, como iluminada por un rayo de luna, una tumba distinta, diferente. Una cruz blanca entre cruces de arenisca, una cruz cristiana entre lápidas sin nombre. Y algo flotando en uno de sus brazos, algo azul que se mueve con el viento.



La tumba de Alonso y de Beatriz, con la cinta azul, en el cementerio templario del monte de las Ánimas (Soria).

Emocionada por el descubrimiento, me adentré en el pequeño cementerio, saltando una pequeña valla de madera, y me acerqué a la tumba que había llamado mi atención. Parecía nueva. En el brazo horizontal de la cruz de mármol blanco, dos nombres estaban escritos con letra gótica. Dos nombres que me helaron la sangre: Alonso de Alcudiel y Beatriz de Borges.

Pero aún quedaba más, porque al agacharme para leer mejor los nombres apoyé la mano en el suelo, y mis dedos tocaron algo duro. Cuando enfoqué con la linterna del móvil, mis sospechas se convirtieron en certezas: A los pies de la tumba, unos huesos humanos sobresalían de la tierra. Y entonces, reparé en la tela que estaba anudada en un brazo de la cruz. Era azul como el cielo, como los ojos de Beatriz. Era la cinta azul que Beatriz perdió en el monte, la cinta azul que Alonso fue a buscar una noche de Difuntos hace cientos de años.

Entre los nervios y la oscuridad, esa noche no conseguí ninguna fotografía de calidad, por lo que decidí volver al día siguiente. A la luz del sol, el pequeño cementerio se veía demasiado nuevo, y un cartel explicativo que no vi la noche anterior aclaraba que el lugar es en realidad una reproducción de un cementerio templario como el que se describe en la leyenda. Aun así, aprovecho estas páginas para mostrar mi gratitud a quien quiera que tuviese la genial idea de construirlo y a la institución que creyó en el proyecto, porque gracias a ellos pasé una de las noches más emocionantes de mi vida.

LENORE. CUANDO LOS MUERTOS VIAJAN DEPRISA

Otra leyenda que también alcanza en España su máxima difusión en el siglo XIX es la que aparece en la balada gótica alemana Lenore⁶⁶, que narra la última noche de una joven que reniega de Dios al no tener noticias del regreso de su prometido Wilhelmun, un caballero que ha partido a la guerra.

Pero poco antes de medianoche aparece su amado y le solicita que suba a su caballo para llevarla hasta su lecho nupcial, pues quiere desposarse con ella. Lenore acepta y sube a la grupa, y ambos cabalgan juntos a un ritmo cada vez más frenético a lo largo de un trayecto fúnebre en el que se cruzan, incluso, con una procesión de difuntos. Cuando Lenore le inquires a su amado el porqué de ese galope desenfrenado, recibe una inquietante respuesta: «Los muertos viajan deprisa».⁶⁷

Finalmente, el viaje termina en un cementerio, donde el caballero se transforma en una figura

cadavérica y el lecho nupcial resulta ser una tumba fría y oscura.

La novia del muerto pasó a ser un género de leyenda en sí mismo, especialmente abundante en la Bretaña francesa, así que decidí viajar hasta Begard, donde ya apenas nadie recuerda la historia de Pennek y Dunvel, dos jóvenes hermosos, buenos y honrados que se habían amado desde su más tierna infancia y que estaban prometidos para casarse.



Lenore, por Pluddemann y Hermann Freihold, 1852.

Mientras paseaba por el pueblo buscando la iglesia, guiada por el pináculo de su alta torre, encontré una oficina de información turística, y decidí entrar para ver si podían ofrecerme algún dato más acerca de los jóvenes amantes.

La joven que me atendió no conocía la leyenda, así que le entregué el libro que llevaba encima y le señalé la página en la que se narraba la historia⁶⁸. Estaba escrito en francés, así que la joven podría leerlo sin problemas.



La balada de Lenore, de Horace Vernet, 1839.

La leyenda continuaba contando como un mal día, René tuvo que ir a supervisar en un bosque apartado el trabajo de unos nuevos leñadores que había contratado su padre, pero antes pasó por la casa de su novia para despedirse y para asegurarle que volvería al anochecer para verla de nuevo antes de irse a dormir.

El camino que llevaba a los terrenos de su padre era complicado, y en un recodo, la súbita caída de un árbol encabritó al caballo, con tan mala suerte que René cayó de la bestia y fue a dar con la cabeza sobre una piedra, falleciendo al instante.

Cuando anocheció, a la casa de Dunvel no habían llegado aún las malas noticias, pero la joven no dormía, devorada por extraños presentimientos. Se preguntaba por qué René no había llegado para darle las buenas noches a su regreso, como le había prometido por la mañana. Pero mientras le reprochaba mentalmente el incumplimiento de su promesa, tuvo una gran alegría. Los cascos de un caballo acababan de resonar en el pavimento de la granja; y, casi de inmediato, tres vigorosos golpes sacudieron la madera de la puerta.

El reloj de la casa, en este mismo momento, dio las campanadas de medianoche. René, a través de la ventana, le rogó a su amada que montase con él en su caballo, puesto que venía para llevársela y hacerla su esposa.



Lenore de Joseph Volmar.

Algo dubitativa, pero llena de amor por su amado, la joven montó en la grupa del caballo, que comenzó a correr enloquecido. El corcel tenía unas crines tan largas que con la velocidad de la carrera golpeaban la mejilla de la pobre Dunvel hasta hacerla sangrar.

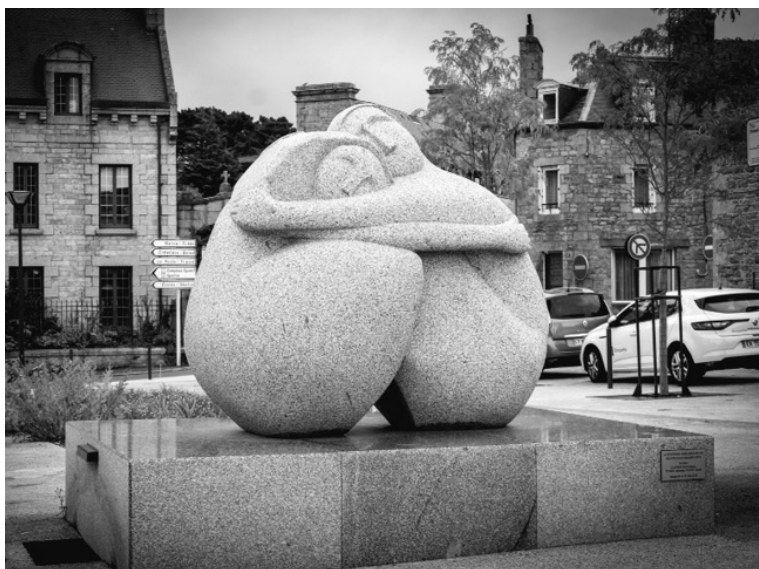
Dunvel de repente vio de pie frente a ella, como una gran masa negra, la iglesia del pueblo. La puerta del cementerio estaba abierta de par en par. El caballo se deslizó por el camino principal, saltó sobre cuatro o cinco filas de tumbas y cayó al borde de una fosa recién excavada.

Antes de que pudiera darse cuenta, Dunvel yacía en el fondo del agujero. Lo último que escuchó fueron las siniestras palabras de René mientras se acostaba sobre ella: «Este es nuestro lecho de bodas...».

Al día siguiente, cuando los sepultureros fueron a enterrar el cuerpo sin vida de René, retrocedieron aterrorizados. El cadáver aplastado y desfigurado de Dunvel yacía en la tumba.

Cuando terminó de leer la leyenda, la cara de la pobre chica de la oficina de turismo era un poema. Noté que se estremecía mientras me devolvía el libro, y tras asegurarme que investigaría acerca de la leyenda, me contó que el cementerio que rodeaba la iglesia había sido trasladado hacía tiempo por motivos de salubridad, aunque no descartaba que algunos cuerpos todavía reposasen bajo la hierba que rodeaba la iglesia.

Así que, siguiendo las indicaciones de la joven, llegué por fin al templo en cuyo cementerio, según cuenta la leyenda, descansan juntos los dos enamorados a los que no pudo separar ni la muerte.



La fuente de los amantes, en Bégard (Francia).

Efectivamente, las tumbas ya no estaban, y el cementerio que rodeaba a la iglesia se había ocultado bajo un cuidado césped. Hasta los árboles se habían talado y transformado en bancos de madera. Recorrí en silencio el perímetro de la iglesia, intentando hallar algún rastro que pudiera llevarme a los amantes, pero no encontré nada. Las puertas del templo estaban abiertas, así que decidí entrar en la iglesia, pero el interior tampoco me dio ninguna pista del recuerdo de los jóvenes.

Cuando salí de nuevo al exterior, me fijé en la enorme plaza que tenía delante de mí. En medio de la explanada de granito había una enorme escultura en la que no había reparado hasta ahora. Una estatua redonda de dos figuras de piedra abrazándose, fundiéndose la una en la otra. Me acerqué y leí la placa que figuraba en su base: Fontaine des amoureux.

La fuente de los enamorados.

Sonreí.

Parece, que después de todo, Bégard no había olvidado a aquellos que se amaron más allá de la muerte.

Ya en el hotel, y mientras repasaba todas las leyendas que había encontrado sobre amados que vuelven de la tumba para llevarse a sus amadas, descubrí que había un caso en el que sucede al revés: es decir, es la mujer muerta la que vuelve para llevarse a su amado.

Bogando por la igualdad decidí que tenía que documentarlo, así que cogí el coche que había alquilado y me dirigí hacia el noreste, rumbo a Normandía y a uno de los enclaves más mágicos del mundo: el monte de Saint Michel.

Tras dejar el vehículo en uno de los enormes aparcamientos habilitados cerca de la playa, tomé uno de los autobuses que te dejan a unos cuatrocientos metros de la muralla. Anocheceía cuando descendí del autocar y contemplé el mágico islote rocoso y la maravillosa bahía que lo rodea, escenario de las mayores mareas de Europa.

En la cima del monte, encaramado sobre casas medievales y callejuelas de cuento, se alza la mole de la abadía. Mientras ascendía por sus calles empinadas, las luces acogedoras comenzaban a encenderse en el interior de los pintorescos restaurantes y las antiguas viviendas. Y pensé que una de esas luces iluminó, en otro tiempo, la luz del hogar de un matrimonio dichoso cuya felicidad se rompió en mil pedazos el día en que, de manera prematura, murió la esposa.

Cuentan que el noble caballero, embargado por la tristeza del enorme amor que le profesaba, quedó con el corazón destrozado, inmóvil sobre su caballo, a la puerta de su casa, junto al cadáver de su amada esposa.

De repente se desencadenó un huracán que apagó las velas que alumbraban el ataúd y el caballero se sintió súbitamente envuelto en un frío intenso que le hizo temblar, mientras escuchaba una voz que le llamaba, una voz débil y helada, una voz de ultratumba.

El caballo, encabritado, se lanzó al galope, sin que el jinete pudiera frenarlo. Galopó sin rumbo a la velocidad de un rayo, y atravesó la playa sin que sus patas apenas rozaran la arena.

De repente, sintió cómo se hundía en la marisma, y jinete y caballo desaparecieron para siempre. El alma del caballero se había unido al alma de su esposa.

Desde entonces se cuenta que todos los años vuelven el 1 de noviembre, y se les ve cabalgar raudos entre las brumas, por el monte Saint Michel, y todos los vecinos acuden a verlos, y cuando termina el día, vuelven de nuevo a la región de los muertos.⁶⁹

Y mientras contemplaba la subida de la marea desde una de las almenas, recordé que en España también hay días y lugares determinados en los que pueden verse extrañas parejas adornadas con todas las características de nuestros cortejos sobrenaturales.

En Cataluña, a la medianoche en punto se asoma por la cima de la torre de la Hiedra la Dama Roja del castillo de Montsoriu, despeinada, llevando en la mano derecha un fanal encendido y en la izquierda un cuerno de caza. Realiza tres toques de cuerno y le responde otro toque por el lado de Coll de Castellar, y poco después aparece un caballero vestido de negro con un caballo de fuego. Sube a la torre, monta en la grupa del caballo a la Dama Roja del castillo y desaparecen los dos en la oscuridad de la noche antes de que se extinga el eco de la última campanada de las doce.

EL REY HERLA Y LA GENTE DE MUERTE

Este arquetipo de la pareja sobrenatural a lomos de un caballo ha sobrevivido también en la comarca extremeña de las Hurdes hasta hoy mismo, en una figura que tiene numerosos puntos en común con lo que acabamos de ver y que se denomina Gente de Muerte o *genti di muerti*.

La importancia de este mito no reside solo en su originalidad, sino también en su actualidad, ya que algunas de las personas entrevistadas *in situ* aseguran haber sido testigos directos del fenómeno.

Conocí a Pedro en una fiesta de difuntos en el mes de noviembre, en la Carvochá hurdana, entre cánticos ancestrales y rituales mágicos para contentar a las ánimas. Vestía el traje hurdano y su figura se recortaba en la era. Como telón de fondo, los bosques y el sol que se iba escondiendo poco a poco tras los altos pinos. Tras un vaso de polienta, comenzó a hacer memoria, mientras ante nosotros pasaban *entiznaos*, repartidores de castañas y panes bendecidos para celebrar la unión con los antepasados.



Pedro Martín fue testigo de la Genti de Muerti en la alquería hurdana de Aceitunilla.

Eso podía ser, por 1958 aproximadamente. Y eso lo viví yo. Porque era un crío, tenía seis o siete años, y estaba siempre con mis abuelos, que tenían una tabernita en Aceitunilla, y una noche de verano (la gente estaba fuera porque era verano, unos tirados, recostados en la calle, otros de pie y otros sentados), cuando sentimos —clac, clac, clac— un caballo. Y vemos toda la gente un jinete delante y una señora detrás como una princesa con una peineta puesta en su pelo y un manto que le tapaba todas las ancas al caballo. No les vi las caras, porque esas cosas no se dejan ver. Aunque tengan su cara, a ti no te la dejan ver...

—¿Quién va ahí?... ¿Quién va ahí?

Salimos toda la gente detrás. Cuando ya vamos más adelante, cuando ya casi termina el pueblo, volvimos a decir «¿Quién va ahí?».

—¡Gente de muerte!

Entonces se desaparece el caballo, se desaparece el jinete, se desaparece la que va detrás... Y hasta hoy.

Eso lo he visto yo, lo juro.

La gente del pueblo era gente valiente, gente que jamás ha tenido miedo, pero aquella noche se quedaron en la taberna de mis abuelos y no acudieron a sus casas...⁷⁰

Y aunque Pedro no recordaba que nadie hubiese muerto en el pueblo tras la visión de la gente de muerte, en otras alquerías se creía lo contrario: si alguien iba a fallecer, era seguro que estas tétricas figuras aparecían en Aceitunilla, en Casares de Hurdes, en la Huetre, en El Robledo, en la zona del río Fragosa y por la ribera del río Ladrillar.

Ese anticipo de muerte viene subrayado en forma de olor, un olor que volveremos a encontrarnos cuando nos adentremos, más adelante, en el nocturno mundo de las procesiones de ánimas, porque según me comentaba en las Hurdes el etnógrafo Félix Barroso, «cuando pasan los jinetes de gente de muerte se queda un olor como de entierro o cera...».

Son una especie de caballero y de dama con postura regia que son muertos vivientes montados en un caballo enjaezado ricamente, con buenas monturas, buenas colchas, buenos jaeces, buen bocado, buen freno, con los pelos completamente llenos de cintas de colores. Y entran por el pueblo y la gente, asustada, comienza a preguntar: ¿Quiénes sois? Y ellos contestan:

—¡Somos gente de muerte! ¡Somos gente de muerte! ¡Somos gente de muerte!...

Y la voz era un eco repetido continuamente que los llevaba por el pueblo y traspasaba las montañas:

—¡Somos gente de muerte! ¡Somos gente de muerte! ¡Somos gente de muerte...!

Y en la aldea de Aceitunilla, por ejemplo, van siguiendo un camino que se pierde a las afueras del pueblo, y en

un sitio que se llama la Llaná, que es un cerro que está por encima del pueblo (...) allí paran y cuando llegan a lo alto se escucha una especie de ruido o de explosión, un «estruéndaro» grandísimo, como dicen en la aldea, y sale una especie de penacho de humo, y dicen que por la mañana cuando la gente que iba a los huertos llegaba arriba a la Llaná se encontraba un montón de cenizas, y lo achacan a que ya los jinetes y el caballo llegaron a su consumición completa y se han convertido en el montón de cenizas, como cualquier cadáver que muere y se convierte en polvo.

Y efectivamente, no tardaba un día o dos días en que alguien del pueblo moría.⁷¹

Este polvo y ceniza, y ese caballo del que no se apean o no pueden apearse puede tener un antecedente rastreable en un antiguo relato del siglo VII, aunque parece recoger tradiciones orales incluso anteriores.

Se trata del viaje de Bran, quien después de haber pasado una temporada junto a sus hombres en la legendaria isla de las Manzanas, decide regresar a Irlanda empujado por la nostalgia. La reina de la isla, el hada que ha sido compañera de Bran durante su estancia, le advierte que no debe pisar la tierra irlandesa al regresar. Pero uno de los hombres de Bran desoye el consejo y se arroja de la barca hacia tierra firme. Logra llegar a la playa, pero nada más tocar la arena envejece violentamente y se desintegra, reduciéndose a cenizas.

Otro relato, más reciente en el tiempo y más conocido, es la historia de Herla⁷², rey de los antiguos britanos, a quien un día, estando de cacería, se le acercó un extraño personaje montado en una cabra. Usaba una piel de ciervo moteada y su tamaño era inferior a la mitad de un hombre, con piernas peludas terminadas en pezuñas de cabra, cabeza grande y larga y espesa barba pelirroja.

Un año más tarde, invita al rey Herla a su reino en el inframundo, al que se accede por una cueva, donde permanecen durante tres días. Antes de abandonar el reino de las hadas, el rey del inframundo le ofrece como regalo un perrito, lo bastante pequeño como para que pueda sentarse delante de él en la silla de montar, advirtiéndole que nadie debe desmontar de su caballo hasta que el perro salte de la silla.

Cuando salen de la cueva galopan hasta que ven a un labrador que está trabajando, y por el que descubren, asombrados, que los tres días pasados en el otro mundo han sido realmente doscientos años. Al oír al campesino, algunos caballeros caen al suelo y, nada más tocar tierra, el peso de los años cae sobre ellos convirtiéndolos en polvo.

Herla ordena al resto de su séquito que no desmonte, y les conmina a continuar cabalgando hasta que el sabueso baje del caballo. Pero eso nunca ha ocurrido, y desde entonces se ve al rey Herla en locas carreras en compañía de sus hombres, en un error infinito sin reposo ni alivio.

Encontramos en este relato no solamente el mitema del caballero errante (Herla y sus hombres no son cazadores, pero sí ejército), sino también la posible explicación a esa ceniza y polvo que deja el paso del cortejo de Gente de Muerte. Cuando estos muertos regresan al mundo de los vivos, el tiempo recobra sus derechos tan pronto como se establece el contacto entre la tierra y el cuerpo, y caen convertidos en polvo como si los hubieran inhumado siglos atrás.

Y también el contacto con estos ejércitos o cazadores de ultratumba hace que el tiempo «vuele» como ellos mismos... Al menos así lo recoge un relato del condado escocés de Fife, donde habitaba un joven señor llamado Kenneth. La víspera de su boda fue a visitar a su novia a Glendevon, y como retrasó el regreso a su castillo para estar más tiempo con su amada, le sorprendió la noche en el bosque.

De repente, escuchó no demasiado lejos una excelente música de montería, se acercó y descubrió que la floresta brillaba con un resplandor extraordinario que parecía venir del fondo de

la tierra y divisó, tras los troncos de los árboles, en el medio de un vasto claro, toda una partida de caza cuyos participantes estaban vestidos con grandes abrigo rojos y negros⁷³. El que parecía su jefe era un anciano muy delgado, cubierto por un abrigo parecido, que montaba a pelo un soberbio caballo tártaro, de un negro inmaculado.

A su alrededor, los rehалeros retenían con trabajo a una jauría claramente impaciente. Cuando el joven se acercó al grupo de caballeros, el jefe de la partida tocó el cuerno con una furia repentina, y en el preciso momento en que se apagó el sonido, desde la campana de la ermita resonaron a los lejos las doce campanadas de medianoche. Cuando se desvaneció el último tañido de la campana, los perros, los cazadores, los criados, el viejo gentilhomme y el mismo Kenneth se lanzaron a un galope furioso.

Una claridad fantástica acompañaba siempre la cabalgata mientras el viento soplabla y los árboles parecían huir hacia atrás, impulsados en el sentido contrario por el mismo galope que llevaba a los cazadores por caminos que no acababan nunca. La jauría ladraba y, acompañados por su sonido atravesaron montañas, pasaron por encima de lagos y franquearon de un salto enormes estuarios.

Kenneth sintió de repente un viento tórrido quemándole el rostro, pero el calor apenas duró unos instantes, y pronto un aire glacial le mordió las mejillas. Su caballo galopaba sin parecer cansado. Franquearon montañas, corrieron sobre el mar, y alcanzaron costas desconocidas. Aterrorizado, quiso arrojar al caballo, pero no pudo.

Esto duró mucho, mucho tiempo. La noche no acababa y la misteriosa luz parecía brotar bajo los pasos de los caballos a medida que tocaban un pie en el suelo, y la cacería continuaba galopando, galopando, con el mismo ruido ensordecedor que había invadido toda la tierra.

De repente, cuando estaba sumido en la más negra desesperación, su montura se detuvo y se derretió debajo de él. Cayó al suelo cubierto de musgo. Cantó un gallo en la lejanía y vio despuntar los primeros resplandores del alba. Reconoció el lugar: se encontraba en un valle, no lejos del castillo de su amada.

Se acercó para celebrar su boda, pero entonces se quedó horrorizado. Su novia lo esperaba, pero su cabello era blanco y numerosas arrugas surcaban su rostro. Habían pasado más de treinta años. De repente se sintió débil y miserable como un viejo que apenas puede caminar.

Sin embargo, su amor no había envejecido. Se casaron enseguida, pero no tuvieron hijos. Y a menudo al atardecer, cuando sus sobrinos estaban con ellos, Kenneth les contaba cómo una noche había sido arrebatado durante treinta años en una cacería infernal dirigida por el mismísimo demonio.

⁴² Gil González, B. *A la luz de los prodigios. Almas, demonios y seres evanescentes, mitos y mundos en el Siglo de Oro*. Miraguano Ediciones, 2011.

⁴³ Sendín Blázquez, J. *Leyendas extremeñas*. Everest, 1992.

⁴⁴ García de Diego, V. *Antología de Leyendas de la literatura Universal* (Tomo I). Labor, 1953.

⁴⁵ *Der Ring des Nibelungen* es un ciclo de cuatro óperas épicas compuestas entre 1848 y 1874 por Richard Wagner y basadas la mitología germana, particularmente las sagas islandesas, así como del Cantar de los Nibelungos medieval.

⁴⁶ Grimm, J. *Deutsche Mythologie*, 1835.

⁴⁷ Wild Edric, un paladín que vivía en Shropshire, y que se opuso a Guillermo el Normando cuando invadió Inglaterra.

⁴⁸ El nombre del hada no es aleatorio, y es un hilo más de refuerzo en el tapiz de los cortejos sobrenaturales. Los pueblos germánicos afirman contemplar en el cielo invernal a Frau Gauden (O Gode) acompañada de sus veinticuatro hijas-perros. Cuentan que la dama Gauden y sus hijas tenían una pasión loca por la caza. Llevadas por su pasión cinegética, un día expresaron en voz alta el deseo de poder cazar para siempre, y el Cielo satisfizo su voluntad: condenó la madre a cazar eternamente seguida de las hijas, convertidas en una jauría de perros. A Frau Gauden también se la denomina Woden (esposa de Wodan), y se la relaciona con Friya, lo que subraya aún más su pertenencia a este ciclo de la caza salvaje.

- [49](#) Briggs, K. *Quién es quién en el mundo mágico*. José J. de Olañeta, 2006.
- [50](#) Algo muy parecido ocurre en el mito griego de Eros y Psique.
- [51](#) Balaguer, V. *La leyenda del conde Arnaldo (La cacería nocturna)*. *Historias y leyendas*. Imp. de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos (Tomo XXXVII). 1889, págs. 218-224.
- [52](#) El charivari es un estruendo disonante que, como la cencerrada, entra en el ciclo de las costumbres no aprobadas por la Iglesia ni por la autoridad civil, pero celebradas por el pueblo en la creencia de que corresponden a un sistema de defensa de la moral pública, haciendo burla del que se casa varias veces o del que se casa siendo anciano, subrayando lo reprochable de los matrimonios desiguales por edad o dinero.
- [53](#) Labrado, V.: *Llegendes valencianes. Criatures mítiques de la tradició oral*. Ajuntament de l'Alcúdia, 2007.
- [54](#) Caterina Variu, C. y Vibot, T. El comte Mal: Entre la història i la llegenda. El Gall Editor, 2013.
- [55](#) Los *boiets* son unos seres de la mitología con aspecto de demonios del tamaño de un escarabajo, muy inquietos y laboriosos.
- [56](#) La caza de Proserpina, (chasse Proserpine, Chésérquine o chasse Harpine) pertenece al ciclo de cacerías fantásticas europeas, y se afirma que anuncia calamidades extraordinarias. Así, apareció en los cielos franceses en la época de Robespierre, cuando se desató el Gran Terror, y presagió las batallas de Leipzig y Waterloo en Alemania.
- [57](#) Gil, G. *A la luz de los prodigios. Almas, demonios y seres evanescentes, mitos y mundos en el Siglo de Oro*. Miraguano Ediciones, 2011.
- [58](#) Passavanti, J. *El espejo de verdadera penitencia*, 1495.
- [59](#) Boccaccio, G. Decamerón, octavo cuento de la quinta jornada (1349-1351).
- [60](#) Heisterbach, C. de. *Dialogus Miraculorum* (1219-1223).
- [61](#) Del mismo modo, se atestigua que a los malhechores se les enterraba descalzos, o se llegaba incluso a romperles los tobillos para obligarles a un penoso camino a rastras hasta el inframundo de Hela.
- [62](#) Boneta y Laplana, J. *Gritos del purgatorio y medios para acallarlos*, 1699.
- [63](#) García de Diego, V. *Antología de leyendas de la literatura universal* (Tomo II). Labor, 1953, pág.687.
- [64](#) Llamada, no por casualidad, igual que la joven perseguida contemplada por el carbonero de Niversa.
- [65](#) Bécquer, G. A. *El monte de las Ánimas*, 1861.
- [66](#) Bürger, G. A. *Lenore*, 1773.
- [67](#) Un verso que Bram Stoker citará más de un siglo después en los primeros capítulos de su novela *Drácula* (1897).
- [68](#) Narrado por Françoise Omnes Bégard, septiembre de 1890 y recogido por Anatole Le Braz en *La légende de la mort*. París: Editions Alpina, 1958.
- [69](#) García de Diego, V. *Antología de Leyendas de la literatura universal* (Tomo II). Labor, 1953, pág 684.
- [70](#) Testimonio recogido a Pedro Martín, en Aceitunilla, en 2017.
- [71](#) Testimonio recogido a Félix Barroso, de Santibáñez el Bajo, en 2017.
- [72](#) Map, W. *De nugis curialium* (1180-1191).
- [73](#) El rojo y el negro son los colores que caracterizan a estos personajes sobrenaturales. En las Hurdes, como veremos más adelante, la malgüestia también lleva los rostros pintados de rojo y negro.

PARTE II: LA CACERÍA SALVAJE

En el hecho universal de la caza se manifiesta el misterio fascinante de la Naturaleza, la jerarquía inexorable de los seres vivientes.

La caza sumerge al hombre deliberadamente en ese formidable misterio, y por eso tiene algo de rito y emoción religiosa en que se rinde culto a lo que hay de divino, de trascendencia de las leyes de la Naturaleza.

Ortega y Gasset

La creencia que atribuye orígenes maravillosos o terribles a los ruidos nocturnos que se escuchan en el cielo es muy antigua. Ya hemos visto cómo en algunos países y en determinadas épocas se creía que el estruendo era producido por ejércitos en guerra o batallones armados que atravesaban el cielo, pero no menos importante es la creencia de que se trata de cacerías del otro mundo.

Efectivamente, a través del tiempo y el espacio, en los cielos europeos, tras la estela del Ejército Furioso aparece la Cacería Salvaje. Y no es extraño, ya que la caza se ha entendido siempre como una preparación para la guerra, o como un sustituto de la guerra en tiempos de paz.

Sin embargo, el mitema de la cacería del jinete infernal viene de lejos, ya que aparece bien documentado en época prerromana y debió tener gran arraigo, ya que ha perdurado en el imaginario popular hasta nuestros días. El tema ya era conocido en la Europa céltica y germánica desde la Antigüedad, como demuestra el conocido carrito votivo de Mérida, una pieza de bronce adornada con las campanillas que ya conocemos, y en la que se puede contemplar el relato mítico en la que un jinete solar, acompañado de dos perros, persigue para dar caza a un jabalí.

Este aspecto parece predominar en la iconografía y en las tradiciones orales de la Hispania céltica, donde suele interpretarse como el viaje al otro mundo del jinete solar, relacionado con el dios Windos El Blanco, mientras que esta escena sería la narración gráfica de un relato mítico ampliamente extendido en la Antigüedad a juzgar por la amplia difusión que ofrecen estas representaciones.

Wandos sería una divinidad solar, adorada por los celtas de toda Europa, un dios celeste y protector, pero que posee también un carácter infernal, como dios de los muertos y del inframundo⁷⁴. En la mitología germánica la cabalgata la dirigía el propio dios Wodan (Wotan), cuya raíz (w-n-d) se relaciona igualmente con Windos.

Esta conexión entre el cazador salvaje y Wodan está perfectamente clara en la región alemana de Mecklemburgo, donde el cazador salvaje recibe el nombre de Wod. Allí los perros del aire a menudo ladran en la oscuridad, en los páramos, en los bosques o en las encrucijadas, y el viajero que aún no ha llegado a su casa cuando anochece se lamenta de su suerte, porque Wod es a menudo malicioso y rara vez benévolo.

Y en ocasiones puede ser incluso las dos cosas a la vez, como pudo atestiguar un granjero que, en una ocasión, volviendo de noche borracho de la ciudad, tuvo que tomar el camino que lo llevaba a través de un bosque.

De repente escuchó sobre su cabeza el ruido de una cacería salvaje, el tumulto de los perros y la llamada de un cazador, mientras un hombre alto montado sobre un caballo blanco descendió de las nubes frente a él, sosteniendo una cadena entre las manos que hacía oscilar hacia el granjero, retándole a tirar de ella para comprobar su fuerza.

El granjero agarró con valentía la pesada cadena y el cazador salvaje osciló en las alturas intentando atraerlo hacia él. Pero el granjero había envuelto la cadena alrededor de un roble cercano, y el cazador estaba tirando en vano.

Cabalgó hacia el cielo a la velocidad del rayo. Los perros rugían, los caballos relinchaban allá arriba, el roble crujía desde sus raíces y parecía que iba a quebrarse de un momento a otro. El granjero tenía miedo, pero el árbol se mantuvo firme.

Finalmente, Wod se dio por vencido y decidió recompensarlo por ser el primer humano que se resistía a su caza. La cacería se alejó ruidosamente mientras el granjero conseguía a duras penas arrastrarse de nuevo al camino. Entonces, un ciervo cayó desde el cielo, gimiendo frente a él, y la

voz de Wod resonó en las alturas, diciéndole que la parte de la caza que le correspondía era la sangre y los cuartos traseros de la pieza cobrada.

El granjero intentó zafarse del regalo alegando que no tenía ni cubo para la sangre ni olla para la carne, pero Wod le gritó que se quitase las botas y las llenase con la sangre, y que cargase con la carne a sus espaldas.

Al principio el miedo alivió la carga, pero gradualmente esta se fue haciendo más y más pesada, y el granjero apenas podía llevarla. Con la espalda casi rota, empapado en sudor, finalmente llegó a su cabaña y descubrió, asombrado, que la bota estaba llena de oro y que los cuartos traseros del ciervo se habían convertido en una bolsa de cuero llena de plata.

Este relato mítico, que nos ofrece una interesante pista sobre la relación entre el cazador salvaje y la abundancia que puede llegar a ofrecer, es también conocido en los países celtas y tiene su proyección en una leyenda galesa cuyo protagonista es un personaje del que hablaremos más adelante: el rey Arturo.

La leyenda narra la persecución por el rey Arturo del jabalí Twrch Trwyth. El animal huye al mar (lugar de paso al más allá), lo que denota su carácter ctónico, dada la relación de la cacería con la noche y la muerte, pues ese jabalí era un guerrero que había matado a muchos de sus hijos, prueba de su carácter funesto⁷⁵.

Este carácter funerario asociado al mundo infernal, al color negro, a la noche y a la muerte queda patente en las tradiciones de la cacería fantástica, extendida por toda Europa, en especial por los antiguos países celtas, desde la península ibérica, Francia, norte de Italia, la antigua Galia Cisalpina y Austria a Gran Bretaña e Irlanda, pero también fue popular entre los germanos, pues se documenta igualmente en los Países Bajos, Alemania, Dinamarca y Escandinavia.

Una estupenda descripción de la caza salvaje podemos encontrarla incluso en las brumosas tierras de Escocia, donde también forma parte de sus creencias populares al menos desde el siglo XVIII.

Allí, a menudo se oye a medianoche o al mediodía, un ruido inicialmente débil, pero que se magnifica cada vez más: la voz de los cazadores, el ladrido de los perros y el ronco sonido del cuerno a lo lejos.

Pronto el tumulto se redobla; el aire resuena con gritos más altos, los gemidos del ciervo perseguido y desgarrado por los perros, las exclamaciones de los cazadores, las pisadas de los caballos, un sonido repetido por los ecos de las cuevas.

La novilla, pastando en el valle, tiembla ante este tumulto, y los oídos del pastor resuenan aterrados. Dirige sus ojos errantes hacia las montañas, pero no ve rastro de un ser vivo. Asustado y tembloroso, no sabe qué causa su miedo, ni si es obra de su mente, de un hechicero, de un hada o de un demonio; pero se asombra, y su asombro no tiene fin.⁷⁶

Como acabamos de comprobar, en ocasiones el campesino ignora quién produce ese terrible fenómeno, porque son numerosos los personajes que dirigen esta caza salvaje. En el folclore europeo existen numerosas referencias a las cacerías formadas por el diablo y sus legiones, por espíritus o fantasmas, incluso por seres feéricos como hadas o brujas.

Estas cacerías fantásticas a veces tienen lugar en las regiones aéreas, en ocasiones deambulan por los bosques y sus cercanías, o sobrevuelan montañas y aldeas. Son especialmente conocidas en las regiones del norte y del centro de Europa, y constituyen el tema central de una gran cantidad de historias y leyendas cuyas diferentes ramas presentan episodios paralelos, a veces idénticos, pero también con diferencias notables, en relación con la naturaleza del lugar donde se desarrolla la escena.

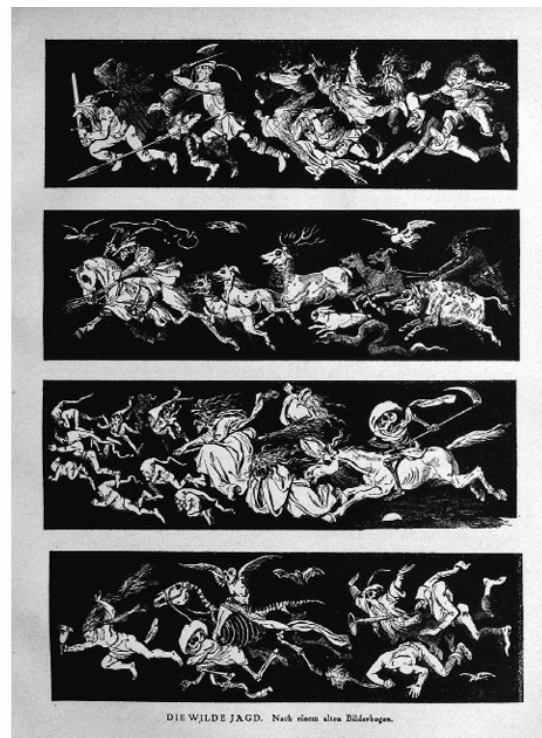
Con raras excepciones, los personajes que lideran estas cacerías están malditos, y tienen que

expiar actos sacrílegos o crueldades cometidas en vida. Normalmente, su pecado está relacionado con la caza, ya que les gustaba tanto este entretenimiento que llegaron a violar las leyes humanas y divinas para satisfacer su pasión. Por eso son castigados en el lugar donde pecaron, y deben perseguir sin descanso, hasta el final de los siglos, una presa que nunca alcanzarán.

Sin embargo, no todo es infernal en las cacerías fantásticas, y también encontramos cazadores santos, como san Huberto y san Eustaquio, en Bretaña y Normandía, que asocian la caza sobrenatural a algún episodio de su vida legendaria.

En otras ocasiones las cacerías salvajes están lideradas por héroes románticos o populares como la del rey Arturo en Bretaña o la de Carlomagno en Alemania, pero también existen numerosas cacerías lideradas por un demonio, o incluso por el mismo diablo.

En estas cacerías infernales parecen encuadrarse también las apariciones francesas que están lideradas por un extraño personaje medieval llamado Hellequin (la caza de Ankin, en Maine; la caza Hennequin, en Normandía; la caza Helquin en Anjou; la Hennequin Mesnie en los Vosgos; el cazador Héletchien, en la Baja Normandía; y la *mesnie* Helquin o Herlequin, en el resto de la región normanda) y que acabará desembocando en la figura italiana del arlequín carnavalesco.



La Cacería Salvaje en Der Orchideengarten, 1920.

Abundan también las descripciones de cazadores envueltos en llamas, de caballos que echan humo y fuego por sus fosas nasales, incluso de perros, lobos y otros animales negros que están iluminados por el fuego. La familia Hellequin, observada por un sacerdote saboyardo del siglo XI, estaba compuesta de guerreros enteramente negros cuyas armas eran de fuego y que consumían a las víctimas en un ardor inextinguible, y cuatro siglos más tarde una crónica alemana⁷⁷ relata la aparición de un cazador eterno que llevaba precisamente un traje ígneo.

Podemos contemplar la naturaleza flamígera de las cazas volantes en algunas denominaciones vernáculas de los países germánicos, donde la tropa es llamada «die furige Jaag» o «die Feuerjagd», es decir, la caza de fuego; mientras que en Alsacia llaman «sillón de fuego» a la

cabalgata nocturna, y en Silesia algunos pueden enseñar las trazas ennegrecidas y los trozos calcinados de terreno que testimonian el paso de la caza.

Pero sin duda, la mayor señal ígnea que han dejado las cacerías infernales se encuentra oculta entre los montes d'Arrée, en la Bretaña francesa. Y hasta allí viajé para comprobar en persona cómo es el Yeun Elez, la legendaria entrada del infierno, un área pantanosa que alimentó leyendas y proporcionó turba hasta que en 1937 fue inundada por el embalse de Saint-Michel.

Hasta ese momento nadie se acercaba a la zona, pues ocupaba su centro un pantano infecto y legendario apodado Youdig (algo así como «papilla», en el dialecto bretón, debido a su aspecto y consistencia) en el que los exorcistas encerraban a los demonios en cuerpos de perros negros y los arrojaban a sus aguas oscuras.

Estos perros, denominados *yelhounds*, representaban el alma de los condenados que aullaban por la noche en las landas y perseguían a los vivos. Esta creencia probablemente se explica por fenómenos naturales como los fuegos fatuos, los incendios espontáneos de turba y la desaparición inexplicable de personas que quedaron atrapadas en el pantano después de perderse en la niebla que frecuentemente cubre la zona.

Incluso se puede escuchar a los demonios aullar por la noche, aunque los ornitólogos sospechan que las leyendas sobre los aullidos que salen de las puertas del infierno ubicadas en el Yeun Elez podrían explicarse por la presencia en ese momento del avetoro, un pájaro de la familia de la garza que tiene como canto particular durante la reproducción un sonido alto, profundo, como la sirena de niebla de los barcos y cuya presencia está confirmada en el Finisterre del siglo XIX.

Pero lo cierto es que la presencia de un ave determinada hace dos siglos no explica por sí misma la cantidad de leyendas relacionadas con los cortejos fantásticos que se dan en un terreno tan acotado como sobrenatural y cuyo centro neurálgico es un pantano oscuro, triste e inquietante.

Según la tradición, el Ankou, el segador de almas, merodea por allí, y los lugareños más ancianos aún se aterrorizan cuando escuchan (o creen escuchar) el característico chirriar de las ruedas de su carro y el sonido de cadenas que presagian la muerte inminente en una casa de la zona.

Los korrigans, pequeños seres feéricos pertenecientes al legendario celta, bailan por la noche en el páramo, y la leyenda del cazador infernal presenta al señor de Botmeur de caza con el diablo y ofrece una explicación muy particular de cómo se formó la cuenca de Yeun Elez.

Mientras observo los brezos azotados por el viento y los charcos negros y las dunas de turba en movimiento, me estremezco al recordar la leyenda que afirma que aquí, hace cientos de años, había un frondoso bosque que rodeaba un magnífico castillo casi desconocido para el resto de Armórica.

El señor pagano que lo habitaba era lo suficientemente poderoso como para ser autosuficiente. Servidores, caballos, ciervos y perros llenaban su dominio, y vastos campos cultivados le dieron al barón de Botmeur todos los bienes de la tierra en abundancia. Ningún camino conducía a este castillo y nadie se habría atrevido a adentrarse en las profundidades de este misterioso bosque.



Los korrigan y el Ankou atraviesan a menudo esta zona bretona (fragmento de la cacería salvaje en *Der Orchideengarten*, 1920).

Sin embargo, una tarde de invierno, al caer la noche, un peregrino subió solo y desarmado por el estrecho sendero excavado en la roca que conducía a la entrada del castillo, y cuando estuvo ante el barón, solicitó un lugar para erigir un oratorio. El señor de Botmeur no solo no se lo concedió, sino que, enfurecido por su atrevimiento, decidió utilizar al peregrino como divertimento, tratándolo como una pieza de caza a la que apresar.

Al día siguiente, al amanecer, fanfarrias más siniestras que alegres despertaron a todos los habitantes del castillo. Pronto los hombres y los animales ocuparon sus puestos a la entrada del bosque. El prisionero fue conducido al frente y comenzó a correr como un ciervo por el bosque.

El peregrino corría veloz sobre los barrancos helados, y los perros jadeaban, devorando el espacio. Los mejores sabuesos cayeron despeñados y no volvieron a levantarse, los sonidos de los cuernos se debilitaban y ya habían desaparecido los últimos árboles del bosque. La cacería ascendió por laderas espantosas, erizadas de rocas, en medio de la montaña, como un huracán, subiendo y subiendo. Finalmente, llegaron a la cima. Allí se detuvo el fugitivo.

El corcel negro del noble, a su vez, se acercó y cayó al suelo, a tiro de piedra del forastero, lanzando un relincho espantoso; y cuando el señor de Botmeur pudo darse cuenta de lo que lo rodeaba, vio, en el lugar del fugitivo, a un ángel resplandeciente de gloria y belleza, y a su alrededor solo cenizas humeantes. En su valle fértil y rico solo había brezos espantosos, enrojecidos y quemados por un fuego subterráneo, y solo quedaba un pantano oscuro rodeado de matorrales negros.

La leyenda cuenta que fue el mismo san Miguel el que erigió en la cima de la montaña un oratorio que aún hoy puede visitarse, y desde el que contemplé anonadada las llanuras infernales en las que se había convertido el fértil bosque del barón de Botmeur.

Comprendí entonces que la cristianización no solo no logró la desaparición del mito de la cacería salvaje, sino que terminó siendo absorbida por él. Por eso no me extrañó que uno de los primeros testimonios de estas cacerías salvajes tuviera como protagonistas a una multitud de monjes ingleses.

La primera descripción que sobrevive de los sabuesos negros diabólicos es el relato de un incidente en la abadía de Peterborough, registrado en el siglo XII, así que, sin pensármelo dos veces, emprendí viaje hasta el centro de Inglaterra, al condado de Cambridgeshire.

Cuando llegué a Peterborough me encontré con una ciudad más moderna y funcional de lo que me esperaba. Tras aparcar el coche en una zona de oficinas, y siguiendo las indicaciones de Google Maps, me adentré en lo que parecía la parte trasera de unos modernos edificios y, tras atravesar andando una barrera que impedía la entrada a los vehículos, me vi inmersa de repente en la Edad Media.

Ante mí, en una enorme explanada, se levantaba la majestuosa catedral de la ciudad, uno de los edificios más importantes de la Inglaterra del siglo XII. Fundada en el periodo sajón, pertenece fundamentalmente a la arquitectura normanda, y se conserva prácticamente intacta, aunque con

algunas extensiones y restauraciones.

Sin embargo, no era la catedral gótica lo que me interesaba, sino los restos de un edificio coetáneo: la abadía de los monjes que había aquí en el siglo XII. Quería encontrar el lugar donde alguien aseguró, por primera vez, que había visto la Cacería Salvaje.

Encontré las ruinas después de rodear completamente la catedral, caminando entre tumbas y pequeños cementerios. Allí, escondidos e insignificantes, vestidos con hiedra, se veían los muros y los arcos ojivales de lo que un día fue la abadía de Peterborough. Acaricié la piedra vetusta casi reverencialmente, cerré los ojos y recreé en mi mente cómo debió ser aquel primer encuentro, tal y como los monjes lo describieron:

Que nadie se sorprenda de la verdad de lo que estamos a punto de relatar, ya que era de conocimiento común en toda la región que después del 6 de febrero mucha gente vio y oyó a un gran número de cazadores en plena persecución.

Los cazadores eran negros, enormes y horribles, y cabalgaban sobre caballos negros y sobre machos cabríos negros y los sabuesos eran negros como la noche, con ojos de mirada espantosa.

Esto se vio en el mismo parque de ciervos de la ciudad de Peterborough y en todo el bosque que se extiende desde esa misma ciudad hasta Stamford. Durante toda la noche los monjes los oyeron gritar y tocar sus cuernos. Testigos de confianza que estaban de guardia durante la noche declararon que podría haber habido hasta veinte o treinta de ellos en aquella carrera salvaje.

Esto se vio y se escuchó desde el momento de su llegada, durante toda la Cuaresma y hasta la Pascua.⁷⁸

Agucé el oído por si escuchaba algo, pero solo se oían el silencio y la lluvia que empezaba a caer mansamente sobre las hojas verdes que arrojaban las ruinas de la abadía benedictina. La catedral y sus jardines, sus cementerios y las residencias de los deanes que la rodeaban, todo el recinto era un oasis de paz en el centro de la ciudad, una burbuja donde el espacio se aquietaba y el tiempo parecía no transcurrir.

Decidí dar media vuelta y atisbar, detrás de la catedral, el bosque en el que hace diez siglos la ciudad escuchó cabalgar a la Cacería Salvaje. De camino, a mi izquierda, la catedral se erguía majestuosa. Entonces me fijé en un cartel informativo, un cartel discreto que antes, con la impaciencia por encontrar los restos de la abadía, se me había pasado por alto: un cartel que indicaba el descubrimiento en ese mismo lugar de unas tumbas antiguas, datadas en el siglo XII, tumbas antropomorfas que estaban diseminadas por el suelo, pegadas a los muros de la catedral, pero cerca de los restos de la abadía.

Eran las tumbas de los monjes que escribieron la *Crónica de Peterbourough*. Y contemplándolas, bajo la lluvia que lloraba sobre el pequeño cementerio normando, divagué pensando que quizás alguno de ellos falleció al poco tiempo de haber contemplado la cacería infernal, quizás debido la impresión, quizás por la edad o por un accidente inesperado, pero acrecentando de esta manera, sin pretenderlo, el carácter psicopompo del cortejo y su papel como emisarios de muerte.



En estas tumbas descansan los monjes que contemplaron la cacería salvaje en Peterborough.

Pero si hay un cortejo que ha seguido viéndose hasta épocas recientes en Europa es sin duda uno que sobrevive en el folclore de Francia bajo el nombre de *chasse-galerie*, una denominación bajo cuyo paraguas podemos encontrar a los perros del aire, a los perseguidores de almas, al mal cazador, al cazador cazado, al cazador infernal y a los caballos desbocados, aunque su acepción más antigua parece referirse a este fenómeno como una cohorte demoniaca que persigue a las almas de los muertos.

La primera vez que se utiliza el término *chasse-galerie* es en 1829 de la mano (o, mejor dicho, de la pluma) de Maître Guerry, un folclorista interesado en las tradiciones de Poitou.

Solo hacia el otoño, al borde de las aguas, en los valles profundos, se oye la *chasse-galerie*. Luego, entre ladridos lejanos, creemos distinguir el sonido de un carro y los gritos de los espíritus infernales, cuya triste cohorte persigue las almas de los muertos.⁷⁹

En Vigeant, la *chasse-galerie* es descrita como un carro de cuatro ruedas que pasa por el cielo, arrastrado a gran velocidad por perritos que ladran, y Marie Prieur, de Saint-Romain-en-Charroux, explicó a Michel Valière que era necesario hacer una cruz al finalizar el paso de esta caza, porque eran almas penantes a las que este simple gesto les permitía ir al paraíso.

Por eso cualquier campesino prudente, cuando oía llegar a esta cacería, ordenaba a sus hijos que regresasen a casa, los hacía arrodillarse y rezaban juntos por el alma de los réprobos.⁸⁰

En ocasiones estas almas condenadas pertenecían a niños, como se aseguraba en la región de Confolent antes de 1914, donde se afirmaba que la *chasse-galerie* era el alboroto causado por las almas de los infantes que murieron sin bautismo y que son arrastrados al infierno por el diablo, quien los persigue a golpe de látigo y sonido de cascabeles.

En Monsireigne se precisa que el paso de la *chasse-galerie* va acompañado del ruido de cadenas arrastradas y aullidos de animales, especialmente perros, mientras que en Boupère, la señora Perraud afirmaba en 1943 que era una manada que corría por el cielo tras un ciervo, pero que no debes mirarlo porque la persona que lo ve muere antes de un año.

La muerte siempre está presente en los cortejos, que a veces no solo anuncian defunciones, sino que ejercen de auténticos psicopompos, llevándose vidas a su paso, como sucedió en la última década del siglo XIX en el pueblo de Grand-Moulin, en la comuna de La Ferrière, donde una mujer que estaba cavando en el campo vio a plena luz del día a la *chasse-galerie*. Su hijito estaba llorando. Cuando llegó al final del surco, se acercó a coger al niño, al que encontró ya muerto.⁸¹

También le llegó la muerte a un hombre de Fontaines que vivía en una casa cerca de un arroyo, y que fue sorprendido por un ruido infernal y discordante⁸² que rápidamente reconoció: eran los furiosos ladridos de la manada de la *chasse-galerie*. Regresaba del bosque en un bote, era de noche y cuando escuchó el estruendo y el alboroto en el aire se asustó tanto que en cuanto puso un pie en la orilla corrió a esconderse en lo más profundo de su vivienda. En ese mismo instante oyó aterrado cómo las cadenas que sujetaban las barcas atadas a la orilla eran movidas enérgicamente por una mano poderosa e infatigable que siguió agitándolas hasta el amanecer, momento en el que pobre hombre murió⁸³.

Curiosamente, con la llegada del siglo xx, el mito comienza a deformarse, y el pueblo comienza a intentar explicar el nombre de la caza basándose en las nuevas leyendas cristianizadas del mal cazador.

Así, es frecuente la explicación que supone la maldición de un supuesto noble llamado Gallery, que se cree que fue condenado por ser un mal señor, por no respetar ni los días sagrados ni a los hombres religiosos, y se envuelve en una leyenda que va a ser muy conocida en la época: la del noble mezquino y cruel con el campesino que cazaba los domingos.

En algunos relatos se afirma que Gallery vivía en las cercanías de Saint-Sornin, y aunque en un principio no se tiene muy claro por qué está condenado, pronto el mito comienza a vestirse con las capas prestadas de otras leyendas religiosas.

No sabemos por qué caza. Sin embargo, algunos dicen que se trata de un hombre condenado a cazar en el aire por la eternidad porque cazaba ciervos los domingos durante la misa. El animal se habría arrojado a la cueva de un santo que así habría condenado a Gallery.⁸⁴

Y precisamente un domingo, durante la misa mayor, persiguió a un ciervo que se refugió en una cueva habitada por un ermitaño, que se negó a entregar al animal, amenazando a Gallery con la venganza del cielo. Pero este último quería continuar su caza, por lo que el ermitaño lo maldijo y condenó a perseguir su ciervo desde el atardecer hasta el amanecer.

Y desde entonces, según afirman los campesinos, Gallery ha estado cazando todas las noches, a veces en la tierra y a veces en las nubes, y se pueden escuchar los ladridos de su manada de perros y sus gritos de caza.

Y añaden que no tiene descanso, porque en cuanto deja de cazar tiene que luchar contra los turcos o los ingleses, los ogros o los osos, y apenas amanezca, arderá en el infierno, lo que asocia a Gallery con el ejército furioso y con los combates sobrenaturales que ya hemos analizado, hasta tal punto que los habitantes de Saint-Sornin aseguran que en un campo cercano al pueblo es donde Gallery lucha contra los sarracenos todas las noches.

En otros lugares el mito se une al de la cacería humana, y se atribuye a Gallery el papel de cazador de hombres que reparte su caza con aquel que tiene la osadía de solicitarlo, como le ocurrió a un campesino de Vendée, que, al oír una noche pasar la cacería, gimoteó burlonamente y le exhortó a que compartiese su caza. Al amanecer, encontró la mitad del cuerpo de una mujer en su puerta.

Sin embargo, en otras ocasiones es el propio Gallery el que se convierte en la pieza por cazar. Es el mito del cazador cazado, que analizaremos más adelante, y que se atribuye al señor al que pertenecía el bosque de Tanouarn en Ille-et-Vilain, quien llegó un día para cruzar con su manada de perros el camino principal justo cuando el sacerdote de Dingé llevaba el viático a un moribundo.

Gallery no solo no se detuvo, sino que ni siquiera se quitó el sombrero, y desapareció al amparo

de la noche. Nadie lo volvió a ver; pero lo han escuchado durante siglos, cruzando el aire perseguido por sus perros. Es la cacería humana que, en los bosques de Tanouarn y Bourgouet, todos han escuchado pasar durante la noche.

Sin embargo, y aunque se den tantos detalles acerca de la residencia o del lugar de origen del señor Gallery, es difícil que haya una persona real detrás del mito, por la sencilla razón de que el mito es mucho más antiguo que ningún noble de los que se habla.

Y solo tenemos que acudir a algún experto lexicólogo⁸⁵ para descubrir que el nombre de *chasse-galerie* proviene de *chasse-galière*, ambas derivadas del verbo *galier*, que significa «cabalgar». Esta teoría se confirma si tenemos en cuenta que otro nombre que se da en Viena a esta caza es *chasse galopine*, la «caza al galope»: son, por tanto, los caballos, el galope y el movimiento frenético de las monturas lo que define a esta caza salvaje⁸⁶, y no el supuesto señor Gallery.

LOS SEÑORES DEL BOSQUE

El término «salvaje» que define a estas cacerías es muy apropiado para calificar la mayoría de estas leyendas, ya que la palabra proviene del latín bajo *salvaticus*, que es una alteración del latín clásico *silvaticus*, de *silva*, que significa bosque.

Y precisamente, según las tradiciones populares, ciertos bosques están encantados por personajes ruidosos que pertenecen al otro mundo, como ocurre en el legendario lago Mummelsee, en la Selva Negra, sobre la ladera de Hornisgrunde, la cima más elevada de Alemania.

Para llegar hasta el lago, y después de aterrizar en Múnich, y alquilar un coche, debía recorrer estrechas carreteras de montaña que, como serpientes delgadas, surcaban los tupidos bosques de la Selva Negra. En ocasiones, la niebla se adueñaba de la carretera, y resultaba imposible seguir avanzando, aunque mágicamente, minutos después, la niebla desaparecía unos metros más arriba y el sol volvía a brillar sobre las copas de los árboles.

Así que, algo más tarde lo previsto, llegué al hotel Mummelsee, llamado así, al igual que el lago, por las *mummeln*, las nereidas o sirenas que habitan en sus aguas. El hotel, una encantadora y cálida casona alpina de madera, era el único refugio del entorno, y mi habitación disponía de una enorme cristalera que daba directamente sobre las mágicas aguas del lago.

El estanque, como un ojo insondable rodeado de bosques inmensos y tupidos, es sin duda uno de los más encantados (y encantadores) del mundo, así que tras dejar la maleta en la habitación me abrigué bien y bajé a la orilla con la intención de rodear su superficie siguiendo una pasarela de madera que bordea sus aguas legendarias.

A lo largo del perímetro del lago no había ni una sola persona (otra más de las muchas ventajas de viajar fuera de temporada), pero sí numerosas esculturas de hierro, otras de bronce y algunas de madera, que daban testimonio de las leyendas que rodean el lago.

Comencé a fotografiarlas una a una y, entonces, cuando había llegado a la mitad del recorrido circular del lago, ocurrió algo extraño. Como estaba justo en la orilla opuesta al hotel, decidí hacerle una fotografía. Levanté la cámara y cuando miré por el objetivo solo vi la nada. Una nada blanca y algodonosa, deshilachada y cenicienta.

En cuestión de segundos, la niebla más espesa y rápida que he visto en mi vida comenzó a inundar la zona como si fuese agua, como una cabalgata de caballos blancos, rodeándome tan

rápidamente que me fue imposible avanzar más de un metro sin correr el riesgo de caerme en el lago o tropezar con las raíces de los gigantescos árboles que lo rodean.

Anonadada por la rapidez del fenómeno, perdí completamente la orientación, la visión y casi todos los sentidos. Por si fuera poco, la llegada de esa repentina niebla coincidió con el ocaso, lo que no sirvió precisamente para tranquilizarme.

Recordé que los lugareños aconsejan siempre encontrar el camino de regreso a tu cabaña antes de que anochezca. Porque es entonces, cuando asoma la luna, cuando alrededor del lago se oyen grandes ráfagas de viento ululando en una danza infernal entre los grandes árboles, y se escucha en la niebla el sonido espectral de los cuernos que llaman a los perros a la caza salvaje.

EN EL PRINCIPIO ERA CERNUNNOS

Cuando por fin terminé de bordear el lago y conseguí recorrer el trayecto que me separaba del hotel, me encontraba exhausta y empapada. La niebla me había calado hasta los huesos, así que después de una reconfortante ducha bajé al restaurante para tomar una fädlesuppe, una sopa a base de caldo de carne que me arregló no solo el cuerpo, sino también el alma.

Mientras esperaba el café, recordé que había visto, en la orilla del lago, la estatua de un cazador esculpida en madera. Afortunadamente, además de la escultura también había fotografiado el cartel que la acompañaba y, puesto que eran las cacerías salvajes lo que me había llevado hasta allí, decidí investigar el tema.



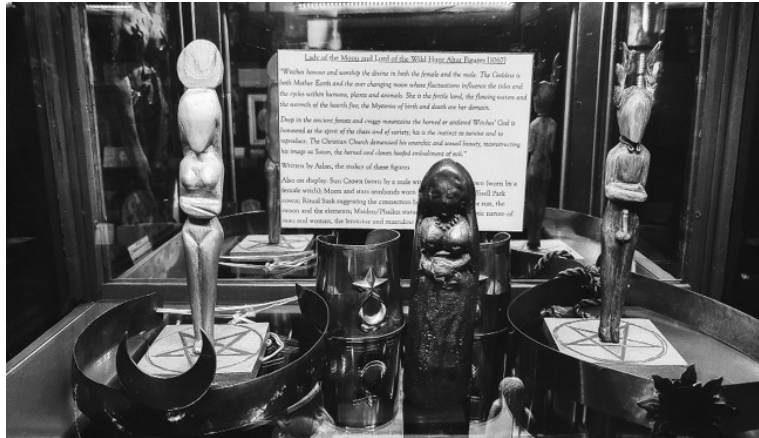
El cazador del lago Mummelsee, en la Selva Negra.

Tras un par de traducciones fallidas, conseguí desentrañar la leyenda. Se trataba de la historia de un cazador que un día en que se encontraba cazando en los bosques que rodean el lago vio, sentado sobre el agua, a un hombrecillo con las manos llenas de monedas de oro. El cazador le apuntó con su escopeta, pero cuando iba a dispararle el hombrecillo se sumergió en el agua, pero antes maldijo al cazador lanzándole un hechizo, y desde entonces nunca más pudo volver a conseguir ni una sola pieza de caza.

La leyenda me recordó enseguida las historias que se cuentan sobre el señor de los Animales, un mito que se originó en tiempos ancestrales: En los pueblos cazadores de Europa existía un dios que era el señor de la Caza, y si los cazadores querían abatir sus presas no debían olvidar

jamás que no podían hacerlo sin su consentimiento, y siempre con la condición de respetar ciertas reglas y tabús. En caso de ruptura de la prohibición, el señor de los Animales, irritado, rechazaba la solicitud de los cazadores, que se volvían inútiles e impedidos para cazar hasta que repararan su falta.

Y si hay un dios que haya llegado hasta nuestros días que reciba el nombre de señor de los Animales es Cernunnos, macho cornudo de la mitología celta, mitad hombre y mitad bestia, relacionado con la fertilidad y la regeneración y divinidad de la abundancia. Simboliza los ciclos de la naturaleza y la renovación psíquica y espiritual. A través de sus astas une el cosmos y la tierra, asumiendo así un rol de psicopompo, de «barquero de almas».



Altar de la Señora de la Luna y del Señor del la Cacería Salvaje en el museo de la brujería y de la magia, en Boscastle, Inglaterra.

Cernunnos representa el Samhain, la fiesta del Nuevo Año celta, y la dirección del Oeste, hacia dónde van los muertos. Es el señor de los Animales Salvajes y su rasgo más particular son los cuernos de ciervo, lo que nos recuerda indefectiblemente a otro personaje cérvido, cornudo y cazador: el anglosajón Herne.



Herne el Cazador, en una ilustración del museo de la brujería y la magia de Boscastle, Inglaterra.

Herne el Cazador (o Herne the Hunter en su idioma original) es un ser sobrenatural asociado al bosque de Windsor y a Great Park, en el condado inglés de Berkshire. Así que para encontrarme con él debía atravesar el continente y volver al corazón de la isla de Britania. Al corazón de su reino y de sus reyes: al mismísimo parque de Windsor.

Llegué a Windsor Great Park (anteriormente conocido como Bosque de Windsor y Parque real de Windsor) por carreteras tan estrechas y entre árboles tan tupidos que no hubo una sola curva en la que no temiese arañar el coche de alquiler que conducía.

Debía encontrar uno de los numerosos aparcamientos que lo circundan, porque Royal Park es ahora un parque de casi 2000 hectáreas que aunque en sus inicios era un terreno privado de la realeza británica usado eminentemente para la caza, en la actualidad, y afortunadamente para mí, permanece abierto al público.

Tras aparcar el coche y adentrarme en el bosque no me fue difícil imaginar entre sus árboles la figura legendaria de Herne el Cazador. Posee cuernos de ciervo que crecen de su cabeza, monta un caballo, atormenta al ganado hasta hacer que expulsen sangre en lugar de leche y su presencia se acompaña de un tintineo de cadenas que aterroriza a cualquiera que lo escuche en la noche.

Se han propuesto varias teorías para explicar el origen del personaje, y aunque ninguna ha demostrado ser concluyente, ha habido varios intentos para conectar a Herne con figuras históricas, deidades paganas o arquetipos antiguos, aunque lo cierto es que la primera mención

de Herne proviene de la pluma de Shakespeare⁸⁷, y es imposible saber con qué precisión o en qué medida el autor incorporó una verdadera leyenda local en su obra.

En el siglo XIX otro escritor, esta vez alemán, Jacob Grimm, fue el primero en sugerir que Herne había sido considerado el líder de la caza salvaje, una idea que llegó a tener bastante influencia en los investigadores posteriores, ya que hay que recordar que los hermanos Grimm no solo recopilaban cuentos, sino que eran unos profundos conocedores del folclore germano.

En el siglo XX, se agregaron más detalles a la leyenda de Herne, incluida la idea de que su fantasma aparece poco antes de los desastres nacionales y la muerte de los reyes, como también ocurre con el Gran Cazador del bosque francés de Fontainebleau.

En este mismo siglo se informa por primera vez de encuentros con Herne, o se recogen testimonios de personas que escuchan a sus sabuesos y sus cuernos de caza en el bosque de Windsor. Otra gran folclorista, Katharine Briggs⁸⁸, recuerda como en 1915, una de sus maestras en su escuela de Edimburgo le contó que su padre, un coronel retirado que tenía una habitación en el castillo de Windsor, solía ver, en noches de luna, a Herne el Cazador de pie bajo un roble.

El roble original de Herne ya no existe, pero dejando una cascada a mi izquierda, continué el sendero que atravesaba el bosque mientras recordaba una de las historias recientes que había leído acerca del lugar en el que me encontraba. Fue en 1964 cuando un miembro de la Sociedad Inglesa de Danzas y Cantos Populares contó a Ruth Tongue⁸⁹ la historia de tres jóvenes vándalos que se empeñaron en maltratar a la naturaleza.

Al parecer, uno de ellos era un gamberro que había venido de fuera a pasar el día, y los otros dos eran de Windsor, así que se fueron al bosque y empezaron a derribar los árboles más jóvenes.

Entonces el gamberro encontró en el suelo un antiguo cuerno de caza y comenzó a gritar a sus amigos:

—¡Eh, mirad lo que he encontrado! ¿Han estado rodando alguna película de Robin Hood por aquí?

—¡Déjalo donde está! —exclamó uno de los chicos de Windsor mientras echaba a correr con todas sus fuerzas.

—¡No lo toques! —gritó el otro mientras también se marchaba corriendo.

Pero el gamberro tenía que demostrar que nadie le podía decir lo que tenía o no tenía que hacer, y llevándose el cuerno a los labios, sopló.

El cuerno lanzó tal gemido y emitió un ruido tan fuerte que el chico casi se desmaya, y mientras estaba allí temblando se escuchó un alarido terrible y el ladrido de grandes perros. El muchacho entonces empezó a correr, pero no pudo alcanzar a los de Windsor, que corrían como locos hacia la iglesia.

Los muchachos de Windsor, ya seguros en el interior del templo, escucharon el ladrido de los perros y contemplaron cómo el otro muchacho llegaba tambaleándose. Ya casi estaba en la puerta cuando se detuvo. Los chicos oyeron el silbido de una flecha y contemplaron aterrorizados cómo el gamberro levantaba los brazos, gritaba y caía de bruces en el portal del templo.

No le atravesaba ninguna flecha, ni había perros, ni tampoco cazador. Pero el joven sí que estaba muerto. Completamente muerto.

EL GRAN CAZADOR

Y es que el bosque es sin duda uno de los lugares preferidos por la cacería salvaje, y existen dos de ellos (muy relacionados con la realeza, por cierto) en los que los señores del Bosque reinan a sus anchas. Decidí abandonar Windsor y emprender camino hacia Francia, donde me esperaba la leyenda del Gran Cazador, a veces llamado *monsieur* de Laforêt (señor del Bosque), el cabecilla de una cacería fantástica situada en el bosque de Fontainebleau.

Su leyenda se une a la historia de una cacería de un rey francés, aunque varían las fechas y los reyes protagonistas del curioso encuentro. Una de las versiones cuenta que en el año 1598 Enrique IV, que se encontraba cazando en el bosque de Fontainebleau, escuchó de repente, a poca distancia, los ladridos furiosos de una jauría y el sonido de la corneta.

Al darse cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo, ordenó al conde de Soissons que fuese a averiguar qué ocurría. El conde obedeció a su señor, aunque con miedo, porque reconoció en todo ese ruido algo sobrenatural, y cuando regresó dijo que no había podido ver nada, pero que había escuchado el ladrido de los perros y el sonido del cuerno.

El rey pensó entonces que era solo una ilusión, pero de repente apareció la figura de un cazador entre los árboles que le gritó al monarca: «¿Me buscas?».

Otros autores atribuyen esta aventura a Francisco I y otorgan a la figura del cazador un tinte demoníaco. Cuentan que el rey se encontraba en este mismo bosque persiguiendo a un ciervo que constantemente lo eludía. Furioso por no poder alcanzarlo, frenó su montura exclamando: «¡Demonios!».

Inmediatamente, él y su cortejo fueron rodeados por un vapor espeso y un cazador, vestido de negro y con ojos llameantes, preguntó al rey si lo buscaba⁹⁰.

Sea como sea, parece ser que la aparición de este personaje anuncia muerte y calamidades, puesto que el Gran Cazador volvió a ser visto poco antes de la repentina muerte de los jóvenes duques de Borgoña (seguramente debido a la viruela) en 1712, y también habría predicho su trágico final a Luis XVI, y más tarde al duque de Berry.

Desde la Revolución de 1830, no se ha dejado ver; pero algunos guardias forestales afirmaron que a veces escuchaban el sonido de un cuerno durante las noches de tormenta.

Esta figura, de la que todavía se habla en la región, dio su nombre a un camino que cruza el bosque: el camino del Gran Cazador, y también a la cercana roca de la Cure conocida como *grand veneur* (gran cazador), donde aparece cuando se está gestando un gran evento nacional.

En Grivegnée se asegura que el Gran Cazador apareció en el bosque a mediados de siglo XIX. Pasaba con un galope furioso, acompañado por dos perros a los que llamaba Tah y Pouah.

También se dice que atraviesa con su jauría y su cohorte infernal por el punto más alto de los valles de Brezons y Malbo, en Cantal, en días y a intervalos desconocidos, por lo que ni los montañeses más osados se atreven a pasar por allí a medianoche, no sea que tengan la desgracia de encontrarse con él. Porque saben que el viajero rezagado o el caminante imprudente que se encuentre con su comitiva estará perdido, desaparecerá para siempre, y ningún resto suyo será encontrado si la providencia no le da tiempo para dedicar una oración a san Huberto, o si, refugiado detrás de algún muro rocoso, no se santigua devotamente ante la proximidad de la caza diabólica.

Pero si san Huberto lo toma bajo su protección será testigo del más extraño espectáculo: una cacería salvaje silenciosa. La jauría, compuesta de un número infinito de perros, pasará frente a él, jadeante, con las bocas abiertas, aunque ningún aullido salga de sus fauces inflamadas. Los monteros de vestiduras escarlatas, con los ojos de fuego, soplarán trompetas que no suenan.

Y, por último, podrán contemplar al mismísimo gran cazador, vestido también de escarlata, con su látigo en la mano y precedido por todo su séquito de perros. Dicen que el movimiento de sus miembros deja oír un crujido seco y lúgubre, su pie golpeando la tierra devuelve un ruido extraño; y sus vestidos parecen no cubrir apenas sus huesos consumidos. Se diría que su cabeza está hueca, y que sus ojos parecen carbones ardientes⁹¹.

LOS DIOSES CRISTIANIZADOS: SAN EUSTAQUIO Y SAN HUMBERTO

Acabamos de mencionar a un santo al que hay que encomendarse para evitar que la caza salvaje te lleve con ellos: Sant Hubert o san Huberto, patrón precisamente de la caza.

Me topé con él, literalmente, mientras por conducía por Francia volviendo del bosque de Fontainebleau. La encantadora carretera pasaba por el centro de un pequeño pueblo cuando de repente, ante mí, aparecieron un ciervo con un crucifijo entre las astas, un cazador arrodillado, un caballo y dos perros.



La caza de San Huberto en Cast (Francia).

Me quedé de piedra, como ellos mismos, ya que pertenecían a un bello grupo escultórico que destacaba delante de una antigua iglesia. Era una señal, como la que tuvo el mismo san Huberto cuando se encontró con el ciervo en el bosque.

Y si era una señal, yo debía parar.

Tras fotografiar la escultura desde todos los ángulos posibles y averiguar que el pueblo en el que me encontraba se llamaba Cast, intenté descubrir algo más sobre ella y sobre lo que representaba.

En el ayuntamiento me dijeron que el grupo escultórico se había realizado alrededor de 1530, y que era muy posible que los rostros de san Huberto y de su acompañante fuesen los rostros de dos nobles del Cast del siglo XVI, puesto que la pieza estuvo durante cientos de años en la capilla privada de los señores de la villa, quienes a juzgar por sus gustos debían haber sido muy aficionados a la caza.

En cuanto al ciervo blanco, me reconocieron que en la antigua cultura celta del pueblo suponía un enlace con la divinidad ya que sus cuernos simbolizaban la mediación entre la tierra, el cielo y la vida eterna. Sin embargo, con la cristianización, se relaciona al ciervo con la figura de Cristo, asimilando así este animal totémico y mágico para la nueva religión. Por otra parte, la caza

salvaje a menudo persigue un ciervo, y es precisamente cazando un ciervo como san Huberto se salva, mientras que es a través de él como otros muchos son condenados y malditos.

Respecto a Sant Hubert, Hubertus o Huberto, se supone que era un noble rico que vivió en Lieja en el siglo VII, y que marca (como veremos más adelante) un camino que recorrerán después numerosos cazadores salvajes que no tendrán tanta suerte como él: cometer el error de abandonar un oficio religioso por el noble arte de la caza. Y es que, si la caza del ciervo se considera un ritual precristiano, será un gran pecado abandonar el ritual cristiano por el pagano.

Cuenta la leyenda que estando en las boscosas Ardenas belgas un Viernes Santo (otras versiones hablan del día de Navidad, lo que lo acercaría aún más a nuestras cacerías salvajes) decide salir a cazar en lugar de dedicar el tiempo necesario a las prácticas religiosas.

Apenas ha lanzado a sus perros, cuando aparece un gran ciervo delante de él, que lleva un crucifijo entre las ramas de sus astas, mientras se escucha una voz que le conmina a que abandone la caza y a que empiece a cuidar su alma, ya que, de no ser así, terminará en el infierno.

Con estos augurios tan poco agradables aún resonando en sus oídos, Huberto desmonta, se arrodilla para adorar la cruz y pide perdón a Dios por sus pecados. Se retira de la caza y abandona su riqueza para dedicar el resto de su vida a la ayuda hacia los más necesitados.

El día 3 de noviembre (ya estamos de nuevo en nuestro mes favorito) los cazadores europeos celebran la festividad de su patrón, san Huberto. Pero es que además san Huberto es (como nuestro pagano y astado Cernunnos) un «santo barquero» que permite el paso al más allá de hombres amenazados por un vagabundeo salvaje y eterno.

Además, y por si nouviésemos bastantes pistas, el nombre de Hubert tiene origen alemán y procede de Huniberht o Hunpreht, compuesto de hun (cachorro) y berht (brillo, resplandor), por lo que significa «cachorro brillante».

La partícula berht ya debería de sonarnos, puesto que ya conocemos a Berhtcha la brillante, así que no debería sorprendernos descubrir que el femenino de Huberto sea Huberta, un nombre (Berta) que nos remite de nuevo a los cortejos sobrenaturales.

El sincretismo entre el santo y la cacería salvaje se afianza siglo tras siglo, y en la Francia de 1605 ya se habla explícitamente de la «caza de san Huberto». Nada ha cambiado: el dios o la diosa anterior ha sido sucedido por un santo, que ha heredado igualmente antiguos privilegios, como el de deambular errante en la noche en forma de un torbellino feroz, en la figura de un cazador sobrenatural surcando los aires con una jauría invisible.

Así, alrededor de la medianoche, en una encrucijada de Haut-Morvan, puede verse un cortejo de espíritus conocido como la cacería de san Huberto, del que se afirma que va acompañado de un fuerte ruido en el aire, y en el que se puede ver a un perro pequeño que grita quejumbroso mientras es perseguido por un perro grande.



San Huberto, dibujado por la archiduquesa
María Dorotea de Austria.

Cuentan que, en una ocasión, un soldado, que no temía a nada ni a nadie, quiso presenciarlo, y siguiendo los consejos de los sabios de la zona se hizo con una vara y consiguió el permiso de unos padres para poder llevar a un niño pequeño con él.

Hacia la medianoche, llegó a la encrucijada donde hay una cruz, dibujó un círculo alrededor con la vara y se colocó en el medio, clavando el palo en el suelo y dejando el otro extremo en el aire.

Poco después escuchó un fuerte ruido y un pequeño perro cayó sobre el palo, estrellándose contra él, mientras el soldado y el niño se esfumaban en el aire y desaparecían para siempre.

EL CAZADOR SALVAJE

Ya hemos visto cómo las cacerías llevadas a cabo por seres sobrenaturales se denominan genéricamente «cacerías salvajes» y a menudo son lideradas por un personaje llamado «cazador nocturno», normalmente un trasunto del Odín/Wotan primigenio.

Este cazador salvaje ha salido al paso no solo de viajeros errantes y caminantes perdidos, sino también de insignes filósofos como Nietzsche, quien a los quince años tuvo una terrible pesadilla en la que vagaba de noche por un oscuro bosque, donde fue al principio sorprendido por «un grito estridente que venía de un manicomio cercano», y luego encontró a un cazador «de rasgos lúgubres y salvajes». En un valle «rodeado de un matorral impenetrable», el cazador puso un silbato entre sus dientes y «emitió un agudo sonido», con lo cual Nietzsche perdió el conocimiento y se despertó en Pforta⁹².

Jung y su psicoanálisis interpretan este sueño como un encuentro del filósofo con Wotan, el mismo dios que en el folclore germánico dirige el espíritu de los muertos en la Cacería Salvaje a través de los bosques por la noche, y el joven Nietzsche se había encontrado con el «dios desconocido» en la forma del cazador salvaje.

EL CORTEJO DIONISIACO

Y aunque ya hemos hablado de Wotan y de su relación con los cortejos sobrenaturales, lo cierto

es no sería justo atribuir todo el peso de la cacería salvaje a la tradición nórdica y germánica.

La mitología grecorromana también tiene su papel en la composición del arquetipo, y no podemos obviar a otro dios antiguo que dirige un cortejo nocturno, y que, además, es el dios de la caza:

Mas ya llegan, ya llegan las jaurías..., e instantáneamente todo el horizonte se carga de una extraña electricidad; empieza a movilizarse, a distenderse elástico. Brota subitáneo el elemento orgiástico, dionisiaco, fluye y hierve en el fondo de toda cacería. Dionisos es el dios cazador; diestro cinegeta —*kynegetas sophós*—, le llama Eurípides en las bacantes; ¡Sí, sí! —responde el coro—; ¡el dios es cazador! Y hay una vibración universal. Y a las cosas antes inertes y flácidas les han salido nervios, y gesticulan, anuncian, presagian. ¡Ya está ahí, ya está ahí la jauría: baba densa, jadeo, coral de encías, ¡y los arcos de los rabos inquietos fustigando el paisaje! Difícil contenerlos. No pueden más de ganas de cazar; les rezuma por ojo, morro y pelambre. Fantasma de reses veloces atraviesan sus caletres enardecidos de can pura sangre, mientras, por dentro, están ellos ya en carrera loca.⁹³

Efectivamente, Dioniso/Baco engloba en su figura a todos los arquetipos de los líderes de la caza salvaje, ya que en algunos momentos se le considera dios, en otro héroe y en otros *demon* (que más tarde el cristianismo convertiría en demonio).

Pero a Dioniso también se le denomina el Ruidoso o el Pisoteador, lo que evoca la naturaleza del dios viajero, cuya presencia se intuye en el movimiento de las hojas de los grandes árboles, en el sonido de los sonajeros y cascabeles o los gruñidos de los que entran en trance.

Como dios de la naturaleza y de la transgresión, se relaciona más con montes y bosques que con el mundo urbano y su culto (un culto de lo otro, de lo alternativo y de lo no civilizado) no podría encontrar un marco mejor que la naturaleza escarpada y las zonas salvajes. Por eso sus ritos tienen lugar en bosques y montañas, los lugares más apropiados para ello, por estar habitados por animales silvestres con los que el dios guarda cierta afinidad.

Otro rasgo que lo relaciona intensamente con nuestros cortejos es la música. En los ritos celebrados en honor de Dioniso, en los que la posesión constituye un momento clave, predominan los rítmicos sonidos de instrumentos de percusión que ayudan a los fieles a alcanzar el éxtasis báquico.

Dioniso y su séquito aparecen recorriendo montes y bosques ejecutando una danza frenética, en que brazos y piernas se mueven sin seguir un compás, sino realizando movimientos bruscos y violentos, apuntando a todas direcciones, lo que recuerda la danza de una persona presa de la locura (manía) que da nombre a las ménades. Y esta manía dionisiaca de las ménades furiosas es muy parecida a la de las valquirias del ejército furioso.

Dioniso es también el dios del bullicio. El alboroto y griterío y los alaridos se han considerado elementos definitorios del rito orgiástico por contarse entre los principales estimulantes que podían ayudar a llevar a las bacantes al éxtasis. Estas bacantes, al igual que las ménades, forman parte de cortejo dionisiaco, un séquito que engloba un heterogéneo grupo de acompañantes del dios, entre los que se encuentran animales salvajes, ninfas y sátiros.



Cortejo triunfal de Baco y Ariadna, de Annibale Carracci, pintura al fresco en la bóveda del Palacio Farnesio de Roma, 1600.

Una señal más de la relación de estos cortejos con los que nos atañen es que también llegaron a pasearse por las ciudades anunciando desdichas, ya que la noche que precedió a la batalla entre Marco Antonio y César, mientras toda la ciudad de Alejandría era presa de inquietud aguardando el combate que se avecinaba, vieron una multitud de gentes que gritaban y aullaban como en las bacanales, y escucharon en un confuso charivari el sonido de todo tipo de instrumentos en honor a Baco. El tropel, después de haber recorrido gran parte de la ciudad, salió por la puerta que conducía al enemigo, y después desapareció.⁹⁴

ORIÓN, GIGANTES Y HOMBRES SALVAJES

Otro de los hilos grecorromanos que podemos utilizar para reconstruir el viejo tapiz de las cacerías salvajes es Orión, el personaje que lidera una cacería fantasmal en el Hades y también en los cielos, magnífico exponente del aforismo hermético que afirma que lo que está arriba es igual a lo que está abajo.

Orión aparece en la épica homérica con dos vertientes: como poderoso y antiguo cazador que continúa con su actividad favorita durante su póstuma existencia en los infiernos, y como el gran cazador celestial que avanza por el cielo como la constelación de Orión seguido por Sirio, su perro de caza. Orión es la estrella más brillante del firmamento y pertenece a la constelación del can mayor, el gran perro. Como no podía ser de otra manera, ambas empiezan a ser visible en noviembre y está asociada al tiempo tormentoso.

Sus presas son las pléyades, siete vírgenes que simboliza la fecundidad de la fuerza genésica femenina de los tiempos originales, y que son consideradas como las ninfas consagradas a Artemis/Diana, la cazadora, una de las diosas que encabezan los cortejos sobrenaturales por toda Europa y la misma que según la mitología causó la muerte de Orión, al que en compensación convirtió en constelación celeste.

También algunas leyendas del mal cazador suponen que este fue condenado a convertirse en un astro, como se volvieron sus perros y los animales que perseguía, obligados a correr por toda la eternidad y mientras el mundo sea mundo, pero no por tierra y a través de las montañas, sino por el cielo y bajo la forma de estrellas.

Así lo atestigua la tradición oral del Cataluña, donde se denomina «el Cazador» a algunas estrellas de la constelación de Orión, donde corretean el Can Mayor y el Can Menor, persiguiendo los tres a una liebre blanca de ojos azules por la cual se condenaron. En otras localidades sustituyen la liebre por una paloma, lo que nos remite a la tradición de las almas

perseguidas por los cazadores infernales.

Como cazador del inframundo habita en la primera región del Tártaro, la que contiene los tristes campos de Asfódelos, donde las almas de los héroes vagan sin propósito entre las multitudes de muertos menos distinguidos que se agitan como murciélagos y donde solamente Orión tiene todavía valor para cazar a los ciervos espectrales.



Grabado de la constelación de Orión
de la *Uranometria* de Johann Bayer, (1603).

Como espíritu en el Hades, Ulises lo observa mientras acecha la caza con un mazo de bronce en su mano, lo que lo relaciona con otro de los personajes que veremos encabezar los cortejos sobrenaturales: el «hombre salvaje».

El hombre salvaje es en ocasiones también gigantesco, como el mismo Orión, y como otros cazadores salvajes que aún se recuerdan en Europa, como el que atemorizaba hasta hace bien poco a la aldea francesa de Escombres-et-le-Chesnois, ubicada en las Ardenas, en la frontera con Bélgica. Se trata de una pequeña población que realmente está formada por el pueblo de Escombres y por su aldea, Le Chesnois, situada a un kilómetro del pueblo, en el mismo corazón de un bosque en el que caza, con perros diminutos, un enorme gigante. Si alguien toca a uno de estos perros, es castigado por el gigante, que grita una frase que pronuncian muchos seres sobrenaturales:

—El día es para vosotros... ¡pero la noche es para mí!

Eso lo saben muy bien en Dinamarca, donde aún existen unos montículos en el paisaje bajo los que se supone que están enterradas las víctimas de Grönjette⁹⁵ y donde hasta hace poco podían escucharse los ladridos de sus perros.

Grönjette es un gigante verde del folclore danés que da caza a las hadas del bosque de Gronvael y a las sirenas en las islas de Falster y Møn. Aparece cabalgando con la cabeza debajo del brazo izquierdo y con una lanza en el derecho, y en la víspera de Navidad, cuando los campesinos lo ven pasar, depositan un poco de avena delante de su puerta para su caballo, para tenerlo contento y que no pisotee sus cosechas durante sus salvajes carreras.

TÜRST, EL CAZADOR NOCTURNO

En la antigüedad, cuando todavía creíamos en dioses, los cortejos sobrenaturales aparecían a menudo aterrorizando a la gente. Con frecuencia, esta cacería frenética estaba dirigida por un cazador salvaje, un personaje con nombre propio que varía según las diferentes regiones de Europa, aunque quizás el prototipo podamos encontrarlo en Suiza, donde recibe el nombre de Tüerst.

Su arquetipo aglutina todas las características de los cortejos sobrenaturales, por lo que no es extraño que los hermanos Grimm creyesen que Tüerst era el cazador salvaje primigenio, el que dio origen todos los demás. En su séquito abundan los seres mágicos y los animales deformes; aparece con el viento y las tormentas; es violento y ambivalente, y se acompaña de brujas y en ocasiones a su cortejo se le denomina «el pueblo bendito».

Avanza por sus propios caminos, de los que hay que apartarse, especialmente en los días de diciembre, y cuando se acerca hace sonar un poderoso cuerno de caza y los animales que escuchan su tono deben venir y presentarse ante él. A menudo lleva consigo una jauría infernal. Todos son perros de tres patas⁹⁶. A todos los perros les falta una pierna⁹⁷.



La cacería salvaje en *Die Götter Deutsche und Nordische Völker* (Wilhelm Mannhardt).

Y justo en el medio avanza Tüerst, un ser que es en parte cazador, en parte fantasma, en parte salvaje y en parte guerrero. Su figura legendaria proviene de la época pagana y se derivó de Wotan, porque cuando alguien moría se creía que en ese momento, con su último aliento, soplaba su alma en el viento. Y con estas almas de los malditos viene Wotan, también llamado por el pueblo Wüetis o Tüerst.

Su identidad es inequívoca si tenemos en cuenta que en ocasiones se le ve en la montaña sobre un caballo de ocho patas blanco como la leche, con el que galopa por el aire a la velocidad del rayo sobre los campos, los bosques y las nubes. Su capa azul ondea inquietantemente detrás de él.

En ocasiones su caballo blanco resopla fuego por los ollares, o aparece envuelto en llamas, y es seguido por perros aulladores y espeluznantes hombres que ensordecen el cielo con los bramidos de sus cuernos de caza.

Aunque es conocido en toda Suiza, donde más suele escucharse su paso es en los alrededores del legendario monte Pilatos⁹⁸, en las cercanías de Lucerna, donde se le puede ver atravesar el

cielo como empujado por una ventisca de niebla; gira en torno a los picos de los Alpes, y desciende hacia la tierra de los valones. Después atraviesa sin dejar rastro las extensiones de rododendros y los campos de nieve, y aseguran aquellos que han conseguido verlo que es un espectáculo imponente y sublime.

En ocasiones Tüerst llega a la mismísima Lucerna, y cuando hace mucho frío y el viento sopla por los callejones, uno debe estar atento y escuchar, porque se percibe su entrada y se escucha su grito: «¡Fuera del camino, fuera del camino, tres pasos a un lado!». E inmediatamente tienes que moverte tres pasos, porque entonces el Tüerst aparece con su cortejo, y si no te apartas, te convertirás en un perro de tres patas y tendrás que correr con ellos durante toda la eternidad.

Cuando cae la noche, Tüerst se prepara para la caza y atemoriza y confunde a los rebaños, de modo que las vacas corren sin rumbo fijo unas alrededor de otras y a veces saltan al valle y luego tienen que ser conducidas laboriosamente por los pastores. Después de estos episodios, y debido al susto, las vacas suelen permanecer sin dar leche durante mucho tiempo.

Las almas de los difuntos lo acompañan como figuras terribles, algunos sin cabeza, a menudo con las piernas sobre los hombros, montando en caballos de dos patas o atados a ruedas que giran sobre sí mismas.

Entre ellos también se encuentran cuervos y otras aves relacionadas con la muerte, especialmente el mochuelo, que grita «¡Ku-i-con, ku-i-con!», que significa «¡Ven conmigo, ven conmigo!». Y cualquiera que escuche esta llamada pronto se unirá a la fantasmal comitiva, porque morirá en un futuro muy próximo.



La cacería salvaje en *Der Orchideengarten*, 1920.

Cuando las noches del miércoles, viernes y sábado después de Santa Lucía los vientos silban en las esquinas de las casas y repiquetean en las contraventanas, la gente sabe que Tüerst y su salvaje séquito están en camino.

Y cuando se escuchan los pájaros de la noche, los relinchos de los caballos, el chasquido de los látigos, los aullidos de los perros y el sonido de los cuernos, los gritos humanos y las ordenes salvajes, todos saben que el ejército de Wüetis se acerca por el aire, y cierran las ventanas inmediatamente sin atreverse a mirar, porque de lo contrario puede suceder que un soplo de ese aire fantasmal llegue hasta tu rostro y lo hinche de una manera terrible, o incluso puede que tu cuerpo y tu alma se dejen llevar para siempre por el horrible desfile sobrenatural.

Y es que Tüerst no aparece solo. En ocasiones lo acompaña la Pfaffenkellnerin, la barragana, un fantasma de ojos brillantes que en vida fue el ama y la amante de un sacerdote. Esta figura es recurrente en los cortejos sobrenaturales, y ya vimos a una de ellas condenada a correr desesperada tras la muerte, vestida solo con un camisón y calzada con los fuertes zapatos que había encargado antes de morir. Porque la criada de un sacerdote católico que convive con él de manera marital tiene que esperar castigos particularmente severos después de su muerte, aunque

no vemos por ningún lado el alma condenada del sacerdote que pecó tanto o más que ella.

Hoy en día, la idea de Pfaffenkellnerin como una figura mítica relacionada con el ejército salvaje y perteneciente al Tüerstjagd, el ejército de Tüerst, es particularmente vívida en la Suiza central. De hecho, Pfaffenkellnerin ruge, brama y grita «como siete cerdos» o aparece como una mujer con muchos hijos, como una cerda con muchos lechones, o como un caniche tuerto con una jauría, que se interpretan como sus hijos ilegítimos, o como grandes remolinos de heno negro, especialmente en barrancos, arroyos y ríos. Sus gritos indican un cambio en el clima, y su encuentro trae enfermedad⁹⁹.

En la comuna de Escholz matt también se afirma que a Tüerst lo acompañan muchos cerdos, y muchos creen que estos son los mismos animales en los que Jesucristo, según la Biblia, introdujo los demonios que habían poseído a un hombre. En un exorcismo de manual, Jesús pregunta al demonio su nombre¹⁰⁰, y al descubrir que son muchos, los invoca para que salgan de ese cuerpo, permitiéndoles habitar en una piara de cerdos que luego arroja y ahoga en el mar de Galilea.

También se cree que si alguien sigue los pasos de estos cerdos se extraviará, y permanecerá perdido, hasta que un amigo lo llame por su nombre. Pero si está solo y nadie lo llama ni rompe el encantamiento, correrá errante hasta morir de cansancio.

Pero la principal compañía de Tüerst es su jauría. En Allmend, en Lucerna, la cacería salvaje en una ocasión duró toda una noche, y al día siguiente se descubrieron miles de huellas de patas, todas dejadas por los perros de Tüerst y fácilmente reconocibles, porque, como ya hemos mencionado, solo tienen tres patas.

El animal líder es un perro más grande que tiene otro atributo extraño, ya que es tuerto, como el mismísimo Odín. Estas características nos indican que tanto uno como los otros son animales del otro mundo.

Debido a que solo tienen tres patas, los perros muy pequeños a veces no pueden seguir el ritmo del cortejo y se quedan atrás. En Lucerna aún se recuerda una mala noche en la que Tüerst giró la esquina de la capilla de San Pedro y uno de los perritos que seguía tropezando a la manada se quedó atrás.

Tüerst, con su cortejo, se había ido hacía tiempo, y el perrito aullaba, por lo que el sacristán se apiadó del can y se lo llevó a su casa. Le dio de comer y le dio de beber, y el cachorro pasó el día en la casa del sacristán.

Pero al anochecer, se oyó un gran tumulto en la plaza frente a la capilla. Los perros ladraban, se escuchó un fuerte grito y de repente alguien llamó a la puerta. El sacristán la abrió y se encontró ante un perro realmente grande, con un solo ojo, que le dijo:

—Danos a Gregörli. No te vamos a hacer daño. Fuiste bueno con él. Le diste algo de comer y le diste de beber. Por eso no te vamos a lastimar. Pero danos a Gregörli ahora.

El sacristán no se lo pensó dos veces, cogió al perrito y lo entregó, y Tüerst y su manada se alejaron.

Esto de encontrarse con alguno de los perros de Tüerst es bastante más habitual de lo que se cree, ya que el cortejo solo puede cazar de noche, en el periodo comprendido entre la última oración del día hasta la primera de la mañana (por eso también se le llama el «cazador nocturno») y cuando un perro por cansancio ya no sigue con el grupo y por la mañana suena el golpe de campana de la primera oración, tiene que permanecer donde está hasta que suene la campana de nuevo por la noche.

Y, así como Tüerst tiene unos tiempos limitados para conducir su cortejo, también tiene

asignados unos caminos, unos cauces y unas calles por los que transcurre habitualmente.

Entre el día de Santo Tomás (21 de diciembre) y la Epifanía (6 de enero), los campesinos deben abrir las puertas de sus graneros para que Türost pueda pasar fácilmente. Si se olvidan, la mala suerte y la enfermedad caerán sobre el establo y la casa.

Para defenderse de Türost se siguen utilizando hoy en día las cruces (contrapunto cristiano contra el dios pagano) y concretamente la cruz de doble viga, también conocida como cruz de Lorena o cruz de Caravaca, que es erigida por los campesinos para protegerse de las fuerzas del temporal. Por toda Suiza se colocan junto a los caminos, en los límites municipales, para mantener alejado el mal, al diablo y a Türost.

En Zinzerswilen en la comuna de Buttisholz, un viejo panel de madera con una imagen de la Virgen María protegía contra el cazador fantasmal. En una ocasión el granjero quiso quitarlo, pero la cacería salvaje entró arrasando en la casa y más tarde estallaron epidemias que enfermaron el ganado. Solo cuando se colgó el panel de nuevo se consiguió que volviese la calma.

En Grossdietwil se colocó una vieja cruz de madera en la puerta de un granero porque el Türost atravesó la puerta, y aún permanece allí. Porque mientras las cruces permanezcan en pie, Türost no volverá, pero si alguno de los tableros cae, entonces los agricultores sufrirán desgracias hasta que vuelvan a reconstruirse.

Pero el cazador nocturno no solo pasa por senderos y calles, sino también por ríos, llegando incluso a prestar su nombre a alguno de ellos. El Türostbach (río de Türost), fluye en la comuna de Hergiswil, donde a menudo se escucha pasar a un gran grupo de perros pequeños, a los que, como ya sabemos, hay que esquivar apartándose de su camino para no verse obligado a ir a cazar con ellos.

HACKELBERG, EL CAZADOR DE JOL

Otro de los *alter ego* que adopta Wotan podemos encontrarlo en el norte de Alemania a partir del siglo XVII, basado en la figura semihistórica de Hanns von Hackelberg, gran maestro de caza de Brunswick, encargado de dirigir las cacerías de la corte.

El motivo de su condenación eterna varía según la zona. En Drömling se cuenta que no solo cazaba los domingos, sino que obligaba a todos los agricultores de su comunidad a ir con él, hasta que un día dos extraños jinetes se acercaron repentinamente a su lado y le pidieron que los acompañara.

Uno llevaba un caballo tranquilo y dócil, y el otro parecía salvaje y feroz, y su caballo arrojaba fuego por la nariz y por la boca. Hackelberg no lo dudó mucho. Se volvió hacia el salvaje y juntos desaparecieron con un gran estallido. Y ahora está obligado a cazar en su compañía hasta el último día del mundo.

Según otra leyenda, su muerte fue anticipada por un sueño, ya que Hackelberg soñó la noche antes de una cacería que sería atacado por un jabalí y herido de gravedad. Sin embargo, su afición cinegética era tan fuerte que hizo caso omiso de la advertencia y participó en la caza. El sueño se hizo realidad: un jabalí herido lo atacó, aunque finalmente Hackelberg logró matar al animal.

En la alegría de la victoria, pateó al jabalí con el pie y gritó: «¡Atácame ahora, si puedes!». Pero había pateado tan fuerte que el afilado diente del jabalí atravesó la bota, hiriendo el pie de Hackelberg. Al principio prestó poca atención a la herida, pero el pie comenzó a hincharse y se

gangrenó, por lo que hubo que cortar la pierna y la muerte se produjo rápidamente.

En Brunswick también se cree que fue él quien eligió su propia condena, ya que tenía tanta pasión por su profesión que, cuando estaba en su lecho de muerte, suplicó a Dios que le concediera la gracia de cazar en el Sölling hasta el fin del mundo, pues prefería este destino antes que una parcela en cielo. Su deseo impío le fue concedido, y por eso a menudo se escucha en la tormenta nocturna, en medio del bosque, el terrible sonido de cuernos de caza y el largo ladrido de una jauría.

Y así es como lo representan en su tumba, ya que enterraron el cadáver en el jardín de la posada en la que murió. En su lápida se muestra: un hombre montado a caballo con un sombrero de copa y un abrigo suelto, sosteniendo una ballesta en la mano derecha y las riendas en la izquierda. Dos perros corren libres al lado. La placa también tenía una inscripción: anno Domini 1581, 3 de marzo. La lápida aun hoy puede contemplarse en el centro comunitario del pueblo de Wülperöder.

A partir de su muerte se convierte en el cazador de Jol, porque afirman que solo caza durante las Doce Noches, aunque otros aseguran que sale de cacería siempre que el viento de la tormenta aúlla entre los árboles y los tejados de las casas.

En una historia parecida a la de Türost, se cuenta que en una ocasión pasó con su cabalgata por Isenstädt, y dejó a uno de sus perros en el granero de un campesino llamado Fehrmann. Todo el año el perro estuvo allí, y cada intento de sacarlo al exterior fue en vano. Pero cuando Hackelberg pasó de nuevo al año siguiente con su furor salvaje, el perro de repente saltó y corrió tras el ejército, ladrando y boqueando.



32 F. Nadorp

Der wilde Jäger

(Kat. Nr. 119)

El cazador salvaje de Franz Nadorp (1794-1876).

A Hackelberg no hay que contestarle nunca¹⁰¹, y tampoco hay que mirarle, porque se afirma que aquellos que han presenciado la caza nocturna, si tienen la mala idea de salir a cazar al día siguiente, serán víctimas de horribles accidentes en los que perderán alguna extremidad o se romperán el cuello.

Por eso, los caminantes que tienen la desgracia de encontrárselo se arrojan silenciosamente sobre sus estómagos y lo dejan pasar, mientras escuchan los ladridos de los perros y el ululeo de

Tutursel¹⁰², una monja¹⁰³ convertida en lechuza que se unió a Hackelberg después de su muerte.

Y por eso, también se evitan los caminos aéreos por los que pasa el cazador salvaje, como los bellos y solitarios paisajes del Drömling, un antiguo pantano drenado que es hoy una hermosa llanura repleta de cursos de agua, canales y ríos y por cuyo cielo, como todo el mundo de la zona sabe, transcurre uno de los caminos aéreos que recorren en la noche los caballos y los perros que acompañan a Hackelberg .

LOS CAMINOS DE LOS MUERTOS

Y es que la cacería salvaje tiene sus propias vías, unos caminos determinados por los que pasa habitualmente, una especie de senderos marcados (por tierra, mar y aire) por los que se sabe que transcurre su loca carrera.

En Suecia se cree que, si las casas están construidas sobre antiguos caminos poco transitados, pueden ser quemadas si Odín pasa por allí. Ni siquiera los hornos de carbón vegetal pueden ser contruidos sobre este tipo de sendas, ya que, si Odín está cazando, estos estallarán.

La creencia en el paso de los invisibles espíritus nocturnos siguiendo a su líder entró tan profundamente en la conciencia popular que en ciertas regiones de los Alpes las puertas y ventanas de la planta baja de la casa se dejaban abiertas para evitar que los cazadores encuentren obstáculos en su frenética carrera. También se conocen en esos lares los valles, los bosques y las montañas por donde pasan con mayor frecuencia, y se sabe que a veces los cazadores asustan a los montañeros en su loca carrera.

Alemania también cuenta con estos caminos de la cacería salvaje, senderos boscosos por los que transitan año tras año. Uno de ellos se encuentra cerca de Templin, y tuvo la mala suerte de comprobarlo un músico local que volvía, sobre la medianoche, de un pueblo en el que había habido fiesta.

Había tocado durante toda la velada y se encontraba fatigado, así que se metió por un sendero equivocado del bosque. Llevaba un rato caminando en la oscuridad cuando de repente empezó a sentir un miedo como nunca había tenido. Aguzó el oído. Estaba escuchando el sonido de la «caza salvaje».

En efecto, a los pocos momentos vio llegar el terrible cortejo cabalgando entre aullidos y gritos. El pobre músico, aterrorizado, se quiso ocultar detrás de un árbol, pero solo lo consiguió a medias.

La «caza salvaje» ya estaba junto a él, y apenas podía ni respirar del terror que sentía. Uno de los caballeros del cortejo se detuvo junto al músico y gritó:

—En este árbol quiero clavar mi hacha.

Y el músico sintió un fuerte golpe en su espalda. Después oyó cómo se alejaba la cabalgata.

Volvió corriendo a Templin y a la mañana siguiente advirtió con sorpresa que en la espalda le había salido una enorme joroba.

Llamó a los vecinos, lamentándose ante ellos de lo que le había ocurrido y pidiéndoles consejo, pero nadie conocía el modo de librar al pobre hombre de su joroba. Al fin, uno de los vecinos, conocido por su sabiduría, le aconsejó que al año siguiente volviera al mismo camino del bosque y se ocultase en el mismo lugar, y que esperara al caballero de la caza salvaje.

Pasó el año, y el mismo día en que se cumplía volvió el músico al bosque. Esperó, escondido, y oyó a la cacería que se aproximaba. Al fin sintió que uno de los caballeros llegaba junto a él y bramaba:

—En este árbol dejé mi hacha olvidada el año pasado.

Y notó como un tirón en su espalda. Se alejó la caza salvaje, volvió el músico a Templin, y a la mañana siguiente comprobó con alegría como su joroba había desaparecido.

En Francia, a estos caminos se les denomina *grimweld*, y uno de los más conocidos es el que pasa por el pequeño pueblo de Bonneval.

En España se denominan «caminos de los muertos», y abundan sobre todo en Galicia. Los paisanos de Mallas afirmaban que en el antiguo camino que iba hasta Fisterra, en dirección a Calcoba, a veces se veían por la noche ataúdes, y que por allí pasaba la rolda, la procesión de ánimas. En realidad, ese era el camino que solían seguir los entierros para ir al cementerio de San Martiño de Duio, de ahí esa relación con la Santa Compañía. Pero la creencia era tan fuerte que los mayores prohibían a los chiquillos andar por ese sendero, y los niños llamaban a ese camino «a costa do susto»¹⁰⁴.

MANUAL DE PROTECCIÓN

Si por casualidad o por ignorancia acabas de noche en uno de estos caminos de la cacería salvaje es muy probable que tengas un mal encuentro, pero aún puedes salir vivo y entero si sabes qué es lo que tienes que hacer.

Quizás el método más sencillo sea el gallego, que consiste en dibujar un simple círculo a tu alrededor para protegerte de la Santa Compañía, aunque ofrece una mayor protección realizar la llamada «correa de san Agustín», un doble círculo en el cielo y en la tierra, realizado en un mismo trazo. A continuación, hay que pronunciar las palabras de san Juan retornado, una monótona y repetitiva oración que para estas cosas de lo oculto al parecer es «mano de santo».

En Normandía, cuando lo escuchas por encima de tu cabeza, tienes que dibujar inmediatamente un círculo a tu alrededor con un palo o simplemente con el brazo; los demonios intentarán en vano cruzar la línea que los detiene, dejándolos inmóviles, lo que les obliga a pedir clemencia. Entonces, una vez que los tengas a tu merced, tienes que trazar un segundo círculo diferente al primero (esta vez en el aire), por donde desaparecerán los demonios con fuertes gritos.

En otras regiones francesas, como Berry y Poitou, el método es algo más complicado, pero el doble de efectivo, ya que además de protegerte tendrás la oportunidad de salvar a un alma perseguida por los mismísimos diablos: tan pronto como escuches el clamor de la caza de Bôdet, debes apresurarte a formar una cruz con el primer objeto punzante que encuentres (espadas, ramas o navajas de Albacete). Una vez que lo tengas, utilízalo para dibujar un círculo a tu alrededor. Después, clávalo en el suelo, arrodíllate junto a él y empieza a recitar todas las oraciones que conozcas. Como ya hemos podido comprobar en otras ocasiones, casi siempre las almas que el Diablo persigue para llevárselas al infierno descienden, en forma de palomas blancas, a los brazos de la cruz, y los demonios, después de haberlas perseguido hasta el borde del círculo, huyen pronto con un alboroto redoblado, y el alma salvada puede ir al paraíso, con lo que te estará eternamente agradecida (y lo de eternamente es literal).

Del mismo modo, y debido a la relación que estos cortejos sobrenaturales tienen con los seres mágicos en algunas regiones, no es extraño que para ahuyentarlos se utilicen los mismos tres objetos que ahuyentan a multitud de seres feéricos como duendes, hadas y brujas: el pan, la sal y el hierro.

El pan es el prototipo de alimento, y, por consiguiente, de la vida. En Inglaterra, antes de ir a un lugar frecuentado por las hadas, era común llevar un trozo de pan en el bolsillo, al igual que en

algunas narraciones españolas se protege uno de la Santa Compañía sujetando un trozo de pan que se debe llevar encima. Y aunque suele creerse que se hace para tener las manos ocupadas y que los muertos no puedan darte el cirio, ni la estadea la cruz, la verdadera razón de su protección es que el pan es la vida, y como tal protege contra los muertos.

La sal es también un elemento que ahuyenta a los seres mágicos. Los alimentos que se ofrendan a las hadas o a los duendes en pago de sus favores nunca pueden llevar sal, quizás porque siempre se la ha considerado un elemento sagrado o bendito.

En la Biblia, la sal es un medio simbólico de unión entre Dios y su pueblo¹⁰⁵ y ya los sacerdotes egipcios preconizaban derramarla sobre las ciudades destruidas por las guerras y las epidemias para alejar a los demonios. Debido a su estabilidad, la sal era considerada como emblema de perennidad y permanencia, de eternidad e inmortalidad, y quizás por eso en la Edad Media se creía que el diablo detesta la sal.

Y si el Diablo la detesta, las brujas no podían ser menos, y por eso los jueces y asesores de los procesos de brujería siempre llevaban con ellos sal consagrada el Domingo de Ramos¹⁰⁶.

En Gran Bretaña e Irlanda también existe un gran número de tradiciones relativas a la sal como antídoto contra los malos espíritus. En Irlanda, el Primero de Mayo (festividad celta de Beltane), si un viajero pide una taza de leche, hay que darle la bebida mezclada con sal a fin de cazar a los espíritus maléficos, y durante el resto del año se prescribe comer un poco de sal durante las veladas fúnebres por las mismas razones¹⁰⁷.

En Alemania septentrional se recomienda al viajero no adentrarse jamás por un bosque sin ser portador de una provisión de sal, porque el cazador eterno no la soporta y también porque toda carne salada pierde su poder maléfico. Y si los viajeros despistados han olvidado o no han podido tomar estas precauciones, aún le quedan un par de ases en la manga: si se encuentran con el cazador nocturno deben acostarse en el medio del camino, para que la cacería pase sobre ellos, o sentirán horrorizados cómo son cortados por la mitad o transportados por los aires como si fueran hojas secas.

Eso fue lo que le ocurrió en Alsacia a un hombre que fue secuestrado por la cacería y transportado por los aires desde Lerchenfeld. En su rápido vuelo casi se rompió el cuello al golpear el campanario de la capilla, lo que le hizo recordar el poder de las oraciones, así que se encomendó a la Virgen María y como por arte de magia fue descendiendo suavemente hasta quedar tendido y a salvo sobre el césped de Bollenberg, a unos 15 kilómetros de distancia.

El que no supo o no pudo encomendarse ni a dioses ni a vírgenes y que seguramente no llevase una vida demasiado encomiable en la intimidad (pese a su oficio de clérigo) fue el cura del pueblo burgalés de Palenzuela quien acabó sus días en la festividad de San Roque, en el verano de 1642.



La caza salvaje de Wotan, par F. W. Heine.

Ese día aciago, un nublado descargó tanta piedra de granizo que destruyó viñas, árboles y muchos edificios, desplazándose hasta el pueblo de Palenzuela, donde estaban corriendo los toros. Se llamó al clérigo para que conjurara la tempestad, al que varias personas tenían bien agarrado para que no se lo llevase el viento, bien arrimados y cobijados al amparo de los muros del palacio del Almirante. Pero de repente

oyeron una voz en el aire que les decía: «Dejen ese clérigo, porque, si no, habrán de perecer juntamente con él». Soltáronle atemorizados de las voces, cayeron en tierra maltratados y heridos y vieron cómo cogieron al clérigo y dieron con él contra el edificio y le hicieron torta; de manera que murió instantáneamente.¹⁰⁸

Algo más de suerte tuvieron los campesinos suizos que a lo largo del siglo ^{xvi} fueron arrebatados por los cortejos sobrenaturales y transportados por los aires durante kilómetros, atravesando incluso países¹⁰⁹, como le ocurrió a Lienhard Murer, un panadero de Geiss, alrededor de 1568. Ese aciago día Murer montó a caballo, cargado de pan, hacia el mercado. Por la noche, después de haber bebido un poco de vino, regresó a casa.

En el camino sintió un creciente cansancio, y finalmente el sueño contra el que estaba luchando lo atacó de tal manera que se bajó del caballo, ató al animal a un árbol y se puso a dormir debajo.

Mientras dormía, el cazador nocturno lo agarró, lo levantó en el aire, se lo llevó, y cuando se despertó estaba al lado de un río cerca de la ciudad de Milán. Se sentía maltrecho, abatido y débil.

En lugar de regresar a su casa, situada a más de 200 kilómetros, se trasladó a Venecia, tomó servicio allí, luchó con los venecianos contra los turcos y participó en la gran batalla de Lepanto en 1571.

Un año después de esta batalla, el extraño secuestro aéreo se repitió con un campesino de Rothenburg llamado Hans Bouchmann. Un mal día de 1572 tuvo que viajar a la población de

Sempach para resolver unos asuntos de negocios. Cuando, ya de noche, se encontraba de regreso, al pasar por el bosque junto al campo de batalla de Sempach escuchó de repente un extraño rumor. Al principio le pareció el zumbido de un enjambre de abejas, pero luego comenzó a sonar como toda una banda de música.

A Hans le embargó el miedo, ya no sabía dónde se encontraba ni qué le estaba sucediendo, pero a pesar de ello logró desenvainar su espada y empezó a dar golpes a su alrededor, perdiendo en la batalla el sombrero, los guantes y el abrigo, que fue lo único que encontraron de él al día siguiente.

Antes de perder el conocimiento pudo percibir cómo era alzado por los aires, y lo siguiente que recuerda es aparecer a 200 km de distancia, en la ciudad italiana de Milán, dos semanas después y sin saber cómo había llegado hasta allí. El pobre Hans no conocía a nadie en la ciudad y tampoco entendía la lengua de la gente, y estuvo deambulando, famélico y debilitado, hasta que finalmente un soldado de la guardia de origen alemán se apiadó de él y le ayudó a regresar a su casa.

⁷⁴ De hecho, y aunque no está comprobado, parece ser que el carrito apareció en un enterramiento, lo que subrayaría su carácter funerario.

⁷⁵ Almagro-Gorbea, M. *Los celtas. Imaginario, mitos y literatura en España*. Córdoba: Almuzara, 2018, pág. 124.

⁷⁶ *Albania*, poema escocés de 1737.

⁷⁷ *Annalium Hirsaugiensium*.

⁷⁸ *Crónica de Peterborough* (1127-1154).

⁷⁹ Recogido por Jean-Loïc Le Quellec en *La legende de la chasse-galerie en Vendée*, 1829.

⁸⁰ Recogido por Casimir Puichaud en *Usages du canton de Moncoutant*, 1878.

⁸¹ Notas manuscritas de GR Phelippeau, de La Ferrière, en 1905, recogido por Jean-Loïc Le Quellec en *La legende de la chasse-galerie en Vendée*.

⁸² Hay quien ha intentado explicar la *chasse-galerie* y otros cortejos sobrenaturales por el sonido de las alas y los gritos de los pájaros migratorios, como grullas, aunque esta explicación racionalista es inservible para justificar la fuerte presencia de la leyenda en muchos lugares de Europa por donde estos pájaros migrantes no sobrevuelan nunca.

⁸³ Según le contó el molinero Guillot al folclorista Edmond Bocquier, recogido por Jean-Loïc Le Quellec en *La legende de la chasse-galerie en Vendée*.

⁸⁴ Manuscrito escrito a principios del siglo xx por Pelletier, de Sérigné, y recogido por Jean-Loïc Le Quellec en *La legende de la chasse-galerie en Vendée*.

⁸⁵ En este caso, Pierre Rezeau.

⁸⁶ Además, las menciones de caballos, relinchos, cuerpos de caballería, ruidos de galope, jinetes negros montados en caballos gigantes, son legión en las historias de caza fantástica o cortejos sobrenaturales.

⁸⁷ William Shakespeare. *Las alegres comadres de Windsor*, 1597.

⁸⁸ Briggs, K. *Diccionario de las hadas*. José Olañeta Editor, 2003.

⁸⁹ *Forgotten Folk. Tales of the English Counties*, núm. 24.

⁹⁰ Sebillot P. *Le folklore de France*, 1904.

⁹¹ Deribier du Chatelet. *Diccionario estadístico o histórico, descripción y estadísticas del departamento de Cantal*. (Tomo I), 1852. p. 303.

⁹² Foerster-Nietzsche, E. *Der werdende Nietzsche: autobiographische Aufzeichnungen*, 1924.

⁹³ Ortega y Gasset, J. A Veinte años de caza mayor del conde de Yebes (1942), en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1961, vol. VI, págs. 455-457.

⁹⁴ Plutarco. *Vidas paralelas* (96-117).

⁹⁵ Thorpe, B. *Northern Mythology* (Tomo II), 1851, págs. 195-196.

⁹⁶ En el estado alemán de Baden, en la época de navidad, se preparan pequeños panes representando a unos singulares perros de tres patas, como el perro de la cacería salvaje. Colocados en el hogar o arrojados al fuego, estos Hundchen (perros) protegen del rayo y de la tempestad. No es difícil encontrar en esta costumbre las antiguas ofrendas a los compañeros de Odín.

⁹⁷ También en España tenemos al Dip, una especie de perro malvado, un emisario del demonio que también es cojo de una pierna y del que se afirma que se alimenta de sangre. En el escudo del municipio catalán de Pratdip (Tarragona), puede verse una imagen de este animal.

⁹⁸ El monte Pilatos es el epicentro de todo un cúmulo de seres sobrenaturales. La razón de su nombre la explica una leyenda suiza que cuenta cómo Poncio Pilatos, gobernador de Judea, administraba tan mal su provincia que, enterado el César, quiso juzgarle. Pilatos entonces decidió suicidarse antes que afrontar la justicia, y su cadáver fue arrojado en las turbias aguas del

Tíber, como era costumbre entre los antiguos, que sepultaban así a los suicidas.

Desde aquel preciso instante, se desencadenó sobre Roma una serie de furiosas tempestades, lluvias, huracanes y granizos; y durante largas semanas un trueno seguía a otro, mientras toda la tierra parecía agitarse en constantes e interminables temblores.

Por fin se descubrió la causa. Era el alma pecadora de Pilatos, que se vengaba así de sus enemigos.

De común acuerdo extrajeron el cadáver del lecho del Tíber y después de un largo periplo lo enviaron a Lausana, lo trasladaron a una elevada y desierta cadena de montañas, y lo arrojaron en las aguas de un pequeño y solitario lago.

Pero también en aquel paraje ejerció Pilatos sus maléficos poderes, y las borrascas y los huracanes envolvían sin cesar aquellas montañas, que eran recorridas por el malvado espíritu con furia implacable, ahuyentando a los rebaños que pacían en la ribera y lanzándolos a los más profundos abismos.

Y afirman que todos los años, el Viernes Santo, abandona las aguas del lago y ataviado con una roja vestimenta se sienta en superficie del agua, y quienquiera que lo ve en ese instante debe morir en el transcurso de un año.

[99](#) Lütolf, A. *Sagas, costumbres, leyendas de las cinco ciudades de Lucerna*, Uri, Schwyz, Unterwalden y Zug. Lucerna: 1865.

[100](#) Evangelio según san Marcos (5:9).

[101](#) En otros lugares de Alemania, el cazador salvaje recibe el nombre de Hackelblock, y hay que tener cuidado de no provocarlo. Una noche, dos muchachos salieron de Bergkirchen a través del bosque para visitar a sus novias. De repente, oyeron ladrar a un perro salvaje en el aire por encima de ellos, y escucharon una voz en el aire gritando «¡Hoto, hoto!». Era Hackelblock, el cazador salvaje, con su cacería. Uno de los muchachos se atrevió a repetir su llamada: «¡Hoto, hoto!», y entonces Hackelblock y sus perros se precipitaron sobre el atrevido joven. Nunca se encontró ni el más mínimo rastro del desafortunado muchacho.

[102](#) Tutursel es el nombre de una figura legendaria en la mitología alemana, pero también es la designación metafórica del búho.

Bajo el nombre de Ursel (Úrsula) se oculta originalmente la nórdica Freya, diosa de la fertilidad, de la que se dice que vuela en forma de búho. Con la cristianización, se convirtió en Úrsula, que deambulaba como una monja transformada en forma de búho con la caza salvaje, y el nombre de Ursel se convirtió en Tut-ursel.

La leyenda cuenta que esta ave nocturna fue una vez una monja llamada Úrsula que vivía en un convento de Turingia. Cuando murió, comenzó a frecuentar su convento. Siempre a medianoche asomaba la cabeza por la torre de la iglesia y empezaba a ulular lastimeramente, y cuando las monjas iban a la santa misa a las cuatro de la mañana ella se unía al canto con un terrible aullido.

Durante mucho tiempo, las monjas asustadas ya no se atrevían a ir a la iglesia, por lo tanto, la abadesa dispuso que se tomara un objeto mágico de un monasterio del Danubio que convirtió a Ursel (ahora Tut-Ursel) en un búho de orejas grandes, desterrándola a Domburg, en Hake. Allí, Tut-Ursel conoció al cazador salvaje y, desde entonces, los dos han estado juntos en su espeluznante cacería aérea.

[103](#) Es curiosa la relación entre estos cazadores salvajes y las monjas... ¿Recordáis al conde Arnau y su abadesa?

[104](#) Alonso Romero, F. Ánimas y brujas de Finisterre, Cornualles e Irlanda. *Anuario Brigantino*, 1999, núm. 22.

[105](#) (Levítico, 2, 13).

[106](#) Sprenger, J. y Kramer, H. *Malleus malleficarum*, 1487.

[107](#) Charro Gorgojo, A. M.: La sal ¿mito o superstición? *Revista de Folklore*. (Tomo 18b). núm. 214, 1998.

[108](#) Recogido por el duque de Maura y citado por Jesús Callejo en *Gnomos*. Edaf, 1996.

[109](#) Cysat, R.: *Collectanea Chronica Lucernensis et Helvetiae*. Ed.: Joseph Schmid. 1961-1977.

La caza macabra

A comienzos del siglo XIX se afirmaba en Alsacia que el Cazador Nocturno y su séquito recorría a menudo el bosque Illzach, y aún podían encontrarse paisanos que afirmaban haber escuchado horrorizados su grito de caza y los ladridos de sus perros.

Los habitantes de Riesengebirg también escuchaban a menudo durante la noche los gritos de los cazadores, el sonido del cuerno y los aullidos de las bestias salvajes. Entonces se acurrucaban bajo las sábanas y rezaban sus oraciones, porque sabían que el Cazador Nocturno estaba pasando.

En Lautenbach, este cazador se llama Hubi, y galopa en su caballo a través de la montaña de Dórensele. Y cuando lanza su grito al viento y el sonido de su cuerno resuena en la montaña es como un huracán que se desata en el valle. Los paisanos saben muy bien que deben tener cuidado de no provocarlo repitiendo su grito, porque de lo contrario lanzará a los pies del imprudente un trozo de carne sanguinolenta mientras grita: «Quien caza conmigo come conmigo». Y entonces solo queda el tiempo justo para prepararse para morir.

La frase del cazador es sin duda una frase que remite al rito de la comensalidad sobrenatural y puede equipararse al aforismo que afirma que quien come de la comida de los muertos pertenecerá para siempre al reino de los muertos.

El mito más conocido relacionado con este tema ya lo conocemos: es el de Perséfone/Proserpina, una joven doncella hija de Ceres que es raptada por Hades/Plutón, dios del inframundo, y que por comer unos granos de granada debe permanecer en el reino de los muertos. Es este un mito de muerte y resurrección, y eso nos ofrece una nueva pista sobre el significado de nuestros cortejos.

EL DESCUARTIZAMIENTO RITUAL

Y es precisamente Perséfone la madre de nuestro siguiente protagonista: Zagreo, un personaje estrechamente relacionado con el dios del vino Dioniso, el inframundo y la caza.

El mito de Zagreo comienza cuando Perséfone, antes de ser raptada por Hades, es seducida por Zeus, que ha tomado la forma de un dragón.

Por este matrimonio con el dragón celestial, el vientre de Perséfone se hinchó de frutos vivos, y dio a luz a Zagreo, el bebé con cuernos, que por sí mismo subió al trono celestial de Zeus y blandió el relámpago en su pequeña mano y, recién nacido, levantó y llevó los rayos en sus tiernos dedos.¹¹⁰

Ya tenemos aquí numerosas pistas que enmarcan a Zagreo en el fértil árbol de los cortejos sobrenaturales: su relación con el inframundo (y, por lo tanto, con la muerte), su relación con los rayos y el cielo, e incluso sus cuernos, que aparecen adornando la cabeza de algunos de los líderes de la cacería salvaje.

Efectivamente, Zagreo parece haber sido un poderoso dios del inframundo, al que también se denomina «el Subterráneo». Y, así como Dioniso es equiparado con Hades, Zagreo es definido por Esquilo como hijo de Hades. Y, así, también se le llama «el que vaga por la noche», al igual que Dioniso es llamado «el nocturnal».

También es un dios que algunos investigadores asocian con la caza ritual, y concretamente con

la caza típica del culto dionisiaco. Zagreo significa «gran cazador», y eso es precisamente Dioniso, cuyas sangrientas cacerías imitan las ménades¹¹¹, a quienes se compara con perros de caza, aunque también a ellas se las considera cazadoras.

Pero aún nos queda una conexión más, quizás la más importante: la del despiece ritual, pues Zagreo fue desmembrado y devorado por los titanes, excepto su corazón, que se salvó, y gracias al cual pudo reencarnarse en el dios Dioniso¹¹².

El mito de su muerte hace sufrir a Dionisio en forma de Zagreo el mismo castigo que él y sus ménades furiosas infligieron a otros. El «cazador» sanguinario es cazado, el descuartizador, descuartizado.

UN GRANIZO SANGRIENTO

¿Pero qué ocurre cuando el mitema del descuartizamiento se une al de la tormenta? Pues que, por imposible que parezca, llueve sangre y caen del cielo, como un granizo macabro, pedazos de carne sanguinolenta.

La cosa no es nueva, porque ya en el siglo I Plinio¹¹³ describió una lluvia de pedazos de carne y sangre. Este extraño suceso no ha dejado de repetirse, aunque tenemos más datos de aquellos que están más cerca de nuestros días. Porque estos extraños fenómenos forteanos siguen teniendo lugar en pleno siglo XXI, como pueden atestiguar en la comisaría argentina número 22 de Zapala.

A unos pocos kilómetros, en Picun Leufu, vive Isabel Yáñez, quien el 6 de septiembre de 2016 se vio sorprendida por una estruendosa lluvia que golpeaba con fuerza las chapas de su vivienda.

Le extrañó, porque cuando salió a dar de comer a las gallinas no había visto ninguna nube en el horizonte, ni mucho menos nubes de tormenta. Rápidamente salió de la vivienda junto con su hija de once años y fijó su mirada en lo alto, pero lo que vio fue algo sorprendente: desde ese cielo azul profundo se deprendían pequeños objetos oscuros que caían a tierra en unos cien metros a la redonda.

No fue hasta que pudo ver más de cerca estos extraños granizos cuando se percató de eran trozos de carne. La lluvia sanguinolenta había manchado gran parte del patio con un tono rojo, y las gallinas ya se disputaban a picotazos los macabros bocados caídos del cielo que medían entre cinco y diez centímetros.

Cuando llegó su marido, fueron a la comisaría a dar parte del suceso, pero la Fiscalía de Zapala solo pudo descubrir, después de un tiempo de investigaciones, que la carne era de origen animal, lo que según afirmaba un diario de la zona¹¹⁴ tranquilizó bastante a los lugareños, que ya se temían lo peor.

Sin embargo, lo más curioso es que, años después del inquietante suceso, la familia continuaba aterrorizada y consternada, porque estaban convencidos de que la lluvia de carne era un mal augurio para todos ellos. Y esa relación que establecieron entre la lluvia de sangre y el anuncio de desgracias es uno de los puntos que la relacionan con nuestros cortejos sobrenaturales, aunque no es el único.¹¹⁵

QUIEN CAZA CONMIGO COME CONMIGO

Efectivamente, en muchas de las tradiciones orales se afirman que los cazadores sobrenaturales siembran restos abominables a su paso. A menudo las lluvias siniestras que los envuelven van

acompañadas de trozos de animales, de piezas de venados, en ocasiones frescos y aún sangrantes, como recién arrancados de un cuerpo palpitante, pero otras veces caen del cielo en un estado de putrefacción que deja mucho que desear.

En otras ocasiones el espectáculo es aún más macabro, y caen del cielo trozos de brazos humanos, manos cortadas, pedazos de piernas sangrantes, y trozos de cadáveres de recién nacidos que marcan el imborrable paso de la cacería salvaje.

En Pomerania¹¹⁶ se cuenta como trozos todavía sanguinolentos (entre los que se incluía una pierna de hombre e incluso la de un niño) se abatieron sobre los aterrorizados testigos, quienes incluso describieron con horrible precisión cómo en estos miembros todavía se podían observar los restos de un calcetín o de un zapato.

En el norte de Alemania se habla de un aguacero de sangre, mientras que en otras regiones del país los pedazos de carne que caen tienen una procedencia aún más extraña: en Westfalia se encontraron unas manos de raza negra entre los trozos y jirones de carne y sangre, y en Turingia se reconoció un trozo de carne verde procedente, según afirmaban en la zona, de una dama de musgo, una de esas mujeres de los bosques perseguida por el cazador salvaje.

En todas las ocasiones, es necesario callar al paso de la cacería salvaje, puesto que lo peor que uno puede hacer es llamar su atención. Ya hemos visto que no se puede silbar, pero tampoco gritar ni solicitar una parte de la caza.

En Pomerania el cazador negro aprecia los ladridos y los aullidos realizados por un humano, y es por eso por lo que en el momento de repartir las partes de la caza se manifiestan diciendo «tú ladraste con nosotros, así que también puedes devorar con nosotros».

También en la región de Silesia se cuenta la historia de los hombres furiosos que durante más de una hora apoyaron con sus gritos a la caza salvaje, y en agradecimiento por esta ayuda vieron caer del cielo trozos de corzo.

Pero la mayoría de las veces los cazadores humanos no son conscientes de lo que les espera, porque a menudo son arrastrados por el torbellino de la cacería salvaje y formarán para siempre parte de la cacería.

En ocasiones, algún desgraciado se libra, pero suele acabar loco. Y es que cuando el hombre que ha gritado a la cacería salvaje se encuentra trozos sangrantes la mañana siguiente en su puerta, lo normal es que intente deshacerse de ellos, bien enterrándolos, bien quemándolos o bien tirándolos al río, e incluso en ocasiones recurriendo a la magia, pero no hay nada que hacer: el horrible fenómeno se repite cada día y a menudo el desgraciado acaba demente.

Es lo que le ocurrió a un leñador del bosque de Braux, en las Ardenas, quien se despertó en mitad de la noche debido al clamor ensordecedor de la cacería voladora. El intrépido leñador abrió la puerta de su cabaña y gritó: «Ya que me has despertado, ¡Dame al menos la mitad de tu caza!». Nada pasó hasta el día siguiente, cuando el leñador, con la experiencia de la noche anterior ya casi olvidada, se levantó para ir a su trabajo. Pero apenas puso un pie en la entrada de la cabaña cuando quedó petrificado de horror: delante de la puerta una mano invisible había dejado el cadáver de un niño recién nacido.

Lo aterrador es que después de este suceso, y según asegura la tradición local, cada vez que la cacería salvaje sobrevuela el pueblo se produce entre sus habitantes la muerte del niño no nato.

Pero no es solo en Alemania donde el cazador comparte su presa con los aterrorizados testigos. «Tú me has ayudado a cazar hoy, así que yo te recompensaré mañana», se dice en Suiza. «Quien caza conmigo come conmigo» se dice en Alsacia. Estas frases acompañaban a terribles trozos de

carne que los hombres ven caer a sus pies como una parte del botín.

En algunas regiones de Francia la cacería salvaje consiste en bestias invisibles perseguidas por demonios, que pasan por el aire. En Poitou se la conoce como cacería Rigaut (o Rigaud), o bien como *chasse galopine*.

En los alrededores de Luss-les-Châteaux, un valiente guardabosques disparó una noche sobre la *chasse galopine*, y cayó una bestia fantástica abatida por su bala. Pero el pobre valiente creyó morir de miedo cuando fue invisiblemente perseguido por voces que le gritaban: «¡Devuélvenos nuestra caza!». ¹¹⁷

En otros lugares de Francia, como en Forez, a esta compañía infernal liderada por el diablo, que persigue con su jauría las almas de los moribundos se le conoce como la cacería Gayere, y los campesinos saben que lo que hay que hacer cuando se la ve (como acabamos de ver que se hace al otro lado del Atlántico con los Tué Tué) es permanecer mudo, conservar la calma y trazar rápidamente una cruz sobre el suelo. Así, el alma que está siendo perseguida vendrá y se refugiara en ella, y puede ser que se salve. Lo que jamás debe hacerse cuando pase la cacería Gayère es insultar al diablo, porque entonces se escuchará una voz de los cielos diciendo: «¿Quieres cazar con nosotros? ¡Toma tu parte!», y se verá caer de las nubes sanguinolentos miembros humanos.

En otras ocasiones la narración no es tan genérica, y se da incluso los nombres de los testigos. Alain Fournier cuenta que estando un atardecer en Berry participando en una velada en la cabaña de unos amigos, un ruido terrorífico sorprendió a los huéspedes y los paralizó durante un buen rato. Solo el joven hijo de la familia se levantó y después de abrir la puerta, gritó:

—¡Gayère! ¡Comparte tu caza y vete al diablo!

El ruido aumentó aún más y un montón de huesos cayeron por la chimenea difundiendo, al contacto con las llamas, un olor pestilente en toda la casa.

Las chimeneas son los principales espacios liminales de la vivienda. Están fuera y al mismo tiempo están dentro, comunicando el interior con el exterior y la tierra con el cielo. Por eso, no es extraño que sea a través de las chimeneas donde se manifieste la cacería salvaje.

En Luxemburgo y Bélgica aquellos que escuchan de lejos el ruido de la cacería pueden rogar mentalmente al Gran Cazador que les dé una parte de la caza: él escuchará el ruego y encontrarán a su regreso la presa demandada. Y es precisamente por la chimenea por donde el gran cazador entrega sus envíos macabros.

En el norte de Alemania, en las montañas de Harz, la caza salvaje pasa rugiendo sobre el pequeño pueblecito de Eichelberg acompañado del ladrido de los perros y del «ho, ho» del cazador salvaje ¹¹⁸. Allí habitaba un carpintero bastante inconsciente y fanfarrón que tuvo la infeliz idea de imitar el «ho, ho», el grito de caza al paso de la comitiva espectral. En ese momento, un bulto negro cayó a través de la chimenea, provocando chispas y llamas que rugieron alrededor de las cabezas de los allí reunidos. Cuando el humo se disipó contemplaron horrorizados cómo una pata de caballo yacía entre las cenizas de la chimenea. Y el carpintero estaba muerto ¹¹⁹.

LA CACERÍA MUERTA

En Italia a esta cacería se le denomina la «cacería muerta» (*caccia morta*), y aún se habla de ella en la zona de Bérgamo, donde se cuenta que a determinadas horas de la noche se escuchan

jaurías corriendo montaña arriba, ladrando furiosamente aquí y allá, en busca de unas invisibles piezas de caza.

Nadie los ha visto nunca, solo se escuchan sus ladridos, pero se asegura que cualquiera que pase por allí puede cruzarse en su camino y tendrá que esquivarlos apresuradamente si no quiere ser abrumado por la furia voraz de esos sabuesos diabólicos.

La versión cristianizada de la leyenda afirma que realmente estos perros no son animales, sino las almas condenadas de los cazadores de la zona que dejaron de acudir a misa los domingos para saciar su pasión cinegética y que después de la muerte, fueron condenados a vagar montaña arriba, dando vida a una cacería eterna y estéril.

La creencia de que esta cacería muerta está conducida por el mismo diablo es común en otros lugares italianos como el Val d'Inferno (no puede haber un nombre más adecuado para acoger a la *caccia morta*), pero también en Spino al Brembo, donde la tradición describe a los sabuesos conducidos por el diablo en la cima de Mughera, luchando con una horrible perra negra de ojos llameantes y envueltos en un rugido de gritos infernales y chirriar de cadenas. Con una ligera variación, se relatan episodios similares en San Pietro d'Orzio, donde la jauría, en lugar de correr por la montaña, vaga en el aire, llenándolo de ráfagas impetuosas y de los ladridos habituales.

En muchos de estos lugares hay rumores de malas experiencias que les han sucedido a quienes se atrevieron a interferir en la caza, como en el caso de Costa Serina, donde un caminante, al encontrarse con una de estas hordas gritando, se atrevió a llamar la atención a los sabuesos para que se callaran. Nunca debió hacerlo, porque al volver a casa se encontró con una pierna humana colgando de la puerta.

Como buen italiano, y sabiendo que solo la religión podía combatir al maligno, corrió a contarle el macabro hallazgo al párroco del pueblo, quien le aconsejó que llevara la pierna al mismo lugar donde se encontró con la Cacería Muerta, para que los perros pudieran recuperarla. Y así lo hizo, pero jurándose a sí mismo que nunca volvería a entrometerse en asuntos sobrenaturales.

Eso de que los sacerdotes cristianos te resuelvan la papeleta parece ser de lo más normal en esa zona, aunque se ve que cada maestrillo tiene su librito. Al menos así lo afirman en Valgoglio¹²⁰, donde se cuenta que una mujer de la localidad de Dödömal, observando un día a los condenados corriendo salvajemente y sabiendo que sus hijos pasarían hambre esa noche, formuló una arriesgada, pero comprensible petición: «Tráeme un poco de tu caza con la que pueda alimentar a mis hijos».

Inmediatamente quedó satisfecha: a la mañana siguiente encontró una pierna humana colgando fuera de su cabaña. Aterrorizada, la mujer corrió a contarle lo sucedido a su párroco, quien le aconsejó que la noche siguiente se encerrara en casa y se acostara en la cama entre sus dos hijos pequeños. Así lo hizo, y fue su salvación, porque en medio de la noche el Cazador Muerto regresó y entre las nubes se elevó un grito dirigido a ella:

—¡Has hecho bien en colocarte en medio de los inocentes, porque si no, habrías pagado caro el haberte atrevido a hablar con el Cazador Muerto!

Y es que cuando has metido la pata llamando a quien no debes, las medidas para librarte de una muerte segura pueden requerir soluciones desesperadas, aunque estas no siempre estaban en manos religiosas.

Un viejo sabio le contó a un aterrado campesino de Molina di Fiemme el método para protegerse del cazador salvaje llamado Pataù después de haber recibido el «regalito». El campesino debía conseguir un gato y un perro negros como la noche y, después de haber rezado

todo el día, cuando comenzase a escuchar el ruido de la cacería, tenía que cubrirse la cabeza con un caldero, sujetar a los dos animales por la cola y justo cuando los relojes marcaran la medianoche, gritar tres veces: «Cazador del Bosque... ¡ven a buscar tu parte de la caza!». Al parecer el ritual es tan efectivo como ridículo.

EL CAZADOR MALDITO

Hay un momento, durante la cristianización de la Europa pagana, en el que, por obra y gracia de los estamentos eclesiásticos, los cazadores salvajes se convierten en malditos, por haber olvidado sus deberes cristianos en favor de la caza.

La crítica a la caza, una afición pagana, estaba clara: un cristiano era un pescador, y no un cazador de hombres. Había que erradicar, pues, esa creencia ancestral de cazadores errantes y cazas sobrenaturales. Y si no se podía erradicar, habría que barnizarla con los óleos sagrados.

Y qué mejor barniz que reconocer la existencia del cazador salvaje, pero afirmando que es un alma en pena castigada por no haber cumplido los ritos cristianos... Sin embargo, este plan tenía sus fisuras, y en lugar de conseguir erradicar una creencia sumamente pagana, lo que consiguieron, sin pretenderlo, fue crear otra pata más para el mito: la del cazador maldito, castigado por toda la eternidad a perseguir una caza que nunca alcanza.

A difundir esta versión contribuyeron obviamente los miembros de la Iglesia, al menos desde el siglo XI, cuando el monje alemán Tritermio afirmó que había contemplado en los campos cercanos a su abadía la aparición del conde de Spanheim con su jauría. El conde, que llevaba ya una temporadita criando malvas, habló con el párroco y le pidió que rezase por él.

Así, podemos comprobar como Hubi, o Huperi, una de las numerosas manifestaciones ocultas de Odín/Wotan, también conocida como Hubri el Salvaje, es idéntico a Hütata, el líder de la cacería infernal en el condado de Saint-Nabor, en Alsacia, que fue rebajado (por obra y gracia de la religión cristiana) del nivel dios al de guardabosques maldito, presuntamente por haber dejado morir de frío a una madre y a su pequeña hija. Desde entonces, y hasta el fin del mundo, está condenado a dirigir una cacería infernal en la región francesa de Lautenbach, en dirección al macizo de Dornsyle.

Sin embargo, el pueblo vierte a menudo en los mitos y las leyendas lo que no puede decir, aunque lo piense, y por eso son muchos los condenados que además de ser cazadores son miembros de la Iglesia, lo que no es extraño teniendo en cuenta los desmanes y los abusos que existían en aquellas épocas.

En otros casos, es la pasión excesiva de los hombres por la caza lo que los lleva a cometer sacrilegios (a menudo no observan las festividades marcadas por la Iglesia), y los condena a una cacería interminable, como ocurre con el cazador de la luna, un personaje catalán que está condenado a vivir en el astro nocturno y a correr eternamente tras un conejo espectral.

La historia es parecida a la de uno de los más legendarios líderes de la cacería salvaje, el mismísimo rey Arturo, condenado por abandonar la misa apresuradamente para perseguir una liebre. En este grupo de cacerías fantásticas, Arturo a veces puede dar paso a otros reyes como Carlomagno, Teodorico o Dietrich, grandes señores del pasado condenados a regresar eternamente en castigo por las crueldades que habían ejercido sobre sus vasallos, aunque en algunos casos, como en la caza del rey Herodes, (a veces dirigida por su nieta/hija/esposa Herodías) son solamente sus apariciones en los relatos bíblicos lo que parece justificar su castigo eterno al frente de una cacería maldita.

En España, el tema del cazador maldito (también llamado mal cazador o cazador negro) es una creencia bien atestiguada. Se trata de un jinete fantasmal,

que cabalga en las noches de viento, cuando los árboles gimen y se agitan produciendo temor al que atraviesa el bosque, momento en el que se le ve pasar veloz con una jauría persiguiendo eternamente a una liebre o, en otras versiones, a una mujer, a la que nunca da alcance.^{[121](#)}

En el País Vasco se le conoce como *eiztaribeltza* (el cazador negro) y en Cataluña como *lo mal caçador* o *el caçador negre*, una siniestra figura

que, en las noches de tempestad, sale de cacería con toda una serie de estruendosos ruidos que van desde los ladridos de los perros al sonar el cuerno de caza, pasando por el relincho y galopar de los caballos, así como las blasfemias constantes del mal cazador y de los demonios que le sirven de séquito, asustando a los aldeanos que, temerosos, le oyen pasar acurrucados en la cama. Por estas tierras los aullidos nocturnos son llamados por los payeses «vientos del cazador».^{[122](#)}

No es extraño, por lo tanto, que, en los Pirineos, el nombre de *caçador negre* se aplique también a las borrascas de otoño.

Pero empecemos por el principio...

EL CAZADOR CAZADO

Quizás el prototipo de cazador convertido en presa sea el griego Acteón. Cuenta la leyenda que un mal día alardeó de ser mejor cazador que Diana, diosa de los bosques y de la caza, por lo que esta lo transformó en un venado que fue devorado por sus propios perros de caza.^{[123](#)}

De ser devorado por los perros asalvajados a ser perseguido por lobos hay poca distancia, y es la que recorre en la región francesa de Champagne la caza infernal del barón de Aigremont, con la que se encontró el doctor Gustave Sarcaud^{[124](#)} en una tarde de noviembre (no podía ser otro mes) de 1864.

Al parecer este barón cruel, a semejanza del transilvano Vlad el Empalador, torturaba a los campesinos, los empalaba con sus propias horcas y exponía sus cuerpos en las murallas de su castillo. En una ocasión hizo incluso que sus perros devoraran vivo a un pobre hombre cuyo único delito era haber cazado una liebre para hacer un caldo para su mujer enferma.

Cuando murió, atacado por un gran lobo en el transcurso de una cacería, la región respiró aliviada, pero debido a un justo giro del destino, el barón maldito está condenado a correr para siempre en los campos de Aigremont, y su espectro continúa siendo perseguido por el lobo, sin piedad ni compasión, a través de los siglos. Durante mil años, él y sus antepasados atemorizaron la región y masacraron a sus habitantes; durante mil años él será cazado por el lobo sin tregua ni perdón, y según se cuenta en esas tierras^{[125](#)}, es la voz del lobo la que aún se escucha a menudo en el bosque, en el silencio de la noche.

La aparición de los antepasados en la leyenda no es casual, sino que por el contrario, cobra un gran protagonismo en el mitema del cazador cazado, no solo en Francia, sino también en Alemania y en Austria.

Pero sigamos por ahora en Francia, y concretamente en el Franco Condado, y retrocedamos hasta el siglo XIX y a la pequeña aldea de Silley, en la que habita el señor de esas tierras, quien, devorado por la fiebre de la caza, se lanza a perseguir una pieza. En el bosque se encuentra una cacería aérea lanzada en la persecución de un hombre. Estupefacto, reconoce en este desgraciado a su propio abuelo difunto, cazador inveterado como él. Aterrorizado y arrepentido, cierra su

castillo y peregrina descalzo hasta Roma para encontrar la absolución. A su vuelta, sobre el mismo lugar donde se encontró a la horda sobrenatural, hace erigir la abadía de la Gracia de Dios.

Parecida historia se cuenta en Alemania, con relación a la montaña de Lowenburg, pero con muchos más detalles. Así que viajé hasta Renania para adentrarme en las ruinas del castillo tras las huellas de una de las leyendas más apasionantes que he encontrado sobre cazadores cazados.

El camino de tierra que asciende por el bosque hasta la cima serpentea como las raíces de los árboles que flanquean el ascenso, como las aguas del Rin que transcurre manso no muy lejos de estas tierras alemanas. Una vez llegamos arriba, las ruinas de una antigua fortaleza son los únicos vestigios que sobreviven entre la maleza del castillo en el que vivió un señor feudal llamado Graff Hermann Von Heinsberg¹²⁶, quien sentía una descomunal pasión por la caza.

La mayor parte de su vida la pasó en estos densos bosques y en los valles y las montañas que rodean el castillo. Nada se interponía a su paso cuando cazaba. Los maizales, los viñedos y los huertos de sus vasallos eran con frecuencia devastados por su afición favorita, hasta el punto de llegar a arruinar a muchos de ellos.

Mientras paseaba por las ruinas desdentadas de lo que antaño fue una fortaleza medieval, pensaba en el carácter despótico del que una vez fue dueño y señor del castillo: si tenía un buen día y alguno se quejaba de sus desmanes, él se reía o les insultaba, pero si estaba de mal humor les azuzaba a sus perros y cazaba a sus vasallos como si fuesen presas, matándolos o dejándolos terriblemente lesionados.

Con el alma en un puño, decidí descender la montaña y acercarme hasta las ruinas de la antigua abadía cisterciense de Heisterbach. Mientras recorría sus bellas ruinas del siglo XII y su antiguo cementerio comido por la hiedra, no podía quitarme de la cabeza el carácter despótico y agresivo de Von Heinsberg, quien al parecer no tardó mucho en abandonar también sus deberes religiosos, dejando incluso de respetar los días sagrados, que dedicaba a cazar en lugar de ir a misa. Y nadie se atrevía a reprochárselo, porque en una ocasión en la que recibió una amonestación por parte del abad de este mismo monasterio, amenazó con cazarlo vivo.

Me adentré en el antiguo bosque en el que tantas veces antes se abría internado el noble para cazar sus presas. Fue en una de estas ocasiones, en la víspera de una fiesta religiosa, cuando Hermann salió de caza, dejando atrás a sus seguidores. Su presa también desapareció, y al caer la noche la lóbrega luz que daba un extraño aspecto al lugar hizo que perdiera la orientación por completo.

Una vez que te adentras en el bosque los sentidos pueden jugarle una mala pasada. Todos los árboles pueden parecer iguales, los senderos se borran y los troncos caídos obturan el camino. Así que entendí la historia que asegura que el malvado noble se perdió en el bosque al anochecer y que, fatigado, después de mucho caminar, se tendió en el suelo y rápidamente se quedó dormido.

Pero repentinamente, según cuenta la leyenda, un ruido entre la maleza lo despertó. Se incorporó rápidamente cogiendo su lanza y silbando a los perros, que estaban agachados con el pelo erizado y los ojos rojos de temor y que se negaron a moverse, gimoteando con la cabeza gacha.

Entonces, de entre la maleza emergió un hombre de noble aspecto, vestido con un traje antiguo y que lleva una ballesta enorme en la mano derecha. De un lado llevaba colgado un cuerno de caza curvado y un antiguo cuchillo en el cinto. Con un movimiento majestuoso de la mano,

saludó a Hermann, luego se llevó el cuerno a los labios y salió de él un terrible sonido sobrenatural que recorrió todo el bosque y todas las montañas como un grito, al que respondieron los perros con aullidos de pánico.

En respuesta al eco, aparecieron de repente cientos de esqueletos de venados de enorme tamaño, cada uno de ellos montado por el esqueleto de un cazador. Con una extraña armonía, los fantasmagóricos jinetes espolearon a sus corceles, quienes bajando la cornamenta avanzaron hacia el extraño, que con un grito de ayuda buscaba frenético la forma de librarse de sus horribles perseguidores.

Durante una hora continuó el terrorífico espectáculo. Hermann estaba inmovilizado de miedo, en el centro de la zarabanda en la que giraba la cacería infernal, incapaz de librarse de los implacables jinetes, que espoleando sus esqueléticos corceles los animaban a dar caza, a cornear y a pisar al desventurado extraño, cuyos gritos de agonía eran ahogados por los chillidos diabólicos de los cazadores y por el incesante chasquido de los látigos y el crujir de los huesos.

Finalmente, vencido por el terror, el conde cayó inconsciente, aturdido por los esqueletos que giraban y giraban a su alrededor. Cuando por fin despertó todos excepto el extraño habían desaparecido.

La figura, suspirando, le contó que era su ancestro, y que al igual que él, adoraba cazar todo aquello que tuviese vida, a pesar de la fe o del bienestar de cualquier humano. A todos los que se cruzaban en su camino los trataba mal. Pero llegó un tiempo en el que el hambre llegó a esta tierra. La cosecha fue arrasada por una plaga. La población perecía. En su desesperación los campesinos se adentraron en los bosques del noble, y exhaustos por el hambre, se llevaron toda la caza. Enfurecido, el señor feudal juró que pagarían por ello.

Y armando a sus parientes, criados y secuaces, apresó a sus vasallos por la noche, y arrastrándolos hasta el castillo los arrojó a la más profunda mazmorra. Allí los abandonó durante tres días para que casi murieran de hambre, y también durante tres días dejó a sus perros sin comida. Mientras tanto, sus hombres habían capturado vivos una gran cantidad de los ciervos más grandes y fuertes del bosque.

Al cabo de unos días los pobres siervos fueron conducidos fuera y los ataron desnudos a los ciervos. Sus mejores corceles fueron ensillados. Entonces las perreras se abrieron y salieron los perros hambrientos corriendo como presas del demonio. Los ciervos iban rápidos como el viento, cada uno con su carga humana, perseguidos por los perros, y tras ellos los jinetes, gritando de regocijo ante un nuevo deporte.

Al llegar la noche no quedaba nadie vivo, ni ciervo ni humano. Los perros en su furia desgarraron tanto hombres como bestias, y al final los desafortunados vasallos encontraron una terrible muerte justo en el sitio en que se encontraban.

Justo en el sitio en el que me encontraba yo.

Y mientras intentaba encontrar la salida del bosque y volver al camino, recordé que el antepasado fantasma le contó a su descendiente como Dios se vengó por su crueldad. Esa misma noche murió y desde entonces tenía que sufrir las torturas del castigo y ser cada noche cazado por sus propias víctimas. Desde entonces es él la presa sacada del castillo que recorre el bosque huyendo hasta este remoto lugar, condenado a sufrir la misma cacería hasta el fin de los días, cuando sea cazado por las bestias del infierno y por legiones de demonios.

El ancestro le advirtió al atónito Hermann que tuviese en cuenta su destino, ya que sin duda la providencia le había guiado hasta allí esa noche para que conociera su castigo. Al momento siguiente el fantasma desapareció y Graff Hermann, ahora un hombre distinto, volvió al castillo

en silencio y a partir de ese momento se esforzó en tener en cuenta la advertencia y seguir el consejo de su infeliz antecesor.

Impresionada aún por la leyenda, conseguí salir del bosque y dirigirme a una antigua casa señorial que se encontraba al pie de la montaña, en la que me alojaba. Esa noche agucé el oído por si escuchaba, entre el viento, los aullidos desesperados del cazador cazado. No hubo suerte, pero el viaje no fue en vano, porque en esta zona encontré numerosos testimonios que afirman haber visto, o al menos oído, a esta cacería invertida, por lo que no es extraño que una de las baladas más conocidas sobre el tema del cazador salvaje tenga como escenario este mismo territorio del valle del Rin.



Der wilde Jäger. Nach einem Gemälde von Gustav Köhler. (R. 1906)
El cazador salvaje de Gustav Koehler. En el Periódico Ilustrado, 1906.

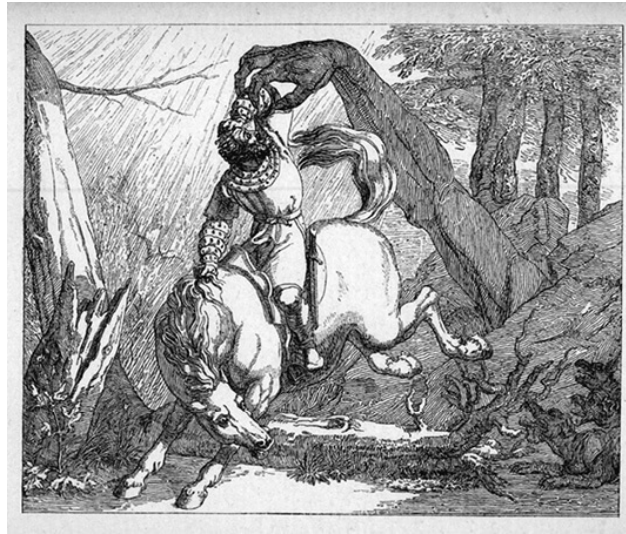
En la balada¹²⁷ se narra la historia de un conde renano que se atreve a salir de caza el domingo por la mañana, violando la festividad cristiana. Un jinete que cabalga sobre un caballo color de plata y otro sobre caballo color de fuego se colocan a su lado. El caballero de color de plata es amable y bondadoso y trata de librar al conde de toda acción impía en el sagrado día festivo, mientras que el caballero de color de fuego le anima a una caza cada vez más desenfrenada. El conde, haciendo caso omiso al caballero blanco, persigue un ciervo y devasta las mieses de un pobre aldeano que queda, también él, arrollado por la salvaje cabalgata. Cuando encuentra un rebaño, arroja en medio de él a sus mastines, pese a los ruegos del pastor, que cae al suelo y también es despedazado.

El ciervo finalmente buscó refugio en la capilla de un ermitaño. El ermitaño y el jinete blanco imploraron al conde que respetara el lugar sagrado. En vano, porque el conde le explicó que el animal podía esconderse en el séptimo cielo y que ni el ermitaño ni Dios podían impedirle su plan...

Tan pronto como había pronunciado esta blasfemia la capilla desapareció repentinamente a sus ojos. Miró hacia atrás: su cortejo también había desaparecido, y el conde se encontraba en medio de un claro, donde por todos lados reinaba un silencio sombrío.

Aterrorizado, se llevó la bocina a los labios, pero el cuerno no emitió ningún sonido. Llamó: solo el eco de su voz le respondió. Espoleó a su caballo: el animal quedó petrificado. La noche comenzó a caer. Un ruido como el del mar en el aire se elevó en el cielo y una voz tan poderosa

como un trueno exhortó mil maldiciones en los oídos del cazador.



El cazador salvaje, por Joseph Führich en 1827.

En el mismo momento, una mano gigantesca salió del suelo y golpeó al noble señor. Luego, un relámpago atravesó el bosque, un mar de fuego lo rodeó, miles de monstruos y furiosos seres informes se agitaron en las crepitantes llamas, y su cabello se erizó, sus ojos salieron de sus cuencas, su cuello se dislocó, y quedó con su rostro en la nuca, mientras clavaba enloquecido las espuelas en los costados de su caballo.

Y desde entonces, el cazador salvaje ha liderado esta fantástica caza a lo largo de los siglos, durante el día en las entrañas de la tierra, durante la noche en el aire, sembrando el miedo y el terror.

Sin embargo, y aunque en la balada no se mencionan nombres ni lugares concretos, la tradición oral sí ha querido situarlo en lugares muy específicos, todos por la misma zona de Centroeuropa, entre Luxemburgo, Francia y Alemania. Por eso en Alsacia se afirma que un cazador maldito cabalga enloquecido hasta la cima del Elsberg de noche, acompañado por una jauría de perros aulladores, y ese cazador sí que tiene nombre y apellidos.



En el siglo x se construyó el castillo de Otrott, que perteneció al conde Eberhard el Salvaje¹²⁸. Un domingo Eberhard abandonó la misa para cazar en la llanura. Allí conoció a dos extraños jinetes. El primero era joven y montaba un caballo blanco. El segundo era viejo y montaba un caballo oscuro. El resto de la historia ya la conocemos.

La misma leyenda aterroriza a aquellos que tienen que atravesar el bosque belga de Dansau, en Winnendale, en cuyas profundidades se escuchan extraños ruidos provenientes de la cacería del conde Renaud d'Herbaumont, quien en vida golpeó con su látigo hasta la muerte a un pobre campesino hambriento y salió a cazar un domingo.

La clave de todas estas historias está en el hecho de que el cazador, arrastrado por su pasión por la matanza, ya no obedece ni a la razón ni a la religión, y llega incluso a ser responsable de una doble ruptura del tabú cristiano: caza un día del Señor (domingo, Viernes Santo, Pascua o Día de Todos los Santos) y obliga a un ciervo a entrar en un lugar sagrado (refugio de un ermitaño). Este último detalle es también muy significativo, ya que el ermitaño, de vida sencilla, alimentándose solo de plantas, habiendo dominado sus pasiones y permaneciendo siempre apegado a su cueva, tiene unas cualidades que lo designan como una inversión del señor pretencioso y jactancioso, cuya mesa está cubierta de venado, que está siempre cabalgando en lomas y valles, y que se entrega a la pasión de la caza, rompiendo poderosas prohibiciones religiosas.

La parte animal presente en todo hombre y de la cual el ermitaño encarna el dominio, se libera al contrario en el impío cazador de leyendas, que encarna la furia de cazar, derramar sangre y matar. Es evidente que los cazadores de las leyendas de cacerías fantásticas encarnan el exceso. Y, lo que, es más, el exceso del placer de matar.

Como podemos comprobar, esta historia se repite de manera similar en muchos puntos del centro de Europa, aunque he encontrado en Amiens una leyenda que no tiene nada que ver con ninguna otra. En esta ocasión, y como ya hemos visto en otro capítulo, los predadores no son cazadores, sino templarios.

Cerca de Amiens, en una aldea llamada Beaucourt, se encontraba en otro tiempo un convento de monjes templarios, condenados y malditos tras su muerte por haber violado a un importante número de jóvenes de la zona. Predadores en vida, los roles se invirtieron tras la muerte y se han convertido en caza.

Así, se cuenta que al atardecer en el bosque de Beaucourt y sobre el monte Rôti, los caminantes rezagados escuchan largos gemidos y gritos confusos de rabia y desesperación. Son los caballeros templarios que vuelven cada noche a llorar en estos bosques los crímenes cometidos contra las jóvenes. Y deben volver hasta el fin del mundo.

Pero a menudo, y esto es lo que más nos interesa, también se escucha un ruido de pasos, de roce de hojas, de ramas violentamente rotas, de galope intenso, de gritos y de ladridos, y cuando la luna está llena, pueden verse miles de formas femeninas, vestidas con largos vestidos blancos.

Los fantasmas de los templarios, aterrorizados, se esconden tras los troncos, siempre perseguidos por los espectros, que no son otras que las jóvenes que en otro tiempo se suicidaron, arrojándose desesperadas en el río Hallue cuando los templarios las violaron.

CON LA IGLESIA HEMOS CAZADO

Como acabamos de ver, Dios no solo castiga los abusos de los señores, sino también la impiedad de los religiosos, lobos con piel de cordero.

Y si no los castiga Dios, se los lleva el demonio, como se cuenta en el sur de Inglaterra, y especialmente la región de Cornualles, que es pródiga en avistamientos de perros negros, también llamados por aquí Dando's Dogs, o Devil's Dandy Dogs. Estas criaturas míticas del folclore inglés son sabuesos que participan en la cacería salvaje, y en estas lindes se les relaciona con un sacerdote maldito.

Recorriendo estas tierras no es difícil imaginarse al malvado sacerdote Dando galopando un domingo cualquiera por sus acantilados escarpados y sus terrenos cenagosos, obsesionado por la caza incluso en los días más sagrados.

Y fue precisamente durante una cacería dominical cuando Dando se bebió todo el alcohol que llevaban. Dando pide más, pero sus compañeros le contestan que ya no queda ni una gota de licor. Exclama entonces que, si no queda más bebida en la tierra, deberán ir al infierno para conseguirla. De repente, un extraño cazador se adelanta y le ofrece a Dando una copa de licor, pero se apodera a cambio de una parte de la caza. Dando protesta.

—Lo que yo toco, me lo quedo —responde el forastero, mientras coloca la caza sobre el lomo de su gran caballo negro.

El sacerdote, borracho, intenta detener al cazador, gritando: «Iré hasta el mismo infierno tras de ti, pero me devolverás la caza».

El forastero sonríe, y asintiendo, agarra a Dando por el cogote y lo sienta delante de él. Con una loca carrera, el caballo baja la colina con sus cascos lanzando fuego a cada paso, y con los perros ladrando furiosamente tras él. Los extraños jinetes llegan a las orillas del Lynher, y con un salto terrible, el caballo y sus jinetes, seguidos por los sabuesos, se adentran en sus aguas, desapareciendo definitivamente en una llamarada de fuego que hace hervir la corriente durante un instante.

Dando nunca más volvió a ser visto, y su temible muerte fue recibida como una advertencia por muchos, que hicieron numerosas donaciones a la Iglesia. Uno de ellos esculpió una silla para el obispo, y en ella representó a Dando y a sus perros, para que se renueve siempre el recuerdo de su maldad.

Y allí, en la iglesia de Saint German, se encuentra hasta el día de hoy la silla, y afirman en el pueblo que todos los que duden de la veracidad de esta tradición pueden ver la historia tallada en roble, «y sentarse en ella hasta que su fe sea tan vivificada que se conviertan en verdaderos creyentes»¹²⁹.

Y si sigue siendo incrédulo, deberá quedarse en el pueblo hasta el domingo por la mañana temprano, porque ese día y en ese momento se han oído a menudo los ladridos feroces de los perros de Dando, aunque nadie sabe si van persiguiendo una pieza o van buscando, leales hasta más allá de la muerte, a su dueño maldito.

Ya mi abuela me decía que no hay que mentar al diablo en vano, y eso se sabe en toda Europa. En el norte de Francia, por ejemplo, todavía se oye hablar del Gritador, el espíritu de un monje que vivió en la abadía de Laval-Dieu hace cientos de años y que, apasionado por la caza salió un mal día antes del oficio de la misa para realizar una batida en el bosque. Una vez metido en faena, se dejó llevar e ignoró el sonido de la campana del convento, que llamaba a la misa, porque encontró unas huellas y exclamó: «¡Que el demonio me lleve, si no es un lobo!»¹³⁰.

Poco después apareció la bestia en el medio del bosque, y tras seguirla, consiguió matarla. Era

un zorro. En ese mismo momento el diablo apareció y le propuso firmar un contrato de caza eterna a cambio de su alma, puesto que ya tenía su cuerpo. El monje no se lo pensó dos veces. Firmó. Y desde entonces, recorre cada noche trece veces el gran bosque, animando a sus perros invisibles y gritando tan fuerte como puede. Y por eso se le conoce en la región como «el Gritador». Y aunque nadie lo ha visto nunca, todos en la zona afirman haberlo escuchado.

Y de Francia pasamos a España y del gritador al silbador, porque Mateo Txistu (Mateo el Silbador, o Mateo el Flautista) es el nombre que se da en algunas localidades del País Vasco a un sacerdote maldito por su afición a la caza.

El antropólogo Julio Caro Baroja describe a este ser como «un jinete que, en las noches de vendaval, cuando los robles y los castaños seculares gimen de modo amenazador, pasa veloz con su jauría persiguiendo a una liebre que nunca alcanza», y aunque son numerosos los lugares del País Vasco que se atribuyen su paternidad, decidí acercarme al que más papeletas tenía en la lotería legendaria: la localidad de Arrasate/Mondragón.

Antes de subir al monte, había concertado una cita con la Arrasate Zientzia Elkarte, una asociación encargada de investigar, difundir y asesorar acerca de la cultura, el patrimonio y la naturaleza de Mondragón. Allí conocí a Javier Bengoa, quien me confesó que su propia madre había visto una noche una bola de fuego que atravesaba el cielo desde el Amboto hasta Urdalatxe. El monte Amboto, como cualquier vasco sabe, es donde se encuentra la cueva de Mari, la diosa ancestral vasca también conocida como la Dama del Amboto, que surca el cielo en un carro de fuego. Sin embargo, su manifestación ígnea es fácilmente atribuible, para los habitantes de Mondragón, a Martín Abade, el cazador maldito que recorre el monte Urdala y al que algunos paisanos le asignan incluso la condición de ser primo de la diosa Mari.

El suegro de Javier, que era cazador, le contaba a menudo la historia de Martín Abade¹³¹, aunque todo el mundo en la zona conocía la leyenda del clérigo de la pequeña iglesia del cercano monte Udala, que tenía tal pasión por la caza que dedicaba la mayor parte del día a salir por los campos y montes en busca de piezas.

Acudía a celebrar su misa diaria acompañado de sus perros, a los que dejaba atados al pórtico de la iglesia, con el fin de no tener que perder tiempo y, una vez terminada la ceremonia, salía disparado (nunca mejor dicho) para poder continuar con su cacería.

Una mañana, durante la misa diaria, mientras el sacerdote sostenía el copón sacramental con las hostias, una liebre pasó por delante de la iglesia, haciendo que los perros empezaran a ladrar furiosamente. El sacerdote se paró en seco, y sin poder resistirse salió corriendo, arrojando el recipiente sagrado al suelo, montando en su caballo y corriendo frenéticamente en busca de la liebre, acompañado de sus perros y dejando la ceremonia religiosa sin concluir.

Algunas versiones afirman que aquella liebre era el propio diablo que había adoptado esa forma para conseguir que el párroco abandonara sus sagradas obligaciones y condenar su alma, y que no solo pasó por la calle despertando los perros, sino que penetró hasta el interior de la iglesia e incluso se atrevió a acercarse al altar, de modo que el cura pudiese verla antes de salir dando saltitos y provocando el abandono precipitado de la misa¹³².

Fuese la liebre terrenamente animal o infernalmente diabólica, lo cierto es que los feligreses, alarmados por el comportamiento del sacerdote, esperaron al cura esa noche en la casa parroquial. Pero no regresó. Ni a la noche siguiente. Ni al año siguiente. Nunca volvieron a ver vivo a aquel hombre.

Pero al poco tiempo de la desaparición del sacerdote, la gente del lugar empezó a escuchar que

en noches tormentosas y en días señalados, como San Juan o San Silvestre, se veía por los campos a un cazador vestido con sotana negra montando a un caballo diabólico con ojos de fuego, que, acompañado de una jauría de perros furiosos que lanzaban llamas por la boca al ladrar, había sido condenado a perseguir eternamente a una presa que nunca lograba atrapar.

Tras el relato que me habían hecho, no veía el momento de subir hasta el monte Udala y visitar la iglesia de Martín Abade. Cuando llegué, el pueblo estaba desierto, la niebla envolvía el monte, situado justo detrás del templo, y las pocas casas del caserío de Udala permanecían cerradas y silenciosas, protegidas sus puertas de los seres malignos por el poder del *eguzkilo*¹³³.

También estaba cerrada la iglesia, y la niebla descendía mientras yo subía por un camino semioculto en la maleza. No se oía nada y se escuchaba todo. El sonido burbujeante del agua que bajaba entre alguna peña, los pájaros que cambiaban de rama, los pequeños animales que se arrastraban bajo los matorrales. Entonces, me senté sobre un árbol caído y abrí el libro que llevaba en la mochila:

Y desde su castigo nunca volvió a ser visto, aunque al cabo de algún tiempo los habitantes del monte Udala oyeron repetidas veces, durante el silencio de la noche, los furiosos y lastimeros ladridos de los perros del Abad, y aún los sienten pasar azuzados por sus furiosos gritos, mientras una ráfaga de aire cruza impetuosa el espacio, doblegando las ramas de los robles, agitando temblorosamente los nogales y haciendo girar en confuso torbellino los helechos y las hojas que tapizan el suelo...¹³⁴

Y recordé que a veces se deja sentir, y pocas veces ver, por algunos humanos. Sucede durante fuertes temporales, o en días húmedos y brumosos como este. Y entonces reconozco que me sobrecogí un poco, y que bajé a la carretera más rápido de lo que había subido al monte.

Decidí que si quería saber más del cazador negro debía viajar hasta el epicentro de la mitología vasca, así que enfilé el coche hacia el alargado pueblo de Ataun, el lugar que vio nacer al gran antropólogo José María de Barandiarán, y donde se levanta ahora su museo. Allí, a principios del siglo xx, una mujer del caserío Tellerietxe vio las sombras del cura y de sus perros en una noche de invierno a la luz de la luna.

Después de recorrer el museo de arriba abajo, conseguí hacerme con los dos tomos de los materiales y cuestionarios del *eusko-folcklore* recopilados por Barandiarán, y aunque no veía el momento de llegar a la casa rural que había alquilado para poder examinarlos con atención en busca de nuevas pistas, decidí pasar antes por el pueblo de Segura, situado a unos seis kilómetros de Ataun, donde, según me habían advertido, tuvo lugar hace años un extraño suceso que podía tener relación con los cortejos sobrenaturales.

En este pueblo, según cuentan, apareció un mal día una extraña bruma que llevaba dentro un espíritu maligno que causó plagas que arruinaron las cosechas, y que trajo el cólera que enfermó a sus gentes, y que cruzó el pueblo en forma de neblina, dejando la desolación a su paso. Los habitantes decían que habían oído a los perros ladrar dentro de esa niebla, que los animales enfermaron y que los niños que oyeron los ladridos de los perros fueron víctimas de locura, y que por eso tuvieron que trasladar el pueblo a un montículo, para que la bruma del mal terminase su trabajo sobre la tierra donde yacía el pueblo antiguo.

A medida que recorría el País Vasco, comprobaba como el cura maldito iba cambiando de nombre. En Izarraitz se le conoce como el cazador negro (*eiztari-beltza*) o el cura errante y se afirma que era el párroco de Lastur, aunque en estas latitudes sus características comienzan a mezclarse con la figura mitológica del judío errante.

De hecho, pude comprobar en los libros que había conseguido que a Barandiarán en Cortézubi

le contaron que el cazador errante había sido cura de Mallabia, y que vaga eternamente persiguiendo a una liebre. Una vez encontró a una mujer que cocía su pan y le pidió un bollo. La mujer se lo ofreció, pero el cazador tuvo que seguir su camino, famélico y desesperado, sin tiempo siquiera para poder cogerlo.

En algunos pueblos vascos se afirma que el sacerdote, como castigo por su pecado, fue transformado en perro y obligado a pertenecer a la jauría del rey Salomón, llamándose desde entonces el «perro del rey» (*erregen txakurra*) o el cura Salomón (Salomón *apaiza*), en un sincretismo apasionante con este legendario personaje bíblico. Según ciertas versiones, este cazador no quiso detenerse para dar una limosna a un pordiosero que se la pedía y al instante una nube le levantó con sus perros y lo plantó en la luna. Allí continúa en su oficio sin descanso y continuará mientras la luna exista.

No es extraño que se relacione al rey Salomón con estos mitos porque las tradiciones orientales cuentan que al monarca estaba subordinado el viento tempestuoso, que corría obedeciendo su mandato hasta la tierra, y que contaba con ejércitos de perros, hombres y pájaros para entrar en batalla.

Así, cuentan en Dohozti¹³⁵ que en ciertas noches de fuerte viento Erregue Xalamon pasa por las montañas de aquella región en compañía de sus perros. La leyenda afirma que la maldición se romperá el día que el sacerdote logre vencer su obsesión por la caza y, al pasar por delante de una iglesia, abandone la cacería y termine la sagrada ceremonia que dejó a medias.

En ocasiones el cura cazador desciende hacia tierras zamoranas, y a finales del siglo xx los vecinos de San Ciprián de Sanabria todavía identificaban los vientos fuertes con los jadeos de los perros de un fraile que corrían detrás de una liebre.

Pero si hay una «transformación por maldición» digna de investigarse más a fondo es la que sufrió un obispo inglés en el pequeño pueblecito de Fingest. La leyenda bien valía un viaje hasta la campiña de Buckinghamshire, pero no contaba con la famosa lluvia inglesa. Cuando llegué hasta su cementerio, ubicado en una de las muchas iglesias normandas de la comarca, las compuertas del cielo parecieron abrirse de repente y el diluvio universal cayó sobre mí y sobre mi cámara fotográfica.

Pero ni siquiera la tormenta pudo aguarme la emoción de tener por fin ante mí el cementerio de St. Batholomews, el lugar más frecuentado, según los lugareños, por el hombre verde, el *green forester* o *green man*, aunque a través de tanta lluvia iba a ser imposible verlo, aunque lo tuviera delante de mis narices.

Este hombre verde, personaje mitológico del folclore inglés muy relacionado con la naturaleza, fue en un principio un obispo llamado Henry Burghersh, quien en 1326 fue nombrado canciller de Inglaterra por Eduardo III. No debía ser Burghersh una persona excelente, puesto que ya en su época se afirmaba que era tan malo para la Iglesia como para el Estado, y entre los adjetivos que le dedicaban estaban los de codicioso, ambicioso, rebelde e injurioso.

En el siglo xiv, los obispos de Lincoln mantenían una casa de campo en Fingest, situada justo detrás de esta iglesia, y era en esta pequeña y apartada casa solariega donde Henry podía pasar desapercibido, entretener a sus amigos con comida y bebida y cazar. Sobre todo, cazar.

Y para poder satisfacer mejor su afición a la caza, en 1330 cercó trescientos acres de tierras comunitarias para crearse un coto privado. Las sesenta familias que habían perdido sus tierras de pastoreo sabían que no había nada que pudieran hacer para protestar, ya que además de obispo era canciller de Inglaterra, una posición poderosa, y tuvieron que conformarse con el hambre y

con la impotencia de ver cómo la fuente de alimento de sus familias se convertía en fuente de diversión para el obispo.

Sin embargo, a todo cerdo le llega su sanmartín, y el obispo Burghersh murió en 1340. Pero no del todo. Porque al parecer su mala conducta no le dejó descansar en su tumba.

Un amigo del obispo que se hospedaba en la mansión caminaba por el parque por la noche cuando se le apareció el fantasma de Burghersh ataviado de una forma bastante poco usual: iba vestido de verde, como un guardabosques, y llevaba encima un cuerno de caza, un arco y un carcaj de flechas. Más Robin Hood que Fray Tuck, para entendernos.

Confesó compungido que, como castigo por sus agravios contra los pobres, había sido nombrado guardián de la caza y que estaba condenado a deambular sin descanso hasta que se derribaran de nuevo las cercas y se devolvieran las tierras a sus antiguos dueños.

El fantasma le rogó a su antiguo amigo que corrigiera el mal que había hecho para que pudiera descansar, y el anonadado caminante no tuvo más remedio que viajar a Lincoln, donde persuadió a los canónigos para que devolvieran las tierras comunales a los aldeanos.

Sin embargo, parece que el fantasma del obispo Burghersh no llegó a descansar en paz tras la devolución de las tierras, y son muchos los que creen que se convirtió, por algún extraño equilibrio del destino, en la figura del hombre verde tan común en las tradiciones paganas y que tanta relación oculta tiene también con nuestros cortejos sobrenaturales y con uno de sus lugares predilectos: el bosque.

Decidí que si quería saber algo más sobre la relación de los cortejos sobrenaturales con el Hombre Verde, solo había un lugar al que dirigirme: el legendario bosque de Sherwood, donde la tradición sitúa a Robin Hood y a sus alegres compañeros.

En el centro de interpretación que da la bienvenida al bosque, según pude comprobar, no les queda la más mínima duda de que detrás de la figura de Robin Hood y de sus hombres se oculta el motivo pagano del Hombre Verde, lo que subraya la importancia que la fe pagana tenía en la concepción de la leyenda de Robin Hood.

El motivo del Hombre Verde, que aparece por doquier en esculturas, dibujos y ornamentaciones medievales y renacentistas, aparecía también junto a Robin Hood en todos los objetos de la tienda de regalos del centro de recepción de visitantes, y no era por casualidad.

La figura, representada por un rostro antropomorfo formado por hojas y ramas, representa a las divinidades de la naturaleza, símbolo del renacer en la primavera y de la fertilidad. Y Robin Hood, vestido de verde y armado con un arco, líder de una cohorte de bandidos que desafían a la autoridad, y habitante eterno de un bosque ancestral, representa asimismo la pervivencia de las raíces politeístas-paganas en el cristianismo anglosajón.

Exactamente igual que los cortejos sobrenaturales.

¹¹⁰ Nono. Las dionisíacas (siglo v), líneas 155-168.

¹¹¹ En la mitología griega, las ménades son seres femeninos divinos estrechamente relacionados con el dios Dioniso. Literalmente *ménades* pueden traducirse por «las que desvarían». Se las conocía como mujeres en estado salvaje que vagaban en grupo por las laderas de las montañas. Los misterios de Dioniso las llevaban a un frenesí extático. Se permitían dosis importantes de violencia, derramamiento de sangre, sexo, autointoxicación y mutilación. Se las representa pictóricamente a menudo ataviadas con coronas de hojas de vid, vestidas con pieles de cervatillo, llevando una varita con una piña en la punta y adornada con hiedra u hojas de vid, y danzando con un abandono salvaje a la naturaleza primaria. Llegaban a practicar en su éxtasis el *sparagmos*, o desgarrar de sus víctimas en trozos tras lo que ingerían su carne cruda (omofagia).

¹¹² En este punto Zagreo también tiene un paralelismo con el dios egipcio Osiris, otro dios del inframundo que fue asesinado por un pariente celoso y devuelto a la vida con posterioridad.

¹¹³ «Los informes históricos dicen que ha caído una lluvia de leche y la sangre bajo el consulado de Manius Acilius y C. Porcius, (114 adc.) y en muchas otras circunstancias; llovió carne bajo el consulado de P. Volumnius y Servio Sulpicius (461 adc.).».

Plinio. Historia natural (libro II).

[114](#) *El Patagónico*, 09 septiembre 2016.

[115](#) Cuando leí esta noticia no pude dejar de acordarme del Tué-Tué, un personaje mitológico cuya existencia descubrí por primera vez en esa misma zona de las desérticas tierras de Neuquén, mientras recorría la Patagonia argentina.

El Tué-Tué es un enorme pájaro de cabeza humana con rostro arrugado que en ocasiones vuela en bandadas que atacan a las personas, especialmente en las noches frías y lluviosas de los bosques patagónicos. Los lugareños afirman que es el mismo diablo, o un brujo transformado en animal para hacer sus maldades, y su nombre es pura onomatopeya del grito estridente que lanza en la noche.

Al igual que el cazador salvaje, acostumbra a pasar por el mismo lugar todas las noches, lo que en la Patagonia se denomina «hacer su camino». Para cortarles ese camino se coloca un cráneo de caballo en el techo de la vivienda.

Como el cazador salvaje, también es considerado presagio de desgracias y heraldo de la muerte, y se cree que aquel a quien el Tué-Tué le dedica su canto debe morir. También morirá aquel que se burle de él, o aquellos que lo invoquen con gritos o sonidos, por eso los ancianos de la zona afirman que no se debe silbar cuando anochece, porque te puede contestar el Tué-Tué, y entonces estarás perdido.

No puede ser casualidad que la manera de librarse de él es la misma que se utiliza para escapar de los cortejos sobrenaturales en Europa: dibujar en el suelo el círculo con el sello de Salomón y poner un cuchillo en el medio con el filo hacia el cielo.

[116](#) Pomerania es una región de la antigua Prusia situada en el norte de Alemania y Polonia, en el litoral del mar Báltico. Hasta 1945 pertenecía en su totalidad a Alemania.

[117](#) Dévigne, R. La légendaire des provinces francaises a travers notre folklore. París, 1959.

[118](#) Y sí, seguro que al llegar a este punto has tenido una revelación interesante y a tu cabeza ha venido la imagen de una figura vestida de rojo que se desplaza por los cielos nocturnos invernales (precisamente en los Doce Días) en un trineo volador, acompañado por una comitiva de ciervos y elfos, y que también arroja regalos por la chimenea al grito de «ho, ho, ho». Efectivamente, no es casualidad. Papá Noel, Santa Claus, san Nicolás o como lo queráis llamar, no es nada más (ni nada menos) que un cazador salvaje domesticado, descafeinado y sonriente. Aunque eso es algo que muchos, en nuestro fuero interno, siempre habíamos sospechado.

[119](#) Grimm, J. *Deutsche Mythologie*, 1835.

[120](#) Taufer, W. y Bottani, T. *Historias y leyendas de Bérgamo Ferrari*. Clusone, 2001.

[121](#) Caro Baroja, J. *Algunos mitos españoles*. Madrid: Ediciones del Centro, 1974, pág. 74.

[122](#) Callejo, J. y Canales, C. *Seres y lugares en los que usted no cree*. Madrid: Complutense, 1995, pág. 116.

[123](#) Otras versiones más extendidas afirman que Acteón, mientras cazaba en el bosque, descubrió accidentalmente a Diana bañándose desnuda con sus ninfas, y la diosa, como castigo, lo transformó en ciervo y envió a los propios sabuesos de Acteón a que lo mataran. Los cincuenta perros del cazador lo hicieron pedazos y devoraron sus carnes.

[124](#) Sarcaud G. *Contes et légendes du Bassigny-Champenois*, 1880.

[125](#) Sébillot, P. *Le Folk-Lore de la France*. (Tomo I). *Le ciel et la terre*. E. Guilmoto Editeur, París, 1904.

[126](#) Spencer, L. *Alemania. Mitos y leyenda*, M. E. Editores, 1995.

[127](#) Bürger, Gottfried August. *Der wilde Jäger*, 1778. Walter Scott tradujo la balada al inglés; Gerard de Nerval, al francés; y muchos ecos de la cabalgada resonaron por doquier durante largo tiempo en todo el romanticismo europeo.

[128](#) Matthis, C. E. *Alsacia y alsacianos a través de los siglos*, 1891.

[129](#) Hunt, R. *Romances populares del oeste de Inglaterra; o The Drolls, Traditions, and Superstitions of Old Cornwall*, 1865, págs. 247-51.

[130](#) Sebillot, P. *Le folk-Lore de France*, 1904.

[131](#) En Placencia y Soraluze afirman que se llamaba Juanito Txistularia, y que era cura de Elosúa.

[132](#) La tradición de la liebre demoniaca se aleja en el tiempo porque incluso en el proceso de Logroño de 1610, el proceso de Zugarramurdi, una de las acusadas, María de Zozaya, confesó que por las noches el diablo tenía a bien convertirla en liebre para poder así molestar a la jauría de cierto cura párroco de Rentería, engañándolo con sus olores y haciendo que se precipitase por los lugares más inverosímiles.

[133](#) El *eguzkilor* es la flor del cardo silvestre, que en la mitología del País Vasco protege las casas de males, enfermedades, tormentas y seres malignos de la noche, porque la mera visión de la *eguzkilor* en la puerta del caserío les hacía creer que era el mismo sol (*eguzki*) y que ya despuntaba el alba, por lo cual debían retirarse a sus cuevas.

[134](#) Tturalde y Suit, J.: *Los perros de Martin Abade*, Institución Príncipe de Viana. Gobierno de Navarra, 1940.

[135](#) Barandiaran, J. M.: *Eusko-Folklore*, 2.^a serie, n.º 173; Resurrección María de Aazkue. *Euskalerriaren Yakintza III*, pág. 438.

EL MAL SEÑOR

Tras abandonar el frondoso bosque de Sherwood decidí que debía seguir la pista de los bosques. Como lugar liminal y como uno de los pocos reductos de naturaleza salvaje que quedan en Europa, son el escenario perfecto para albergar los cortejos sobrenaturales.

Y si hablábamos de bosques, tenía que visitar, sin dudarlo, uno de los más legendarios del mundo. Decidí adentrarme en el bosque francés de Broceliande, durante algunos días. Tras cerrar el alquiler de una habitación en la excéntrica mansión de un anticuario repleta de zorros disecados que llevaban sombrero, puertas que no daban a ninguna parte, carneros disecados vestidos de cazadores, tapices antiguos que escondían escaleras secretas y estanques verdes con cocodrilos surtidos por cabezas de leones marmóreos, subí a dejar las maletas.

La habitación estaba presidida por una enorme cama con dosel, custodiada en ambos flancos por ciervos disecados, y las paredes enteladas rebosaban antiguos retratos. Miradas victorianas, rostros renacentistas, ojos lánguidos, narices aguileñas y cejas severas parecían observarme desde todos los rincones.

Tras intentar en vano en varias ocasiones cerrar la puerta de mi habitación, decidí encomendarme a los dioses del bosque y salir a explorarlo. Broceliande es sin duda uno de los lugares más mágicos del mundo. No solo esconde la fuente de la eterna juventud, sino también la tumba del mago Merlín y el castillo de Viviana, la Dama del Lago, la capilla del grial y el Valle sin Retorno, el estanque de las hadas y el árbol de oro. Pero de momento, el lugar que más me interesaba se encontraba al oeste del bosque.

Cuando por fin encontré lo que estaba buscando, me senté en una de las piedras que sobresalía del suelo y miré a mi alrededor. Allí, olvidado durante años y enterrado bajo los tojos, unas excavaciones realizadas a mediados de los años 80 descubrieron lo que los lugareños habían denominado desde tiempos inmemoriales las piedras malditas de Trehorenteuk. Se trata de un recinto con forma trapezoidal, cuya parte noreste está compuesta por enormes bloques de cuarzo de color blanco, lo que denota una intencionalidad ritual que se vio confirmada por unas vasijas neolíticas que se encontraron en el exterior del túmulo y que atestiguan el uso del monumento ya en el año 2.500 a.E.C.

Aunque está vinculado a monumentos como las alineaciones megalíticas de Carnac, lo cierto es que los arqueólogos aún no saben para qué se construyó, aunque los lugareños tienen claro cuál es su origen, un origen que sitúan en el ya desaparecido castillo de Tréhorenteuc, donde vivía el depravado barón Gastern, rodeado de soldados bulliciosos y de monjes que habían olvidado sus votos de castidad y pobreza, y con los que en más de una ocasión había destruido las cosechas de sus siervos y arrollado a los viajeros confiados que se cruzaban con él mientras cazaba por el bosque.

Un día de Todos los Santos, Gastern fue a cazar y pasó la noche de fiesta. Al día siguiente, el Día de los Difuntos, salió nuevamente de caza acompañado por el estruendo de sus soldados borrachos y de los monjes bulliciosos, de los ladridos de su jauría, los relinchos de los caballos y el sonido de sus cuernos de caza, que resonaban tan fuerte que acallaban las campanas que llamaban al servicio de Difuntos.

De repente, con la última campanada, toda esa algarabía calló, y se hizo el silencio. Un silencio tan extraño y repentino que alertó a los lugareños, que, llevados por un extraño presentimiento, se adentraron cautelosamente en el bosque.

El barón estaba tirado en el suelo, convertido en piedra, al igual que los cazadores, los perros, los caballos, los guardias y los monjes. Todos habían quedado petrificados. Sus corazones ya no palpitaban dentro de la cárcel de piedra. Pero sus almas, según me contaron esa noche, aun gritan en la Noche de Difuntos, aullando entre el viento y la tormenta.

Y precisamente en otro bosque, el de la Fargne, tuvo lugar en el siglo XVIII algo parecido, pero con un final aún más terrorífico. En la pequeña población belga de Bohan sur Semois, en la frontera con Francia, también el noble de turno tenía un proceso abierto con los habitantes de la zona por el bosque comunal. Cuando murió, y en expiación de sus rapiñas, se vio obligado a cazar en el bosque mientras quedase un solo árbol en pie.

Un siglo después, en 1870, se contaba cómo un día un habitante del cercano pueblo de Sugny afirmó en la taberna que no tenía miedo del cazador fantasma, y que, si se lo encontraba, le invitaría a una copa.

Sobre las once de la noche entró en el bosque y escuchó un cuerno, seguido de un coro de ladridos de perros que se aproximaban. Muerto de miedo, y lejos de sí la valentía que había exhibido en la taberna, se arrojó contra el suelo. Entonces centenares de perros se acercaron hacia él, seguidos de cazadores montados sobre caballos que echaban fuego por los ollares. Y en el centro de todos ellos estaba el señor de Bohan, una figura cadavérica con llamas saliendo de sus órbitas.

Durante una hora entera estuvieron recorriendo el bosque en todas direcciones, mientras el desgraciado seguía aterrorizado, echado sobre la tierra y esperando a que la cacería se alejase. Cuando el fantástico cortejo desapareció, consiguió levantarse y llegar a su casa, pero tan magullado y enfermo de terror que se metió en la cama y estuvo durante mucho tiempo entre la vida y la muerte.

Y es que el bosque, ese espacio liminal, es un lugar propicio para las apariciones de la cacería salvaje, muy a menudo conducida por señores de tiempos pasados condenados a volver eternamente en castigo por su crueldad hacia sus vasallos, como el alma condenada del señor de Coetenfao, gentilhomme hugonote que tuvo una vida licenciosa, que era el terror de las buenas familias y al que se le atribuían notables actos de crueldad contra sus enemigos católicos.

Cuentan¹³⁶ que aún sigue aterrorizando a aquellos que se adentran en la noche en el bosque de Teillay, donde se aparece tanto a pie como a caballo, e incluso en carruaje, cazando, llamando a sus perros y pasando como un rayo por delante de los aterrados testigos, tan rápido que la mayoría de las veces ni siquiera consiguen verlo, aunque escuchan asombrados el galope de su caballo y el sonido de su voz.

También atraviesa un bosque la cacería des Grimons, en Saint-Remy, que al parecer tiene su origen histórico en el asesinato del rey Dagoberto durante una cacería en el bosque de Wöepvre, a manos de su ahijado Grimoaldo o Grimon. El asesino fue más tarde despedazado por sus perros al pasar delante del oratorio de Saint-Remy, y desde entonces, en la víspera del lúgubre aniversario (el 19 de enero) dicen que a medianoche se escucha el sonido mágico del cuerno, y todos los perros del pueblo se lanzan al bosque, y los gritos y los gemidos resuenan por grutas y cavernas, y desdichado aquel que se encuentre con el cazador maldito, porque el espectro¹³⁷ no dudará en estrangularlo.

Y si hablamos de estrangulamientos, ya es hora de sacar a relucir el arsenal gore que se encuentra en muchas leyendas, como la del señor de Olierne, del que todavía quedan los restos de su castillo y de su recuerdo en las montañas del Jura, aunque el lugar es casi inaccesible. Las

rocas en las que se yergue dominan un valle profundo; y desde lo alto de sus almenas, mirando hacia el este, vemos las aguas del río Ain brillando como un cinturón azul caído en la llanura.

Cuentan que Oliferne, el tirano que allí habitaba, sádico y lujurioso, torturó y asesinó a tres doncellas encerrándolas en un barril lleno de clavos afilados y haciéndolo rodar desde lo alto de las rocas hasta las aguas del río. Las jóvenes se convirtieron en altas rocas que se transforman al amanecer en vaporosas y fantasmales damas blancas, mientras que el cruel barón no quedó impune: desde su muerte, está condenado a cazar eternamente por las montañas circundantes. En el momento en que el sol se oculta, Oliferne sale por la puerta principal del castillo con sus cortesanos, seguido de caballos, sabuesos, galgos, pajes y cazadores, y los ecos llevan hasta lugares lejanos el sonido de los cuernos de caza de la espantosa cohorte. Osos y jabalíes son perseguidos con dureza por este intrépido cazador, y no hay campesino de estas montañas que no afirme haber visto todas estas maravillas y no se haya escondido al escuchar los gritos y ladridos de la manada maldita del señor de Oliferne¹³⁸.

Y si queremos más sadismo señorial, solo tenemos que acudir a las leyendas recogidas por los hermanos Grimm, que muchos asociamos a cuentos ñoños y que en realidad son de lo más gore que ha dado la literatura en muchos siglos.

Recoge Jacob¹³⁹ que en Sajonia vivió hace mucho tiempo un gran príncipe cuya principal afición era la caza. Castigaba con dureza cualquier crimen de sus súbditos que estuviese relacionado con el bosque, y sus castigos eran tan desmedidos y sádicos que no hemos encontrado parangón en ningún otro lugar.

Así, se cuenta cómo a un pobre niño que arrancó un pedazo de corteza a un sauce para hacerse una chirimía, le sacó las entrañas y las hizo colgar rodeando el árbol, y a un granjero que había disparado a un ciervo le dio una muerte horrible, uniéndolo con hierros al rojo vivo al cadáver del animal.



Fragmento de la Cacería Salvaje en *Der Orchideengarten*, 1920.

Finalmente, él mismo se rompió el cuello mientras cazaba al golpearse contra un haya, y ahora no tiene descanso en la tumba, sino que tiene que cazar en el bosque todas las noches, montando en un corcel cuyas fosas nasales echan chispas, chasqueando un látigo y seguido por un enjambre de numerosos perros. Su llamada de caza eterna es «wod, wod¹⁴⁰, ho ho¹⁴¹» y permanece en los bosques cazando y persiguiendo a bandidos, ladrones, asaltantes, asesinos y brujas.

Viendo el listón germánico, no es extraño que los italianos hayan decidido escoger a un alemán para que lidere su caza salvaje, llamada en la provincia de Trento la *ciaza mata*, un ejército de criaturas monstruosas que, a lomos de bestias infernales, recorren por la noche las montañas italianas de la zona lideradas por un cruel señor alemán llamado Baticlèr, quien al parecer hizo construir una fortaleza con cientos de hombres de los valles circundantes. Una vez terminada la obra, y con el fin de mantener a los habitantes del lugar en una respetuosa sumisión, pensó que lo mejor era realizar paseos nocturnos, acompañados de gritos y ladridos de perros. Y es lo que

sigue haciendo. Para siempre.

Es el mismo castigo que sufre un caballero llamado Cheney, en la parroquia de St. Teath, en Cornualles, donde solía ir a cazar con su propia jauría. Hasta allí me dirigí para ver si podía averiguar algo más, aunque según me contaron en la aldea, no se sabe mucho sobre él. Ni siquiera pude localizar su tumba en el cementerio del pueblo, pero debía ser bastante impopular, porque me aseguraron que desde su muerte conduce una jauría espectral conocida como los Cheney Hounds que aún hoy, en ocasiones, son vistos u oídos cuando hace mal tiempo.

Lo malo de las leyendas es que no suelen dejar huellas. O al menos, no todas. Por eso, cuando descubrí que en un pequeño pueblecito de Devon se encontraba la tumba de un auténtico cazador salvaje no lo dudé ni un momento. Tenía que visitarla.

La reluciente aguja de la iglesia de la Sagrada Trinidad se alza orgullosa en la colina que se eleva por encima de la pequeña localidad de Buckfastleigh, señalando el lugar de descanso final de Richard Cabell, un caballero local cuya infamia se cree que fue la inspiración de la novela clásica de *sir* Arthur Conan Doyle, *El perro de los Baskerville*¹⁴².

El ambiente no podía ser más propicio: las ruinas de una iglesia, un cementerio comido por la hiedra y una extraña edificación a mitad de camino entre un panteón y una caseta de aperos, sin puertas ni ventanas, pero protegida con unas rejas de hierro en la que se encierra la tumba de un malvado caballero cuyo fantasma se empeña en salir a cabalgar por los páramos acompañado de sus perros aulladores.

Efectivamente, la tumba existe. Y la leyenda también, porque sobre la lápida, a través de las rejas, pueden verse unos carteles en los que se advierte de que realmente ese es el lugar de descanso de Richard Cabell, un caballero local del siglo xvii en el que al parecer se inspiró Conan Doyle para dar vida a su sabueso más famoso. Los carteles también aclaran que las rejas de hierro están allí colocadas para evitar que su espíritu y el de su perro negro sigan importunando a los vivos.

Cabell, que al parecer era desmesuradamente aficionado a la caza, no solo tenía una gran reputación de crueldad e inmoralidad, sino que se afirmaba que había vendido su alma al diablo. Cuando murió el 5 de julio de 1677 fue enterrado con el sonido de la manada de sabuesos fantasmales aullando para él al otro lado del bosque, y se afirma que a partir de ese momento Cabell dirige a las bestias espectrales a través del páramo, en busca de su alma perdida.

Dicen que fueron los aldeanos locales los que levantaron esta especie de mausoleo que encierra la tumba, en un intento de mantener el espectro demoníaco de Campbell a raya, y fueron ellos los que le dieron el nombre de «el sepulcro».

Antes del pórtico (de la Santísima Trinidad) está la tumba cerrada de Richard Cabell de Brooke, quien murió en 1677. Fue el último varón de su estirpe, y murió con tan mala reputación que fue colocado debajo de una pesada piedra. Y encima se construyó una construcción con rejas de hierro para evitar que se acercara y frecuentara el vecindario. Cuando murió, cuenta la historia que unos demonios y perros negros que lanzaban fuego corrieron sobre Dartmoor y rodearon a Brooke, aullando.¹⁴³

NOBLEZA IMPÍA

Otro de los sacrilegios que al parecer merecen la condena eterna es el de infringir la regla eclesiástica de no comer carne determinados días, aunque sea para alimentar al mismísimo Dios.

En la Charente, en Francia, se cuenta que un viernes, Dios se presentó ante un hombre apasionado por la caza y le pidió algo de comer. El hombre, que solo tenía un poco de ensalada y

de repollo, pero nada de carne, tomó su arma y estaba a punto de salir, cuando Dios le pidió que no cazase, ya que era viernes y no se podía comer carne. Pero el cazador, queriendo agasajar como es debido a quien le había pedido comida, salió de todos modos.

Cuentan que Dios, para castigarlo, lo suspendió en el aire con sus cincuenta perros¹⁴⁴, y, que cada cinco años, a medianoche, se escuchan aullidos, gritos de auxilio y disparos. Y cuando estos clamores perturban el silencio de la noche, los campesinos de la comarca musitan espantados: «¡Cuidado, está pasando el hombre de los cincuenta perros!».

En otros nobles cazadores el pecado no está tan especificado, como en la caza de los Macabeos, en la población francesa de Blaisois, cuyo líder maldito es Thibaud le Tricheur (Thibaud el Tramposo), conde de Blois, castigado a finales del siglo x por haber desobedecido las leyes humanas y divinas.

Sin embargo, el pecado más cometido por todos estos cazadores malditos es sin duda el de cazar en domingo, no respetando la santidad del festivo, como bien saben en Venecia, donde la cacería salvaje recibe el nombre de *cazza selvadega*, y está compuesta por brujas, fantasmas y almas condenadas. Todos ellos, junto con los cazadores que no respetaron en vida los días de descanso sagrado, están destinados a correr continuamente de montaña en montaña y de valle en valle, perseguidos por una compañía de perros negros que ladran airadamente a la luz de la luna.

También recuerdan este castigo y este pecado en las verdes colinas de Oxfordshire que rodean Noke, una pequeña aldea cercana a Oxford donde vivió Benedict Winchcombe en una hermosa mansión hoy destruida. Allí murió también, en 1623, y fue enterrado en una capilla adjunta a la iglesia. Pero que estuviese enterrado no significa que estuviese descansando...

El viejo Winchcombe, como era conocido en el pueblo, era muy aficionado a la caza, y, como en muchas otras versiones que veremos, no se contentaba con seis días a la semana para su pasatiempo favorito, sino que decidió dedicar el domingo también a la caza, por lo que después de su muerte se le escuchaba por las noches galopar con sus perros por los campos adyacentes, hasta que finalmente fue exorcizado por doce párrocos. Ni uno más, ni uno menos.

También en otro bosque, esta vez el de Baumes, cerca de Vittel, en la cordillera de los Vosgos, puede escucharse ciertas noches del año la voz de un hombre azuzando a sus perros. Es el alma de Jean des Baumes, quien, habiendo cazado los domingos y festivos, fue condenado a perseguir la caza sin poder alcanzarla.

Jean de Baumes no está solo, pues son numerosos los cazadores castigados por no respetar las fiestas cristianas, como el cazador de Lomont, un hombre que, impulsado por su pasión por la caza, había profanado los domingos y arrojado su manada de perros a las tierras de las viudas del pueblo, por lo que está condenado a cazar hasta el fin de los siglos y a perseguir, día y noche, un ciervo al que nunca alcanzará.

Este mitema no solo se quedó en Europa, sino que un auténtico cazador salvaje sobrevoló el océano y llegó a América, y concretamente en el estado estadounidense de Luisiana, donde encontré recopilaciones de estos relatos orales en la biblioteca de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. Allí se le atribuye un origen local y se afirma que su protagonista es un hombre del vecindario castigado después de su muerte por no asistir a misa los domingos y preferir irse de caza.

Los testimonios afirman haber escuchado sus gritos y su jauría por los cielos, acompañados con sonidos de cornetas y cadenas. Cuando transcurre el tiempo de penitencia, los vecinos dejan de escucharle¹⁴⁵. Curiosamente, la tradición oral de la zona afirma que este cazador maldito era un

vecino de un pueblo llamado Arnaudville, lo que no deja de ser, al menos, sorprendente, puesto que el mito más conocido en España relacionado con el cazador negro tiene un nombre prácticamente idéntico y que ya conocemos: el catalán conde Arnau o el francés Arnaud.

Y es precisamente en Cataluña donde también encontramos a este personaje maldito por abandonar la ceremonia de la misa a medias, y recibe el nombre de *el mal caçador*. Ya hemos esbozado anteriormente esta leyenda, en la que se cuenta la historia de un cazador empedernido, que no pensaba nada más que en cazar, y que hacía tiempo que andaba detrás de una liebre blanca muy grande a la que muchas veces había acosado, aunque nunca había podido apresar.

Llevado por el afán de la caza, al asistir a los maitines la noche de Navidad, se colocó en la puerta del templo para poder llegar antes al bosque en cuanto terminase la ceremonia. De repente, pasó por sus pies la liebre blanca, la que tanto perseguía, y, sin acordarse del sacrificio de la misa, le pegó un tiro, que resonó entre los muros pétreos de la iglesia justo en el momento de la elevación de la sagrada forma.

Por este sacrilegio fue condenado a tener que cazar toda la vida, mientras el mundo sea mundo. Y continuamente gira, seguido de un alud de perros que sin descanso ladran y moquean. Desde entonces corre por el cielo y se le oye silbar a los perros, especialmente en las noches preñadas de vientos y tormentas.

En su incesante vuelta por el mundo, cada siete años se les oye pasar en forma de un peligroso vendaval, y en la noche de Navidad¹⁴⁶ todos saben que al salir de maitines es peligroso toparse con él fuera del pueblo, puesto que trae mala suerte. Se dice que se le ha visto en Montserrat, en Poblet, en Santes Creus, en Ripoll, en Sant Martí del Canigó y en otros lugares.

El cazador del Montseny, por ejemplo, está condenado porque el día de la fiesta mayor de Santa Fe, para poder volver más rápido a la caza, ni siquiera se arrodilló.

En la Cerdanya se le conoce como el caballero Fernando, que abandonó la misa para perseguir una liebre blanca. El monaguillo le rogó que se detuviese y adorase a Dios, a lo que el caballero contestó que ni el propio Dios lo detendría. Y aún sigue corriendo incesante tras la liebre, sin poder detenerse jamás.

En Barcelona sitúan al mal cazador en Santa Lucía de Puigmal, y dicen que pasa cada siete años en el día de Santa Lucía (13 de diciembre), un puñado de días antes de la noche de Navidad, aunque otros paisanos lo sitúan el mismo 24 de diciembre en la pequeña iglesia románica de Santa Eulàlia de Provençana, en Hospitalet.

Allí afirman que era un rey del norte que tenía tanta afición a la caza que había agotado toda la de su país, y que por eso se fue a vivir a Cataluña, con el ánimo de seguir cazando. Cuentan que, en la misa del gallo, mientras consagraban, vio pasar una liebre y la quiso atrapar, y ahora cada año en la noche de Navidad corre por los aires haciendo sonar el cuerno. En Cataluña se le conoce como Artús el Damnat (Arturo el Condenado). Y ahora vamos a descubrir por qué.

TRAS LAS HUELLAS DEL REY ARTURO

Y apenas sin darnos cuenta, entre tanta algarabía de perros, cuernos y caballos, hemos visto desfilar por los cielos a todos los estamentos sociales de la Edad Media: cazadores de a pie, clérigos y nobles han cogido lanzas, escopetas o ballestas y avanzan en alas de la tormenta por toda Europa a la caza de una pieza espectral o de una víctima humana.

Pero nos quedaba por ver la cumbre de la pirámide estamental: los reyes, porque ni ellos se salvan de quedar malditos y perseguir sus piezas toda la eternidad. Así, tenemos en Dinamarca al

rey Valdemar¹⁴⁷, en Alemania a Carlos V, en Francia, a Carlomagno, y en Inglaterra y en Bretaña al rey Arturo, quizás el más arquetípico de todos los líderes de la cacería salvaje.

Y tal y como sucede con otros reyes legendarios, en numerosas leyendas y lugares se afirma que tanto él como sus caballeros reposan con sus caballos y sus armas en el seno de una montaña, y que un día las trompas sonarán, los caballos comenzaran a pifiar, y se escuchará el desenvainar de las espadas. Ese día, Arturo se enfrentará a su última batalla¹⁴⁸. Mientras llega ese momento, y como el héroe islandés Finn, él caza el jabalí mítico y cabalga en la noche.

Durante la Edad Media este núcleo mítico también alimentó una tradición cortesana, y en las novelas del ciclo artúrico el rey Arturo aparece como un verdadero rey de los muertos. Su representación en el lomo de una cabra en el mosaico de Otranto (siglo XII), así como su aparición, un siglo después, al frente de la cacería salvaje, atestiguan la continuidad entre reelaboraciones literarias y creencias folclóricas centradas en la relación con el más allá.

Pero ¿cómo un rey legendario de la Edad Media acaba convertido en un cazador salvaje? Para averiguarlo, debía conocerlo, y para conocerlo decidí emprender un viaje de miles de kilómetros tras las huellas de Arturo.

Antes de partir solo tenía una pista: que, según algunas tradiciones no excesivamente conocidas, el rey Arturo, el soberano de la mesa redonda, está condenado a cabalgar eternamente por los bosques y los cielos de Inglaterra y de Bretaña, especialmente por las tierras más inmediatas a Finisterre, seguido de un gran ejército de caballeros o de sirvientes a los que se escucha galopar incesantemente.

También sabía, gracias a Le Goff¹⁴⁹, que, como todos los héroes, en especial en la Edad Media, Arturo estaba estrechamente vinculado a ciertos lugares de batalla, de residencia o de muerte. En primer lugar, estaba el área esencial de sus combates, conquistas y victorias: los países celtas, Irlanda, el país de Gales, Armórica. También Tintagel, en Cornualles, donde Arturo habría sido concebido; Camelot, la capital imaginaria de Arturo en la frontera entre Cornualles y el país de Gales. Y las islas maravillosas como Avalon; o el monasterio inglés de Glastonbury, la abadía benedictina en la frontera del país de Gales, en la que supuestamente habrían sido descubiertos, en 1191, sus restos y los de la reina Ginebra.

Así que decidí seguir sus huellas desde el principio. Y no hay nada más al principio que el nacimiento. O sí. Decidí viajar hasta el mismísimo lugar de la concepción de Arturo, y eso ocurrió, según las leyendas, en el rocoso y ruinoso castillo de Tintagel, en Cornualles.

Allí, sobre un escarpado acantilado, con parte de sus muros en el continente y otra parte de ellos adentrándose peligrosamente en el océano, separado de la tierra firme por un puente colgante que hay que atravesar, se encuentran los restos de la fortaleza en la que, según el escritor del siglo XII Geoffrey de Monmouth, se concibió, de una manera artera, mágica y engañosa, al rey Arturo.

Venciendo mi cada vez más notable vértigo, atravesé el puente oscilante y comencé a escalar las rocas resbaladizas, mientras el mar rugía bajo mis pies. Intenté recordar la leyenda que me había llevado hasta allí para no darme media vuelta, mientras el viento marino me azotaba la cara.

La historia parece una comedia de enredo si no fuera porque la cosa termina de una manera muy seria. Uther Pendragon se vuelve loco de lujuria por Ygerna, la esposa de uno de sus barones, Gorlois de Cornualles, quien prudentemente, conociendo como se las gastaba Uther, la traslada a su inexpugnable fortaleza de Tintagel. Uther comprueba enseguida que no hay forma de atacar la fortaleza, ya que el castillo está construido muy por encima del mar, que lo rodea por

todos lados, y no hay otra salida que la que ofrece un estrecho istmo de roca.

Y como sabe que en muchas ocasiones más vale maña que fuerza, llama a su ayuda al mago Merlín, quien le propone un plan sobrenatural: por medio de una poción mágica, transforma a Uther en la imagen exacta del marido ausente de Ygerna. La treta es un éxito completo. Los guardias de Tintagel le permiten entrar al castillo e Ygerna le permite entrar en su cama, y esa noche ambos conciben a Arturo, el más famoso de los reyes de Bretaña.

Sin embargo, en estas ruinas azotadas por el viento y en las que sobrevuelan blancas gaviotas y negros cuervos, no encuentro ningún rastro del mito de la cacería salvaje, aunque me aconsejan que visite el lugar donde Arturo vivió, y donde según muchos, aún permanece oculto esperando su momento: Cadbury Castle, una colina coronada por los restos de un fuerte prerromano.

Parece que su posible identificación con el Camelot artúrico data tan solo de 1542, pero indudablemente ahí sigue viva la leyenda de que en la noche de San Juan y en la de Navidad (otros afirman que cada siete años) se percibe el sonido de Arturo y sus caballeros descendiendo de la colina para abreviar sus cabalgaduras en una fuente vecina.

Así que sin pensármelo mucho vuelvo a coger el coche y me dirijo hacia el condado de Somerset, a unos 190 kilómetros hacia el este, tierra adentro. El nombre de la parte más alta de la meseta (Castillo de Arturo) se remonta al menos al siglo ^{xvi}, pero es cierto que antiguamente todo el perímetro estaba protegido por una fortificación de piedra y madera de casi cinco metros de espesor.

La palabra «castillo» sugiere una fortaleza medieval y almenas del romance artúrico, pero nunca fue una fortificación de muros y torres de piedra. El castro de South Cadbury, con su enorme banco de tierra de la Edad del Hierro y su sistema de zanjas defensivas, fue sin duda la base de un poderoso señor de la edad oscura, un señor de la guerra; si Arturo existió en un sentido histórico, entonces este es, sin duda, el candidato más probable para su guarnición.

Las leyendas locales afirman que la colina está hueca, y que Arturo y sus caballeros yacen durmiendo en el interior, esperando a que Gran Bretaña necesite su ayuda, como comprobó un grupo de arqueólogos victorianos que visitaban el castro. Estaban a punto de comenzar su excavación cuando un lugareño les preguntó si habían venido «para llevarse al rey».

Pero la leyenda en ocasiones se enfrenta a la realidad de una manera tozuda, y al parecer la colina está realmente hueca, ya que cuando se cultivó el interior del recinto, una pila de cebada que se encontraba cerca de una de las entradas se hundió en la tierra antes de que pudiera ser trillada.

Sin embargo, eso no es óbice para que cada año, en la noche de San Juan, una enorme montaña de madera arda en lo alto de la colina, iluminando la noche y haciendo el lugar aún más mágico, a la espera de que alguno de los que celebran el solsticio pueda ver las mágicas puertas abrirse y ver a Arturo o a las hadas.

Y eso es precisamente lo que me encontré cuando conseguí llegar en un precioso día soleado de junio a la cima de la colina. Dos jóvenes de la zona levantaban una enorme pirámide de leña y madera dispuesta a arder en la noche más mágica del año.



El espíritu del rey Arturo aún sigue vivo en Tintagel.

Como en muchos mitos de cortejos sobrenaturales, las huestes cazadoras se entremezclan con las feéricas, por eso no me extrañó nada descubrir, cuando llegué a la verde colina, que los lugareños afirmaban que las hadas que vivían en los campos circundantes solían llevar maíz al fuerte para dárselo a Arturo, en lo que parece ser claramente una ofrenda para la fertilidad de los campos. Pero claro, eso era antes de que las hadas desaparecieran tras la instalación de campanas en las iglesias cercanas...

Para subir a la colina hay que tomar un sendero de tierra que asciende a través de un bosque hasta que emerge en el recinto en la parte superior. En la muralla más baja se encuentra un pozo, a la izquierda del camino, conocido como «el pozo de Arturo» o *Arthur's Well*. Su agua es particularmente mágica en la víspera de San Juan (es decir, el solsticio de verano), porque se cree que una persona sincera que se lave los ojos en el pozo puede ver la colina abrirse y vislumbrar a Arturo y sus hombres durmiendo dentro tras las puertas doradas¹⁵⁰.

Y también se afirma que, aunque no tengas la suerte de verlos, siempre puedes escuchar sus cascos de plata contra el suelo galopando por el viejo camino que conduce a Glastonbury y que recibe el nombre de Camino del rey Arturo (*King Arthur's Lane*¹⁵¹) y otro aún más explícito: Calzada de caza del rey Arturo.

No es extraño que, en ocasiones, en las duras noches de invierno, los lugareños escuchen pasar al rey y su jauría, aunque también en el solsticio de verano el rey Arturo y sus hombres rodean la colina en caballos con herraduras de plata¹⁵². Cabalgan sobre la colina hasta el desaparecido manantial que se encontraba junto a la iglesia de Sutton Montis, y cualquiera que se los cruce, si

no tiene una vida perfectamente pura, no tardará en morir¹⁵³.

Y entonces, como por arte de magia, comenzó a aparecer ante mis ojos la conversión del Arturo legendario en el líder de la cacería salvaje. Inevitablemente, la tropa de Arturo que cabalga por este camino se asoció con la cacería del folclore del norte de Europa, porque su líder suele ser una figura legendaria que adopta el papel de psicopompo en la recolección de las almas de los muertos.

En esta ocasión, Arturo toma prestados algunos ropajes de Gwyn ap Nudd, rey de la raza de las hadas galesas y del Tylwyth Teg, la familia feérica, que tiene fuertes asociaciones con Glastonbury; de hecho, se dice que su morada está dentro de la colina de Tor, y que acompaña a Arturo en la caza del jabalí sobrenatural, tal y como se recoge en la leyenda celta de Culhwch y Olwen.

Por otra parte, la cacería salvaje está acompañada por *hellhounds*, perros blancos de orejas rojas, conocidos en la mitología galesa como *cwn annwn*, y si uno tiene la mala suerte de presenciar la cacería salvaje, se considera un presagio de mala fortuna o incluso de la muerte del observador, ya que la cacería secuestrará a cualquier mortal que se cruce con ella y se lo llevará a la morada de los muertos.

Y tras los muertos debía seguir yo mi camino, en busca de la tumba de Arturo. Sus leyendas me indicaban el camino a seguir desde la misma colina: debía tomar el sendero de Arturo, hacia el oeste, hacia la muerte, hacia Avalon. Una enorme brújula astronómica, en lo alto de la colina, señalaba el camino para aquellos que queríamos seguirlo.

Avalon, la mítica isla celta, es un paraíso de otra dimensión, que según las tradiciones artúricas está situado en Glastonbury, en Somerset, al sur de Inglaterra, donde se levanta la legendaria colina de Tor (conocida por los britanos como Ynys yr Afalon, la isla de Avalon), por lo que se cree que podría ser el Avalon del legendario rey Arturo. Esta colina cónica de unos 150 metros se elevaba como una isla en medio de los pantanos (cuando esta zona estaba sumergida en agua) y ahora, en ocasiones, parece una isla en un mar de niebla. Coronada por el campanario de una iglesia, la torre del arcángel Miguel, es centro de peregrinación artúrica y mágica.



En este lugar se encontró (supuestamente) la tumba de Arturo y Ginebra, en Glastonbury.

La leyenda cuenta que, tras la batalla con Mordred, Arturo, moribundo, fue llevado a Avalon por Morgana, quien vela su cuerpo hasta hoy. Y aunque algunos creen que su espíritu sigue en Avalon/Tor, otros, más prosaicos y menos espirituales, decidieron que había que encontrar su cuerpo, y de paso, el de su esposa: la reina Ginebra. Y no se fueron muy lejos, porque el cronista medieval Giraldus de Cambrai relata que Henry de Blois financió una búsqueda para encontrar sus restos, y no tardaron en hallarlos junto a una inscripción que sospechosamente no dejaba resquicio a la menor duda: *Hic iacet sepultus inclitus rex Arthurus in insula Avalonia* (Aquí yace sepultado el notable rey Arturo, en la isla de Avalon).

Los restos se encontraban en la abadía de Glastonbury, y miles de peregrinos fueron acudieron

a la llamada del rey muerto hasta que Enrique VIII se separó de la Iglesia católica. Entonces, la abadía sufrió daños irreparables, y se dice que los monjes, tratando de proteger al rey Arturo y a su esposa, enterraron sus cuerpos en el bosque para evitar que fueran profanados.

Me adentré en la ruinosa abadía y comencé a sentir un extraño hormigueo en el estómago. El lugar, sin duda, tenía una energía especial. En los restos de la capilla de la Virgen, una joven gótica realizaba una extraña ofrenda ritual mientras su novio la grababa con el teléfono móvil, y entre el verde césped las monumentales ruinas daban sombra a las tumbas de Arturo. Y es que dos puntos diferentes marcaban el lugar de reposo de Arturo y de su esposa, aunque ahora no se encontraban en ninguno de los dos.

Mientras contemplaba las majestuosas ruinas, pensé que, aunque ya tenía a Arturo convertido en el líder de un ejército furioso, lo cierto es que no se situaba aún como líder de una cacería salvaje, puesto que todavía no lo habían visto persiguiendo una presa.

Y, sin embargo, sabía que Arturo practicaba el innoble deporte de la caza salvaje al menos desde principios del siglo XIX, cuando se menciona a Artus como «famoso rey de Inglaterra que por la noche se adentra en los bosques de Bretaña a cazar con gran ruido de perros, caballos y picadores, que no son otra cosa que demonios y espectros»¹⁵⁴.

Así pues, estaba claro que, para encontrarlo de esa guisa cazadora, y para descubrir otra de sus moradas secretas en la que espera el regreso a la vida tenía que salir de Gran Bretaña y atravesar el canal de la Mancha hasta llegar a la otra Bretaña, la francesa.

La tradición conserva en los alrededores de Huelgoat, en el Finisterre, la curiosa memoria del castillo de Artus. Muéstranse rocas de granito amontonadas, como restos de sus vastas murallas. Háyanse en él, según se dice, tesoros guardados por algunos demonios que frecuentemente ruedan por los aires bajo la forma de fuegos fatuos, lanzando furiosos aullidos repetidos por los ecos vecinos. La osífraga, el pernoctero y el cuervo son los huéspedes siniestros que frecuentan estas ruinas donde se supone que el alma de Artus va de vez en cuando con su corte encantada.¹⁵⁵

Y allí dirigí mis pasos, al mágico bosque que rodea Huelgoat, donde el verde de los árboles y el murmullo continuo de pequeños riachuelos y encantadores estanques rodean una gruta conocida como la gruta de Arturo, donde se afirma que descansa el legendario monarca hasta que exista un buen motivo para su regreso.

Me acerqué a ella con cuidado, porque se cree que aquel que perturbe el reposo del rey sin una buena razón hallará la muerte. Por eso, aunque se sabe que su tesoro se oculta también en la misma cueva, pocos son los que se han atrevido a buscarlo. Por eso y por miedo a los korrigans, los pequeños duendes bretones que lo custodian.

El sol comenzaba a descender y las luces del bosque se volvían más tenues, las hojas más doradas y el silencio más denso. Y recordé cómo algunos paisanos me habían comentado que en Bretaña el nombre de Arturo también está vinculado a varias cacerías fantásticas. Y estas leyendas populares son las que explican por qué se convirtió en el líder de un cortejo sobrenatural.

En el departamento francés de las Landas, en la Gascuña, los campesinos afirman que a menudo escuchan en el aire el sonido de los cuernos, los ladridos de los perros y los gritos de cazadores. Para ellos, cuando esto sucede, no hay duda de que es el rey Arturo quien dirige la cacería, y tiene muy claro el porqué. Un porqué que nosotros ya conocemos.

Al parecer, el monarca asistió a misa en un día de fiesta solemne, pero vinieron a advertirle que había aparecido un monstruoso jabalí en el vecindario y, sin ningún respeto por lo sagrado de la

ceremonia tomó una lanza, salió del templo y corrió hacia donde le habían dicho que estaba la bestia. Pero apenas había salido del recinto sagrado cuando el viento lo llevó en las nubes con sus perros, sus caballos y sus ayudantes de cámara que hicieron sonar sus cuernos. Dios, irritado por este sacrilegio, para castigar al culpable, lo habría condenado a cazar para toda la eternidad, pero en vano, en las llanuras del aire. Cazará allí hasta el día del juicio final, y solo puede cazar una miserable mosca cada siete años.

En los Lauraguais, en Vieillevigne, se dice que todos los años el rey Arturo pasa con su jauría de perros blancos, durante la vendimia, cuando el tiempo es apacible y soleado. Comienza a aparecer en las laderas de Selves y desaparece en la ladera de Escoyolis. Aquí nuevamente, está condenado a cazar a perpetuidad, por haber abandonado la misa en el momento de la elevación para perseguir una liebre.

En Maine, la caza de Arturo generalmente se concibe como el paso de demonios que transportan por el aire el cuerpo de un condenado, y según algunos campesinos, su paso se manifiesta con un ruido terrible de desorden y confusión, y aseguran que la caza de Arturo no es otra cosa sino una reunión de brujas.

Excepcionalmente, hay ocasiones en las que la caza de Arturo toca el suelo. Ocurre en las colinas de Lauragais, y por poco tiempo. Así, se cree en el país de Fougereais¹³⁶ que los perros Chassartue no pueden permanecer en la tierra durante más de cinco minutos, cuando aterrizan, y esto les sucede solo cada luna, es decir, trece veces por año. Según ciertas creencias, incluso existe un método para hacer que el cazador fantástico aterrice, y también para que vuelva a elevarse: en la Alta Bretaña, por ejemplo, puedes obligar a Arturo a descender del cielo santiguándote hacia atrás; mientras que, si haces la señal ordinaria de la cruz, el rey se ve obligado a ascender.

Ya hemos visto que Arturo, en el imaginario medieval y posmedieval, fue un rey de los muertos; mejor dicho, un rey dormido, que espera su despertar en este mundo, bien en la isla de Avalon en su versión céltica, bien en su colina hueca de Somerset, bien su gruta en un bosque bretón.

Pero de repente, una interesante contaminación realizó un interesante sincretismo entre Arturo y otro personaje muy relacionado con la cacería salvaje y los cortejos sobrenaturales: Hellequin.

Descubrí que el dominico Étienne de Bourbon, del convento de Lyon, a mediados del siglo XIII ya hablaba de la cacería de los caballeros, a los que denominaba familia *allequini vel Arturo*, es decir, la mesnada de Hellequin o de Arturo. El religioso cuenta la historia de un campesino del Jura que ve pasar una jauría y un tropel de cazadores a caballo y a pie, a los que sigue hasta el magnífico palacio del rey Arturo¹³⁷.

La de Arlequín, ahora lo veremos, será otra de las máscaras que adopte el líder de la cacería salvaje. La máscara negra y roja del mismísimo demonio.

¹³⁶ Sebillot, P. *Le folk-Lore de France*, 1904.

¹³⁷ Jeantin J. F. L., en *Les ruines et chroniques de l'abbaye d'Orval* (1857) escribe concretamente la palabra «vampire» para definir al espectro, pero por el contexto y por la forma de matar al testigo, entiendo que se refiere más bien a un «no muerto» que a un vampiro chupador de sangre tal y como lo entendemos en español.

¹³⁸ Nodier, C., Taylor, J. y Cailleux, Alphonse de. *Viajes pintorescos y románticos en la antigua Francia Franco Condado*, 1825.

¹³⁹ Grimm, J. Cuentos de hadas y recuerdos de la juventud 1, págs. 401-404.

¹⁴⁰ Ese Wod parece aludir a Wodan, porque las exclamaciones tienden a contener nombres de dioses.

¹⁴¹ Y ese «ho-ho» nos recuerda, sin remisión, al gordinflón Santa Claus que también vuela de noche precedido por ciervos.

¹⁴² *El sabueso de los Baskerville* (1902), también traducido como *El perro de los Baskerville* es la tercera novela de Arthur

Conan Doyle que tiene como protagonista principal a Sherlock Holmes. La novela está principalmente ambientada en Dartmoor, en Devon, un condado del oeste de Inglaterra. Conan Doyle escribió esta historia, asistido en el argumento por un periodista llamado Bertram Fletcher Robinson, criado en la zona y conocedor de la leyenda de Cabell.

[143](#) Baring-Gould, S. *Devonshire, The Little Guides*, 1907.

[144](#) El mismo número de perros que lleva Orión, el cazador del inframundo y de las estrellas.

[145](#) Es curiosa la creencia tan arraigada en diferentes lugares que afirma que cuando dejan de escucharse los sonidos de la cacería salvaje es porque el cazador maldito ha cumplido ya su penitencia. En Francia, por ejemplo, los habitantes de Pagny cuentan que sus ancestros escuchaban cada noche antes de Navidad al almirante Chabot que corría tras un ciervo espectral en sus bosques, castigado porque una noche en la que asistía a la misa del gallo abandonó la iglesia para ir a cazar. Los lugareños afirmaban que la penitencia ya había debido cumplirse, porque hacía tiempo que nos escuchaban al almirante. No es extraño, ya que Chabot vivió a principios del siglo XVI.

[146](#) Indudablemente, no es casualidad que sea en Navidad, dentro de las Doce Noches, cuando el cazador salvaje atraviese los cielos.

[147](#) En Dinamarca el cazador maldito es el rey Valdemar IV. Según afirma la tradición, por la noche frecuenta los senderos que conducen al ruinoso castillo de Gurre. Su aparición viene precedida por horribles aullidos, bramidos y restallar de látigos, señales ante las cuales uno debe abandonar el camino para esconderse lo más lejos posible.

Ningún obstáculo detiene al rey en sus galopadas nocturnas. Atraviesa en ocasiones los estrechos pasajes que cruzan la planta baja de algunas casas antiguas, y por ese motivo durante la noche se dejan abiertas las puertas, ya que, de no hacerlo así, a la mañana siguiente las cerraduras aparecen reventadas por el paso de Valdemar. En otras ocasiones sortea las casas saltando sobre su tejado.

Se muestra más activo durante la noche de San Juan, aunque al parecer sale de caza todas las noches, llegando a realizar cabalgatas por todo el país que duran más de una noche. En esas ocasiones descansa en las viejas residencias principescas, siendo su favorita la de Vallo-burgh.

[148](#) No es difícil reconocer aquí la visión del Ragnarok nórdico.

[149](#) Le Goff, J. *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media*, Editorial Paidós, 2010, pág. 33.

[150](#) Lawrence, B. *Somerset Legends*, 1975.

[151](#) Debajo de la colina apenas queda ya el mínimo rastro de un antiguo camino que corre en dirección a Glastonbury. Esta pista se conoce como Arthur's Lane, Arthur's Hunting Path o Causeway, y se dice que es un camino de herradura perdido que sale de Cadbury por su puerta oeste y se dirige en dirección noroeste hacia Tor en Glastonbury, a unos 18 kilómetros de distancia. Se cree que se trataba de un antiguo camino neolítico a través de las marismas de Somerset que unía Cadbury con Glastonbury.

[152](#) En 1872 el Bath Nat. Hist y Antiq. Field Club registró en este lugar la historia del rey Arturo cabalgando alrededor de la colina con sus hombres sobre caballos con herraduras de plata, y para demostrarlo, los lugareños les contaron que habían encontrado una de esas herraduras de plata incrustada en el camino.

[153](#) Evans, A. J. The Rollright Stones y su folklore. *Folklore*, vol. 6, núm. 1, marzo de 1895, p. 25 en págs. 6-53.

[154](#) De Plancy, C. *Diccionario infernal*, 1812.

[155](#) Ídem.

[156](#) Paul Sebillot.

[157](#) Le Goff, J. *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media*, págs. 160-161.

El cazador infernal

Los campesinos solían escuchar estas terribles cacerías en el pasado, y estaban convencidos de que anunciaban desastres y desdichas. Y no solo las escuchaban, sino que a veces incluso podían verlas, aunque en ocasiones el término «cacería» no encajaba del todo.

Por ejemplo, en los Vosgos, se presenciaba el círculo volador de demonios y brujas designado bajo el nombre de *menée* (*mesnie*) Hellequin: en verano, la ráfaga nocturna atravesaba las gargantas de la montaña con sordos rugidos, y un largo sendero negro flotaba arriba, ondulando alrededor de un pico empinado. La *mesnie*, o mesnada, iluminada a intervalos por la luna, se deslizaba en forma de espirales en el cielo, como arrastrada por una danza malvada.

LA MESNADA DE HELLEQUIN

La mesnada de Hellequin (*mesnie* Hellequin) introduce en el imaginario medieval y occidental a los espectros quejumbrosos, escandalosos y desenfrenados, imagen de un más allá tumultuoso y agresivo.

A la figura de su líder, el misterioso Hellequin, se le han atribuido numerosos y brumosos orígenes¹⁵⁸, pero un estudio etimológico demuestra que en realidad Hellequin es un término original germánico, y que la penetración en Francia vendría a través de las esferas culturales anglonormandas.

La terminación *quin* correspondería a la forma dialectal normanda de «perro», por lo que la forma Hellequin no sería más que la versión moderna de la forma normanda y primitiva *Hèlèchien*, es decir, un perro que ladra, que se lanza sobre la presa, un perro ruidoso. Los sinónimos franceses más antiguos *helle*, *herle*, *hierle*, significan ruido o tumulto, de tal manera que *mesnie Hellequin* significaría «manada de perros furiosos», o jauría.

Sin embargo, la palabra ha terminado fusionándose con un personaje que lidera una tropa de demonios en el folclore medieval y que será el heredero de las entidades nefastas que dirigen la cacería de los muertos.

No es extraño, porque en la Edad Media, la *mesnie* Hellequin estaba dirigida por Satanás y formada por demonios montados a caballo, cuya presencia era precedida por determinadas señales acústicas. El ruido, los sonidos extraños, el estruendo infernal que acompaña a la cabalgata sobrenatural señala el carácter demoníaco y demencial que justifica el terror de los testigos. Frente a la armonía divina, la cacofonía diabólica, y si frente a la inmovilidad propia del paraíso y de los santos, el movimiento continuo y caótico de Hellequin y sus maléficos esbirros.



El cazador salvaje de Erwin Franz Preuschen, con sus sonoros cascabeles (1861).

En los inicios del siglo *xi*, la mesnada Hellequin es descrita como una especie de «purgatorio itinerante» que tiene la función de anunciar la proximidad de la muerte a determinados personajes, pero esta característica desaparecerá a partir del siglo *xii* con la creación oficial del purgatorio como un lugar específico en el más allá.

Para la Iglesia era necesario encerrar a los fantasmas y las apariciones colectivas en un lugar preciso y seguro, por lo que la mesnada, que campaba libre por los cielos de Europa, no tardó en ser asimilada al universo de creencias y espíritus malignos. Fue entonces cuando se acentuaron sus rasgos demoniacos y cuando se decidió que en sus filas ya no existía la posibilidad de la expiación colectiva de los pecados, sino que, por el contrario, todos sus miembros ya habían sido condenados.

La mención más antigua conocida del término se debe al monje anglonormando Orderico Vital (1075-1142), quien en el octavo libro de su *Historia eclesiástica* relata la historia de un joven sacerdote, Walchelin, que había contemplado una turba aterradora en la noche del 1 de enero de 1091 en el área de Courcy. Walchelin describió por primera vez una tropa de hombres a pie torturados por demonios, seguidos de un ejército de religiosos, incluidos obispos y abades, y finalmente un ejército de caballeros. Reconoció a varios muertos en cada uno de estos tres grupos, e identificó en este desfile a la *mesnie* Hellequin (familia Herlechini) de quien ya había oído hablar.

En el siglo *xiii* se acentúa la interpretación infernal de la mesnada, y a la figura de Hellequin se superpone la figura de rey Arturo. En este proceso de equiparación será Arturo quien comience a liderar la tropa de los muertos, bajo la denominación de «familia artúrica»¹⁵⁹, y a partir de entonces las diferentes obras literarias construyen imágenes que muestra el *exercitum mortuorum* definitivamente demonizado. El proceso de equiparación entre los miembros de la mesnada Hellequin y los demonios está concluido. A partir de entonces, las imágenes que se construirán del *exercitum mortuorum* mostrarán a este como una compañía de demonios en la que, si bien continúa su carácter itinerante, se producen todo tipo de desenfrenos, entre estrepitosas fanfarrias.

Sin embargo, la decadencia de Hellequin es particularmente visible en el aspecto cómico que comienza a rodearle poco a poco. Hellequin se va convirtiendo, al final de la Edad Media, de un

demonio misterioso en la figura de Arlequín, que solo conserva del original la máscara negra y los cuernos.

Es entonces cuando en el imaginario medieval se introduce un accesorio muy significativo: la máscara. Desde ese momento, los seres sobrenaturales pueden estar enmascarados, y sus manifestaciones pueden convertirse en mascaradas, lo que supone tanto la folclorización de la mesnada Hellequin como su evolución de la demonización a lo grotesco.

Así, Hellequin cede definitivamente su lugar en los siglos ^{xvi} y ^{xvii} a un personaje completamente distinto: Arlequín. Su primera representación data del siglo ^{xvii}, y con él un nuevo mundo imaginario se instaura en el ámbito europeo, el de la *commedia dell'arte*. Al pavoroso Hellequin le sucede el encantador Arlequín.

A partir del siglo ^{xvi}, la leyenda desapareció gradualmente, y la palabra Hellequin también desaparece del lenguaje cotidiano para limitarse a los dialectos locales donde aún pervive, como en la Baja Normandía, donde la caza de Annequin, que cruza el aire en medio de prolongados gritos, está formada por sacerdotes y monjas que, habiéndose amado en la tierra, han muerto sin haberse arrepentido, y han sido condenados por ello a correr durante toda la eternidad. Los campesinos temían hasta hace poco a este fenómeno, ya que a mediados del siglo ^{xix} aún se creía que la caza Annequin iba a buscar a los que estaban a punto de morir.

En los Vosgos la *maisnieye* Hennequin es una banda de músicos invisibles que cruza el aire durante las noches de verano. Si pasan por encima de tu cabeza mientras estás en campo abierto, tienes que tumbarte boca abajo y hacerte el muerto invocando a san Fabián, ya que, si no lo haces, puedes ser ahogado y aplastado, o absorbido por un torbellino y transportado a un país desconocido, sin esperanza de regresar. Si te encuentras en una ventana, debes apresurarte a cerrarla para no recibir en la cabeza pedazos de madera, piedras e incluso huesos robados de los cementerios. Solo cuando la ventana está cerrada, puedes mirar el *maisnieye* con impunidad.

Y aún metidos ya en el siglo ^{xx} perviven las visiones de la mesnada¹⁶⁰ y entre Cornet y Châtel, en las Ardenas, se oye a menudo, cuando la tormenta gime amenazante entre las copas de los árboles, perros ladrando, cuernos sonando y una fanfarria en la que resuenan los gritos de los cazadores.

Si quieres huir, una fuerza invisible te obliga a quedarte en el mismo lugar, y es entonces cuando emerge del bosque una tromba de miles de pequeños perros blancos con cascabeles en el cuello a los que sigue un centenar de enormes mastines. Tras ellos aparece Arlequín, ceñido por un largo cinturón rojo y rodeado de sus cazadores (unos a pie, otros a caballo), y todos ellos, persiguiendo una presa imaginaria y conduciéndose en un alboroto infernal.

La cacería cruza entonces el arroyo de Boulassa (los perros nadando, los cazadores como si se deslizasen sobre hielo) y cuando han pasado el río la visión desaparece y el ruido se extingue.

LOS CAZADORES DE ALMAS

En otros lugares de Francia sigue siendo el diablo quien lidera la cacería maligna, también conocida en la provincia francesa de Bourbonnais como la caza Gayère, que persigue con su jauría las almas de los moribundos. Cruza invisible los espacios aéreos, doblando las copas de los árboles, y a su paso se escuchan gatos maullando, perros ladrando y caballos relinchando entre las detonaciones de las armas de fuego.

También encontramos al cazador malvado (*mau piqueur*) en el bosque de Gavre hacia 1835¹⁶¹

llevando de una cadena a su perro negro y siguiendo el rastro de los pecadores. Se le llama también el «avisador de desgracias» y dicen que sus ojos destellan con el color de las llamas cuando pronuncia sus famosas palabras:

—Fieras del pasado cazamos a zancadas. ¡Abran paso a las almas condenadas!

Y es que, según la creencia de los lugareños, su aparición anuncia la gran caza de los réprobos y tiene además un marcado signo premonitorio, ya que quien se encuentre con la cacería ya sabe que sus días en la tierra están contados.

Lo mismo ocurre con aquellos que se cruzan con la caza Bodet¹⁶², producida por los demonios cuando llevan las almas al infierno. Aún se cuenta en la zona la historia de un soldado que volvía de la guerra hacia su tierra natal de La Châtre.

Era el tiempo del Adviento y el soldado se apresuraba para llegar a su casa antes de Nochebuena y pasar las fiestas en familia, porque sabía que en estas noches que preceden a la Navidad se ven generalmente los cortejos de demonios y de brujas, de espectros y de otros espíritus malignos que se reagrupan en cacerías infernales conducidas por el diablo.

Esta es la razón por la que los buenos cristianos evitan sacar la nariz fuera de casa durante las Doce Noches que separan Santa Lucía de la noche de Navidad¹⁶³, y aunque nuestro soldado no ignoraba la existencia de estas oscuras leyendas que le habían contado durante su infancia, soñaba con estar pronto al calor del fuego de su hogar, y pensaba más en la sonrisa de su familia que en fantasmas y demonios.

De repente interrumpió su marcha y prestó atención: había percibido en lejanía el ruido de una cabalgata acompañada de gritos espantosos, de ladridos furiosos de perros y de sonidos estridentes. El ruido se aproximaba rápidamente, pero no parecía provenir del bosque vecino, sino del cielo. Sorprendido, el joven levantó la mirada y contempló un espectáculo tan extraño como terrible: el cielo negro y sin luna se estaba cubriendo de nubes más negras todavía mientras que un viento de tormenta soplaba por encima de los árboles.

El soldado distinguió vagamente entre las formas monstruosas de terroríficos espectros lo que parecía ser una paloma blanca, y reconoció al momento a la tristemente famosa cacería Bodet, conducida por el mismo Satán. La paloma no podía ser más que un alma que los demonios querían alcanzar y llevar con ellos a las tinieblas del infierno.

Felizmente, el soldado (al igual que nosotros) conocía algunas medidas para contrariar las maniobras de la caza Bodet, así que tomó su fusil y lo ató al puñal para fabricar una cruz, trazando alrededor de él un círculo de protección antes de plantar el cañón de su arma en tierra. Después, se arrodilló delante de esta cruz improvisada y se puso a rezar.

Alentada por este signo la paloma fue derecha hacia el soldado y se posó en la cruz mientras los fantasmas y demonios de la caza de Bodet se enfurecían y redoblaban su ruido y sus gritos, espantados por el símbolo cristiano. El soldado había salvado un alma del infierno.



El malvado caballo Fauvel, lleva a Hellequin en cacerías sin fin. (Gervais de Bus).

Una historia parecida se cuenta en Poitou de la *chasse galopin*, cuya traducción podría ser algo así como «caza de los pilluelos». Y aunque seguramente el término *galopin* tenga más que ver con el término «galopar», la versión cristianizada ha decidido que son las almas de los niños muertos sin bautizar que atraviesan el cielo lanzando lamentables quejidos y pidiendo oraciones para salir del purgatorio, mientras cada noche son perseguidos por el diablo.

Se cuenta en la zona que en una ocasión un soldado que se encontró con la cacería infantil dobló su pañuelo en forma de cruz y, después de haberlo colocado en el suelo, trazó un gran círculo de protección alrededor. Un pajarito descansó sobre el pañuelo mientras el diablo intentaba en vano entrar en el círculo. Cuando finalmente desistió y se marchó, el pajarito le pidió al soldado que fuese su padrino en el bautismo.

En estas leyendas y en otras parecidas vemos perfectamente cómo el cristianismo adecua el contenido y el motivo de las cacerías salvajes para convertirlo en ejemplos piadosos.

Si no puedes con el enemigo, únete a él.

TEODORICO, EL HIJO DEL DIABLO

Cuando la cacería está dirigida por un personaje semihistórico, tampoco es muy difícil relacionarlo con el diablo. Entre las creencias recogidas en los Alpes suizos y el Tirol destaca la imponente figura de cazador salvaje de Teodorico de Verona, llamado en algunas leyendas alemanas Dietrich von Bern.

Rey de los ostrogodos entre los siglos V y VI, fue considerado, en ciertas leyendas alemanas e italianas, como un enemigo despiadado de la Iglesia y, por lo tanto, condenado. Quizás también por eso la tradición lo muestra como un cazador salvaje, siguiendo el concepto alemán que en otras cazas furiosas ve reunidos ciertos espíritus malignos o paganos, enemigos del cristianismo, y que volveremos a encontrar bajo otras formas en algunas procesiones de difuntos.

Teodorico es el protagonista de numerosas leyendas medievales, aunque la que nos interesa es aquella que afirma que fue precipitado al infierno, contaminada ulteriormente con la creencia,

germánica y odínica, de la cacería infernal, apenas cristianizada exteriormente.

Dícese entre el vulgo que [Teodorico] fue hijo del diablo, reinó en Verona, construyó las Arenas y más tarde, tras pasar un mes en el infierno, recibió de su padre, el Demonio, un caballo y una trailla de perros.

Y cuando Teodorico poseyó tales dones, se alegró tanto que, dejando el baño en el que estaba lavándose, sin otra vestidura que un lienzo, montó a caballo e inmediatamente desapareció, sin que nadie le viera jamás regresar. Pero todavía hoy se dice que anda cazando por los bosques y persiguiendo a las ninfas.¹⁶⁴

En Italia, especialmente en el área alpina, la cacería salvaje se asocia con luces distantes, sonidos de cascos, ladridos de perros, gritos demoniacos y un fuerte silbido del viento. El protagonista de la caza en esta zona se llama Beatrik, y está asociado con la figura de Teodorico el Grande. Alrededor de Monte Grappa se le conoce como la caza Beatrigh, aunque al igual que en otros puntos de Europa, el nombre cambia, aunque el fenómeno permanece¹⁶⁵.

La leyenda deriva en Italia del período histórico de 1400 en el que una minoría de origen germánico llegó a esta zona italiana para trabajar en la minería. El personaje de Teodorico, que como hemos comentado también recibe el nombre de Dietrich en algunas zonas, se convirtió aquí en Beatrigh, quizás contaminado por las «Beatrices» relacionadas con la caza salvaje que hemos conocido en anteriores capítulos.

La figura, al margen de su nombre, se sigue paseando por los bellos paisajes italianos. Se dice que cuando la luna brilla al máximo, una figura oscura deambula por el bosque. Parece un cazador poderoso pero jorobado, con largo cabello y barba despeinada. Siguiéndole, un centenar de perros, dispuestos a destrozar a los paseantes nocturnos, aterrorizan a quienes los contemplan. Y cuentan aquellos que lo han visto y han vivido para contarle que sus grandes manos sostienen largas cadenas oxidadas que resuenan en la noche como fantasmas heridos, helando la sangre en las venas de los viajeros.

TRAS LOS PERROS DEL INFIERNO

Pero si hay un cazador diabólico con pedigrí ese es el legendario Harry Ca Nab, el cazador del diablo. Y para conocerlo debía volver a Inglaterra y viajar hasta una zona de colinas boscosas cercana a Birmingham.

Tras conducir hasta las Tierras Medias de Inglaterra comencé a ascender hacia Lickey Hills. Algunas nubes comenzaban a formarse y el viento soplaba con fuerza en lo alto de la colina, donde la vista era magnífica. Pero yo no cesaba de mirar hacia el cielo, esperando que se desencadenase la tormenta que se había anunciado.

Harry Ca Naab es uno de los cazadores salvajes más singulares que he encontrado, porque su montura no es un caballo normal, sino que es un toro o un caballo alado. En las noches de tormenta cabalga sobre estas colinas cazando jabalíes con los Gabriels Hounds, sus perros de caza, que reposan cuando no están activos en el cercano pueblo de Halesowen.

Los Gabriel Hound, o sabuesos de Gabriel son *hell hounds* o sabuesos infernales que acompañan en ocasiones a los cazadores salvajes y a los jinetes sobrenaturales. En apariencia, suelen verse de color negro con ojos rojos, y además de poseer una enorme fuerza y velocidad, también pueden ser invisibles.

El origen del nombre no está claro, aunque en las procesiones fúnebres medievales el féretro recibía el nombre de «carro de Gabriel» (Gabriel's Wain) y puede que el arcángel con su trompeta haya sido asimilado al arquetipo pagano del señor de la hueste furiosa que hace sonar

su cuerno para convocar a las almas de los muertos.

Lo que tenía claro a estas alturas es que presenciar la caza de Harry ca Nab se considera un mal presagio, ya que como todo cortejo sobrenatural que se precie, anuncia mala suerte o incluso la muerte. Pero yo estaba dispuesta a arriesgarme.

Una nube solitaria pasó rauda sobre mi cabeza.

Una gota.

Dos gotas.

El viento soplaba, frío, y azotaba las copas de los árboles.

Tres gotas.

El viento rugió más fuerte... Y se llevó la nube negra. Y yo me quedé, una vez más, con la miel en los labios y el grito en el cielo.

Mientras me alejaba de las colinas, decidí emprender viaje al sur. Estaba claro que si quería realmente encontrarme con los sabuesos infernales capitaneados por el diablo debía adentrarme en Wistman's Wood, un pequeño, remoto y antiguo bosque enclavado en los páramos de Dartmoor, en el condado de Devon.

Durante las tres horas de viaje hacia el sur de Inglaterra, repasé mentalmente todo lo que sabía acerca de este siniestro bosque que cubre apenas ocho hectáreas de superficie, un área aislada que es lo único que queda de un antiguo bosque de robles que cubría el páramo por completo hace miles de años.

Y lo primero que descubrí cuando llegué es que una de las razones principales por las que hoy en día todavía existe el bosque en el páramo es que no es fácil llegar hasta él. Primero hay que adentrarse en un vehículo hasta el centro del Parque Nacional de Dartmoor, un páramo yermo conocido por ser el escenario de la novela de sir Arthur Conan Doyle *El sabueso de los Baskerville* (1902), tal vez la más famosa de todas las protagonizadas por Sherlock Holmes y que tanto me estaba acompañando en este viaje.

Tras avanzar por una pequeña y sinuosa carretera, hay que abandonar el vehículo y seguir a pie, atravesar una cancela que lleva a un camino de tierra, y comenzar a seguirlo. El sendero a veces se bifurca, a veces se estrecha y en otras ocasiones desaparece, pero por fin, mientras atardecía en los páramos de Dartmoor, vislumbré a lo lejos la mancha verde del bosque de Wistman.

Los árboles aquí son viejos y atrofiados, y sus arcaicas ramas se retuercen y anudan de maneras fantásticas, entrelazándose entre ellas, revestidas de gruesas capas de musgo y rodeadas de enormes piedras húmedas que huelen a tierra anciana y a misterios antiguos.

Estas mismas ramas enredadas en un suelo rocoso irregular consiguen que este bosque sea impenetrable para los potros salvajes o para el ganado. Su inaccesibilidad lo mantiene protegido del pastoreo, mientras que las leyendas que se cuentan acerca de las criaturas sobrenaturales que tienen aquí su hogar han mantenido al ser humano a gran distancia del lugar.

Porque es aquí donde se afirma que se ocultan los Wisht Hounds, una terrorífica manada de perros del infierno que caza por la noche en los páramos en busca de almas perdidas y de viajeros desprevenidos. Se les describe como enormes perros dirigidos por el diablo, perros de ojos rojos, grandes colmillos y un hambre insaciable tanto de carne humana como de almas.

Pero los perros infernales no están solos. Cerca del extremo norte del bosque, se encuentra la antigua vía Lych o camino de los Muertos, a lo largo del cual los cadáveres eran llevados para ser enterrados en Lydford, y hay quien afirma haber contemplado una procesión fantasmal de hombres vestidos con hábitos blancos mientras caminaban lentamente en un sombrío silencio.

Espero con paciencia a que el sol se ponga, porque son numerosos los viajeros rezagados que

han escuchado aquí estremecedores aullidos de perros cuando el sol se ha ocultado.

Cuanto más oblicuos son sus rayos más se extienden las sombras de los árboles en un extraño dibujo sobre el páramo yermo.

Entonces y solo entonces soy consciente de lo lejos que me encuentro de la carretera, y de la absoluta oscuridad que puede llegar a reinar en el páramo si las nubes ocultan la luna.

Puedo tropezarme con las raíces, o con las numerosas piedras del páramo. Puedo hacerme un esguince o romperme un tobillo. Puedo caerme hacia el río que serpentea allá abajo o ser mordida por alguna serpiente.

Miro el móvil, inquieta. No hay cobertura. Decido iluminar el camino con la linterna del teléfono. No hay batería. Maldigo mi suerte.

El sol empieza a descender, acercándose peligrosamente a la colina que tengo enfrente. Pronto desaparecerá detrás de ella. No hay tiempo que perder, tengo que llegar a la carretera antes de quedarme a oscuras en este páramo. Acelero el paso sin quitar los ojos del traicionero suelo, aunque cuando estoy a una prudente distancia decido volver la cabeza para echar una última mirada y allá, en el fondo del bosque milenario, me parece ver unos ojos brillantes como el fuego.

Mientras apresuro el paso intentando no caer, recuerdo la historia del pobre pastor que caminaba de regreso a casa a través de los cercanos páramos de Cornualles una noche ventosa, cuando escuchó a lo lejos entre los riscos el ladrido de unos perros, que pronto reconoció como el lúgubre coro de los Dandy-dogs, que es el nombre que reciben allí los sabuesos infernales.

Quedaban varios kilómetros hasta su casa; y, muy alarmado, se apresuró tan rápido como lo permitía la naturaleza traicionera del suelo y la incertidumbre del camino; pero los melancólicos aullidos de los sabuesos y el lúgubre saludo del cazador se acercaban cada vez más.

Después de una carrera considerable, los perros habían ganado tanto terreno que al mirar hacia atrás pudo ver claramente tanto al cazador como a los perros. El primero era terrible a la vista y tenía todos los complementos que se atribuyen al diablo: ojos de fuego, cabeza con cuernos y larga cola. Era negro, por supuesto, y llevaba en la mano un largo látigo. Los perros, una jauría numerosa, ennegrecían el pequeño trozo de páramo que se veía, cada uno resoplando fuego y emitiendo un aullido de un tono indescriptiblemente espantoso.

No había cabaña, roca o árbol cerca para dar cobijo al pastor, y aparentemente no le quedaba más remedio que abandonarse a su suerte cuando tuvo una feliz ocurrencia: justo cuando estaban a punto de abalanzarse sobre él, cayó de rodillas y se puso a rezar. Y algún extraño poder cuentan que debía haber en las palabras que pronunció, porque inmediatamente los perros del infierno se mantuvieron a raya, aullando más lúgubremente que nunca; el cazador gritó y todos desaparecieron¹⁶⁶.

Yo no sabía rezar, así que más me valía correr.



El Diablo cabalga con los *Cwn Annwn* cazando almas, ilustración de Willy Pogany para *The Welsh Fairy Book*.

Cuando llegué a The Black Dog Inn solo tenía ganas de meterme una ducha caliente y descansar. El día había sido largo y la caminata intensa, y mis músculos estaban pidiendo a gritos sábanas limpias y un buen colchón. Pero cuando entré en la habitación comprobé que el destino, de la mano de Dave, el dueño de la centenaria posada, me había dejado otro cebo.

Allí, sobre la enorme cama perfectamente hecha, reposaba un ejemplar inencontrable al que llevaba tiempo intentando hincarle el colmillo: *The Black Dog Folcklore*, un ensayo sobre el folclore de los perros negros en Inglaterra escrito por Marc Norman. Así que, pese al cansancio que llevaba encima, comencé a ojearlo, y descubrí que los de Cornualles y Devon no eran los únicos perros del inframundo a los que supuestamente había vencido la Iglesia con oraciones y exorcismos. Ya sabía a donde tenía que dirigirme al día siguiente.

El día amaneció radiante en Devonshire, y con el cuerpo descansado y repuesto con un desayuno pantagruélico, emprendí de nuevo el viaje hacia los páramos de Dartmoor, esta vez en busca de un espectro muy conocido por los españoles: el de *sir* Frances Drake, considerado como un pirata por las autoridades españolas y valorado en Inglaterra como corsario, hasta el punto de que fue nombrado caballero por la reina Isabel I.

Pero mientras *sir* Francis era considerado un héroe nacional, muchos lugareños le temían y creían que tenía poderes sobrenaturales. Algunos decían que solo había derrotado a la Armada Invencible porque había hecho un pacto con el diablo.



The Black Dog, una posada legendaria.

Cuando llegué a Tavistock, el pueblo donde nació, comprobé que sus paisanos le seguían recordando. Una estatua suya decoraba una rotonda y hasta una bolera llevaba su nombre. Pero lo que a mí me interesaba no se encontraba en Tavistock, sino en la carretera que se adentra desde el pueblo hacia las tierras yermas de Dartmoor.

Porque hoy día aún se cree que su fantasma cruza estos páramos, desde su pueblo natal, en un carruaje fúnebre conducido por caballos sin cabeza, dirigidos por una docena de duendes parlanchines, acompañado por demonios y perseguido por una jauría de perros aulladores.

Allí descubrí que los lugareños no son partidarios de adentrarse en los páramos con sus mascotas cuando el sol se pone, porque se cree que cualquier perro vivo que escuche los ladridos espectrales morirá instantáneamente.

Nota mental: No viajar con mascotas.

Nota mental 2: A los perros negros y a los caballos sin cabeza ya me los conozco, pero... ¿duendes? Investigar la relación entre seres feéricos y cortejos sobrenaturales.

Nota mental 3: No volver a pedir un desayuno inglés completo.



Desde Tavistock el fantasma de sir Frances Drake conduce a sus perros por los páramos de Dartmoor.

Así que, al día siguiente, haciendo caso a mis propias anotaciones mentales, desayuné solo un café y un cuenco de *porridge* y puse rumbo a Glastonbury, la capital mágica de Inglaterra, y concretamente a uno de sus lugares más emblemáticos: Glastonbury Tor, una colina aún más mágica rodeada de bancales concéntricos y culminada por una torre solitaria que ya conocía

cuando anduve corriendo tras los pasos del rey Arturo.

En Gales y Britania se creía en la existencia de un mundo subterráneo, el Ännwn, cuya puerta se encontraba en esta colina. Por eso se afirmaba que era por aquí por donde emergía en ciertas ocasiones la cacería salvaje, dirigida por su rey Arawn o Gwyn al Nuddy, acompañado con su jauría de perros sobrenaturales, los *cwn annwn*, los sabuesos del Ännwn.

Los *cwn annun* están asociados con la muerte y lo sobrenatural no solo por su actividad, sino también por su aspecto. Son blancos con orejas rojas, avisando así de su naturaleza a cualquier habitante de la antigua Britania, ya que en la tradición celta el color rojo se asocia con la muerte, mientras que el color blanco se relaciona con lo sobrenatural. Por eso los animales blancos pertenecen generalmente a los dioses o a los otros habitantes del otro mundo.

Para remarcar su naturaleza sobrenatural, su aullido se va haciendo más suave a medida que se acerca, y a una distancia corta parece el grito de perritos pequeños, pero en la lejanía su voz es un lamento salvaje. A veces, entre la jauría, se oye una voz profunda y hueca, semejante al grito de un sabueso enorme, y solamente el hecho de escucharla es pronóstico seguro de muerte, aunque a diferencia de los *dandi dogs devil* que hemos dejado atrás en los páramos de Devonshire, ellos no matan por sí mismos.

El Ännwn, ese lugar al que pertenecen estos sabuesos sobrenaturales, es el otro mundo de la mitología galesa, el reino de Arawn, que caza con los sabuesos mientras cabalga sobre un caballo espectral, aunque su función más antigua era la de psicopompo, ya que la jauría del rey de Ännwn acompaña a las almas en su viaje al otro mundo.

Más tarde, el mito fue cristianizado para describir la captura de almas humanas y la persecución de almas condenadas por el rey Arawn, y el Ännwn fue equiparado con el infierno de la tradición cristiana. Sin embargo, el Ännwn de la tradición galesa medieval es un lugar de abundancia sobrenatural y juventud eterna, y no un lugar de castigo como el concepto cristiano del infierno.

Con el tiempo, el papel de rey de Ännwn se transfirió a Gwyn ap Nudd, también cazador y psicopompo, que pudo haber sido la personificación galesa del invierno (Gwyn ap Nudd significa «blanco»), y es descrito posteriormente como un gran guerrero de rostro ennegrecido.

Gwyn está íntimamente asociado con el otro mundo en la literatura medieval galesa, y se le asocia con la tradición europea de la cacería salvaje y con nuestro rey Arturo, cuyos caminos, como veremos, no solo se unen en Glastonbury. En una de las sagas celtas, Gwyn es llamado a que se una a Arturo y su séquito para ir a cazar al jabalí Twrch Trwyth. Gwyn entonces relata sus hazañas en el campo de batalla y su papel como psicopompo, pues reúne las almas de los guerreros británicos caídos en combate.

Este papel de psicopompo aparece en paralelo en la tradición posterior sobre él como líder de la cacería salvaje, en la que lidera a los *cwn annwn* para cosechar almas humanas, ya que en el folclore galés escuchar los ladridos de los perros de Gwyn era un presagio de muerte inminente en la familia.

Con el tiempo, la figura de Gwyn empezó a diluirse, y en el folclore posterior se le considera rey de los *tylwyth teg*, las hadas de la tradición galesa. Así, los adivinos galeses invocaban el nombre de Gwyn antes de entrar en los bosques, proclamando: «Al rey de los espíritus, y a su reina. Gwyn ap Nudd, tú que estás allá en el bosque, por amor a tu compañera, permítenos entrar en tu morada»¹⁶⁷. También se describe al búho como el ave de Gwyn ap Nudd, y a su familia o tribu (presumiblemente la familia feérica o *tylwyth teg*) como «la nación del viento».

A medida que el cristianismo se va imponiendo, la figura del rey se va simplificando, hasta que

en *La vida de san Collen*¹⁶⁸ se cuenta como él y su séquito son derrotados en Glastonbury Tor gracias al uso de agua bendita.

Pero como sé que la historia la escriben los vencedores, decidí comprobar si realmente la cacería salvaje galesa había dejado de salir por las noches. Pertrechada con agua y frutos secos por si me entraba hambre, decidí ascender la verde colina de Tor y esperar allí al anochecer, a ver si tenía la suerte de contemplar el fabuloso espectáculo de la salida de los perros sobrenaturales.

Mientras el sol descendía, también lo hacían los visitantes y los turistas. Contemplé desde la cima cómo iban desapareciendo a medida que bajaban la colina los grupos de amigos de los cien mil selfis, las parejas enamoradas de los cientos de besos, la extraña familia de los rituales esotéricos, el escritor solitario y la cantante celta, y mientras las estrellas iban tachonando el cielo, las luces de Glastonbury comenzaron a brillar en la tierra.

Respiré hondo.

Si las tradiciones no mentían, estaba en la entrada de Avalon, en las puertas del Ännwn, en el umbral al otro mundo con el que siempre había soñado.

Nunca había visto un cielo tan mágico ni había habido un momento más idóneo para que se abriesen las puertas del ultramundo.

Y esperé.

Una hora.

Dos horas.

Tres horas.

Y entonces recordé que los perros de Ännwn solo recorren los cielos en otoño, invierno y principios de primavera. Incluso algunos afirman que Arawn solo caza en las Doce Noches que van desde Navidad hasta Reyes.

Era junio.

Mierda.

¹⁵⁸ Se ha buscado la etimología de la palabra Hellequin a veces en la del rey de los elfos (Erlekönig), y más a menudo en la de Hell'sking, en alemán Helle könig, rey del infierno. También se le ha nombrado hijo de Héla (Hela-Kjon = el nacimiento de Héla), reina de los muertos entre los antiguos alemanes, que también tenía el mismo nombre que el infierno. Más recientemente, Claude Lecouteux en su obra *Cazas fantásticas y cohortes nocturnas en la Edad Media*, de 1999, ha querido ver el origen de Hellequin en la leyenda de Herla, ese rey al que ya conocemos que no puede descender de su caballo por haber visitado el reino de los muertos y que está condenado a vagar eternamente.

¹⁵⁹ Schmitt (1992).

¹⁶⁰ Sebillot. *Le folk-Lore de France*, 1904.

¹⁶¹ Ídem.

¹⁶² Como afirma Constantino Cabal en su obra *Mitología asturiana, los dioses de la muerte*, pág. 155, la tropa de los espíritus se llama *Woden Heer* en alemán, o sea, la tropa de Wode, Bodet, es, por lo tanto, Wode, que es Wotan.

¹⁶³ Esta creencia parece ser común en buena parte de Europa. Según recoge Jacob Grimm, en Suiza, y concretamente en la verde comuna de Entlebuch, un demonio, llamado Posterli aparece todos los años el jueves antes de Nochebuena para cazar, acompañado de un largo cortejo que produce un estruendo terrible.

¹⁶⁴ Giovanni de Matociis (Juan de Verona). *Historiae imperiales*, 1320.

¹⁶⁵ Solamente en Italia podemos encontrar: en Lombardía la *cascia morta* o *caccia del diavolo*, en Piamonte el *corteo de la Berta* o la *càsa d'i canètt*, en Belluno la *caza selvarega* o caza nocturna, en Trentino la *cazza selvadega*, la *ciaza Mata* en Val di Non y en Valsassina la *kasa selvadega*.

¹⁶⁶ Couch, Thomas Q., *Folk Lore of a Cornish Village, Choice Notes from Notes and Queries: Folk Lore*. Londres: Bell and Daldy, 1859, págs. 78-79.

¹⁶⁷ *Speculum Christiani* (siglo XIV).

¹⁶⁸ Buchedd, C.

PARTE III:
LOS CORTEJOS SOBRENATURALES

Los cortejos feéricos

A pesar de no haber podido disfrutar de la vista de los *cwn awnn*, había ganado una pista: sorprendentemente, la cacería salvaje se mezclaba, en algún momento, con el mundo feérico de hadas, duendes y elfos.

Así que cuando llegué esa noche al George and Pilgrim solo tenía una cosa en la cabeza: descubrir la misteriosa conexión que unía la cacería salvaje y el mundo feérico.

The George and Pilgrim es el pub más antiguo del suroeste de Inglaterra. Y se nota. Construido a principios del siglo xv, se encuentra en el centro de Glastonbury y mantiene el ambiente medieval de madera pulida por el tiempo y de siglos de huéspedes alojados en sus paredes.

Una estrecha escalera de caracol ascendía desde el sótano a la primera planta, en la que se encontraba mi habitación. El hotel, por su antigüedad y su emplazamiento, está revestido no solo de historia, sino también de leyendas, fantasmas incluidos. Si lo sobrenatural no te asusta se duerme bien, pero no se puede decir lo mismo de la comida, así que me entretuve casi una hora en una de sus preciosas salas medievales, sentada en una mesa entre la chimenea y la vidriera, intentando lidiar con un plato grasiento de fritura mal cocinada.

El escaso espacio de la mesa que el enorme plato había dejado libre estaba repleto de libros que había adquirido en Man, Myth & Magik, una librería especializada en brujería, folclore, magia y mitología situada justo enfrente del hotel. Y fue precisamente en uno de esos libros en los que descubrí mi siguiente parada.

Abrí el iPad y escribí en Google Maps mi siguiente destino: Bedwellty.

¿DÓNDE ESTÁ EL PAÍS DE LAS HADAS?

Aproveché la mañana siguiente para hacer más acopio de libros y cerca del mediodía abandoné Glastonbury en dirección al País de Gales. Allí, en Monmouthshire, tras un trasiego de verdes colinas bajadas y subidas, llegué hasta el monte Bedwellty.

Aparqué el coche en el arcén y me adentré en el camino que lleva a la iglesia. Cientos de tumbas antiguas se desparramaban como lava desde la cima, cuajando el paisaje esmeralda de manchas grises y blancas. Cruces celtas, cruces latinas y ángeles solitarios vigilaban el entorno en el que me encontraba, el mismo por el que muchos años antes había viajado Evan Thomas camino de su casa, en el valle de Ebwy Fawr.

Se había entretenido y le había pillado la noche en el camino, y todo el mundo, hasta él mismo, sabía que hay zonas por las que no se debe pasar a ciertas horas. Ya era tarde para arrepentirse, porque de repente advirtió que llevaba unas *gwyllion*¹⁶⁹ a cada lado danzando de manera fantástica. Y cuando todavía no se había repuesto del susto, escuchó el sonido de una corneta serpenteando por los aires y el ruido de unos cazadores invisibles cabalgando... Muerto de miedo, sacó su cuchillo, aun pensando que poco podrían hacer las armas mortales contra los seres sobrenaturales. Pero para su asombro y su alivio, los seres crepusculares desaparecieron.

Evan descubrió esa noche que los seres feéricos, incluidas las hadas y las brujas, temen al hierro, y yo descubrí, observando las tumbas que me rodeaban y admirando esas preciosas cruces celtas, la razón por la que la caza salvaje y los seres feéricos cabalgaban juntos en algunos lugares: todos ellos eran, al igual que los antiguos dioses y los seres mitológicos, vestigios

paganos que debían plegarse al ideario cristiano o morir en el intento. Y eso hicieron.

Aunque nunca, jamás, desaparecieron del todo. Porque según afirman los campesinos galeses, hay un lugar donde se oculta la entrada del reino feérico. Allí hadas, elfos y duendes cabalgan sobre pequeños caballitos blancos, danzan alocadamente sobre enormes peñascos y batallan entre ellos sobre el cielo.

Para conocerlo, debía adentrarme hasta el corazón de Gales y localizar la fortaleza feérica de las hadas galesas y otro de los lugares en los que se cree que descansan el rey Arturo y sus nobles caballeros¹⁷⁰.

Dinas Rock es una enorme roca caliza situada a las afueras del pueblo de Pontneddfechan, en el Valle de Neath, el país de las Cascadas. En su interior se cree que se encuentra la fortaleza de las hadas, y son numerosos los testigos que afirman que cuando llega el crepúsculo, en su cumbre, miles de seres feéricos danzan al son de bellas melodías.

Como no era más que mediodía decidí aparcar el coche a los pies de la legendaria roca y me adentré caminando en el sendero de Elidir, un maravilloso y mágico camino que bordea el riachuelo y que transcurre entre árboles centenarios, cascadas tras las que suele escucharse música feérica y el rumor incesante de mil pájaros distintos.



Dinas Rock, la fortaleza galesa de las hadas.

Mientras avanzo por el sendero, sorteando raíces y atravesando pequeños puentes de madera, recuerdo la leyenda de Elidir, un joven monje local que, tras huir del monasterio en el que le maltrataban, se quedó dormido a orillas del río Nedd, en este mismo sendero.

Elidir fue despertado por las hadas, que lo condujeron por un túnel en la orilla del río hasta el palacio del rey del Pueblo Oculto. Cuando el monarca le dio permiso para regresar a casa, le advirtió severamente que no debía hablarle a nadie sobre su visita, pero el joven no cumplió su promesa, y en castigo nunca más volvió a encontrar la entrada al país de las hadas, aunque durante toda su vida recorrió una y otra vez este mismo sendero buscando la entrada que una vez le llevó al reino feérico.

Pero las hadas galesas, además de a bailar, parecen ser muy aficionadas a montar a caballo, lo que las relaciona con las cacerías salvajes. Una anciana del valle afirmaba que había visto cientos de hadas montadas en pequeños caballos blancos, no más grandes que perros, cabalgando de cuatro en cuatro. Ocurrió durante el crepúsculo, y aseguraba que los jinetes feéricos pasaron muy cerca de ella¹⁷¹.

Otra anciana también aseguraba que su padre había visto muchas veces a las hadas cabalgando

en el aire sobre caballitos blancos, pero que nunca las vio posarse en tierra, aunque escuchó su música sonando en el aire mientras galopaban.

Sin embargo, en algunas ocasiones los cortejos feéricos no se conforman con galopar, sino que llegan a batallar entre ellos, si hacemos caso a los campesinos de Glamorgan, donde aún se habla de una batalla feérica que tuvo lugar en la montaña situada entre Merthyr y Aberdare, y en la que los diminutos combatientes iban cabalgando. Parecía haber dos ejércitos, uno montado en caballos blancos y otro en caballos negros. Cargaron el uno contra el otro con la mayor furia y se podía ver el destello de sus espadas en el aire como hojas de cortaplumas. El ejército de los caballos blancos consiguió la victoria y expulsó del campo de batalla al ejército que cabalgaba en caballos negros. Después, toda la escena desapareció en una ligera neblina.

Como los sueños.

ELFOS NEGROS PARA NAVIDADES OSCURAS

Pero yo no podía dormirme en los laureles si quería averiguar algo más sobre la relación entre la oscura cacería salvaje y el luminoso mundo de las hadas. Aunque quizás este mundo no siempre ha sido tan amable como creemos...

Lo cierto es que, con mayor o menor claridad, la relación entre los seres feéricos y los cortejos sobrenaturales ha existido siempre (y aún pervive) en toda Europa, aunque como estaba descubriendo, se van amansando y aquietando a medida que descienden en su viaje hacia el sur.

Así, en los países nórdicos abundan las poblaciones que creen que los elfos de las tinieblas, descritos en las Edda, se reúnen en gran número en ciertas ocasiones para formar una cacería salvaje liderada por un trol. Y no es algo estrictamente masculino, porque en esta zarabanda también participan las esposas de los elfos.

La mitología finlandesa también es rica en espíritus maléficos cuyo jefe es el gigante Hiisi, que en su origen parece haber sido una personificación del gélido y mortal viento del norte. Tiene mujer e hijos, caballos y perros, gatos y criados, y todos igual de malvados que él.

Como jefe de la tribu, es seguido por todo su clan, y su caballo, Hiiden-Runa, galopa a través de desiertos y planicies, llevando consigo enfermedades y muerte. Y el martilleo de sus cascos resuena en la noche en las estepas heladas, como un presagio siniestro para los que van a morir.

La primera mención de este ser sobrenatural fue hecha por el obispo y reformador luterano Mikael Agricola en el prefacio de su traducción al finés de los salmos, publicada en 1551, así que decidí coger un vuelo hasta Finlandia y tras aterrizar en Helsinki tomé un tren hacia el oeste.

Mi siguiente destino era Turku, la antigua capital de Finlandia donde aún se mantiene en pie la catedral en la que Mikael escribió la primera lista conocida de dioses paganos finlandeses. En ella se afirma que Hiisi era un dios de la caza y del bosque, con lo que su relación con la cacería salvaje estaba bastante clara.

Pero para establecer la conexión entre estos seres mitológicos y nuestros cortejos solo me faltaba relacionarlos de una manera más estrecha con los perros y los caballos, animales psicopompos por antonomasia. Y la respuesta, una vez más, la hallé en la etimología.

Así, descubrí que el término «hiisi» forma parte de numerosas frases hechas en finés, y que por ejemplo se denomina «sabueso de Hiisi» al principio causante de enfermedad. Y no solo se relaciona con perros, sino también con caballos y con tormentas.

Una canción folclórica afirma que Hiisi fue el dios que creó a los caballos, y en otras canciones se menciona que su caballo es un corcel que escupe fuego. Al trueno se le llama poéticamente

«el relincho del caballo de Hiisi» y a su caballo se le llama en ocasiones «el caballo del diablo».

De nuevo saltaba el diablo donde menos se lo esperaba. Y entonces, contemplando la centenaria catedral mientras aspiraba el aire frío de Turku, comprendí que la naturaleza malvada de Hiisi se había ido magnificando con el tiempo, comenzando con la cristianización de Finlandia en los siglos XII y XIII, y que su naturaleza se había ido trasmutando, haciéndose idéntica a la de un demonio cristiano, incluso equiparándose al mismísimo diablo.

Efectivamente, la vinculación original de estos espíritus con las fuerzas extremas de la naturaleza fue disminuyendo y se fueron convirtiendo en el folclore en espíritus exclusivamente malvados. Pero el obispo había dejado una pista muy clara de dónde buscar el origen del Hiisi: afirmaba en sus papeles que Hiisi gobernaba los bosques finlandeses, así que a ellos debía dirigirme para poder encontrar su verdadera esencia.

Los bosques que rodean Turku son de una belleza mágica. Robles y abetos, islotes y rocas enmarcan esta ciudad en una naturaleza excepcional en la que los seres mitológicos podían campar libremente hace siglos, especialmente en las zonas más boscosas y deshabitadas, allí donde la ciudad se convierte en aisladas casas de cuento diseminadas en las orillas de frondosos bosques, y rodeadas de pequeños cultivos.

Allí, los finlandeses más ancianos saben que los *hiisis* se trasladan de un lugar a otro en procesiones ruidosas, y que atacan a la gente que no les cede el paso. Pero también saben que, si los *hiisis* te persiguen, debes buscar refugio en un área cultivada. Porque en la tradición folclórica rural del pueblo finlandés los cultivos son espacios benditos y hasta sagrados, que se anteponen a la naturaleza salvaje: el *hiisi* malvado no puede, por lo tanto, caminar por los lugares santificados por el cultivo humano.

Sin embargo, cualquier campesino del norte de Europa sabía que lo más sensato era no arriesgarse a un encuentro fortuito, y por eso evitaban salir de casa durante las Doce Noches de Navidad, porque lo que ahora vemos como días de felicidad, luces y regalos era realmente un tiempo de muerte, oscuridad, temor y ofrendas a los dioses.

En Noruega, por ejemplo, se temía a la Oskoreia, una variante más cristianizada de la Åsgårdsreia¹⁷², una hueste compuesta de mujeres y hombres que han muerto repentinamente, de suicidas, ahogados y asesinados. No han hecho nada tan malo como para acabar en el infierno, pero tampoco pueden entrar al cielo y por lo tanto están condenados a vagar durante toda la eternidad.

Sus líderes son Guro y Sigurd Fåvnesbane, y montan los caballos Skokne y Grane. La hueste se mantiene particularmente activa entre Lussinatt (la noche de Santa Lucía) y la noche de Navidad, y dondequiera que van, siempre arrastran a alguien con ellos. Para proteger a tu familia y a tu ganado es necesario marcar con una cruz tanto la puerta de la casa como la del establo. Y si tienes la mala suerte de encontrarte con la Oskoreia al aire libre, la única forma de protegerte de ellos es acostándote en el suelo con los brazos extendidos en forma de cruz.



La alegre Julereia (Bergslien, 1922).

Un sinónimo de Oskoreia es Julereia (cabalgata de Navidad), una advertencia clara a la ciudadanía: Prepárate para celebrar la Navidad, porque si no lo haces te arriesgas a ser arrastrado en el caso de que la Oskoreia o la Julereia se presenten. Esa versión aérea persistió durante el siglo XIX, pero en el siglo XX el miedo se adereza con un toque más festivo, y la Julereia se convierte en una procesión musical de troles y humanos, con violinistas y borrachos, brujas y enanos, que atrapan y raptan a aquellos que se encuentran en su paseo navideño.

Nos acercamos ya a pasos agigantados al encuentro de un personaje al que hemos aludido en otro capítulo y que puede resultarnos más que familiar. Conduce un carro aéreo y penetra en nuestro mundo durante los Doce Días, tiene una capucha y una barba a modo de máscara, una gran capa y campanillas. Entra en las casas, premia y castiga, y viste de rojo o de verde. Demasiadas coincidencias como para pensar que nuestro Papá Noel no forma parte de estos cortejos sobrenaturales.

En los Países Bajos se afirma que, durante la noche del 5 al 6 de diciembre, el barbudo san Nicolás y su caballo blanco cabalgaban sobre los techos nevados y lanzaban regalos por las chimeneas, unos regalos que los niños encuentran a la mañana siguiente, a menudo escondidos en zapatos.



San Nicolás y su cortejo sobrenatural en una antigua felicitación navideña.

No hace falta hilar muy fino para relacionar esta imagen con la del barbudo Wotan, mientras cabalga en el Sleipnir de ocho patas por el cielo con su ejército de muertos. Y mientras hoy los niños dejan comida para el caballo de Santa Claus, ayer los antiguos germánicos ofrecían comida a sus dioses metiéndola en calcetines y zapatos junto a la chimenea.

También la costumbre de las tribus germánicas de intercambiar regalos en diciembre se fusionó con la nueva tradición cristianizada. Wotan cambió su lanza Gungnir por un báculo dorado, y mientras que la Iglesia bizantina siempre ha representado a san Nicolás con una barba corta, Santa Claus tiene una barba completa que coincide con la de Wotan.

Y por si nos quedaba alguna duda acerca de la relación de estos simpáticos personajes navideños con nuestros cortejos sobrenaturales, solo tenemos que echar mano del *krampus*, una criatura demoniaca de orejas de elfo y grandes cuernos, propia del folclore de los países alpinos, que castiga a los niños malos durante la temporada de Navidad, en contraste con san Nicolás, quien premia a los niños buenos con regalos.

El *krampus* también aparece en la noche del 5 al 6 de diciembre, merodeando las calles durante esa noche en lo que se conoce como *Krampusnacht* (La noche del Krampus, en alemán) ya sea solo o junto a san Nicolás, haciendo sonar cencerros y cadenas oxidadas para asustar con su presencia.

Su rostro diabólico está adornado con cuernos en la frente¹⁷³, una larga lengua roja y una cabellera negra. Tiene el cuerpo cubierto por un tupido pelaje oscuro, y sus patas son de cabra. En muchas ocasiones se le representa con una canasta en su espalda, donde coloca a los niños malos que secuestra para llevarlos al infierno y comérselos.

También en los Alpes, y más concretamente en la zona lombarda de Valtelina, quien lidera este cortejo sobrenatural es un gigantesco hombre negro, con los ojos flameantes y una espada siempre llena de sangre. Animales deformes se unen a la cohorte, mientras que cada duende y espíritu de la zona debe entregar regalos al terrible señor para marchar después, codo con codo, en la gran corte del soberano espectral. Este salvaje carrusel vuela más allá de las nubes nocturnas, y luego cae con voracidad sobre los pueblos aislados, sin que ninguna fortificación ni muralla pueda detenerlos.

En otros lugares de los Alpes, sin embargo, los pastores aseguran contemplar la cabalgata nocturna de las hadas, menos agresiva, aunque igual de veloz y salvaje, que recorre en círculos las crestas, los picos de las montañas y las curvas de los cerros lejanos, mientras la niebla pasa veloz en las gargantas, a la luz de la luna, empujada por el viento que azota las rocas. Avisa de su presencia un sonido de ruedas y cascabeles, y afirman los pastores alpinos que sus largos cabellos flotan coronados con flores de edelweiss mientras avanzan de pie sobre carros de fuego, en un esplendor de luz, seguidas por los duendes en una vertiginosa carrera por las crestas, las colinas y los picos más altos.

Pero sigamos descendiendo en el mapa europeo y pasando las hojas del calendario, porque exactamente un mes más tarde de la aparición de San Nicolás y del *krampus*, al anochecer del 5 de enero, llegan a España los Reyes Magos acompañados de todo su séquito para llevar regalos a los niños.



Eckhart , en Die Götter Deutsche und Nordische Völker (Wilhelm Mannhardt).

La popular cabalgata de los Reyes Magos de Oriente recorre las ciudades arrojando a los niños caramelos, y lo más curioso es que antiguamente, allí donde no había cabalgatas, también se salía a las calles de la aldea, o al campo raso, ya caída la oscuridad, y se afirmaba que los reyes pasaban por el cielo montados en caballos alados, mientras caían caramelos del cielo.

Los tres Reyes Magos de Oriente no van solos, sino rodeados de una serie de pajes, de soldados, caballos y camellos, y entran en las casas por chimeneas, ventanas o balcones.

Para recibir los regalos se suelen poner los zapatos en algún lugar de la casa, unas galletas y un vaso de leche para los reyes y agua y paja para los camellos. Es decir, que, a cambio de los regalos, se dejan ofrendas en forma de comida y bebida para los reyes y su séquito.



La estrella guiando a los Reyes (Gustave Doré).

Estos Reyes Magos totalmente apócrifos en la tradición cristiana, reciben el nombre de

Melchor, Gaspar y Baltasar, y son los que fueron a adorar al niño a Belén una vez hubo nacido, llevándole como presentes oro, incienso y mirra.

La Iglesia, a pesar de su falta de rigor histórico y hasta eclesiástico, asegura tener sus cuerpos enterrados en la catedral de Colonia, erigida en su honor durante el siglo XIII, y se asegura que cada cadáver aún mantiene su respectiva corona real.

Pero lo que más nos interesa aquí es que Pedro de Gumiel, abad cisterciense castellano al que dejaron permanecer a solas y en silencio en el último descanso de los Reyes Magos, afirmaba que dentro de la tumba escuchó, sin ningún género de dudas, música de flauta y el relinchar de briosos caballos.

No es extraño, porque también en la Cantabria del año 1800 había quien afirmaba haber visto a los Reyes Magos como una enorme niebla luminosa que cubría los caminos, flotando sobre ellos con un rumor de multitudes y suaves melodías. Pasaban velozmente ante el atónito testigo, y casi instantáneamente la nube de reyes y caballeros desaparecía por el horizonte¹⁷⁴.

CUANDO LAS HADAS SE CONVIRTIERON EN MUERTOS

Esta manifestación envuelta en niebla luminosa y acompañada de melodías y rumor de multitudes, bien podía confundirse con el paso de un cortejo élfico o una cabalgata de hadas.

En Irlanda, el *Fairy Host* o hueste feérica está claramente presente en uno de los arcaicos cuentos orales céltico-irlandeses llamado «La aventura de Nera», donde una tropa de espíritus del otro mundo realiza una visita al mundo de los mortales. En este cuento, se identifica claramente a los habitantes del Sidh con los muertos.

No debería extrañarnos, puesto que en la tradición celta estos seres estaban ligados a los Tuatha De Danan, una raza divina que habitó Irlanda en sus comienzos. La tradición y el folclore popular transformaron a estos dioses en seres feéricos, que tuvieron que esconderse bajo los túmulos, aunque a menudo se representan como una procesión que atraviesa los cielos.

Y puesto que el fenómeno es puramente celta, no debe llamarnos la atención que estos seres aparezcan especialmente en una misma noche: la antigua noche céltica de Samhain, Todos los Santos para la cultura hispana, Halloween para los anglosajones.

Esa noche era una noche para quedarse en casa. Y eso lo sabían hasta los hombres sabios, pues uno de ellos, un tal John Stewart al que apodaban «el vagabundo» afirmaba que había obtenido sus poderes porque mientras viajaba de noche durante la víspera de Todos los Santos entre las aldeas irlandesas de Monygoif y de Clary, en Galway, se encontró con el rey de los elfos y con toda su hueste¹⁷⁵.

El rey le dio un golpe con su varita blanca en la frente, lo que le quitó el uso de la palabra y también el uso de un ojo¹⁷⁶ durante tres años, pero todo le fue devuelto por el mismo personaje y por su tropa otra víspera de Todos los Santos en la ciudad de Dublín.

Desde ese momento, todos los sábados se unía a la hueste a las siete de la tarde, y se quedaba con ellos hasta la noche. Y todos los años, en la noche de Todos los Santos se reunían en la colina escocesa de Lanarck (Tintoch), o en los montes Kilmaurs, donde recibía sus instrucciones. También afirmaba que había visto numerosas personas en la corte de los elfos, daba nombres concretos y añadía que todos los que morían súbitamente iban a reunirse con ese rey.

Pero si hay un relato en el que queda transparente la relación entre el mundo feérico y el mundo de los muertos es en la leyenda recogida a finales del siglo XIX por lady Wilde¹⁷⁷, en la que se

narra el encuentro fortuito de un pescador llamado Hugh King, en la víspera de Todos los Santos, con la hueste feérica.

Ensimismado en su pesca, se le había hecho tarde. Anochecía cuando de repente vio pasar por el camino a una gran multitud de personas que reían y cantaban, portando enormes cestos y bolsas. Uno de los risueños componentes del desfile le invitó a unirse a su marcha: «Ven con nosotros y comerás, beberás y bailarás como nunca lo has hecho».



Los jinetes del Sidh, de John Duncan (1911).

Viendo lo alegres que todos parecían, Hugh se animó y los acompañó, hasta llegar a un lugar oculto en el bosque donde la gente se había reunido para cantar y bailar, mientras escuchaban a los mejores músicos que el muchacho había oído jamás. Con el sonido de las gaitas y las arpas surcando el aire comió, bebió y bailó, mientras se lo pasaba en grande. Las horas fueron transcurriendo y Hugh fue dando señales de cansancio, así que se recostó en un árbol para descansar y observar la evolución de la fiesta, cuando se le acercó un hombre de piel oscura y elegantemente vestido, seguido de un grupo de personas tan elegantes como él.

El caballero agarró a Hugh del brazo y le preguntó: «¿Sabes quién es esta gente?, ¿quiénes son los hombres y mujeres que están bailando a tu alrededor? Mira bien y dime: ¿Estás completamente seguro de que no los habías visto antes?». Ante su insistencia, Hugh empezó a fijarse en los que habían sido sus compañeros de bailes y risas, y pudo comprobar con estupor que muchos eran antiguos paisanos suyos que él sabía perfectamente que habían muerto tiempo atrás.

Entonces se dio cuenta de que lo que él había considerado túnicas y ropajes vaporosos, en realidad eran los blancos y largos sudarios que envolvían a los muertos. Ante este horror, Hugh intentó escapar de ellos, pero no pudo, porque lo rodearon mientras bailaban y reían; luego lo cogieron de los brazos e intentaron atraerlo a la danza, mientras la risa se transformó en un agudo chillido que parecía perforar su cerebro, hasta que exánime cayó al suelo desmayado.



El círculo de hadas, de TH Thomas - Wirt Sikes (1880).

Cuando despertó al día siguiente estaba tendido en el suelo, dentro de un viejo círculo de piedra que había a las afueras de su aldea, y mientras intentaba despejarse, observando el amanecer, escuchó una serie de cantos siniestros y vio a lo lejos unas luces pálidas que se alejaban.

Hugh inició el regreso a su hogar, con el alma apesadumbrada, pues comprendió que lo que había observado era la celebración de las hadas y los espíritus de la fiesta de Todos los Santos, la única noche en que salían libremente de su encierro y que él, un simple humano, debería haberse quedado en casa para no estorbar su noche de fiesta.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que todo el mundo sabía que viajar en esa noche determinada era extremadamente peligroso, y había que tener cuidado para protegerse de hadas y muertos. En unos lugares más que en otros.

Y uno de esos lugares era la cueva de Oweynagat, en el emplazamiento megalítico de Cruachan, en Connaught, donde se encuentra la puerta del infierno de Irlanda. En Samhain todos los años se abre la puerta y la hueste de las hadas cabalga acompañada por una bandada de pájaros de color rojo cobre que arruinan los cultivos y matan animales usando su aliento venenoso. Se dice que los *cu sidhe*, los llamados sabuesos de los túmulos, los acompañan.

No todas las hadas son peligrosas y normalmente se distingue entre los seres feéricos y los *sluagh*, que son considerados los más feroces y terroríficos de todos los pueblos de hadas. Pueden diferenciarse porque generalmente, las hadas son vistas después o cerca del atardecer, y caminan sobre el suelo como lo hacemos nosotros, mientras que la *sluagh sidhe* (hueste de los túmulos) o *marcra sidhe* (cabalgata de los túmulos) viajan o vuelan por el aire en la noche, secuestran a los mortales y se los llevan con ellos en sus viajes.

El nombre *sluagh* proviene del gaélico-escocés y significa gente, multitud, compañía, ejército. También existe la expresión *sluagh na marbh*, compañía de muertos. Así, los *sluagh* son ánimas de los muertos condenados del folclore gaélico-escocés que aparecen desde el oeste, la tierra de los muertos, y que vuelan o se deslizan casi a ras de tierra en forma de media luna, como una banda de pájaros. Se cree que pueden agarrar a una persona y llevársela consigo, trasladándola por el aire a largas distancias, de una isla a otra, o secuestrándola para siempre.

En las noches de mal tiempo, las huestes se refugian detrás de pequeños tallos pardos de romaza y de hierba cana, y libran batallas en el aire como los hombres lo hacen en la tierra. Se los puede ver y oír en las claras noches heladas, avanzando y retrocediendo, retrocediendo y avanzando, unos contra otros. Y después de una batalla hay quien afirma¹⁷⁸ que se puede ver su sangre escarlata manchando las piedras y las rocas¹⁷⁹.

Todas estas son razones más que suficientes para que los antiguos celtas evitasen cruzarse con

ellos y dejasen ofrendas fuera de la casa para apaciguarlos. Aunque en un primer momento constituían una hueste oscura, tras la cristianización y el sincretismo los *sluagh* quedaron convertidos en el ejército de los muertos volando de un lado a otro en grandes nubes, como los estorninos, y volviendo al escenario de sus transgresiones terrestres. Ninguna de estas almas está más allá de las nubes, ni ninguna puede alcanzar el cielo hasta haber expiado los pecados terrestres.

Curiosamente, los *sluagh* mantienen numerosas conexiones con España. De hecho, existen numerosos puntos en común con la Santa Compañía gallega o la huestia asturiana: suelen ser vistos más a menudo tras el crepúsculo, durante la noche, cuando aparecen rodeados de brillantes luces.

Aparecen siempre en compañía o en bandadas, y los que se atreven a mirarlos desde un lugar oculto pueden creer reconocer entre ellos a algún vecino ya difunto. Sin embargo, no pueden ser vistos por cualquier habitante de la aldea, sino solo por aquellos que poseen una especie de segunda visión.

Si un caminante es sorprendido por una procesión de *sluagh*, puede ser obligado a seguir con ellos en contra de su voluntad y pasar así toda la noche con la compañía hasta la madrugada, cuando es abandonado en cualquier lugar. Esta horripilante experiencia puede dejar a esta persona afectada por días, meses o el resto de su vida.

Matan perros y gatos, ovejas y vacas con sus infalibles dardos venenosos. Ordenan a los hombres que les sigan, y los hombres obedecen, porque no tienen más remedio que hacerlo. Estos mismos hombres son los que matan y mutilan por orden de sus amos fantasmales, los cuales, a su vez, los maltratan sin piedad, vapuleándolos y arrastrándolos por campos fangosos, charcas inmundas y horribles cenagales.

Las ventanas orientadas al oeste se mantienen cerradas para que los *sluagh* no entren, especialmente si hay un enfermo en la familia, porque son conocidos por tratar de entrar en la casa de una persona moribunda para intentar llevarse su alma con ellos, como hace la malgüestia o mala behtia en la comarca extremeña de las Hurdes.

[169](#) Gwyllion o gwyllon es una palabra del folclore galés que podría traducirse como «los crepusculares», aunque cuenta con una amplia gama de significados posibles que van desde los fantasmas y espíritus hasta los vagabundos nocturnos sobrenaturales, aunque según el folclorista Wirt Sikes, son espíritus sombríos más parecidos a las brujas que a las hadas. Con un aspecto espantoso, frecuentan los caminos solitarios en las montañas de Gales y desvían a los viajeros, de tal manera que cualquiera que se las encuentre de noche o en un día brumoso se perderá sin remedio, aunque conozca el camino como la palma de su mano.

[170](#) También se cree que fue en esta roca en la estuvo clavada la espada de Arturo. Lo cierto es que las últimas investigaciones han sorprendido afirmando que es muy posible que la roca esconda en su interior una enorme gruta, lo que habría dado pie a las leyendas feéricas y arturianas.

[171](#) Wirt Sikes: *Duendes británicos*. José J. de Olañeta, editor, 2004.

[172](#) Literalmente «los jinetes de Åsgård». Åsgard es el hogar de los dioses vikingos.

[173](#) En Grecia, los *koutsodaimonas* se hacen anunciar por un viento violento. Son demonios cojos que vienen a atormentar a los mortales en largas procesiones que transcurren durante las Doce Noches entre Navidad y la Epifanía. Estos espíritus malvados pueden ser apresados por la luz, por complicados exorcismos o por simples legumbres que se disponen en la puerta de las casas para evitar que entren.

[174](#) Saiz, M. A. *Leyendas del valle de Soba*, 1951, p. 76.

[175](#) Scott, sir W. *Cartas sobre demonología y brujería*, 1830.

[176](#) Encontramos aquí de nuevo el mitema de la pérdida de un ojo para alcanzar la sabiduría.

[177](#) Wilde, lady J. F. *Leyendas antiguas, encantos místicos y supersticiones de Irlanda*, 1888.

[178](#) Carmichael, A. *Carmina Gadelica*, vol. II, 1900, pág. 357.

[179](#) *Fuil nan sluagh*, la sangre de las huestes, es el hermoso líquen rojo de las rocas derretido por la escarcha.

Los cortejos demoniacos

LA MALA BEHTIA

No me canso nunca de volver a Las Hurdes. De recorrer sus pueblos y alquerías, de caminar sus valles surcados por arroyos y sus montes cubiertos de bosques, de investigar un poco más uno de los pocos lugares de Europa donde el mito de la hueste no es solo un resto folclórico del pasado, o el núcleo antiguo de ciertas leyendas.

Parece sorprendente descubrir que existen testimonios que refieren encuentros ocurridos en pleno siglo xx. Casares es uno de esos pueblecitos encajonados en la falda de un monte, y allí tuve la suerte de encontrar a dos paisanos que ya peinaban canas hacía tiempo, sentados en un banco al lado de la iglesia. Tras un buen rato de palique rememorando los oficios y el modo de vida de antaño, pasaron a relatarme una experiencia que no han olvidado a pesar del tiempo transcurrido...

Había aquí un hombre que era muy católico. La noche en que murió este hombre estábamos en la cama y sentimos algo horrible.

Yo creo que aquello era el demonio, porque era un *llorio* inmenso, y en el *llorio* inmenso flotaban voces de niños, de mujer y de hombre a gritos, todas en conjunto, yo no vi nada, solo oí eso, y estábamos acostados.

Eso lo tengo yo en el recuerdo, que tenía doce años o quizás menos. Eran las cuatro o las cinco de la mañana. Mi madre era muy animosa y mi padre también. Mi madre le dijo a mi padre: «Asómate a la ventana a ver si ves algo», y mi padre se retuvo y no se levantó. Miró después por la ventana, pero ya no vio nada.

Una tía mía que vivía abajo del todo en el pueblo nos contó lo mismo. Nadie quiso asomarse. No se sabe si pasaron por la calle o por el aire, y llegó hasta el cementerio. Y si por la calle había lamentos, por allí era terrible, era como si se fuera a acabar el mundo.

Yo creo que como ese hombre era tan católico, no se lo pudo llevar el demonio, que venía a por su alma. Y eso está grabado en la mente mía. Que fue el demonio.^{[180](#)}

Su hermano Florencio me confirmaba más tarde la experiencia:

Estábamos aquí acostados en casa, yo era pequeño, tendría cinco o seis años, se había muerto un hombre que era muy católico que vivía aquí en «las campanas», y eran las tres, las cuatro o las cinco de la mañana, y una nieta que vivía en la casa con su madre y con el abuelo vino a decirnos que su abuelo se había muerto (...) y al rato se sintió un ruido por la calle del Medio que no se sabía qué era. Hasta mi padre se asomó a la ventana. Y en ese momento que pasaba el ruido una cosa fría, fría, fría, y apareció por el cementerio según los vecinos de por aquí abajo, dando *alaríos* y voces. Sería alguna cosa del demonio que estaría enfrentando al hombre que como era tan buena persona y tan católico...^{[181](#)}

Es muy significativo que ambos testigos identifiquen al líder de esa hueste como el demonio, aunque subrayen el hecho de que el «cortejo» estuviese formado por hombres, mujeres y niños que formaban un enorme estruendo de gritos y lamentos. Y aún más significativo es el hecho de que este fenómeno no tuviese un nombre concreto, lo que denota que no es un mito o una tradición cultural o folclórica excesivamente conocida en la zona.

Me di cuenta de cómo el ejército furioso poco a poco iba descendiendo de las alturas, y aunque todavía no llegaba a posarse sobre el polvo de los caminos, sí es cierto que se acercaba al suelo cada vez más.

La palabra «ejército» es equivalente a la de «hueste». Sus integrantes son muertos, antepasados si se quiere, pero siempre alguien que vivió antes que nosotros, provenientes de mitos antiguos y

ancestrales. Es por esto por lo que el pueblo, especialmente en España, no tardó en bautizar a esta versión del fenómeno como «hueste antigua» o «estantigua».

La estantigua es una procesión de muertos de carácter violento, que flotan sobre el suelo, y que arrastran consigo a cuantos encuentran a su paso. Ya en España en el siglo XIII Gonzalo de Berceo utiliza el término «Guest Antigua», empleado también por el autor del poema de Fernán González, aunque será a principios del siglo XVI cuando se empiece a utilizar la palabra «estantigua». Parece claro que esta estantigua es una vieja tradición germánica que las invasiones de la Alta Edad Media habrían difundido en toda la Europa occidental.

Según algunas versiones la hueste procede de la unión de los ángeles maléficos con las mujeres de la tierra; de ella nacen los gigantes, que pasaron a engrosar los ejércitos diabólicos cuya misión es esparcir el mal por el mundo. Así se piensa antes del año mil, y se teme que ese ejército diabólico hundido en las profundidades de la tierra por los ángeles victoriosos salga a la superficie con el cambio del milenio y siembre la destrucción.

También son destacables otros detalles de la narración muy propios del fenómeno centroeuropeo, como la forma de desplazarse de la *huestia* (no se discernía si era por las calles o por el aire), el momento en el que ocurre el fenómeno (en el mismo instante en que se producía una muerte en el pueblo), el frío que de repente se siente en el ambiente y, por supuesto, la nocturnidad de la experiencia.



Luis y Florencio Guerrero fueron testigos de la *malgüetria* en Casares de Las Hurdes.

Y, por si fuera poco, otros testimonios de la localidad recogen la presencia de los caballos, animales psicopompos y acompañantes del cortejo furibundo.

Sin ir más lejos, en el año de 1940 aconteció un hecho luctuoso en el pueblo de Casares de Las Hurdes, un rincón del norte donde más impresionantes son las vistas y la grandeza de las sierras grises que flanquean como guardianes pétreos toda la región. En este balcón natural de la comarca falleció un personaje conocido y querido por los suyos: Ceferico Martín, «Tío Ceferico». Según recordaban con nitidez asombrosa sus contemporáneos, en el preciso instante en el que se produjo el óbito se comenzaron a escuchar relinchos de caballos de un modo atronador. Se daba la curiosa circunstancia de que en aquel año no había ni uno solo de estos animales en la alquería, y eso les hizo a muchos salir a la intemperie, donde el viento helado rasgaba el rostro y las manos, para comprobar cómo aquellos fantasmales quejidos se habían adueñado de las calles de Casares. Durante al menos diez minutos aquellos sonidos siniestros se apoderaron de la zona, encerrándose los vecinos en las casas y escuchando desde el interior de las viejas cocinas. Transcurrido ese tiempo la extraña algarazara desapareció, elevándose hacia los oscuros montes que de fondo observaban hieráticos la escena.¹⁸²

Pero si los hermanos Guerrero desconocen el nombre de este fenómeno que experimentaron en su infancia, el etnógrafo Félix Barroso ha recogido testimonios en la zona que sí nombran a este cortejo: la «malgüetria». A Tío Urbano Martín Barbero, cabrero de la alquería jurdana de Cambrón, lo entrevistó Barroso hace unos cuarenta años, *cuando el anciano ya pasaba de los ochenta, y aún recordaba como una noche, estado en la majada*, contempló junto a sus compañeros las extrañas luces de la «malgüetria»:

Contaban múchah cóсах de pa,tráh y yo tamién vi *ésah* jugaráh que algúnah nóchih, de velaí *aína*, se apareparaban en luh vállih, qu,eran jugaráh sin lumbri, peru lah llámah alumbraban tóh luh alreórih cumu si juesi de día.

Veíamuh lah llamaráh dendi lah majáh del ganau. Y dician luh pahtórih de pa,tráh, que yo se lo oyí bien, que aquélluh fuéguh que no quemaban ni un berezu ni una mogariza era la señal de que pol allí acababa de pasal la Malgüéhtria en buhca de algún ánima en pena, de la ‘ehtantigua’ que dicían, y dicían que era toa una pruseción y que habraban en algarabía:

‘Andal, andal, andorin,
dímunuh fuendu pol *éhtuh* móntih.
Andal, andal, andorin,
c,únuh dímuu volandu
y *ótruh* pol la tierra forin’.

Y yo y *ótruh* pahtórih vímuu aquéllah lumináriah ehtandu amajadáuh pal ‘Bunal de la Sartinijilla’, andi hay una lancha toa llena de jerraúrah y *ótruh* dibújuh grabáuh del tiempu luh móruh, de la antigüedá antigüísima.

No podemos dejar de observar, al margen de la relación ya mencionada entre los muertos y las luces, la «algarabía» con la que cantaban y se movían, más propia de las huestes y las mesnadas artúricas o hellequinas que de las lentas y silenciosas procesiones de muertos que más adelante analizaremos.

Por último, cabe destacar los versos en los que vuelve a ponerse de relieve que unos van volando y otros por tierra, destacando que los ejércitos voladores comienzan a «tomar tierra» y a convertirse en visiones más pedestres que aéreas.

Este fenómeno, en otras ocasiones recibe un nombre mucho más sonoro: la «mala behtia».

Estos informantes míos le ponían nombre a ese cortejo (*pruseción*, al decir de ellos) que, cuando moría o estaba en la agonía algún vecino, se dejaba sentir, a altas horas de la noche, volando entre los aires, en dirección al pueblo. Referían que siempre les precedía una gran ventolera y toda una alocada sinfonía de ladridos de los perros de la aldea.

Aunque casi siempre venían por el aire, también, a veces, lo hacían por tierra. En este caso, en cuanto entraban por las primeras casas de la población, los perros dejaban de ladrar y seguían tras el cortejo.

Aquella «pruseción» era toda una algarabía de gritos, lamentos, maldiciones, juramentos, como cosa de locos. Tío Ángel relataba que «debían sel diáñuh del infiernu que venían a buhcal lah ánimah de loh muértuh, poh si s,ehcudiaban acuían lah lucerínah y se lah llevaban ántih».

Las que llamaba «lucerínah», según él, venían a ser al modo de ángeles, nada más que eran hembras y desprendían mucha luz en todo su derredor, dejando una estela plateada cuando volaban por el firmamento.¹⁸³

La Mala Behtia era la denominación que daban a todo el cortejo. No se distinguían las facciones de los que iban en él, aunque Tío Ángel decía que eran «cumu ehcrétuh y calavérah».¹⁸⁴

Tenemos aquí ya muchos de los elementos de la *huestia*: el gran viento que precede al fenómeno, su nocturnidad, su carácter psicopompo (no solo por acudir a por el alma del difunto, sino también por su relación con los perros que acompañan a la comitiva) y su composición, formada tanto por diablos (*diáñuh*) como por muertos (*ehcrétuh* y *calavérah*) y su desplazamiento aéreo o terrestre.

Por si todos estos indicios no fueran suficientes para acreditar el nexo común de la «hueste antigua» con este cortejo sobrenatural hurdano, Barroso me ofreció la prueba definitiva al encontrar en algunas alquerías la denominación de «estantiguas» para aquellos espíritus o dobles de los difuntos que conforman este cortejo:

En La Horcajada, el Tío Vitu (Victoriano de Dios), como también oí contar a Tío Máximo Esteban Sánchez, de la alquería de La Saucedá, hablaban de que eran «estantiguah», entendiendo esta palabra en el sentido que hoy le dan en muchas partes de las Hurdes: personas de mala salud, con muchas ojeras, casi en los huesos, la nariz afilada y la tez amarillenta, como si fuese gente en la agonía.

Los que venían por el aire trataban de llegar al lecho del difunto a través del «lumberu»¹⁸⁵. Cuando penetraban en la casa, se volvían invisibles y se llevaban el espíritu del muerto, no el cuerpo de carne y huesos, que este quedaba en el lecho. Pero el espíritu —comentan— «tamién tenía cuerpu, anqui era cumu un sangruju, na máh que en grandi» («sangruju» viene a ser lo mismo que feto). Se lo llevaban y salían de la casa por el «lumberu», trepando hasta el techo por los llares del lar.

Si el cortejo nocturno venía por tierra, entonces uno de los que lo componían, que traía una escalera de palo al hombro, la colocaba sobre la pared de la casa y accedían todos al «lumberu». Estos que venían andando y que se movían de extrañas maneras solían arrastrar cadenas por el suelo.

Es muy interesante el hecho de que la «estantigua» o «espíritu del muerto» tenga cuerpo en forma de feto grande, ya que nos traslada inmediatamente al mito eliadeiano del eterno retorno¹⁸⁶ y al concepto del muerto convertido en semilla para volver a renacer, un renacimiento que en esta mitología hurdana tiene una de las descripciones más claras y visuales que hemos podido encontrar.

Hay que destacar también esas cadenas que arrastran, símbolo que señala a las claras el carácter penante de almas condenadas que tiene el cortejo.

Por otra parte, aparece aquí también el carácter psicopompo del grupo, aunque con una característica particular que ya encontramos en la mitología gallega: el vivo que acompaña al cortejo de muertos y que no tardará en formar parte definitiva de ellos.

Tío Máximo Esteban relataba que, si después de esa noche de la «mala behtia» se veía a primeras horas de la mañana a algún vecino que tenía las manos tiznadas sin tener motivo para ello, se le señalaba con el dedo, sospechando que había formado parte de la *pruseción* (las manos tiznadas eran señal de que había trepado por los llares) y que no tardaría mucho en *jincal el poleu* (irse para el otro barrio).¹⁸⁷

Quedaba por desentrañar el extraño nombre del cortejo, la «mala behtia», aunque una vez más Félix me ofrecía las claves para desenredar el hilo y llegar al origen del término, puesto que uno de sus informantes da otro nombre a este fenómeno: la «malgüehtria». Podemos ver ahora claramente la evolución del término desde «huestia» a «güestia» y de ahí a las deformaciones hurdanas de «malgüehtria» y «mala behtia».

La malgüehtria era cumu una pruseción que diba volandu pol los ciéluh y diba dejandu un rahtru tó encarambanau. Y diba el machu (macho cabrío) de la Malgüehtria a la cabeza, con una cuerna que midía máh de dos várah, y diban fuendu detráh tóh loh ótruh, cumu genti de muerti de loh ótruh münduh, chícu y grándih, y tóh con lah suh jórcah y lah suh guáñah, tóh encarantoñáuh: Únuh cantaban, ótruh daban alaríuh, ótruh brincaban, ótruh zamarreaban loh campanílluh, ótruh tocaban el tamburí, cualquiera cosa y así... Diban únuh de coloráuh, que cogían el untu en luh barréruih, y ótruh diban entignáuh... Aquellu era un ehtruéndalu y diban a buhcá la ehtantigua...¹⁸⁸



La estantigua con la máscara roja y negra, en el carnaval hurdano de 2019.

La «malgüehtria» llegaba volando por los cielos al ser avisada por el ventarrón solano (el viento, de nuevo, como acompañante del cortejo) de que alguien estaba a punto de morir.

Y por donde iba pasando dejaba un rastro de hielo, lo que los significa aún más como «huéspedes del invierno». Son hijos del frío, de la estación sombría.

El «machu» *de la* «malgüehtria» nos retrotrae de nuevo al ejército furioso de Odín/Wotan, ya que en la Santa Compañía gallega que analizaremos más adelante, quien dirige la procesión es a veces un carnero negro. De este carnero negro se supone que significa el demonio, pero la compañía gallega suele salir de la iglesia y esta no es un buen lugar para el demonio. El carnero negro aquí es, sin duda, traducción de la palabra desusada «bode»¹⁸⁹.

La procesión de Bode es como se debió llamar a la Santa Compañía en tierras de Galicia, y «bode» perdió al cabo totalmente su significación original, y se confundió con esos bodes/carneros. A decir de Cabal, no existe otra explicación para el «carnero» que guía la compañía. Y si la teoría de Cabal es acertada, parece claro que este «bode» era el Bodet de la caza infernal, y que, por lo tanto es, una vez más, Wodan.

También hay que prestar además especial atención al tema de que sus componentes van *encarantonaos*, es decir, enmascarados, bien con máscaras, bien con los rostros pintados, unos de rojo y otros de negro: los diablos y los muertos. Si recordamos, son los colores de Hellequin, el líder de la mesnada: rojo y negro, colores que luego adquiriría la figura medieval y carnalesca del arlequín.

EL ALBOROZO DE LOS CONDENADOS

La mayoría de las almas condenadas penan y sufren en un eterno movimiento, pero en ocasiones me he encontrado con extraños cortejos sobrenaturales que parecen estar pasándolo bastante

bien. Y no me extraña, puesto que sus componentes son campesinos y pertenecen a un estamento social que ya penó bastante en vida como para seguir haciéndolo tras la muerte.

En España, por ejemplo, parece que siguen de farra después de muertos los payeses malditos de Escorca, que permanecen toda la eternidad en una profunda sima que se encuentra en Mallorca, en el camino de Lluc. En ella, de noche, se escuchan cantos infernales, trote de caballos, gritos de mujeres y repique de cascabeles.

Y aunque a nosotros todos estos sonidos nos suenan a cortejos sobrenaturales, los lugareños¹⁹⁰ lo explican diciendo que en otro tiempo había en este mismo lugar una era en la que, cuando llegaba el mes de agosto, se reunían los trilladores y trabajaban entre gritos, cantos y risas.

Un domingo, por la tarde, trillaban en la era sin respetar la santidad del día, y el ambiente, aunque laboral, era festivo: los caballos daban vueltas y más vueltas haciendo sonar sus cascabeles, los payeses cantaban y bromeaban con las mujeres cortejándolas con palabras soeces, mientras ellas reían a carcajadas, gritaban y aplaudían, armando entre unos y otros un guirigay espantoso.

De repente se escuchó por el camino de Lluc el vibrante sonido de una campanilla. Era un sacerdote que llevaba a un enfermo el viático, pero los payeses continuaron su algazara, sin hacer caso de la clerical presencia. El sacerdote, horrorizado por tal profanación, se detuvo un momento, sin atreverse a pasar por delante de aquella gente tan irrespetuosa.

Y entonces fue cuando, de repente, se oyó un gran estrépito; la tierra se abrió y sepultó en su seno a cuantos estaban en la era.

Y desde entonces, según cuentan en la zona, siguen trillando sin parar los payeses, cantando, riendo y gritando eternamente, como en aquella tarde de domingo.

Otros que siguen de farra son los campesinos suizos que forman una compañía alegre y nocturna. El propio Gustav Jung tuvo la visión de uno de ellos durante la primavera de 1924, mientras se encontraba en soledad en un torreón que él mismo se había construido junto al lago del pequeño pueblo de Bollingen, en Suiza.

Una noche escuchó el ruido de unos pasos y unas risas que se acercaban hacia la ventana de su dormitorio. Cuando despertó y se asomó, observó un centenar de figuras oscuras que caminaban lentamente desde las montañas, rodeando su torreón. En cuestión de segundos, aquellos espectros que iban acompañados por una extraña algarabía y una audible melodía, desaparecieron repentinamente. Como si el viento los hubiera llevado consigo.

Aquel acontecimiento lo dejó atónito, porque no podía recordar haber oído algo parecido, aunque posteriormente halló sentido a lo que había visto al leer en un libro del siglo ^{xvii}¹⁹¹ que en un prado del monte Pilatos (un monte que ya conocemos por su alto número de criaturas sobrenaturales) rondaba el espíritu de Wotan junto con numerosos fantasmas. El mismo autor, llamado Cysat, contaba que en una ascensión al Pilatos fue molestado por un gran gentío que rodeó su cabaña cantando al son de la música. Jung se estremeció. Era exactamente lo que le había ocurrido a él.

Al día siguiente, según contaba en el libro, Cysat preguntó al vaquero en cuya cabaña había pasado la noche qué podría significar este hecho. El pastor lo tenía claro: tuvo que ser el *sälig lüt*, es decir, el ejército de Wotan de las almas condenadas, que acostumbraba a «rondar» de este modo para hacerse notar.

¹⁸⁰ Luis Guerrero, Casares de Hurdas.

¹⁸¹ Florencio Guerrero, Casares de Hurdas.

[182](#) Jiménez Elizari, 2004.

[183](#) Más que ángeles, por la descripción parecen hadas o seres feéricos, aunque cada uno interpreta el fenómeno según sus mapas mentales.

[184](#) Félix Barroso, Santibáñez el Bajo.

[185](#) El «lumberu» es una losa pizarrosa «de quita y pon» que existía en los tejados hurdanos. Esa losa se quitaba para que saliera el humo de la lumbré y se volvía a poner cuando había temporales de lluvia o nieve. Las casas de estos serranos no tenían chimenea, y techaban sus casas con las pizarras extraídas de los «lancheruh».

[186](#) Eliade, M. El mito del eterno retorno, 1949.

[187](#) Barroso, F. Santibáñez el Bajo.

[188](#) Barroso, F. *Estampas Jurdanas en el X Festival de la Máscara de los Pueblos Ibéricos, en Zamora*, 2018.

[189](#) Cabal, C.: *Los dioses de la muerte*. págs. 108 y 109.

[190](#) García de Diego, V. *Antología de leyendas de la literatura universal*, Ed. Labor, 1953.

[191](#) Cysat, R. La crónica de Lucerna.

Los cortejos de muertos

Y precisamente «ronda de ánimas» o «a rolda» es una de las denominaciones que se da en Asturias y Galicia a las procesiones de difuntos que traen consigo anuncios de muerte. La rolda, es decir, la que ronda o anda de noche, también llamada «roldiña» o «recua»¹⁹², es la compañía o procesión de los muertos.

«Recua» y «ronda» son arcaísmos que al menos desde el siglo XIII significan cabalgata, caravana, cortejo, hueste o guerreros. Rondar y roldar es andar de noche, procesionar. En una recua las cosas siguen una detrás de otra y si además del significado castellano tenemos en cuenta que en el antiguo aragonés «recua» equivalía entre otras cosas a compañía de cazadores, detectamos fácilmente la afinidad con los ecos medievales de la antigua caza salvaje.

Y si en Galicia se denomina la «recua» o «récula», en Cerdeña, y concretamente en la zona de Gallura, encontramos a la «réula», un grupo de almas penitentes que vagan por la tierra y que recorre los pueblos desde la medianoche hasta el amanecer, anticipándose a las desgracias y portando funestas noticias.

La «réula» pasa corriendo, bailando y gritando en busca de aquellos que se han entretenido y se les ha hecho de noche en el camino, de los que se pierden en el campo y de los que se ven obligados a salir en las horas más oscuras.

No todos pueden verla, pero son muchos los que sienten su presencia. Solo se muestra a quienes, poco después, llegarán a la frontera de la muerte y saltarán esa línea inexistente que separa nuestro mundo del suyo.

Puedes esquivarla haciendo la señal de la cruz, aunque lo normal es que quedes balbuceando, te fallen las piernas y enfermes de terror, porque en algunas ocasiones puede hacer daño a las personas y persigue a los rebaños, mutila a los caballos y llena de pesadillas los sueños de las mujeres; causa enfermedades, trastorna las mentes y mantiene a los hombres bailando en círculos en una danza fantasmal.

Por eso, no es extraño que al paso de la «réula» los lugareños se encierren en casa murmurando oraciones, colgando amuletos sobre las camas, bloqueando puertas y dando la vuelta a las horquillas con la esperanza de que la recua se entretenga contando los dientes del apero¹⁹³.

En Cerdeña también encontramos al *tricogghiu*, un espíritu que arrastra cadenas y que es seguido por una formación salmodiante, el *traigozzu* (el gran tren), una ruidosa procesión de almas condenadas en la que cada espíritu arrastra una pesada cadena que consiste en los pecados que ha acumulado durante su vida.

También arrastran cadenas en algunas ocasiones la Santa Compañía y la «huestia», las procesiones hispanas de difuntos, tan arraigadas en la tradición popular del norte de España que han pasado a formar parte del acervo popular literario y musical¹⁹⁴.

Recordé entonces cómo encontré en la maravillosa biblioteca del pazo gallego de Brandeso el *Romance de lobos* de Valle Inclán, quizás compuesto en este mismo lugar, en el que pasó largas temporadas escribiendo. En esta obra, Valle-Inclán recrea el encuentro del caballero don Juan Manuel de Montenegro con las voces de la «hueste», que le recrimina su conducta y le avisa de su muerte:

Retiembla un gran trueno en el aire, y el potro se encabrita, con amenaza de desarzonar al jinete. Entre los

maizales brillan las luces de la Santa Compañía. El caballero siente erizarse los cabellos de su frente, y disipados los vapores del rostro. Se oyen gemidos de agonía y el herrumbroso son las cadenas que arrastran en la noche oscura las ánimas en pena, que vienen al mundo para cumplir penitencia.

El caballero siente el escalofrío de la muerte viendo en su mano oscilar la llama de un cirio. La procesión de las ánimas le rodea y un aire frío, aliento de sepultura, le arrastra en el giro de los blancos fantasmas que marchan al son de cadenas y salmodian en latín.

¡Reza con los muertos por los que van a morir! ¡Reza, pecador!

¡Sigue con las ánimas hasta que cante el gallo negro!¹⁹⁵

¡Estadea, estadea!

A medida que iba visitando lugares y recopilando testimonios, me di cuenta de que cuanto más al sur viajaba, menos violento, antiguo y pagano era el cortejo, y más bajo volaba.

Ya hemos visto como en los países nórdicos el ejército furioso atraviesa las cimas de las altas montañas cabalgando sobre las nubes negras de la tormenta. A medida que desciende por el centro de Europa, la caza salvaje desciende también en altura, y se la observa pasar rozando la copa de los árboles. Cuando llegan al sur y concretamente a España, esos cortejos han descendido tanto que ya caminan a ras del suelo, se han amansado tanto que caminan despacio y ordenadamente en filas, y se han cristianizado tanto que, en lugar de lanzar alaridos, musitan plegarias.

Esta «degradación» temporal podemos advertirla en pequeños detalles, como en el hecho de que incluso en España las tradiciones más antiguas hablan de procesiones aéreas, no terrestres, aunque en el siglo XIX ya casi todas las manifestaciones caminaban a ras del suelo, salvo algunas excepciones.

Sin embargo, aún pueden encontrarse testimonios, especialmente en zonas que han estado secularmente aisladas, como el pueblo de Tresviso, en la comarca cántabra de Liébana. Con más metros de altitud (907) que habitantes (69) es la localidad cántabra situada a mayor elevación de toda la comunidad autónoma.

Conocí a Gori, una tresvisana, gracias a Alberto Beivide y Antonio Gutiérrez Rivas, de la Asociación Etnográfica de Cantabria, ETNOCANT, quienes realizan un trabajo de campo excepcional. Junto a ellos, pude reunirme con esta mujer que aún recordaba su infancia y juventud en Tresviso con una claridad prístina.

Gori rememoraba cuando ella y sus amigas iban a Potes a las seis de la mañana para vender el queso, y cómo en ocasiones se quedaban sin habla porque «veían cómo salía algo del cementerio nuevo y pasaba al cementerio viejo, que estaba enfrente, y subía y bajaba por allí y volvían de nuevo al cementerio. Era como pajarracos, que iban volando de un cementerio a otro». Y es que todos en Tresviso sabían que cuando se veía una luz en el monte, eran las ánimas, y que cuando se oía una voz en el cementerio, se decía que eran las ánimas que «andaban»¹⁹⁶.

Tras hablar con Gori decidí abandonar Cantabria y dirigirme hacia Asturias, y concretamente a Ribadesella. Después de dejar las maletas en una antigua casona de indianos reconvertida en hotel, recorrí el paseo marítimo. El mar lamía la arena y algunos surfistas cabalgaban las olas del Cantábrico, pero yo tenía otro objetivo menos deportivo: cuando llegué al final de la playa comencé a ascender el monte Somos.

Tras una caminata de cerca de una hora llegué hasta el punto más alto, contemplé a mi derecha los acantilados que cortaban en seco la tierra para hundirse en el mar y, ante mí, a los pies del monte, vislumbre cómo la aldea de Tereñes se desparramaba entre prados de un esplendoroso verdor.

En el suelo de la finca por la que estaba pasando, la tierra estaba removida por los jabalíes, lo que me recordó qué es lo que me había llevado a este punto. Ocurrió a principios del siglo xx a una vecina de Tereñes llamada María Caso¹⁹⁷. María tenía una finca a la altura de Somos donde tenía plantado maíz y a donde subía a menudo con su sobrina cuando comenzaba a oscurecer para espantar a los animales que se comían la cosecha.

Una de esas noches subieron a la finca cuando de repente escucharon un ruido en el aire como si alguien rezara una oración. Entonces vieron un resplandor y unas sombras que se aproximaban.

—¡Corre, corre, que es la buena gente¹⁹⁸! —le dijo la sobrina a María.

Y corrieron a esconderse en una cabañita de la finca, muertas de miedo las dos, temiendo que la «huestia» las matara. Pero la «huestia» continuó su ruta hasta perderse en el aire entre las lobregueces de la noche.

Cuando se atrevieron a salir de su escondite estaban aterrorizadas, porque no sabían a qué atenerse. Y es que hay personas que la ven y a los tres días se mueren, y hay personas que la ven y antes de que acabe un año no lo cuentan.

Así que, agradeciendo a la providencia que no me cogiese la noche, descendí andando hasta Tereñes y pregunté por el camino que llevaba de vuelta a Ribadesella. Cuando llegué al hotel, y tras una ducha rápida, saqué de la maleta los libros que llevaba y me senté en el escritorio de la habitación. Un lugar en el mapa de Asturias me llamaba la atención entre todos. Y allí decidí dirigirme.

Próximo destino: Santianes de Pravia.

Llegué a la pequeña aldea de Santianes al atardecer, cuando el sol apenas calentaba e intentaba asomarse a través de las oscuras nubes de tormenta.

Santianes parecía dormido. Ni un alma en sus calles. Y yo necesitaba que alguien me indicara, porque el lugar que yo buscaba no aparece en Google Maps: el camino del Fullerín. Preguntando de casa en casa, los paisanos me iban indicando hacia dónde dirigirme, extrañados por mi pregunta, advirtiéndome todos que ese camino ya estaba en desuso, y que seguramente sería un lodazal después de las últimas lluvias.

Sin desanimarme y siguiendo sus indicaciones, seguí ascendiendo la ladera de monte hasta salirme del pueblo. Un amable paisano que se encontraba atendiendo su finca terminó de orientarme hasta un camino de tierra que comenzaba a bajar por la otra ladera del monte internándose en una zona boscosa. Tenía que seguir ese camino y después tomar un sendero que salía a la izquierda.

El camino del Fullerín había estado, según me contaron, muy transitado en otra época, ya que unía dos pueblos, pero con el tiempo había dejado de utilizarse. Había otros caminos más bonitos, me dijeron, y mejor arreglados. Pero yo necesitaba encontrar precisamente ese, porque es precisamente ahí donde más gente se encontró con una procesión espectral compuesta de unos singulares personajes: la «güostia» y la «pirriria».

La «güostia» es una mujer muy alta, fea que anda rodeada de perros que van creciendo, haciéndose más grandes a medida que se acercan a uno y formando lo que se denomina aquí la «pirriria».

Después de recorrer un buen trecho del camino del Fullerín, mientras el cielo se iba encapotando cada vez más y mis zapatillas se iban embarrando a la misma velocidad, decidí volver al pueblo.

Recordaba haber leído en algún lado¹⁹⁹ que la «pirríría» también es un cortejo de muertos y perros que sobrevuelan los cielos pravianos, rondando por los tejados de las casas y dejando a veces sentir sus pisadas por los techos, con intención de llevarse al más allá a cualquier infeliz con el que se encuentren, una vez este sube al tejado con idea de detener a un posible intruso o ladrón²⁰⁰.

Quería comprobar si aún se recordaba a este cortejo aéreo, y si alguien recordaba a Manín de Pascual, un vecino al que una noche lo tiraron al suelo unos bultos que iban creciendo a medida que se acercaban a él: era la «pirríría».

Y preguntando de nuevo por el pueblo encontré a Casimiro Cuevas, un señor que pese a su edad se mostraba plenamente activo, yendo y viniendo alrededor de su casa pintada de rojo. Tuve suerte, porque Casimiro había conocido a Manín de Pascual, y, aunque no recordaba su encuentro con la «pirríría», sí que había oído hablar de este cortejo, aunque él lo llamaba la «perrería». No la vio nunca, pero sí que se encontró en una ocasión, en uno de los muchos túneles que horadan las montañas asturianas, con el urco, el doble de un tío suyo que acababa de fallecer en ese mismo momento.

Feliz por la cosecha que acababa de recolectar, cerré la libreta y la grabadora y volví a montarme en el coche, mientras en el parabrisas caían las primeras gotas de lluvia. Una cosa estaba clara: si quería conocer las compañías de muerto debería viajar hasta la madre de todas las compañías: Galicia.

Mientras conducía bajo la lluvia, iba pensando en cómo las creencias más antiguas afirmaban que la compañía antes volaba que caminaba, como se recoge en algunos testimonios que afirman que los proscritos o los muertos accidentalmente no podían pasar a formar parte de la comunidad, por lo que estaban condenados a errar por los aires²⁰¹, constituyendo la hoy llamada Santa Compañía²⁰².

En Galicia la compañía es el guardián colectivo del culto a los muertos. Sus primeras referencias escritas las encontramos en documentos de la inquisición del siglo XVI, aunque fue el padre Sarmiento quien a mediados del siglo XIX rescató del vocabulario gallego el nombre de «compañía», que en su génesis hace referencia a una procesión que tiene como cometido acompañar un entierro celebrado en la parroquia local.

De hecho, en algunos lugares no se le llama «compañía», sino «acompañamento». En la parroquia gallega de Louredo aún se cuenta la historia de una mujer, cuya hija todavía vive, que confundió una noche el «acompañamento» con el viático, y la levantaron por los aires y por encima de los pinos, y después de zapatearla la dejaron medio muerta en el Outeiro de Cobelo²⁰³.

Y otra cosa era digna de atención: en ocasiones la compañía no solo está compuesta de muertos, sino también de brujos y espíritus malignos²⁰⁴, aunque en otros lugares de Galicia a esta fantástica procesión que formaban las brujas, caminando por los aires, se la llamó «estadea»²⁰⁵.

Incluso en la vecina Portugal era bien sabido que en Galliza los muertos forman rondas y se alinean en los corros nocturnos con *bruxas*, *meigas*, *lurpias* y *chuchonas*. Allí la hueste es una procesión de brujas que caminan por la noche, alumbrándose con huesos de los muertos, llamando a las puertas para que las acompañen las personas que van a morir pronto.

Estas luces de bruja que aparecen en hileras, en eras, caminos, bosques y colinas, y que van corriendo de lado a lado, suelen ser siete; y cuando se apaga una de ellas es considerado como un signo de muerte referido al propietario de la finca en la que se observan.²⁰⁶

Esta relación entre muertos y brujas en el mismo cortejo la encontramos también en la tradición

que atribuye a la campana de la iglesia de Coiro la propiedad de conjurar tanto a las brujas como a la «estadea». Y es que ambas se ocultan entre la niebla, viajan por el cielo y se manifiestan por extrañas luces que brillan en la oscuridad.

Esta creencia ya la recogió a mediados del siglo XIX el escritor George Borrow, cuando en compañía de un guía intentaba llegar a Corcubión. El guía temía que se pusiese el sol, puesto que había niebla y sería muy posible encontrarse con la «estadea». Cuando el inglés le pregunta qué es eso de la «estadea», su guía les responde de esta manera:

No me he encontrado a la Estadinha más que una vez, y fue en un sitio como éste. Iba yo con unas mujeres, y se levantó una niebla muy espesa. De pronto empezaron a brillar encima de nosotros, entre la niebla, muchas luces; había lo menos mil. Se oyó un chillido tremendo, y las mujeres se cayeron al suelo gritando: ¡Estadea, Estadea! Yo también me caía y gritaba: ¡Estadinha! ¡Estadinha! La Estadea son las almas de los muertos que andan encima de la niebla con luces en las manos²⁰⁷. Con franqueza, mi amo, si encontramos a las almas, me escapo y no paro de correr hasta tirarme de cabeza al mar. Esta noche ya no llegamos a Corcubión; mi única esperanza es que encontremos por aquí una choza donde podamos defendernos de la Estadinha.²⁰⁸

Aunque en ocasiones se utilizan indistintamente los términos, lo cierto es que existen diferencias importantes entre la «estadea» y la compaña. La primera se lleva consigo al humano que se cruza en su camino, lo desplaza o lo maltrata, mientras que la compaña es más calmada. La «estadea» no se ve con tanta frecuencia como la Santa Compaña, y es menos silenciosa que esta última. La «estadea», en fin, es el eslabón perdido entre la procesión de difuntos y la cacería salvaje.

El sonido, por ejemplo, o el estruendo o la música es un referente de que la «huestia» aún no se ha amansado del todo.

Todas estas presencias acostumbran a vagar por la noche y suelen hacerlo acompañando a los fenómenos atmosféricos desatados. Sin embargo, su presencia también puede manifestarse en medio del silencio y la tranquilidad nocturnas, figurando los ruidos producidos por una multitud numerosa que habla, canta y ríe como si formase parte de alguna fiesta o reunión pública desenfadada. En ocasiones, esos rumores van acompañados también de sonos musicales, que no son el resultado más o menos armónico de melodías completas y estructuradas, sino una mezcla de sonidos como los que se obtendrían si los miembros de una orquesta o banda de música estuviesen ensayando o probando sus instrumentos.

Si uno intenta ver a los causantes de este escándalo no encuentra a nadie. Por eso el sonido es mucho más inquietante, porque corresponde a una multitud invisible o escondida. Tampoco es posible identificar a los tañedores de los instrumentos, que, sin embargo, continúan escuchándose.²⁰⁹

Esto mismo fue lo que ocurrió en la alquería hurdana de Rubiaco en agosto de 1947. La extraña aparición de la que fue testigo Julián Sendín cuando regresaba de Salamanca, de realizar estraperlo, ha sido recogida en reportajes y libros por algunos periodistas²¹⁰ que pudieron escuchar el testimonio de boca de su protagonista antes de que falleciera.

Julián Sendín y sus acompañantes Marcelo Martín y Fausto Sánchez se encontraban ya cerca de la alquería hurdana de Rubiaco cuando se percataron, en medio de la noche, de un gran estruendo que había, como si una enorme cantidad de personas estuvieran tocando palmas, castañuelas y cantando.

Pese a la lejanía, aquella extraña comitiva iba aproximándose a la posición que ocupaban en esos momentos. Cuando estaban lo suficientemente cerca para ver quiénes eran, y qué hacían, se quedaron de piedra. A pocos metros se había plantado una extraña figura de más de dos metros vestida de blanco, con una cinta al cuello... y sin cabeza, un ser imposible al que se llamó el «espanto de Rubiaco».

No es extraño que muchos pensasen entonces que era cosa demoniaca, puesto que en Andorra existe un cortejo llamado Triple Reial, un grupo de almas en pena que atraviesa los bosques tocando sus instrumentos musicales bajo las órdenes del diablo²¹¹ y en el Minho portugués se habla de un séquito fúnebre que algunas personas ven en sueños y que lleva un gaitero con el bombo y una caja que tocan las «estantegas», o sea, las ánimas o aparecidos.

Lo de los muertos tocando tambores lo saben también en Francia, y concretamente en Córcega, donde la «squadra d'Arroza» es anunciada por un tambor que toca marchas fúnebres. El «escuadrón de Arozza» se denomina también «borrasca de muertos», y solo se presenta en ocasiones solemnes como una procesión de fantasmas que aterrorizan a los que se mueven de noche en lugares desiertos, poco frecuentados o cerca de cementerios.



En la alquería de Rubiaco apareció un charivari de manual, con descabezado incluido.

A medianoche el tambor se escucha en el cementerio y los muertos se reúnen. Son multitud. Vestidos con largas capas negras, con capuchas tapando sus rostros, comienzan lentamente la marcha, y guardan distancia entre ellos como si fueran una procesión. Sus integrantes aparecen desde lejos como una procesión normal, pero a medida que se acercan, los rostros y las extremidades van perdiendo definición.

Cuando se encuentran con una persona a la que conocieron en vida, suelen ofrecerle una vela que, si se acepta, se transforma antes o después en el brazo de un niño en llamas, aunque la víctima puede defenderse de este asalto colocando un cuchillo o navaja entre sus dientes para evitar el beso de la muerte.

Desconocía que esa tamborada de aviso tuviese parangón en España, hasta que escuché en un programa de radio un testimonio recogido por el periodista Miguel Pedrero, en el que un joven llamado Alejandro contaba la extraña experiencia que había sufrido una noche en la que decidió acampar con sus amigos en las ruinas del monasterio de Caaveiro, en el parque natural de las Fragas do Eume.

Así que no me lo pensé dos veces y hasta allí me dirigí y allí llegué, aunque no por donde debía, ya que el GPS del coche decidió por su cuenta que el mejor camino también era el más corto, y me metió de cabeza en un sendero intransitable entre el bosque. Las ramas azotaban el coche, que no hacía más que bajar y bajar en vueltas y revueltas, y en ocasiones la vegetación era tan tupida que apenas dejaba pasar la luz. Cuando conseguí sacar el coche de un enorme socavón por tercera vez, tuve que reconocer que me había equivocado, y que ese no podía ser el camino correcto. El problema era que delante de mí había un agujero enorme en el sendero que impedía

seguir adelante, pero tampoco había espacio suficiente para poder dar la vuelta. Y por supuesto, tampoco había cobertura.

Después de mil maniobras en la pista forestal conseguí dar la vuelta al coche y emprender una subida interminable. Cuando logré sacar el coche del bosque y volvió la cobertura no me fue difícil hallar la entrada correcta del parque natural de las Fragas do Eume, uno de los bosques atlánticos de ribera mejor conservados de Europa.

Después de dejar el coche (hecho unos zorros, lo reconozco) en el aparcamiento oficial, comencé a recorrer el camino ribereno entre robles, chopos, fresnos y alisos que junto a los mil tipos de helechos y líquenes han creado un bosque umbrío y secreto en el que se engarzan aguas de un turquesa mágico, fuentes frías y cascadas sonoras. Y oculto en el corazón del bosque, mi objetivo: las ruinas del monasterio de Caaveiro, un antiguo cenobio milenario con unas vistas espectaculares de esta «fraga» mágica.

Tras llegar al monasterio y recuperar el resuello después de la subida, me senté en uno de los antiguos muros del cementerio monacal y volví a escuchar el podcast que me había traído hasta aquí. En él, Alejandro contaba que de madrugada escucharon unos extraños sonidos, al principio muy a lo lejos, pero luego se dieron cuenta de que esos sonidos se iban acercando al lugar donde ellos se encontraban. Era un sonido de tambores, como el ritmo de una procesión, que se iba acercando lenta pero inexorablemente.

Aquello que sonaba, fuese lo que fuese, estuvo cerca de una hora acercándose, hasta que llegó a la curva en la que se encontraban los jóvenes. Fue el momento más terrorífico, porque el sonido giró la curva y enfiló la recta en la que estaban ellos, que daba a la puerta. Era una noche de primavera con una luna enorme que iluminaba todo, una noche clarísima, pero allí no había absolutamente nada, aunque el sonido seguía avanzando hacia ellos y llegó casi hasta la misma puerta. Y de repente, sin más, bruscamente dejó de sonar, y no volvieron a escuchar nada más en toda la noche.

Cuando terminé de escuchar el podcast me quito los cascos y observo el impresionante paisaje que me rodea. Aún es de día y no tengo nada que temer, pero de repente unos ladridos extraños, como de cacería, resuenan entre los bosques tupidos. Un extraño escalofrío recorre mi espalda.

Será mejor volverse.

El recorrido hacia el aparcamiento se me hizo mucho más corto, y mientras arrancaba el coche conecté la radio, que comenzó a emitir unos monótonos rezos provenientes de alguna emisora cristiana. Recordé entonces que, en ocasiones, el cortejo sobrenatural no va acompañado de instrumentos, pero sí de oraciones que musitan labios muertos.

La «huestia» asturiana anda emitiendo rezos, casi siempre un rosario, o cantando una salmodia ininteligible u otros cánticos fúnebres, y esta creencia llegó a causar terror a mediados del siglo xx en los pueblos que rodean el pantano leonés de Luna.

Hacia allí me dirigía, cuando dejando atrás la autopista me adentré en una pequeña carretera que bordeaba el lago. La lluvia fina que empezó a caer poco a poco se fue transformando en aguanieve, y de repente pequeños copos que se deshacían contra el cristal comenzaron a rodear el coche. A mi derecha, el pantano de Luna se veía bello y terrible, y la carretera apenas se intuía entre el repentino vendaval y la niebla que rodeaba la laguna. Ante el miedo de salirme de la carretera, decidí aparcar en un mesón de la carretera, cerca de la presa. Allí, al calor de una taza de café fuerte, recordé la historia que me había llevado hasta allí.

En marzo de 1957 comenzaron a circular por la comarca unos rumores alarmantes. Se decía que en las ruinas del que fue pueblo de Oblanca, cuando llegaba la noche, se escuchaban en la

oscuridad extrañas voces y oraciones, lo que sembró el pánico entre los habitantes de lugares próximos, sobre todo teniendo en cuenta que el pueblecito de Oblanca había sido sumido por las aguas de aquel gran pantano.

Los vecinos de Caldas de Luna y otros pueblos inmediatos, cuando llegaba la noche, cerraban temerosos las puertas de sus casas, porque se creía que estas voces pertenecían a los difuntos que habían sido enterrados en el cementerio de Oblanca. El terror desatado fue tal que se llegó a dar aviso a la Guardia Civil²¹², iniciándose incluso una investigación.

El miedo que sentían aquellos vecinos era comprensible, porque en los filandones y reuniones de vecinos se hablaba desde hace siglos de las «güestes» que recorrían los caminos con velas y cirios encendidos, augurando la muerte de aquellos con los que se topaban o intentando engrosar sus filas con ellos.

Apoyé la frente en la ventana del mesón, mientras fuera los copos seguían cayendo en una bella danza blanca, enredándose unos con otros y girando a veces en hermosas espirales.

ENTRE LAS NUEVE Y LAS DIEZ DEJA LA NOCHE PARA QUIEN ES

No podemos olvidar que una de las manifestaciones más importantes de las religiones paganas es la procesión. De hecho, en las tierras del Bajo Imperio y hasta dos o tres siglos después de producirse las invasiones de los pueblos bárbaros, se celebraban públicamente en numerosas poblaciones de Europa desde Francia y Alemania a las tierras bañadas por el báltico, hasta que el cristianismo comienza a sustituirlos.

La procesión pagana incluía símbolos o tributos de los dioses, objetos de culto o imágenes sagradas que eran paseadas solemnemente por el exterior o siguiendo rutas marcadas de antemano de forma tradicional. El cristianismo rehusó durante mucho tiempo celebrar procesiones en sus cultos para no asemejarse a los paganos, pero finalmente observaron que la única manera de erradicarlas era sustituyéndolas por otras cristianas.

Las procesiones religiosas, en especial la nocturnas con luminarias, han excitado durante siglos la imaginación popular, dando lugar a testimonios de grupos de almas en pena o espíritus de penitentes que avanzan en hilera portando luces. Son almas que con su sola presencia dan testimonio de la existencia de un mundo paralelo que se percibe con los sentidos corporales.

La mayoría se aparece en terrenos liminales como caminos, encrucijadas, cementerios, iglesias o bosques, aunque dependiendo de la zona reciben nombres diferentes, y en ocasiones incluso un mismo nombre alude a dos creencias diferentes.

Y aunque sobre todo abundan en el norte peninsular, se han avistado también en San Sebastián de la Gomera, saliendo de la ermita del santo, en los años cuarenta del pasado siglo, o en Extremadura, donde andan en grupo por el valle hurdano del Malvellido vistiendo raídos sayones o sudarios blancos. Su camino es de ida y vuelta de la iglesia al cementerio. El toparse con ellas y molestarlas en su marcha acarrearía la inmediata muerte del visionario, porque junto a las ánimas en pena marchan maléficos espíritus con el único interés de arrastrar a los vivos a la fantasmal comitiva. Sin embargo, y aunque eventualmente podamos encontrar procesiones de difuntos en otros lugares, su auténtico reino es el norte de España, donde apenas hace cuarenta años no había parroquia en Galicia donde no se encontrase al menos una persona aún viva que hubiese visto personalmente, y con sus propios ojos, a la Santa Compañía²¹³.

Así que estaba claro que debía recorrer el norte de España para poder hacerme una idea más clara de quién (o qué) estaba detrás de estas procesiones espectrales en las que muchos creían y que algunos afirmaban haber visto con sus propios ojos.

Los avistamientos de la compañía vienen de lejos, porque ya en 1886 el periodista Claudio Cuveiro llegó a denunciar la auténtica ola de pánico que recorrió algunas aldeas gallegas por las apariciones de la procesión de difuntos, haciendo de paso una perfecta descripción de la compañía:

Hay una hora en la noche, la más triste y fatídica; en ella los espíritus, fantasmas y visiones dejan sus ocultas moradas y vienen a este mundo a expiar sus culpas, bañando de terror las mentes de los sencillos labradores. Esta hora está entre las nueve y las diez. De aquí el adagio gallego que tan bien observan los hijos del país. Entre las nueve y las diez deja la noche para quien es.

Y, en efecto, poco después de las nueve, empiezan a distinguirse en lontananza multitud de luces que, pausada y majestuosamente, caminan sin rumbo ni dirección fija. Apenas estas luces se divisan en la aldea, cuando un pánico terror se apodera de todos los vecinos; ciérranse las ventanas, atráncanse las puertas, cada uno se encomienda al santo de su mayor devoción y entre la consternación y espanto general escúchanse las voces de: ¡A Compañía! ¡A Compañía! Motivo hay, efectivamente para una tan grande confusión, porque las que llevan aquellas luces son almas en pena, que después de haber entrado en la iglesia de donde toman la cruz y el escano (peto de las ánimas) empiezan a vagar por los contornos, penetran en las habitaciones, se apoderan de las personas dormidas, las sacan por el ojo de la cerradura, y entregándoles un hacha de cera, las hacen acompañar a la lúgubre procesión. Si, por acaso, en su tránsito, encuentran alguna persona que no haya tenido la precaución de echarse en tierra fingiéndose muerta, se apoderan de ella y entregándole un hacha la obligan a formar parte del acompañamiento.^{[214](#)}

Como vemos, es muy similar a la «güestia» asturiana:

La Huestia o Güestia es un grupo de fantasmas vestidos con blancos sudarios y sosteniendo en sus manos antorchas de cárdena luz. Cuando en la aldea asturiana o gallega hay una persona en trance de muerte, los tales fantasmas salen del cementerio, o bien de la cañada, el precipicio o la cueva próxima, y se acercan con procesional lentitud y aun cánticos funerarios a la casa del agonizante. En medio de las dos largas filas espectrales que forman, y conduciendo astral ataúd, se acercan a la casa de este último, dando tres solemnes vueltas en torno de ella. Al terminar la vuelta tercera, el enfermo expira; una reproducción exacta de su cadáver —el doble etéreo, que dicen los ocultistas— aparece dentro del ataúd, y la huestia o cohorte funeraria, lanzando ahogados gemidos o cantando con una extraña música, apaga las antorchas y desaparece sin saber cómo ni por dónde, mientras que la familia atribulada llora, y los perros de la vecindad, que ven a la huestia con su vista etérea y penetrante, aúllan tristemente despidiendo al nuevo ser del mundo que abandona al mundo de los vivos muertos, para volar al mundo de los muertos vivos.^{[215](#)}

Sin embargo, y aunque son muy similares, también existen notables diferencias que iremos desgranando, entre ellas la que afirma que los componentes de la «güestia» son huecos por detrás, como numerosos seres mágicos de toda Europa que mantienen una apariencia humana.

¡LEVANTAOS, DIFUNTOS, Y SALID TODOS JUNTOS!

¿Cuándo tenemos más riesgo de encontrarnos con la compañía? Pues, aunque ya hemos visto que hay quien la sitúa entre las nueve y las diez de la noche, existe disparidad horaria, puesto que otros afirman que andan a partir de la medianoche (*entre las doce y la una anda la mala fortuna*) y otros creen que solo el amanecer marca su retirada.

En cuanto al calendario, es variable según la zona. En la comarca extremeña de las Hurdes, sale todos los jueves por la noche, y en Ayamonte, en Huelva, vagan por las calles una madrugada al

mes, aunque por toda la península tiene una lógica predilección por las noches tormentosas y por la noche de Todos los Santos²¹⁶.

Cada parroquia tiene su procesión, formada por los que están enterrados en el atrio. El primero que se levanta es el que lleva más tiempo enterrado, y realiza la llamada ritual: «¡Levantaivos, difuntos e saí todos xuntos!».

Entonces los difuntos salen de sus tumbas, se abren las puertas del cementerio y los muertos entran en la iglesia para recoger lo que precisan, saliendo en procesión por la puerta principal.

ANDAD DE DÍA, QUE LA NOCHE ES MÍA

Tampoco todo el mundo se pone de acuerdo en la organización de la comitiva. En Galicia salen en procesión dos filas de muertos vestidos con hábitos blancos que portan una pequeña luz blanca y que son guiados por una «cadeliña», una perra, aunque también está muy extendida la creencia de que a veces la comitiva la encabezan un caballo o un perro que echa fuego por la boca, al que preceden aves repugnantes llamadas indistintamente «pelegrina» o «peregrina», voz que en ocasiones se refiere también a dos perros entrelazados que ladran nerviosamente. Son vestigios antiguos del ejército furioso y de la caza salvaje muy semejantes al *toili* galés²¹⁷.

En Asturias, sin embargo, la «güestia» suele constar de ocho ánimas (aunque este número puede variar notablemente) caminando siempre a fila de a dos y encabezadas por una más alta que las demás.

Durante su vagar por los caminos se les oye decir, como señal de aviso a los vivos: «Andai de día que la nuechi ye mía» (Andad de día que la noche es mía), y a su paso cesan todos los ruidos de los animales en el bosque. Los perros anuncian su llegada aullando de forma desmedida, y los gatos huyen despavoridos y asustados. También rondan el atrio de las iglesias, gimoteando mientras el que abre el cortejo toca silenciosamente una fúnebre campana.

En Italia, en la provincia de L'Aquila, la compañía sale la noche que va de 1 al 2 de noviembre, y tiene un orden preciso: delante van los que murieron al nacer, que no caminan y que se desplazan como movidos por soplos de viento, seguidos de los que se bautizaron al nacer, luego los jóvenes y, finalmente, los adultos, todos ellos sosteniendo una vela. Esa misma noche la puerta de la iglesia debe permanecer abierta para que pueda ingresar la procesión de los muertos.

Recordé lo que me contaba Araceli Azabal en la pequeña alquería hurdana de Cambrón, en casa de su amiga Flora, ante unos vinos de pitarra y un queso de cabra.

Una vez tuvimos que dormir en el portal de una iglesia en Castilla, en la provincia de Salamanca, y nos dijeron que teníamos que dejar un hueco en la puerta para que entrasen las ánimas, que decían que iban con las velas y las luces *encendías*...

LA CRUZ Y EL CALDERO

Hay investigadores²¹⁸ que afirman que no todos²¹⁹ los componentes de la compañía son muertos, sino que algunos son parroquianos que permanecen dormidos en sus camas mientras sus espíritus se enajenan por razones que ni él, ni ningún otro, llegan a bosquejar²²⁰.

Sin embargo, la mayoría de las tradiciones afirman que solo hay un vivo entre ellos, o como máximo dos: el que va a morir dentro de poco (que suele ser quien lleva la vela más pequeña y camina inmediatamente detrás del féretro) y el que lleva la cruz y el caldero.

El que lleva la cruz es quien debe, pasada la medianoche, salir primero en busca de ésta a la

iglesia. A veces al que lleva la cruz le sigue un ánima que va dando redobles de tambor.

En las procesiones espectrales normalmente una persona viva va delante con la cruz y el caldero de agua bendita, según dicen porque ambos objetos pesan mucho y los espectros no pueden con ellos. Esa persona será un hombre, si el patrón de la parroquia es un santo, o una mujer si la patrona es una santa.

El que lleva la cruz no puede mirar hacia atrás, ni saber lo que pasa, y recibe las órdenes sin saber cómo. No solo tiene que acatarlas, sino que también tiene que guardar absoluto secreto sobre la persona que ha visitado y que próximamente dejará este mundo.

A veces el portador de la cruz es llamado por los muertos, pero la gente no se percata de su ausencia, lo que nos lleva a la idea del «alma externalizada» de la que habla Frazer²²¹. Recordé entonces la conversación que tuve con Agustín Maciñeira, un joven gallego que vive en un pequeño pueblo pesquero rodeado de verde, y en la que me contaba cómo el hermano de su abuela, que vivía en una pequeña aldea del interior, se iba a menudo con «los del entierro».

Se quedaba durante cuatro o cinco horas quieto, aunque estuviese jugando la partida de cartas, se quedaba quieto, e iba empapando trapos que le pasaban por el cuerpo, porque él temblaba y sudaba, pero no veía ni oía, y cuando volvía siempre decía: estuve en el entierro de tal o cual persona, y él siempre decía que le ponían en las manos como un cubo grande o un caldero. Después del entierro, pasaban siempre por delante de su casa, y allí lo dejaban, y es entonces cuando volvía en sí.

Mientras paseaba por los verdes campos de Galicia y me adentraba en sus bosques, me di cuenta de que los dos símbolos que portan los vivos en la procesión son dos símbolos antagónicos: la cruz es el símbolo por antonomasia de la cristiandad, mientras que el caldero es un inequívoco símbolo celta²²². Una vez más, el cortejo sobrenatural unía lo cristiano y lo pagano, los vivos con los muertos, el más allá con el más acá, y lo irreal con lo real²²³.

En Loureses a la procesión sobrenatural se la conoce como «As da noite» (los de la noche), y delante de ellos siempre va «o da cruz», que es un vivo. Este no puede negarse a salir con ellos siempre que se lo pidan, y aunque esté lejos debe venir dejando allá su cuerpo, porque está obligado a dirigirlos, aunque a él le trazan el camino que debe recorrer, es decir, no tiene poder para cambiar el recorrido, aunque tiene que ir delante.

«O da cruz» hace todo lo posible por entregar la cruz a otro vivo, para poder pasarle la maldición a otro, pero todos los vivos están prevenidos, y nadie la quiere. Cuando lleva un tiempo saliendo con la procesión comienza a percibirse un notable declive físico del individuo que tiene que cumplir esa misión, ya que tienden a ponerse flacos, se entristecen, se sienten siempre mal, pierden su color natural y adquieren el color de los difuntos, y finalmente no tardan en morir. Por eso en aquellos lares al que está siempre enfermo se le dice: «Andas ca cruz»²²⁴.

Esta cruz es más importante de lo que pueda parecer, puesto que es la cruz parroquial y representa la unión de la parroquia una vez que sus miembros han fallecido. El hecho de que la lleve un vivo es un símbolo más de la unión entre ambos mundos y de la continuidad de esa unión una vez terminada la vida. Es por esto mismo por lo que la procesión no traspasa los límites parroquiales, y si por alguna razón tiene que hacerlo, el feligrés vivo que la guía cesa en su función al llegar al dintel parroquial. Allí espera otro feligrés vivo de la otra parroquia que comienza, para conducir las ánimas por otros caminos parroquiales.

EL HOMBRE DEL HUESO

En Huesca existen dos tipos de almas: las almetas, que vigilan el cementerio y se pasean por él vestidas de blanco y con un cirio encendido en cada mano; y los totones, que son los guardianes del cementerio y que solo llevan un cirio en la mano en lugar de dos. Allí se cree que, si eres tan valiente como para salir en la Noche de las Ánimas por los lindes del cementerio, es bastante probable que te las encuentres en procesión, y también será bastante fácil que una de ellas te pida que le sujetes uno de sus cirios. Si lo haces, pasarás a ocupar tú su lugar en tan triste comitiva.

En Aragón «as lumbretas» (las luciérnagas) es una procesión de ánimas que recorren los campos y los montes del pirineo aragonés llevando una luz en la mano. Se las puede observar especialmente en los parajes cercanos a Clamosa, un pueblo abandonado de la Fueva que queda en la margen izquierda del río Cinca, frente a Abizanda. Una fila de sombras espectrales recorre esta población bajando por el margen del río con faroles y cirios encendidos, pasando por las aldeas y descampados de la zona durante toda la noche. No hacen nada, no se dirigen nunca a los testigos, pero se sabe que es muy mal presagio para quien las ve, porque es anuncio de muerte.

Esta procesión de luminarias también podemos encontrarla, aunque en menor medida, en el sur de España. En las Alpujarras, y concretamente en La Taha de Pitres comentan los ancianos que suele aparecer un «rosario de las luces» en la otra cara del cerro, lo que me recordó mucho a las antorchas del Time de la isla de la Palma, una hilera de infinitas llamas subiendo en zigzag como un largo desfile de antorchas encendidas. La inmensa fila avanza en el mayor silencio, y aunque unos dicen que son almas en pena que vagan errantes por este risco en una fúnebre procesión, otros afirman que estas luces que suelen verse en la caldera de Taburiente son las almas de los guerreros muertos que lucharon al lado del valiente caudillo guanche Tanausú, defensor de su tierra ante las tropas castellanas conquistadoras²²⁵.

La luz y las luminarias tienen una gran importancia en la versión cristianizada del mito, ya que se relaciona con la luz que los familiares ponen junto al muerto en el velatorio. Quizás por eso he podido recoger numerosas leyendas que cuentan que el último de la fila, al contrario que el resto de las ánimas, lleva la vela apagada. La historia se desarrolla normalmente con base en esta leyenda recogida en Extremadura, pero que he encontrado casi idéntica en lugares tan distantes como Auvernia o la Rioja.

Una de las maneras de cristianizar a la procesión de difuntos ha sido hilarla con un pensamiento cristiano poco ortodoxo que afirma que el hecho de no encender una luminaria en el momento de la muerte, por parte de los deudos, condena al difunto a vagar el resto de sus días en total penumbra.

Esta creencia pudo comprobarla en sus carnes un vecino viudo de la alquería hurdana de Cabezo, cuando una noche tormentosa en que estaba trasladando unas colmenas en el monte, se encontró de improviso con un grupo de personas que caminaba a su lado. Alegrado por el encuentro, les pidió ayuda para cargar las colmenas, pero uno a uno se la negaban, alegando que el que venía detrás le ayudaría.

Así, fueron adelantándole todos los caminantes que, aunque el hurdano lo ignoraba, formaban una «procesión de muertos», hasta que pasó a su lado la última figura, una mujer que era la única que no llevaba una vela en la mano.

El colmenero le preguntó por qué no llevaba vela como los demás, y la figura le contestó que era culpa suya, porque no le alumbró en la hora de su muerte. Era su mujer y andaba por la otra vida sin luz por culpa de su marido.²²⁶

En otras leyendas recogidas desde Portugal hasta Bretaña la visionaria es una madre que ha

perdido a su hijo, al que ve vagando al final de la espectral comitiva sin luz que lo alumbre. Al llegar a su lado, el hijo le recrimina a su madre los llantos por su muerte, explicándole que esas lágrimas que ha derramado «apagan su vela» y le impiden tener luz en el más allá.

En muchos lugares de la península ibérica, de Galicia a Ayamonte, se afirma que las luces de la compañía no se ven, pero sí se escuchan sus lamentos y se huele claramente el olor a cera de sus velas y cirios.

En otras ocasiones, sin embargo, primero se ve una pequeña luz que se transforma pronto en una rueda muy grande y redonda, como una bola de fuego. Y detrás se ven otras muchas luces, pero más pequeñas. Y si se mira bien uno se percata de que la bola de la «güestia» que va delante es un hombre vivo que lleva una luz en la punta de un palo grande.²²⁷ Este hombre es muy peligroso porque si te agarra te traspasa la fadra, que es el palo que lleva la luz en el extremo.

En algunas localidades como Coiro a este individuo se le conoce como «o da facha», pues en esta zona se cambia la vela por un hacha de cera que se entrega en mano al nuevo miembro de la procesión espectral. En otros lugares al vivo que porta la vela se le conoce como el «home do oso»²²⁸ u hombre del hueso, porque la vela que llevan es realmente un hueso de difunto.

En Albacete²²⁹, la persona que ha recibido el hueso encendido debe mirar la longitud del mismo sin consumir todavía. Si queda poco hueso por quemar, su muerte está muy próxima, pero si aún es largo, podrá resolver sus asuntos familiares y dejar su casa en orden.

LA NOCHE, PARA LOS DE LA NOCHE

Mis ganas de contemplar la procesión de difuntos eran inversamente proporcionales a las ganas que tenía de que me llevaran con ella, así que antes de plantarme en los lugares frecuentados por el cortejo de ánimas tenía que saber cómo protegerme. Y nadie podía ayudarme más que los paisanos que han escuchado de su propia familia los mejores *tips* para librarse de los muertos penitentes.

En toda la península ibérica y en Italia se tiene claro que bajo ningún concepto hay que pedir fuego a la procesión ni hay que coger nunca la luz que los alumbra, porque las consecuencias son varias, y van desde el susto mortal que puede darte el contemplar que lo que suponías que era un cirio en realidad es un hueso humano, hasta la misma muerte, pasando por aquellas leyendas que otorgan al hueso la misma capacidad que a la cruz y el caldero gallegos: la obligatoriedad, si lo coges, de andar con la compañía para siempre o hasta que encuentres otro vivo al que pasarle la vela. Y puesto que ninguno de los casos anteriores es agradable, existe un buen número de maneras de librarte de la fúnebre procesión.

El mejor consejo, y también el más fácil de seguir, es no salir de casa por la noche, y menos en noches señaladas como la de Todos los Santos. Y eso lo saben hasta en Ayamonte. Y mucho mejor si además proteges la casa haciendo la señal de la cruz sobre la puerta, como hacen en Galicia, para que la compañía no pueda llamarte y obligarte a salir de tu domicilio.

Porque en ocasiones la Santa Compañía llama a la puerta de un vecino, y puede tocarte a ti. Hay que tener entonces mucho cuidado en abrir la puerta, porque eso significa muerte segura, y lo mejor es entreabrirla un poco, lo suficiente para dejar salir un gato negro que te liberará del maleficio.

En caso de no tener un minino oscuro a mano, también es válido trazar un círculo en el pavimento con la ceniza del lar o de la chimenea y meterse dentro, o encerrarse en un arca llena

de miyo, supongo que para que las ánimas se pongan a contar los granos y se les haga de día, de tal manera que tengan que volver al cementerio y el vivo pueda escapar a su destino por esa noche.

Las arcas de miyo son ya difíciles de encontrar, pero en muchas casas del medio rural gallego aún se mantiene la costumbre de guardar botellas de agua bendita, algún pequeño farol o linterna y unos cuantos cascabeles, porque se cree que, colgándoselos a un perro, este quedará ligado a la compañía. El remedio debe ser bastante conocido, porque en más de una ocasión se ha visto a un perro con cascabel al cuello, farol y caldero de agua bendita recorriendo los caminos y alertando así a los vecinos del paso de la compañía²³⁰.

Ya hemos visto la importancia de tener perro o gato negro, y este último también se puede utilizar si hay que salir de casa por un motivo de peso. Lo mejor es llevarse al gato en brazos y arrojarlo en medio de la procesión de difuntos, como hacen en Asturias para causar el caos entre las ánimas, lo que te otorga tiempo para salir corriendo.

Si vives en Albacete, en lugar del gato puedes llevarte en brazos a un niño pequeño (si tú no tienes uno, siempre se lo puedes pedir prestado al vecino), porque este símbolo de inocencia te librará de los muertos. Y no te quejes, porque en Italia para librarte de la procesión fúnebre tienes que llevar encima al niño y al gato juntos.

En Galicia, sin embargo, prefieren arrojar a la compañía una gallina negra, que aunque es bastante engorroso tener que llevarla encima siempre es peor el remedio asturiano de San Xuan de Beleño, que consiste en sujetar a un choto para que no te lleve la «güestia».

Si pasear con un choto te parece muy aparatoso siempre puedes fiarte de los gallegos y llevar en el bolsillo unos cuernos de *escornabois* o *vacaloura* (escarabajo ciervo), o una cabeza de ajos, que al parecer funciona igual de bien con la compañía que con las brujas o los vampiros.

La tierra de cementerio tiene también extraños poderes contra la compañía, y en Albacete hay que meterse un puñado en la boca, lo que al parecer es tan efectivo como asqueroso.



En San Martín de Luiña los leñadores asturianos sabían cómo protegerse de la *güestia*.

Pero lo mejor es apartarse a una orilla del camino en cuanto se presiente su presencia o se divisan sus luces. En Galicia hay que agarrarse a un cruceiro de los muchos que abundan en sus campos, y en Ayamonte, como no hay cruceiros, si la compañía te pilla al aire libre, hay que entrar inmediatamente en un lugar santo, como una iglesia, un cementerio o un convento.

Llevaba ya unos días recopilando consejos en una zona gallega donde la actividad de la

compañía era muy conocida. Dormía en el Pazo Revel, una casa solariega del siglo xv rodeada por un bosque autóctono. La escogí porque se encontraba cerca de mi próximo objetivo: un cruceiro desde donde parte la «estadea do mar», un cortejo sobrenatural que llega hasta la mágica ermita de la Virgen de la Lanzada para adentrarse aún más en el mar de los muertos y llegar hasta la isla de Ons, al oeste del oeste. Una procesión de la que, según me afirmaba Juanjo, el responsable del pazo, todo el mundo hablaba, pero nunca con desconocidos.

«As da noite» se paran en esta encrucijada cuando van en procesión e invitan a comer con ellas a los viandantes. Es conveniente pararse a comer con ellos, pero no hay que aceptar su pan, porque se sabe desde tiempos antiguos que el que prueba la comida de los muertos pertenece ya al reino de los muertos. Y si el viandante come del pan de las ánimas, lo llevarán con ellas por malos caminos y es fácil que salga maltrecho de la aventura.

En Galicia, desde luego, abundaban los cruceiros a los que agarrarse en caso de encuentros, pero había otros bosques, como los asturianos, en los que no era tan fácil encontrar uno. Decidí viajar hasta Asturias y descubrir qué hacían ellos si la güestia te pillaba en medio del bosque o del campo.

Atardecía cuando llegué a la iglesia asturiana de San Martín de Luiña. Rodeada de verdes prados y bosques al fondo, la luz del atardecer bañaba de oro el paisaje, pero el lugar, cuando anochecía debía ser perfecto para darse de bruces con la «güestia».

Algunas de las casas cercanas a la iglesia, incluso ahora, estaban protegidas con amuletos ancestrales. Y también ancestral era la manera que tenían allí de defenderse de la «güestia», un ritual muy extendido en toda Europa y que ya hemos visto en estas páginas esgrimido contra la cacería salvaje y el ejército furioso.

En ese mismo lugar, a principios del siglo xx, los vecinos de Brañagallinero que iban a vender leña a Cudillero solían encontrarse con la «güestia», así que cuando cargaban por la noche en el carro la leña que habían bajado del monte hasta la iglesia de San Martín, trazaban en el suelo un *cercu* alrededor del carro de la leña, porque sabían que dentro del cerco no podía entrar la «güestia»²³¹.

Y en la puerta de esa misma iglesia, mientras el sol se iba ocultando, recordé lo que me contó junto a un cementerio Jesús Manuel Montañez Pereira, cuyo bisabuelo, nacido en un pueblecito cercano a Pontevedra, se encontró una noche, volviendo de la taberna por un *corredoiro*, con la compañía. Casi se cae al suelo del susto, aunque tuvo tiempo de esconderse tras unos arbustos, no sin antes arrancar una rama y dibujar con ella un círculo a su alrededor para evitar que se lo llevasen con ellos.

Esa noche decidí acercarme a Santiago, y terminé cenando con Sole Felloza, una gran contadora de historias; Manuel Gago, periodista experto en mitología gallega; Ana Mateos, bibliotecaria y archivera del Museo do Povo Galego, y el filólogo y escritor Xosé López Silva, al calor de una taberna gallega mientras la lluvia brillantaba dulcemente las calles empedradas de Compostela.

Sole me ofreció un detalle que yo desconocía. Y es que el círculo protector no se puede hacer con cualquier cosa, sino que tiene que ser con «un palo de olivera de adro», es decir, una rama de olivo del atrio de una iglesia. Y me aseguró que todos aquellos que sabían que tenían que salir de noche por los caminos y que corrían el riesgo de encontrarse con la compañía lo llevaban encima.

Igual de efectivo parece ser, según me comentaron en otros lares, la rama de tejo mojada en agua bendita. Y en todos los casos la protección se multiplica si dentro del círculo se dibuja una

cruz o una estrella de Salomón. Tomé nota.

Llegue a Arzúa en medio de una ciclogénesis explosiva. Los informativos anunciaban el fin del mundo, y alertaban para que la gente, en Galicia, saliese lo menos posible de sus casas. Por eso me alegré de haber reservado una de las pocas habitaciones del legendario pazo de Brandeso. Si el fin del mundo iba a llegar, que me cogiese en uno de mis lugares preferidos.

Pero finalmente no fue tan fiero el león como lo pintaban, y lo que iba a ser el diluvio universal se quedó en una lluvia fuertecilla de las que caen día sí y día no sobre los bosques gallegos. Y desafiando a los truenos, emprendí camino al pueblo de Arzúa, donde tenía una cita con Ramón Torreiro, el bibliotecario.

Después de rescatar del archivo todo lo que existía sobre la compañía y las procesiones de difuntos, leerlo y fotografiarlo, salimos de la biblioteca en dirección a una pastelería, cuyo cálido interior contrastaba con la lluvia intensa que caía fuera.

Allí, comiendo unos pastelitos de nata, nos esperaban Teresa Couso y su hermana, quienes, una vez vencidas las primeras reticencias y alentadas por el bibliotecario, comenzaron a sacar a pasear sus recuerdos. Y recordaron a Carmen la del Crucero, cuyo hermano se topó con la Santa Compañía una mala noche volviendo del antruido. Como buen gallego, sabía defenderse, así que, sin mirar a la compañía, y puesto que el terreno debía ser escaso en árboles y generoso en piedras, comenzó a hacer con ellas un círculo a su alrededor, lo que le salvó la vida.

Fueron ellas las que me contaron que allí a la procesión de almas en pena se le llamaba *onte*, que en gallego significa «ayer», un término muy apropiado y a la vez inquietante que yo no había escuchado nunca antes.

En Arzúa aprendí también que, si te cruzas con el *onte* y no has podido hacerte ni con piedras ni con palos, o te tiembla mucho la mano como para ponerte a hacer dibujitos en el suelo, todavía hay esperanza. Puesto que la compañía va a querer pasarte el testigo, hay que intentar por todos los medios tener las manos ocupadas, por eso los ancianos gallegos llevaban siempre un poco de leña o un cayado, aunque también se recomienda cruzar los brazos o abrirlos en cruz, diciendo: «cruz ya tengo».

En Asturias, además de abrir los brazos hay que pronunciar el nombre de Xesucristo. Y es que las palabras tienen magia, por eso te libras también si pronuncias la oración de las palabras retornadas.

En Asturias los gestos importan tanto o más que las palabras, y basta con extender los brazos hacia la comitiva haciendo el signo de los cuernos con las dos manos o, también con ambas manos, realizar la señal manual de la figa o la higa (cerrar totalmente el puño y pasar el pulgar de la propia mano por entre los dedos índice y corazón). Ambos gestos, en principio, serán todavía más efectivos si se realizan dentro del círculo de Salomón.

Si el susto es muy grande y no te sale ni la voz, y la mano te tiembla tanto que no puedes ni gesticular, siempre puedes tirarte al suelo boca abajo, con los puños cerrados, y hacerte el muerto. También funciona, pero que sepas que es de cobardes, y a ver cómo lo cuentas luego en la taberna.

También es de cobardes, pero menos, el viejo truco que hacen los portugueses de Ponte de Lima, que consiste en darle la espalda a la procesión en cuanto la veas y hacerte el sueco.

Yo desde luego, pensaba plantarle cara.

Por eso volví a subirme al coche y emprendí de nuevo rumbo a Asturias, concretamente hacia el bello pueblo pesquero de Cudillero, que se desparrama con sus casas apiñadas en el anfiteatro natural de la bahía. En lo alto del monte, en un lugar privilegiado entre el mar y la montaña, se

encuentra la Casona de la Paca, una decimonónica casa de indianos rodeada de campos y prados, y allí decidí encerrarme a preparar mi siguiente parada.

Había descubierto que el mayor número de casos en los que el testigo se libraba de ser vapuleado por la «huestia», o llevado con ellos, era en aquellos en los se descubría que una madrina o un padrino ya fallecidos se encontraba en la procesión de los difuntos, y salía en defensa de su ahijado o ahijada.

Había recogido esta misma historia, con ligeras variantes, en diferentes lugares de España, pero la que estaba a punto de investigar me había llamado mucho la atención. Así que, tras una buena ducha y un café, comencé a descender por una estrecha senda practicada en la montaña que caía casi en vertical sobre las casas más altas del pueblo. Comenzaba a anochecer y el sendero se desdibujaba entre los árboles de mi izquierda, que caían en una ladera oscura.



En la iglesia asturiana de Cudillero una niña se libró de la huestia por tener «enchufe».

Con la lluvia mansa que comenzaba a caer el sendero se hacía en ocasiones peligrosamente resbaladizo, por lo que la bajada del monte me llevó más tiempo de lo esperado. Cuando divisé las primeras casas del pueblo, ya había anochecido. Descendí con cuidado y un poco de vértigo por las calles empinadas hasta llegar al fondo de la bahía, al puerto donde se apiñaban casas pintadas de alegres colores y restaurantes marineros.

Como la lluvia seguía arreciando y no había sido tan prevenida como para llevarme un paraguas (ni una rama de olivera do adro, la verdad sea dicha), decidí resguardarme en uno de ellos y cenar una reconfortante sopa de pescado. Cuando terminé, la lluvia seguía cayendo, pero de una manera más mansa, así que decidí acercarme a mi objetivo: la iglesia de San Pedro.

La tenue luz que iluminaba a duras penas el templo no llegaba a disipar las sombras que lo envolvían. En las calles, pese a que no era muy tarde, no había ni un alma. Era temporada baja y el tiempo, desapacible, no invitaba a salir de las casas. Rodeé la iglesia recordando la historia que había leído, una más entre todas aquellas que hablaban de padrinos salvadores que caminaban con las ánimas.

En este caso la historia tenía lugar precisamente aquí, en esta iglesia, y concretamente en su puerta judiciaria, que era por la que salían las ánimas en mitad de la noche. Aún se cuenta en la región el encuentro de una niña, la hija de un pescador, que una noche pasó por aquí al llevarle la cena a su padre. De repente vio salir muchas ánimas con luces, y una de ellas le dio un empujón. Entonces, escuchó la voz de otra de las ánimas que decía: «No la empujes, que es mi ahijada»²³².

Y es que la «huestia», al contrario que la compañía gallega, anda a trastazos con los vivos²³³, y hay que tener suerte para no salir mal parado. En algunos lugares se dice que es la procesión la que te aparta del camino de forma violenta, pero en otros lugares se cree que es precisamente un padrino o un familiar el que te empuja, porque lo que quiere es apartarte del paso del cortejo y evitar así que la compañía pueda pisotearte o magullarte.

Y mientras las olas mecían las barquitas del puerto, recordé la historia que me contó Laudelina en el pueblo leonés de Albares de la Ribera, cuando me la encontré en sus calles mientras buscaba la fuente del Cubillo, lugar de encuentro de la «huéspededa», que es como se denomina en la comarca leonesa a la procesión de las ánimas. O como las llamaba ella, las «benditas ánimas».

Cuando por fin llegamos a la fuente constaté que, a pesar de que ahora se encuentra cubierta de vegetación y cerrada, no era difícil imaginarse allí a Vitín, un mocetón del Bierzo leonés que presumía de ser el más valiente de su comarca.

Vitín se apostó con sus amigos a que era capaz de pasar de noche por esta fuente, un lugar que todos esquivaban cuando se ponía el sol. Se encaminó el mozo hasta aquí al atardecer de un día de invierno, y no había llegado aún cuando vio a lo lejos, bajando por la sierra de San Pedro, unas luces que avanzaban titubeantes. Las luces empezaron a moverse a una endiablada velocidad en dirección a él, primero eran veinte o treinta, pero luego parecían muchas más. Creyó ver miles de ellas dando vueltas sobre su cabeza y echó a correr sin recato hasta que alcanzó el puente del río en donde, al observar que las luminarias le cercaban por todos lados, se tiró al suelo tapándose el rostro con sus manos.

Se salvó porque el ánima que cerraba la comitiva, aquella que llevaba la campanilla que anuncia la llegada de la fúnebre procesión, era su padrino. Gracias a su intercesión, la «huéspededa» dejó que se marchara, no sin antes advertirle muy cristianamente sobre el peligro de las apuestas.

Pero, aunque salvó su vida, el encuentro con la «huéspededa» no fue en vano, y Vitín quedó tocado para el resto de sus días. Es lo que tiene el encuentro con lo numinoso, que el sujeto nunca vuelve a ser el mismo que era antes del encuentro.

Y es que andar de noche tiene sus peligros, y por eso hay profesiones que tienen más riesgo que otras. Los panaderos, por ejemplo, que tienen que empezar a trabajar cuando aún no ha salido el sol, son un público susceptible de encontrarse con la compañía.

Son numerosas las leyendas que he podido recoger, desde Extremadura hasta Italia pasando por toda la cornisa cantábrica, que hablan de una panadera que una madrugada se quedó sin llama para encender el horno, y al asomarse a la calle vio una procesión pasando por delante de su casa. Tras pedir fuego a la última de las ánimas, esta le ofreció su vela, que se llevó a su casa para encender el horno.

Al día siguiente la procesión vuelve a pasar, con la clara intención de recuperar la vela, que se había convertido en un hueso humano, y de paso llevarse a la panadera con ellos, pero ésta se libra por estar bajo la protección de una de las muertas, generalmente su madrina o su madre, o bien porque sigue el consejo de un sacerdote y realiza algún tipo de ritual protector.



Laudelina nos muestra la huespeda de la fuente del Cubillo, el lugar preferido por la huésped leonesa de Albares de la Ribera.

Otra de las leyendas que se repiten por todo el sur de Europa es la del vivo que decide ir al encuentro de la procesión de difuntos para preguntar a un ser querido recientemente fallecido por el lugar donde escondió el dinero. En algunos casos, como uno que he podido recoger en Portugal, la protagonista es una tejedora. O el caso de Galicia, donde el protagonista es un joven que quiere interrogar a su hermana muerta por los papeles de la herencia. En este último caso el joven, pese a las precauciones tomadas para que la compañía no se lo lleve, termina muriendo al poco tiempo del encuentro. Y es que buscar a los muertos siempre tiene un precio.

VEDOIROS Y ESPIRITUISTAS

Sin embargo, no todo el mundo que ve al cortejo de ánimas sufre las consecuencias. Hay un pequeño grupo de personas que tiene el don de poder contemplarla sin morir en el intento.

En Asturias pueden ver a la «güestia» aquellos que han sufrido algún revés en el bautizo, y aquellos a los que el cura, por error, bautizó usando el óleo de la extrema unción en lugar del agua bendita, o aquellos que fueron bautizados cuando el sacerdote llevaba puesta la estola negra, que es aquella que usa el Viernes Santo, el día que murió Jesucristo.

En Albacete ven a la procesión de muertos aquellos cuyos padrinos recitaron mal el credo, y en Portugal los que fueron bautizados con una fórmula incompleta, en la que el sacerdote, por alguna razón, olvidó alguna de las palabras rituales.

Hay *vedoiros* que no quieren tener el don, porque no es plato de buen gusto saber quién va a ser el próximo en morir. Para desembarazarse de la facultad de ver a la «güestia», el cura solo tiene que volver a bautizarle, pero esta vez con agua viva, es decir, aquellas que corren y se mueven. En Albacete pueden librarse del don si hacen tres visitas consecutivas al cementerio de la aldea.

No obstante, también puede pasar lo contrario, es decir, que haya gente que sin tener el don quiere ver a la «güestia». Para hacerlo solo hay que apoyar la barbilla en el hombro del *vedoiro*, que es lo que al parecer hizo un hombre acomodado de Santo Adriano de Riosa que viajaba con su criado camino de Panderraiz²³⁴.

Los campesinos de la región italiana de los Abruzzos lo tienen más complicado, porque tienen que colocarse debajo de la pila de agua bendita y apoyar la barbilla en una horca de dos dientes, mientras tienen en la mano un gato²³⁵. Así podrán ver la procesión entrar en la iglesia, pero no temerán por su vida.

En Aragón, sin embargo, y según me contaba el escritor Joan Rossel²³⁶ en una tibia noche de verano, la siniestra procesión solo se presenta ante las almas más oscuras, y nada tiene que temer el que tiene el alma limpia de pecados. O al menos, eso es lo que le aseguraba su abuela, que solía prevenirle de que la bandada de los muertos podía aparecer en cualquier momento, especialmente por los campos, sendas y caminos del barrio rural de Santa Isabel.

Aunque no se viese a la bandada, su presencia era anunciada por una campanilla que en la lejanía avisaba de la llegada de los muertos. También era señal de su presencia cuando en la negrura de la noche se percibía un intenso olor a cera quemada. Si esto ocurría, había que correr hasta el *pilaret* ubicado en la entrada del cementerio de la Montañana. Su abuela aseguraba que, si se hacía así, al poco tiempo la funesta bandada desaparecía tal y como había llegado.

En Albacete a aquellos que pueden ver la procesión de difuntos se les denomina «espirituistas», y aunque ven las sombras de los que van a morir no pueden bajo ningún concepto indicar a los que van a fallecer su próxima defunción. Ni siquiera pueden decir un nombre o una fecha, ya que en caso de que lo hiciesen serían golpeados y arañados por las ánimas.

Estos espirituistas contemplan la procesión de difuntos, que cuando llega a donde están ellos, les entrega el consabido hueso encendido. Cuanto más quede por consumir, más tiempo tiene el futuro fallecido de vivir y arreglar sus asuntos. ¿Y cómo saben quién va a ser el próximo en morir? Pues porque el hueso encendido se lo entrega el espíritu del futuro fallecido²³⁷.

En otros lugares como Extremadura se le concede al visionario la oportunidad de avisar al próximo difunto, aunque en ocasiones no es posible.

Llegué a Ahigal una tarde de comienzos de verano. El sol reverberaba en el fulgor blanco de las casas encaladas mientras caminaba con el antropólogo José María Domínguez Moreno por la calle Cantarranas, donde una mujer contempló la procesión fúnebre y vivió para contarlo.



Por la calle Cantarranas de Ahigal pasó la procesión de las ánimas.

A horas intempestivas de la noche la despertó un susurro y se asomó a la ventana. Era la procesión de las ánimas. Solo observó el final de la comitiva fúnebre y supuso que caminaba hacia el viejo cementerio. El poco tiempo de visión fue suficiente para reconocer al que iba en último lugar, vistiendo una túnica blanca, y cuyo rostro iluminaba la llama de la vela que mantenía en la mano. Se trataba de un vecino que gozaba de inmejorable salud.

Esta mujer sabía que el vivo que era visto en una procesión sería el primero del pueblo en morir, destino que solo se evitaba contándole la visión al propio interesado. Con esta intención al día siguiente acudió a su casa, pero no encontró al vecino, que había salido antes del alba. Por la tarde llegó al pueblo la noticia de que un rayo lo había matado cuando regresaba de la dehesa de Valverde con una carga de leña²³⁸.

En otros lugares de la península, se cree que su sola visión puede incluso causar la muerte instantánea, porque nadie puede sustraerse a la llamada de los muertos. En opinión de otros, para que el pronóstico se cumpla es necesario que se extinga una de las luces, o que las luces de la procesión golpeen a la persona a la que quieren advertir.

En casi todos los lugares que he visitado, estas procesiones suelen terminar frente a la casa de un vecino, cuya muerte anuncian tirando piedras sobre su tejado o llamando a la puerta un número determinado de veces.

La «güestia», por ejemplo, visita la casa del futuro difunto y la rodea en cada visita, falleciendo el infortunado en la tercera vez que se presenta la espectral comitiva. En esta última visita, la «güestia» se echa a llorar y apaga las velas para que el moribundo fallezca, momento en el que una copia de su cuerpo ocupa el ataúd, mientras el alma del fallecido engrosa las filas de la procesión, apareciéndose en un féretro, que portan vacío cuatro de estas ánimas.

Los miembros de la «güestia», en este caso, son los espíritus de los amigos y los familiares que el finado conoció en vida y que murieron antes que él, que regresan desde el más allá para acompañarle en su tránsito al reino de los muertos.

Es entonces cuando la compañía se convierte en «la visión», que no es otra cosa que un entierro espectral que recorre el camino inverso al que llevaba la compañía.

Carmen Fernández, científica, amiga y compañera de programa desde hace muchos años, me contaba pese a su mente profundamente racional cómo uno de los sacerdotes de San Pelayo de Navia, donde vive su familia, se encontró un mal día al salir de la casa parroquial con la

procesión espectral portando un ataúd. Cuando se atrevió a mirar dentro, contempló horrorizado que el difunto era él mismo. Al día siguiente se lo contó asustado a todo el mundo. Y a los tres días había fallecido.

La historia me recordó otra parecida que había ocurrido en un pequeño pueblo asturiano. Debía volver a Asturias si quería conocer algo más de «los del entierro», y concretamente debía llegar hasta Argame, un pequeño pueblecito asturiano con sus hórreos, su iglesia dedicada a san Miguel y su molino de agua enclavado en un denso bosque, único superviviente de los tres que había habido hace apenas un siglo.

Llegué al atardecer y me dirigí hacia el molino, pues fue allí donde varias mujeres del pueblo se encontraron de bruces con la huestia, hace ya bastantes años. La estrecha carretera que sale a la izquierda del pueblo asciende por el monte, y siguiendo las indicaciones de un lugareño que estaba cuidando su huerta, comencé a caminar por ella hasta dar con un pequeño sendero que, a mano izquierda, se internaba entre los árboles. Siguiendo el camino, que desciende para volver a subir una pequeña vaguada, se levantaba un encantador molino de piedra.

No me costó mucho esfuerzo imaginarme a las mujeres saliendo de aquí después de anochecer, en dirección al pueblo, y tampoco me costó trabajo imaginar su sorpresa cuando vislumbraron a los lejos unas sombras débilmente iluminadas, mientras escuchaban un triste cántico parecido a un lamento.

Las mujeres permanecieron clavadas entre los árboles, sin atreverse a salir al camino principal, mientras observaban cómo las sombras avanzaban en dos filas llevando una caja, y cuando pasaron las sombras descubrieron que eran difuntos. Y lo supieron no sólo porque estaban envueltos en sudarios, sino porque al pasar delante de ellas pudieron ver perfectamente que estaban huecos por detrás.

Entonces las ánimas, ante el terror de las lavanderas, se tropezaron. Cayó el ataúd, salió despedido el muerto y reconocieron perfectamente a don Pedro Fernández, quien falleció a la mañana siguiente.

El entierro real pasó por el mismo lugar en el que lo vieron las mujeres, y en ese momento tropezaron los portadores y cayó el cadáver al suelo, tal y como lo habían visto las mujeres en la «visión».

Como cada vez había menos luz, decidí salir de la vaguada antes de que anocheciera, pero mis zapatillas resbalaban una y otra vez en suelo embarrado por la lluvia fina que había estado cayendo. Intenté agarrarme a los mismos árboles tras los que se escondieron las mujeres del pueblo, pero terminé cayendo en el camino y embarrándome hasta las orejas. Pensé que quizás era el mismo lugar donde cayó el cadáver de don Pedro, y me estremecí.

Cuando conseguí salir a la pequeña carretera descendí con premura hacia donde había aparcado el coche, giré la llave del contacto y encendí los faros.

Estaba deseando volver al hotel y pegarme una ducha para sacarme de la piel el barro y los fantasmas.

MISA DE DIFUNTOS

La misa de difuntos es la última etapa en el proceso de cristianización de los muertos furiosos. De vuelta al redil de la iglesia, celebran misas ultramundanas y rezan continuamente por su salvación, al haberse condenado muriendo en pecado.

Son numerosas las iglesias y catedrales que cuentan con leyendas de muertos que se levantan de

sus tumbas y recorren el templo, pero quería visitar dos de ellas en las que, según las leyendas, se vieron auténticos cortejos sobrenaturales.

Mientras conducía hacia Toledo, intenté recordar la historia del obispo de Acuña, protagonista de mi siguiente parada. Hacia 1521, los comuneros de Castilla habían sido vencidos por las tropas del emperador en la batalla de Villalar. Cuando todo estaba perdido para los comuneros, el obispo Acuña entra en Toledo con sus tropas para oponerse a la opresión imperial, pero su presencia turba los actos solemnes que se habían preparado con motivo del Viernes Santo, quedando interrumpido el oficio de tinieblas.

Desde entonces, se afirma que todos los años, una vez terminados los actos litúrgicos nocturnos de la Semana Santa, en la catedral se escuchan numerosos murmullos y ruidos. Se cuenta también que un miércoles santo, tras los oficios de tinieblas, salieron los clérigos y se cerraron las puertas de la catedral, sin darse cuenta de que, en uno de los bancos, un viajero fatigado se había quedado dormido.

Llegué a Toledo en el Corpus, y las calles estaban hermosamente decoradas de flores, guirnaldas y estandartes. Los balcones, los suelos, las plazas, todo Toledo brillaba aún más que de costumbre. Me dirigí hacia la catedral, cuyas puertas estaban repletas de ramos floridos y me adentré en su interior.



En la catedral de Toledo puede contemplarse
la procesión del obispo Acuña.

Entre el frescor de sus sombras y el silencio de la nave, un oasis de paz se respiraba dentro de la catedral, y entendí sin problemas que alguien muy cansado se quedase dormido entre sus bancos. Acaricié una de sus columnas pétreas y recordé que tras una de ellas se ocultó el viajero cuando se despertó, alertado por un rumor de gente caminando despacio.

Lo que pasó después no es tan fácil de imaginar, porque cuentan que vio llegar desde el fondo de la nave una procesión terrible. Venía al frente de ella un esqueleto revestido de obispo, con una mitra ensangrentada en la cabeza. A continuación, dos grandes hileras de esqueletos, cubiertos de podridos andrajos, llevaban en sus descarnadas manos unas antorchas que despedían una extraña luz, y en cada altar se detenían para arrodillarse, mientras parecía oírse un cántico

que sordamente repetía las notas del miserere, con una angustia y un dolor sobrenaturales. Después de recorrer la catedral, se dirigieron a la cripta.

El viajero cayó desvanecido.

A la mañana siguiente fue despertado por los sacristanes que abrieron las puertas del templo, y balbuceando, como enloquecido, contó lo que había visto y murió a los tres días²³⁹.

No pude evitar pensar que, aunque las procesiones de muertos estaban tan plenamente cristianizadas, aún quedaba ese resquicio de terror que hace que aquel que las encuentre no sobreviva mucho tiempo. Siguen siendo, a pesar de todo, heraldos de muerte.

Y recordé, de vuelta a casa, la historia que tantas veces había escuchado sobre la iglesia de san Juan, en la ciudad de Badajoz.

Cuentan que ocurrió allá por el siglo xiv, cuando dos poderosas familias rivales se venían disputando la hegemonía de la ciudad: los «portugueses», de estirpe lusitana, y los «bejaranos», que representaban a la más rancia alcurnia extremeña.

En aquella noche de san Juan, la aristocracia celebraba su fiesta en la plaza de la catedral, cuando aprovechando un tumulto, los portugueses secuestran a la bella Leonor de Bejarano. La venganza será terrible, y el enfrentamiento encarnizado entre las dos familias hizo correr sangre en las calles de la ciudad.

A la mañana siguiente, Badajoz debía conmemorar solemnemente la victoria de Alfonso VII sobre las tropas árabes. Durante dos siglos llevaban celebrando ininterrumpidamente este acontecimiento, pero en esta ocasión todo era distinto, porque ya sea por continuar la lucha o por miedo a salir a la calle entre tanta violencia, lo cierto es que nadie de la ciudad se presentó en el templo.

Pero el sacerdote oficiante estaba dispuesto a seguir con los actos. En la soledad de la iglesia, con las puertas cerradas, y asistido por un sacristán, comienza la misa mirando hacia el altar. Un ruido parecido a un arrastrar de piedras pesadas y un crujir de huesos retumba en la iglesia.

Cuando el sacerdote se vuelve hacia los bancos vacíos se queda petrificado de horror. Porque los bancos están llenos. Llenos de muertos con las cuencas vacías, muertos que arrastran trajes de épocas pasadas, vestidos harapientos que una vez fueron lujosos, sedas rotas, ajados terciopelos, rostros demacrados, perfiles óseos y cuerpos polvorientos, todos y cada uno de los ilustres moradores de las tumbas y sepulcros que se repartían por la catedral, levantados de la muerte para celebrar el aniversario que sus descendientes vivos habían pasado por alto.

Con el pánico reflejado en sus ojos, el sacerdote y su asistente continúan con la ceremonia hasta el final, con la voz temblorosa y el alma aterrorizada. Cuando pronuncia las palabras finales de la misa la muchedumbre de esqueletos y difuntos, con el deber cumplido, regresa de nuevo al frío de las tumbas.

El sacerdote, ayudado por su acólito, consigue llegar a la salida, pero cuando alcanza la puerta del templo su corazón se rinde, y se desploma en tierra con la misión cumplida.

En la plaza, los pacenses detienen su lucha para contemplar el cuerpo muerto del sacerdote y el rostro desencajado del sacristán, quien conservó el resto de su vida el temblor en sus manos y los ojos repletos de fantasmas.

¹⁹² Lisón Tolosana, C. *La Santa Compañía. Fantasías reales. Realidades fantásticas*, 1998, pág. 94.

¹⁹³ Es curioso como muchas de sus características la relacionan con los seres feéricos, como lo de causar enfermedades, mutilar caballos y causar pesadillas en las mujeres como los incubos, o lo de hacer bailar a los hombres en cortejos danzantes, como hacen las hadas. También la manera de librarse de ella poniendo la horca al revés para que se entretengan contando los dientes nos remite a un método tradicional para mantener a raya a brujas, troles y algunos tipos de duendes.

- [194](#) Santa Compaña es una canción que da nombre a un álbum editado en 1984 del grupo Golpes Bajos. También Los Suaves editaron otro álbum en 1994 con el mismo nombre, *Santa Compaña*.
- [195](#) Valle Inclán, R. M. del. *Romance de lobos*, jornada I, escena I, 1908.
- [196](#) García Preciado, J. *Cantabria, cuentos de tradición oral*, volumen II (relatos mitológicos y creencias mágicas).
- [197](#) Cabal, C. *Los dioses de la muerte*, 1925.
- [198](#) En Asturias a la «güestia» también se le llama «mala güeste», «estantigua», «huóstica» (entre los *vaqueiros* de Alzada en Tineo), «güística», «güéstiga», «huestia», y «guáspida» (en Cudillero), pero lo que más nos interesa es que algunos pueblos la llaman «buona xente», la buena gente, exactamente igual que se hace en los países celtas con los seres feéricos. También se hace igual con las figuras femeninas que encabezan los cortejos sobrenaturales (de las que hablaremos en otro estudio) y a las que se les denomina «las buenas damas», no tanto por su bondad intrínseca (ya que todas estas manifestaciones sobrenaturales son potencialmente peligrosas), sino más bien como una manera de congraciarse con ellas y de no provocar su ira.
- [199](#) Sordo Sotres. R. Mitología de Asturias y Cantabria entre los ríos Sella y Nansa, 1991.
- [200](#) En Abres, Vegadeo, también se habla de un extraño cortejo de perros que vaga por los tejados, rascando las tejas en busca de muertos a los que llevarse.
- [201](#) También en Portugal se cree que el alma del excomulgado no va al cielo ni al infierno, sino que está flotando al paio en una nube. Y se afirma que por donde pasa el mal aire del excomulgado, causa fuertes dolores de cabeza.
- [202](#) López Martínez, M. *Las religiones prehistóricas de Galicia, cuadernos de estudios gallegos*, 1960, pág. 137.
- [203](#) Becoña Iglesias, E. *La Santa Compaña, el urco y los muertos*.
- [204](#) Caro Baroja, J.: *Las brujas y su mundo*, 1961.
- [205](#) Rodríguez López, J.: *Supersticiones de Galicia y otras preocupaciones vulgares* (1945).
- [206](#) Carolina Michaelis de Vasconcellos: *Estatinga, ¿estatiga?*, pág. 889.
- [207](#) Vicente Risco, en 1946, afirmaba que el nombre de «estadea» deriva de «estadal», que era el nombre que recibía la vela para alumbrar a los muertos.
- [208](#) Borrow, G. *The Bible in Spain*, 1843.
- [209](#) Cardero J. R. *Ejército de muertos y viajes al otro mundo*, 2012, págs. 61 y 62.
- [210](#) Jiménez, I. *El paraíso maldito, un viaje al rincón más enigmático de nuestra geografía*, 1999.
- [211](#) Martín Sánchez, M. *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*, 2002.
- [212](#) Cayón Waldaliso, M. Fantasmas en el pantano de Luna. Periódico *El Farol*, marzo de 1957.
- [213](#) Becoña Iglesias, A. *La Santa Compaña, el urco y los muertos*, 1982.
- [214](#) Cuveiro, C. *Almanaque Gallego*, 1886.
- [215](#) Rosso de Luna, M. *El tesoro de los lagos de So miedo*, 1916.
- [216](#) En Ibiza, por ejemplo, la nit de Difunts era un tiempo prohibido para las actividades profanas. Los pescadores que echaban sus redes esas noches sacaban espantosas calaveras de sus redes, como ocurría también en el Cantábrico, y los pastores que salían al campo en esa fecha corrían el riesgo de quedar encantados para siempre, constituyendo los rebaños fantasmas conocidos como «pastorells», almas en pena que vagan eternamente por los campos en los días de tormenta, aullando entre fantásticas fosforescencias, según cuenta Carlos Garrido en *Eivissa mágica*, págs. 191 y 192.
- [217](#) El *toili* es una procesión del folclore galés cuya aparición también tiene como principal motivo el anuncio de una muerte y que está compuesta por elementos similares a los de la Santa Compaña: luces brillantes, sonidos de campanas, pájaros negros, ladridos de perros y figuras espectrales.
- [218](#) Fraguas y Fraguas, A. *La Galicia insólita*.
- [219](#) En determinadas zonas corrigen que cuando la procesión la forman vivos entonces pasa a llamarse «xans», una procesión nocturna de fantasmas de vivos que anuncian su propia muerte. Avanza en dos filas con un ataúd en el centro, y aquellos miembros que van más cerca de la caja son los que más pronto morirán. Así, los más alejados morirán más tarde, aunque el mejor de los casos eso sucederá en no más de cuatro años. Aquellos que se lo encuentran, si es amigo de alguno del cortejo lo llevan por el aire hasta otro lugar sin hacerle daño, pero si es un desconocido le dan una gran paliza.
- [220](#) La misma idea la recoge Carlo Ginzburg en sus obras «Historia nocturna» y «Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII».
- [221](#) Frazer, J. *La rama dorada*, 1890.
- [222](#) En la cultura celta tienen mucha importancia el caldero de Dagda, que era el caudillo de los Tuatha de Danann (a los que ya conocemos) y que en el mito galés de los Mabinogion aparece como el caldero de la regeneración, resucitando a los guerreros muertos.
- Este caldero aparece representado en un caldero físico que fue encontrado en un pantano en Dinamarca, el caldero de Gundestrup, en el que no solamente aparece Dagda, sino también Cernunnos y Taranis, el dios del trueno. También encontramos representados un desfile o procesión de guerreros frente a un caldero en donde uno de ellos es arrojado, y tres hombres tocando un cuerno de guerra. La escena parece representar una inmersión ritual en un caldero de resurrección, de forma que los guerreros muertos marchan con la lanza al hombro hacia el caldero, para luego alejarse resucitados, ya a caballo. El perro, que también aparece, simbolizaría el otro mundo.
- [223](#) No es casualidad que uno de los más importantes libros escritos en español sobre el tema, el del antropólogo Carmelo Lisón Tolosana titulado *La Santa Compaña*, lleve como subtítulo *Fantasías reales. Realidades fantásticas*.
- [224](#) Manóianes Castro, M. *Revista Grial*, 1984.

- [225](#) Callejo, J. y Canales C. *Seres y lugares en los que usted no cree*, 1995.
- [226](#) Flores del Manzano, F. *Mitos y leyendas de tradición oral en la alta Extremadura*, 1988, págs. 163-164)
- [227](#) Incluso en tierras tan alejadas del norte, como Extremadura, quedan resquicios de la relación entre las luces y los muertos, donde encontramos indicios como el que nos descubre el historiador y antropólogo José María Domínguez Moreno, quien nos cuenta como por los primeros años del pasado siglo, cada noche víspera de Santa Lucía (13 de diciembre, no es por casualidad) se vislumbraba en lo alto de Las Cabecillas, en el pueblo de Ahigal, una extraña luz, de la que se afirmaba que se trataba de una enorme farola de aceite que sostenía en la punta de una pértiga un gigantesco personaje que paseaba por aquellos cerros envuelto en una anguarina. Se aseguraba que quien mirara esa luz fijamente estaba condenado a morir antes de Navidad, ya que la luz se alimentaba de las almas de los curiosos. A esa luz se la llamaba «El ojo de santa Lucía».
- [228](#) Al estar tan extendida la creencia en el vocabulario popular se han infiltrado expresiones como: «fulano ten o oso» señalándose en la comunidad al vecino de aspecto más desaliñado y famélico.
- [229](#) Peña, A. de la, Jordán Montes, A. y J. F. *Mentalidad y tradición en la serranía de Yeste y de Nerpio*.
- [230](#) Bouzas, P. y Domelo, X. A. *Mitos, ritos y leyendas de Galicia*, 2000.
- [231](#) Llano, A. de. *Del folclore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres*, 1922.
- [232](#) Llano, A. de. *El folclore asturiano*, pág. 74.
- [233](#) Lisón Tolosana, C. *La Santa Compañía. Fantasías reales. Realidades fantásticas*, 1998.
- [234](#) Llano, A., págs. 70 y 71.
- [235](#) Sebillot, pág. 394.
- [236](#) Rosell, J. *Leyendas del Aragón demonio*, 2016.
- [237](#) Peña, A. de la y Jordán Montes, J. F. *Mentalidad y tradición en la serranía de Yeste y de Nerpio*.
- [238](#) Domínguez Moreno, J. M. *Leyendas de Ahigal*, 2020.
- [239](#) Diego, Vicente de. *Antología de Leyendas* (Tomo I).

Omisiones...

Termino de escribir este libro oyendo cómo braman las valquirias intentando entrar en estas páginas, cómo se lamentan las banshees irlandesas y cómo aúllan de rabia los maravillosos cortejos femeninos liderados por Diana, Holda, Bertcha, Hécate o Proserpina. Han quedado también fuera, ladrando en la puerta, todas las jaurías furiosas de perros sobrenaturales, y resuenan con ellos los cascos de los caballos de fuego y de los descabezados, y los carruajes fantasmas, los carros espectrales y las carrozas funerarias que se desvanecen en el aire de la noche.

Chapotean, navegando alrededor de nuestra isla de papel, los barcos fantasmales, las barcas espectrales y las canoas voladoras repletas de muertos que navegan siempre hacia el oeste, hacia el ocaso, hacia la tierra de la noche.

También golpean la puerta, rezando para que les dejemos entrar, las procesiones de santos y de ángeles, y de seres celestiales y cristianos, las compañías verdaderamente santas. Si prestáis atención podréis oírlas musitar oraciones a nuestro alrededor, y podréis ver el fulgor de sus velas titilando tras los cristales de las ventanas.

A todos ellos prometo crear en un futuro otra buena cabaña de letras y papel, para que puedan refugiarse de su propia tormenta y del viento incesante del olvido.

... Y agradecimientos

Jamás hubiera podido contemplar los cortejos sobrenaturales si Jesús Callejo no me hubiera enseñado a mirar con los ojos del alma.

No hubiese sabido por donde buscarlos si la santa compañía antropológica formada por José Luis Cardero, Carmelo Lisón Tolosana y Claude Lecouteux no me hubieran iluminado antes el camino con sus velas de hueso.

No hubiese podido recorrer media Europa tras sus pasos si Ángel Briz no me hubiera conducido con tiento y con paciencia a lo largo de pantanos infectos, abismos aterradores (tengo vértigo, ya saben) y montañas nevadas.

No habría podido comprender el verdadero significado de la tempestad si Altea Wiegand no me hubiese enseñado que las peores tormentas se desatan dentro del alma y duelen cuando llueve.

Jamás hubiera podido sostenerme en los cielos sin mi hueste infernal de artistas malditos, eruditos raritos y folcloristas oscuros. Ha sido un lujo galopar sobre los bosques gallegos con la sabiduría de Miguel Salas, Ana Mateos y Xose López Silva; volar sobre las montañas cántabras con Beivi y Toño; abducir a Enrique Echazarra en los prados vascos; unirme al vuelo de Julia Carreras sobre las cimas nevadas de los Pirineos; trotar por los campos manchegos junto a Javi Pérez Campos; cabalgar furiosa por los sueños junto a Sère Skull; planear sobre las marismas gaditanas junto a Ismael Pinteño y Germán Mancini, y caminar, a dos palmos del suelo, con una vela en la mano, al lado de Javier Prado por las calles de Sevilla.

Mil gracias a Montse Tudela y a Olga Ayuso por ponerme las letras en su sitio y la risa en el alma.

Este libro se ha escrito porque todos vosotros (ya sabéis quienes) habéis estado ahí, invocando a los dioses de la tormenta con los cielos en calma, y a las criaturas del invierno bajo un sol de carallo.

En nombre de todo ellos, gracias por ayudarme a rescatarlos del olvido.

Que los antiguos dioses os recompensen con un buen antebrazo humano recién arrancado.

Bibliografía

- Almagro Gorbea, Martín (2008). *Pervivencia del imaginario mítico celta en las Leyendas Sorianas de Gustavo Adolfo Bécquer*.
- Alonso Romero, Fernando (1999) Ánimas y brujas de Finisterre, Cornualles e Irlanda. *Anuario Brigantino*, núm. 22.
- Alonso Romero, Fernando. (1980). Los orígenes del mito de la Santa Compañía de las Islas de Ons y Sálvora, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, pág.32.
- Alvar, Manuel (1977). *De la «Maisnie Harlequin» a algunas designaciones románicas de los escualos*. Madrid: CSIC. Instituto de Cultura Hispánica, págs. 379-393.
- Álvarez Peña, Alberto (2006). *La güestia y otros agüeros*. VTP Editorial.
- Arries, Javier (2019). *Magia y religión nórdicas*. Luciérnaga.
- Balaguer, Víctor (1889). *La leyenda del conde Arnaldo (La cacería nocturna)*, *Historias y leyendas*. Madrid: Imp. de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos (Tomo XXXVII).
- Barandarian, Jose María de (1993). *Mitología del Pueblo Vasco*. Lasarte-Oria, Ostoa.
- Barrionuevo, Jerónimo de (1968). *Avisos*. Atlas.
- Barroso Gutiérrez, Félix.: *La «Hurdanización» de una leyenda con trasfondo clásico: «El Pelegrinu»*: Revista de folklore, ISSN 0211-1810, N° 245, 2001, págs. 147-161.
- Becoña Iglesias, Abelardo (1982). *La Santa Compañía, el urco y los muertos*. La Coruña: Magoygo.
- Briggs, Katharine (2003). *Diccionario de las hadas*. José de Olañeta.
- _____, (2006). *Quién es quién en el mundo mágico*. José J. de Olañeta.
- Bürger, Gottfried August (1786). *Der wilde Jäger*.
- Cabal, Constantino. (1925). *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*. Valladolid: Editorial Maxtor, Juan Pueyo.
- Callejo, Jesús; Aubeck, Chris (2016). *Viajes inexplicables*. Luciérnaga.
- Callejo, Jesús y Canales, Carlos (1995). *Seres y lugares en los que usted no cree*. Madrid: Complutense.
- Callejo, Jesús (2012). *Ogros, cocos y hombres del saco*. Atanor incógnito.
- Cardero López, José Luis (2012). *Ejército de muertos y viajes al otro mundo*. Booksedit.
- Cardero López, José Luis (2007). *Monstruos, muertos y dioses oscuros. El miedo y lo sagrado*. Aguilar.
- Cardini, Franco (1982). *Magia, brujería y superstición en el Occidente medieval*. Ediciones Península.
- Caro Baroja, Julio (2003). *Las brujas y su mundo*. Alianza Editorial.
- Carrera, Julia (2022). *Vienen de Noche*. Luciérnaga.
- Domínguez Moreno, José María (2018). Fuegos rituales en Extremadura: Las luces de ánimas. *Revista de Folklore*, núm. 432.
- Domínguez Moreno, José María (1989). La muerte en Extremadura. Apuntes etnográficos. Fundación Joaquín Díaz. *Revista de Folklore* núm. 108, págs. 183-187.
- Domínguez Moreno, José María (1992). La vivinización del lobo en Extremadura. *Revista de Folklore*. (Tomo 12b), núm. 139.
- Domínguez Moreno, José María (2020). *Leyendas de Ahigal*. Diputación de Cáceres.
- Fort, Charles (1019). *El libro de los condenados*. Reediciones Anómalas.
- Fraguas Fraguas, Antonio (1931) Do folk-lore de armeses-listanco. *Revista NOS, Boletín Mensual de Cultura Galega*, año XIII, Ourense, núm. 96.
- _____, (1951). O culto ós mortos. *NOS, Boletín Mensual de Cultura Galega*. Ourense, núm. 87.
- Frazer, James (1981). *La rama Dorada*. Fondo de Cultura Económica.
- Frean Campo, Aitor (2014). *Persistencia en la tradición cultural del noroeste peninsular: una exploración del imaginario de la muerte hacia el pasado*.
- Fresnedo, Ángel (1019). Siete caballos van camino del Valhalla. *Aguanaz*, revista crítica de creencias mágicas. Etnocant.
- García de Diego, Vicente (1953). *Antología de leyendas de la literatura universal* (Tomos I y II). Labo.
- García Preciado, Jesús (2001). *Cantabria, cuentos de la tradición oral II*. Tantin.
- Gerard, Christopher (1997). Feralis exercitus en revista *Antaios*, solstice d'hiver.

- Gil González, Gonzalo (2011). *A la luz de los prodigios. Almas, demonios y seres evanescentes, mitos y mundos en el Siglo de Oro*. Miraguano Ediciones.
- Ginzburg, Carlo. (2005). *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*. Editorial Universitaria.
- Ginzburg, Carlo (1991). *Historia nocturna*. Muchnik.
- Giordano, Gustavo (2012). Iglesia y monarquía. La construcción de un modelo de relación a partir de la mesnada Hellequin en la obra de Walter Map. *Signum*, vol. 13, págs. 95-104.
- Grimm, Jacob (1835). *Deutsche Mythologie*.
- Gutiérrez-Rivas, Antonio (2019). Luces populares en la tradición oral de Cantabria. Señales del Trasmundo. *Aguanaz, revista crítica de creencias mágicas*. Etnocant.
- Guzmán Almagro, Alejandra (2016). *Umbra feralis exercitus: Ejércitos fantasmas en la historia de Roma*. Universitat de Barcelona.
- Harpur, Patrick (2007). *Realidad daimónica*. Atalanta.
- Hell, Beltrand (1994). *Le sang noir. Chasse et mythe du sauvage en Europe*. Champs Flammarion.
- Irving, Washington (2012). *Cuentos de la Alhambra*. Cátedra.
- Iturralde y Suit, Juan (1940). *Los perros de Martin Abade*. Institución Príncipe de Viana. Gobierno de Navarra.
- Espino, Israel (2015). *50 lugares mágicos de Extremadura*. Cydonia.
- Espino, Israel (2019). Del Ejército Furioso a la Mala Behtia. Las mesnadas de muertos que cabalgan en el viento. *Aguanaz, revista crítica de creencias mágicas*. Etnocant.
- Jean Ancelet, Barry (1994). *Cajun and Creole Folktales: The French Oral Tradition of South Louisiana*. Univ. Press of Mississippi.
- Jiménez, Iker (2004). *El paraíso maldito*. Edaf.
- Le Braz, Anatole (1958). *La légende de la mort*. París: Editions Alpina.
- Le Goff, Jacques (2010). *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media*. Paidós.
- Lecouteaux, Claude (1998). *Enanos y elfos en la Edad Media*. José J. de Olañeta, 1998.
- (1999a). *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*. José J. de Olañeta.
- (1999b). *Chasses fantastiques et cohortes de la nuit*. París: Imago.
- Le Quellec, Jean-Löic (1998). *La Chasse galerie ou le châtiment du chasseur excessif*.
- _____, (2009). *La legende de la chasse galerie en Vendée*.
- Lisón Tolosana, Carmelo (2004). *La Santa Compañía. Fantasías reales. Realidades fantásticas*. Akal.
- Llano Roza de Ampudia, Aurelio de (1983). *Del folklore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres*. Instituto de Estudios Asturianos del C. S. I. C.
- Llano, Manuel (2001). *Mitos y leyendas de Cantabria*. Librería Estudio, 2001.
- Llinares García, María del Mar (1990). *Mouros, ánimas, demonios: el imaginario popular gallego*. Akal.
- Mariño Ferro, Xosé Ramón (1995). *Aparicións e santa compañía. Mitos e tradición*. Edicions do Cumio.
- Monteiro Graña, Xavier (2015). Os seres míticos. Lendas e contos da Terra Extrema, en la revista cultural *Columba*, núm. 15, 2015.
- Mourreau, Jean Jacques (1972). *La chasse sauvage, mythe exemplaire*.
- Norsa, Alessandro (2017). Procesiones de muertos y procesiones de vivos. Un estudio italo-portugués. *Fol de Veneno. Anuario de Antropología e Historia de Galicia* núm. 87 Sociedad Antropológica Gallega, Ourense.
- Pardelas de Blas Constantino. Mitología: a Santa Compañía en Ons I, II, III y IV, en *Aonios*, núms. 2, 3, 5 y 9.
- Patch, Howard R. (1983). *El otro mundo en la literatura medieval*. Fondo de Cultura Económica.
- Pérez Campos, Javier. (2016). *Los Otros*. Planeta.
- Pemon Bauzas y Domelo, Xose A. (2000). *Mitos, ritos y leyendas de Galicia*. Martínez Roca.
- Ramiro Cuba, Xoán (2010). *Ánimas, aparecidos e mortos en compañía na tradición galega*.
- Rodríguez, Pepe (1997). *Mitos y ritos de la Navidad. Origen y significado de las celebraciones navideñas*. Ediciones B.
- Romain, Daniel. (2017). *La mesnie Hellequin ou l'indicible passage de la Mort dans la littérature médiévale*.
- Romeu Figueras, José, 1948. *El mito de «El comte Arnau» en la canción popular, la tradición legendaria y la literatura*. Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Rosell, Joan (2016). *Leyendas del Aragón demonio. Historias de brujas, serpientes, gigantes, diábolos, hadas, encantarias y otros grandes misterios*. Doce Robles.
- Mario Roso de Luna, Mario (2006). *Del árbol de las Hespérides: cuentos teosóficos españoles*. Círculo Latino.
- Rueda, Lluís (2021). *Decapitación. Iconos y leyendas*. Hermeneute.

Saiz Antomil, Miguel Ángel (2020). *Leyendas del Valle de Soba*. Etnocant.

Schmitt, Jean-Claude (1992). *Historia de la superstición*. Crítica.

Scott, Walter (1976). *Historia de los demonios y de las brujas*. Barcelona: Glosa.

Sébillot, Paul (1904). *Le folk-Lore de France. Tome premier. Le ciel et la terre*. París: E. Guilmoto.

_____, (1905). *Le Folk-Lore de la France La mer et les eaux douces (Tome deuxième)*. París: E. Guilmoto.

Sikes, Wirt (2004). *Duendes británicos*. José J. de Olañeta.

Sordo Sotres, Ramón (1991). *Mitología de Asturias y Cantabria. Entre los ríos Sella y Nansa*. El jogueru.

Spada, Dario (1997). *La Chasse sauvage. Revista Antaios, solstice d'hiver*.

Valriu, Caterina; Vibot, Tomás (2013). *El comte Mal: Entre la història i la llegenda*. El Gall Editor.

Vasconcelos, Carolina Michaelis de (1899); *Estatinga estantiga?*.

Vivaldi, Alexandro (2005). *Schiere Notturme. Dalle leggende medievali al folclore contemporáneo*.

Yeats, W. B. (2003) *El crepúsculo celta*. Reino de Redonda.